











Julio Cesar

Por

Samartine

Traduccion

Por

J. Y.

Cesar trabajaba por un segundo consulado; las
leyes interdecian a un general gobernador de una
provincia romana venir a Roma a pretender
un pleo. Pompeyo, consul antes de su tiberia
con Cesar, habia el mismo hecho revocar en la
voz de Cesar esa interdiccion. Una ley espe-
cial, inscrita en bronce en el Capitolio, habia
autorizado al vencedor de las Galias a traba-
jar por el consulado sin venir a Roma. Ce-
sar anunciaba altamente su intencion de apro-
vechar esta ley para declarar su candidatura.
Cesar cuando era en aquel momento, para el se-
nado y los amigos de Pompeyo, Cesar dictador.

Pompeyo y el Senado, temiendo una ma-
nifestacion de la presencia y la autoridad del Sen-
ado que ellos habian tan desmedidamente engor-
decido, hicieron revocar la ley de favor, de la

Julio Cesar.

(Año de Roma 710.)



I

No tengamos piedad de la gloria, esa gran corruptora del juicio humano, cuando es el reflejo de la verdadera virtud. Tal es la primera reflexión que se presenta cuando, después de haber estudiado con la imparcialidad de la distancia, el genio, las circunstancias, las instituciones, la época, la patria, las proceras, la política de Cesar, se emprende la tarea de retratar el más perfecto, más amable y más desprovado de los Romanos, y tal vez de los hombres.

Pero es preciso conocer à Roma para com-
prender à Cesar.

El principio de lo que se llamaba la re-
publica romana, en los siglos en que la palabra
republica tan solo significaba el Estado, no era
ni lo justo ni lo decorado: era el patriotismo.

Algunas veces el patriotismo se confunde
con lo justo y lo decorado, cuando se limita à
amar, à defender, à conservar la patria, es decir
esa porcion ~~destruible~~ hereditaria del suelo, pa-
trianio de la porcion de familia humana que
se llama una nacion. Pero el patriotismo am-
bicioso, invasor è insaciable, que no reconoce por
todo derecho en el mundo sino su interes per-
sonal, que desprecia y viola los derechos de otras
nacionalidades, iguales entre todos los hombres, y
que de esas violencias se forma una gloria
viciosa en la posteridad, ese patriotismo no es
sino un egoismo colossal, ^{mercenario} ~~estúpido~~, brutal, repre-

bado, que encierra en su mismo buen éxito el germen de su ruina.

II

Los primeros Romanos, horda de salteadores antes de ser pueblo, habiéndose visto obligados por su destierro á refugiarse en las montañas del Lacio, á construir allí una ciudad, y á conquistar poco á poco todos los territorios de sus vecinos á fin de ensanchar su patria, fueron naturalmente inducidos á causa de su origen á hacer de este fervor patriotismo el principio mismo, la virtud y casi la divinidad de Roma. Como todas las falsas virtudes, aquel patriotismo habia legitimado sus crímenes por medio de apórnas. La conquista infinita, la incansante subyugacion del mundo, la espoliacion del universo, los descarados triunfos en los que la nación en lugar de avergonzarse o tentaba aquellos despojos, habian sido de siglo en siglo la consecuencia de tal principio; la guerra perpetua habia sido el medio.

~~seca~~ La fortuna, y esto es, frecuentemente, como para probar la fe y experimentar la Providencia, habia surgido una gran parte del universo que entonces comencian los Romanos.

El origen ilegítimo de este pueblo, que explica la invariabilidad de sus conquistas, explica tambien la naturaleza tumultuosa de su gobierno. Como todos participaban igualmente del crimen, de destierro ^{o latrocinio} y ~~de destierro~~ ^{de latrocinio} en su guerra, que mas tarde fue la ciudad eterna, la igualdad de tirania entre los fundadores de la ciudad, la igualdad de esclavitud entre los vecinos se habian impreso profundamente en sus almas. No pudieron soportar largo tiempo la disciplina de sus reyes; habian monopolizado el poder en un senado, por derecho de riqueza y de preponderancia, entre los miembros de sus principales familias, sin significarse solo derechos de resto del pueblo.

Poco á poco, habiéndose acrecentado el pueblo ha-
 bía reclamado, con las armas en la mano, sepan-
 te de poder, se le hubieron acordado comicios, tribu-
 nos, derechos electorales, ~~registraturas~~ registraturas propias
 que lo igualaban con el Senado; pero aquel pueblo,
 tan equívoco y tan exclusivo como los grandes, ha-
 bía limitado á sí mismo el ejercicio de los dere-
 chos de los ciudadanos romanos.

Erax, pues, dos oligarquías rivales, la una
 en el Senado, la otra en el Forum, ^{adone} ~~se~~ combatiéndose
 por arrancarse sus privilegios, ó concitiándose pa-
 ra imponer conjuntamente su yugo á la plebe y á
 las provincias; así que no era aquello una
 república tal cual nosotros comprendemos
 hoy día, por esta palabra, el gobierno repre-
 sentativo organizado de todas las clases del
 pueblo. Esta idea de igualdad, de represen-
 tación en el poder político parece argüer

la igualdad del derecho en el ^{orden} ~~orden~~ civil, no
 habia todavia visto la luz en el mundo ro-
 mano. Ella debia nacer de una religion mejor,
 distributiva de la equidad divina entre las clases.
 Solo en la virtud, admitida entonces en todo el
 mundo romano, protestaba contra el estableci-
 miento de semejante democracia.

III

Roma con sus dos tribunas, sus dos aristocracias,
 sus dos consules anuales, sus comicios, sus tribu-
 nos, sus senatus consultus, sus plebisitos, sus
 intrigas, sus prebajos, sus luchas intestinas, sus
 guerras civiles, sus dictaduras, tirania a tiempo pa-
 ra interponer la fuerza entre las anarquias,
 habia sido una eterna borrascosa. Pero esta borras-
 ca habia asparido en todo el mundo los mas
 bellos resplandores de elocuencia, de genio de
 valor y de virtud. Mientras Roma se vio reduci-

de a la Italia, o en tanto que ella habia tenido
 que conquistar la Sicilia, la España, la Grecia,
 el Asia menor, el Egipto y Cartago, la necesi-
 dad de la salud comun o la tension de la ambi-
 cion comun habia aplazado las grandes luchas
 intestinas, unica causa de muerte de las naciones.

Pero cuando Cartago fue conquistada por
 los Sifiones, la ultima virtud de la republi-
 ca, el espíritu militar nutrido por Roma en
 sus legiones para subjugar al universo, se
 sublevo contra ella. Es esta la ley del tation
 contra los pueblos libres que al mismo tien-
 po quieren ser pueblos conquistadores; por-
 que tarde o temprano se hacen o se matan
 con la misma espada que han agriado para la
 conquista. El senad y el pueblo correron al am-
 plio de las legiones y de los generales, habitua-
 dos a mandar en los otros pueblos, pero que

no habian aprendido a obedecer las leyes en su patria.

IV

El tiempo, ademas, habia desarrollado en el interior de la Italia y en la misma constitucion de la republica discusiones organicas y cuestiones sociales que no podian resolverse sino por la guerra civil. Es este el fallo de las causas insolubles. La mas grave de esas cuestiones era la ley agraria.

La ley agraria palanca habitual setados los tribunales que querian relevantar el pueblo y la plebe, desde el tiempo de los Gracos hasta el de Clodio, Catilina, no era de ningun modo ese delirio impracticable de la ^{arbitraria} ~~division~~ ^{reparticion} de la tierra en porciones iguales, hecho deProcusto en que los legisladores quimericos pre-

tenderian nivelas á perpetuidad lo que la natura
 valera propende eternamente á desigualar, segun
 el trabajo, las economias, el numero y la ap-
 titud intelectual y fisica de la familia. El
 buen sentido romano, esencialmente legislativo
 y agricola, no tenia tales aberraciones, solo
 justo y de lo posible. La ley agraria signifi-
 caba unicamente la distribucion, que sea gra-
 tuita á las familias de los veteranos, ó bien
 por adjudicacion á las familias rurales, de
 los territorios cultivables conquistados y poseidos
 en Italia ó en otros paises por el Estado, y que
 se llamaban el ager publicus, los bienes te-
 rritoriales del Estado. Los territorios, por ven-
 der ó vendidos á los ciudadanos, se arrendaban
 á largos plazos por la republica á colonos cul-
 tivadores que querian cambiar su arriendo por

un título inalienable de propiedad.

Los patricios opulentos se habían apoderado abusivamente, á título de usurpación, de esas tierras, que habían cultivado por arrendatarios, por sus esclavos, ó por sus innumerables esclavos. Ellos reclamaban la restitución de estos bienes que no les pertenecían, en realidad, sino por el uso y la deferencia. El pueblo, la plebe y las legiones querían forzar al Senado á apropiárselos con indemnización para dar un libre curso á esa riqueza en suelo usurpado ó estéril. Los tribunos agitadores del pueblo, los demagogos directores de la plebe, los ambiciosos aduladores de la multitud, los generales complacientes de las legiones para captarse el favor de los componentes, ~~se~~ apoyaban al partido popular contra el Senado.

He ahí la ley agraria. La causa era jus-

ta en el fondo y el resultado saludable; solo q. el despojo de los ~~patrimonios~~ y de nobles y de los ricos era en extremo repuloria. Los mismos tribunales sentian la doble dificultad de descontentar la existencia despojandola, sin indemnizacion, de una posesion hereditaria, sobre la que se habian fundado mil otras posesiones de explotación, o de sufragar el pueblo pidiendole votase esta indemnizacion necesaria. Los bienes de los proscritos por las guerras civiles habian parte de este ager publicus. Distribuidos o vendidos al pueblo, ora promuevan la perpetuidad de la provincia o de la confiscacion, se retrocedia ante esta irrevocabilidad del destierro y de la indigencia de los proscritos de ayer, que podian imponer la proscricion al dia siguiente. Se parecia esto, bajo este respecto, a la discusion sobre la indemnizacion de los emigrados en Francia.

elegancias de la aristocracia.

El sin embargo continuaba acariciando su
 copa el partido popular, pero lo acariciaba por
 sus peores instintos, y, en lugar de tomarlo por
 la hipocresía de la virtud, lo burlaba por la
 imitación de sus ceremonias peculiares. No epis-
 tia un depravado de costumbres, un deudo arrui-
 nado, uno de esos desesperados de ~~su~~ fortuna y
 de reputación que no pueden restablecerse sino
 con la ~~conservación~~ el desplome social, de quien Ce-
 sar no pudiese secretamente la esperanza o el am-
 go. El tenía la clientela de todos los vicios. En
 un tiempo de corrupción era esto una poten-
 cia: parecía que el mismo quisiera dar á los
 enemigos irreconciliables ~~el~~ de la nobleza
 la potencia de una ruina común arrui-
 nándose como ellos, y no conservando otra

na en la época de la Restauración: medida irris-
 tante y calmante á la vez, que el gobierno de
 la Restauración tuvo la audacia de promover
 y la gloria de realizar sin guerra civil, sofocan-
 do, por el contrario, un germen perpetuo de re-
 presalias. Esta ley agraria de la Francia agitó
 al pueblo y lo salvo á su pesar, como la indemn-
 ización demandada al pueblo romano, previa-
 mente á la ley agraria, habría salvado á Roma.

Una causa de disensión que se confundía con
 la de la ley agraria era la extensión del título
 de ciudadano romano, pedida con justicia por
 los habitantes de las ciudades libres y rehusa-
 da con insolencia ó acordada con mesquindad
 por el senado ó por el pueblo.

V

A estos grandes elementos de agitación

en el corazón de la república si necesario agre-
 gar la depravacion monstruosa de las costumbres,
 la acumulacion escandalosa de las riquezas en al-
 gunas familias, tales como las Grassos y los
 Luculos, que poseian provincias enteras y por
 tu creciento mil esclavos; la indigencia de las
 otras, vendiendolos todos, hasta su conciencia y
 sus refugios, a quien queria comprarlos; la
 religion, simple hipocresia de Estado, consorciando
 al pueblo los augurios, los sacerdotes y los dia-
 les como nobilidades, o espectáculos para divertir
 al populacho; una capital inmensa, cuyo
 tesoro publico alimentaba gratuitamente a
 un pueblo de cuatrocientos mil proletarios,
 egervito ocioso, siempre pronto a la servilidad
 o a las sediciones; corporaciones de trescientos mil
 operarios formando otras tantas facciones de
 libertantes cuantos eran los oficios que habia en

144

Roma, talleres nacionales en permanencia, en los que cada partido iba a reclutar sus operadores o sus combatientes; juegos públicos, teatros, circos, manadas de bestias feroces, aggritos de gladiadores entretenidos por el Estado o por los ciudadanos; el pueblo en una tumultuosa ociosidad; las tribunas abiertas a todas las encucijadas a los agitadores de la ciudad para a todos los siniestros rumores, las quejas y falsas calumnias; las sediciones de los ciudadanos, de la plebe, de los libertos y hasta de los esclavos; en fin, las numerosas legiones de soldados o de veteranos, verdaderas ciudades en la ciudad, infundados como una clientela a tal o tal general para las necesidades de su gloria o de su ambición, que a su vez se acordaban a imponer el orden y al pueblo que los pagaba una orden humillante o sangrientos desordenes.

Tal era la situación de la república en los tiempos en que Coras se engrandecía para destruirla.

El noble nacido entre la procreación de Surnio, el verdugo de los nobles, y las procreaciones de Sylla, el verdugo de los plebeyos. Era época explícita sus ambiciones y su impiedad hacia semejante libertad. El primer sentimiento que debió elevarse en su alma fue desapegar de la república. Un gran hombre virtuoso se habría presumpido de reformarla y de restablecerla; un gran hombre depravado debió presumirse de avasallarla y de usurparla deante y de dominarla.

VI

La naturaleza y la fortuna habían formado al hombre que representase bien en papel.

El poseia todas las calidades que se dicen a los hom-
bres y todo lo que los cautiva; un gran nombre, una
gran bellera, un gran genio, un gran caracter. Del
solo puede decirse que habia nacido popular.

Su familia era de los mas antiguas de
Roma, en donde la antigüedad de la raza era
una consagracion a los ojos del pueblo. Su san-
gre estaba mezclada con la de los dioses. La pri-
mera vez que hablo en publico, en los fune-
rales de su tia, enumeró con arrogancia sus
abuelos como titulos a la atencion publica:

„Mi abuelo materno”, dijo, „descendia de abuelo
„chorius, el tronco de los reyes de Roma, la
„familia Julia de la que desciende la reina,
„tiene su origen en la misma Venus. Asi
„que yo veno en mi sangre alguna cosa de
„la magestad de los reyes, tan poderoso entre

"los hombres, y de la majestad de los dioses que
"son los superiores de los reyes!"

La riqueza de aquella casa correspondia a su
antigüedad. Poseia inmensos dominios rurales en
el Lazio, una considerable clientela en Roma,
el habito hereditario de los grandes cargos, mil
haceres de esclavos en sus tierras, un palacio y
numerosos jardines en la via Suburra, el ban-
co senatorial de los viejos patricios. Su pa-
dre, que murio joven, lo dejó, bajo la tutela
de su madre, dueño de una libertad y de una
opulencia precoces. Et la edad de diez y seis
años empezó a llamar la atención por su nom-
bre, por su rostro, por sus prodigalidades y
por su noble familiaridad con el pueblo. La
irresistible seducción de Venus, de la que se pre-
tendia descender, parecia encontrarse en sus fac-

ciones en caracteres mas visibles. Su estatura era elevada, delgado y flexible; ananchaba à pie por las calles de Roma mas que en Litoria, para hacerse admirar de las mugeres y ser bien acogido por el Pueblo por medio de esta afectacion de igualdad. Su traje, elegante en su negligencia, estaba calculado para hacer resaltar los atractivos de su persona; un cinturon aflojado, cuyo nudo caia medio desatado sobre las piernas como un cinturon de muger, le daba el aparente abandono de que los hombres severos de Roma censaban à los jóvenes voluptuosos, hombres del cinturon desamudado (homines de cineti). El discurrir que esta designacion denotaba de costumbres en la juventud no desagradaba al Pueblo que gustaba e' era indulgente con los estluciosos, como si un poco de in-

no cayese en gracia a sus favoritos. La austeridad
 & austeridad interponia demasiada distancia
 entre el plebeyo y el patricio; la ciencia los
 aproximaba, ella daba a los unos la necesidad
 de la indulgencia, a los otros el derecho de la
 familiaridad.

El sobresaliente instinto de joven besar
 le habia descubierta ese misterio de las populari-
 dades consumadas. El amor de los placeres y
 la vanidad del adolescente lo auxiliaron de
 consuno a desempeñar ese rol de licado termin
 no medio entre la popularidad y el desprecio,
 en el que con frecuencia la popularidad se
 resvala. El cuidaba su bellera no solo co-
 mo un atractivo, sino como una potencia.

Su cabellera flotante, siempre alisada
 con el peine de marfil, perfumada de aceites

odoríferos, caída sobre la frente y sobre las sienes,
 y pegada con una venda, ocultaba á las miradas
 el único defecto de su rostro, una calva pre-
 matura. Aquella frente estaba modelada como
 por la mano del escultor: la perfecta ar-
 monía de las facultades, ~~era~~ combinada
 con una facilidad que las complementaba, ~~no~~
 discurría todo precipitadamente, protuberancias ó
 arrugas; él pensaba sin que se le viese refle-
 xionar, tan rápida era en él la idea, tan na-
 tural y espontánea! Su tez blanca carecía de
 vello en el pecho, en el rostro y en las pier-
 nas. Sus ojos eran negros cuando su espíritu
 reposaba; en las ensueñas del alma se teñían,
 dicen sus retratistas, de mercedarios matices y
 de rayos de fuego que hacían su color dorado;
 parecían que laureaban la mirada como una

flecha, tan lejos y tan profundamente ~~como~~
 según su voluntad. Sus orejillas tenían la
 polidez del estudio ó de la voluptad toti-
 gada. Su boca, bien abierta y resaca, no te-
 nía ni severidad, ni contracción, ni desden; pa-
 labras graciosas aflerian como de su origen. Su
 voz sonora y armoniosa se oía facilmente des-
 de lejos, la benevolencia modificaba el fuerte
 acento. Su gesticulación participa de ese desen-
 universal de agrada. Tendia su mano con cor-
 dialidad á los que lo saludaban por su nom-
 bre, cualquiera que fuera la clase del salu-
 dador, y la apretaba ligeramente ó con fuer-
 za según la conveniencia ó la amistad.

Tal era Cesar á los diez y siete años:
 considerado ya por los ancianos, envidiado de
 los juvenes, idolatrado de las mugeres, acari-

into del pueblo, designar a las precoces funciones de las altas magistraturas, estudios, letras, elocuencia, disipados, aspirando a todas las superioridades, hasta a la de los reinos, nacido para ser la salvacion o la perdida de su pais.

VII

Fue durante los ultimos años de la dictadura del viejo Sylla, cuando hizo triunfar no un orden durable, sino una tirania precaria sobre otra tirania. Las agitaciones promovidas por los Gracos, patricios faciosos aversados a los seducidos del pueblo y abandonados por sus complices a la venganza de los Patricios; la dictadura de Chavio, demagogo soldadesco sin genio y sin virtud, muerto de los excesos del vino venidos por los excesos de sangre contra la noble-

za, hasta al mismo pueblo habia causado con sus convulsiones. Sylla general afortunado, patriota implacable, se habia apoderado de la dictadura, sin tratar de pacificar o de reformar la república; Sylla, represalia viviente de chario, por toda política continuaba los seguimientos. Bionti, tan solo degollase los demagogos y los plebeyos, en lugar de degollar los tenedores y los nobles. La dictadura no habia sido sino una larga continuación de patibulaciones. La república, incapaz de vivir de virtud vivia de estupro.

Otra represalia, despues de la muerte de Sylla, no podia dejar de suceder a la represalia de aquel aristocrata vengador del Senado. Los primeros sintomas de una reaccion popular revelaban ya una fermentacion civil. bajo la

vianos de hierro de Sylla. Algunos jóvenes nobles, a imitación de los Gracos, tales como Dolabella, Lepido, Craso, Cesar, Catilina, prestaron su voz al pueblo abatido y disputan la popularidad a expensas de su clase noble.

El pueblo ama naturalmente los tribunos y le creen de lo alto y que le parecen generosos cuando adoptan su causa. Los demagogos vendidos del pueblo, le son sospechosos de buscar fortuna más o' importancia en las revoluciones; los aristocratas populares llevan al pueblo en guerra y en prestigio más de lo que le merezcan; y además le imponen un respeto que no le inspiran los agitadores de su seno. No hay q' olvidarse, el nombre vale algo en el hombre. Hay pasado en el presente.

El nombre nuevo experimenta, a'ne pe-

tar, la necesidad de volverse al nombre antiguo.
 Esta especie de nobleza no es creada por las leyes
 ni por las prescripciones, sino por la naturaleza.
 Ved los Graos, ved á Cesar en Roma, ved á Chi-
 robeau, ved á Lafayette en Francia! Es siem-
 pre la mano de un Patricio tendida de arriba
 á quien la que levanta, la que ~~establece~~ subleva
 ó la que dona al pueblo.

VIII

El joven Cesar los sabrá todo por intuición.
 El se mantendrá, desde los primeros dias de su vida
 pública, sobre ese limite indeciso en que los patri-
 cios del Senado podian ver en él un conservador
 de sus privilegios, y en que el pueblo podia espe-
 rar en el joven patricio un sucesor de los Graos
 y un punto de apoyo, un tribuno de sus de-
 rechos. Era actitud equívoca, mal encubierta

por la fama de disipacion, de prodigalidad, de epicurismo, que él se habia creado en una adolescencia afeminada y licenciosa, lo ocutto algun tiempo á las sospechas sombrías de Sylla. Una circunstancia domestica le hizo estallar.

Cesar á los diez y seis años habia sido desposado por su madre con una opulenta heredera, hija de un simple caballero romano, llamada Bossunia. Habiendo llegado á la edad viril y guomarrado de los encantos de Julia, hija de Cinna, rehusó concluir el matrimonio, y se casó con Julia. Cinna que habia sido dictador, era un nombre odioso y sospechoso á Sylla. Este era enemigo de cuanto habia pertenecido al partido popular; se ofendió de aquella union de un joven, sobre el que se fundaba tantas esperanzas, y tantos temores, con la hija de Cinna; por medio de la

redución y de la amenaza quiso obligar á César á
 repudiar á Julia. El amor fue la primera inmu-
 nidad del espíritu de César contra el dictador. Sen-
 tía la tiranía hasta en su corazón. Se indignó,
 rehusó ostentadamente sacrificios al capricho de
 Sylla la esposa que adoraba; afrontó la proscrip-
 ción y la muerte antes que desmentir su ternura.

IX

Obligado á salir de Roma por sustraerse á
 la persecución de Sylla, se refugió en las mon-
 tañas de la Sabina, así como bajo el techo de
 uno de sus amigos, ó en la casa de campo de
 otro, por hacer perder el rastro á los soldados del
 dictador. Una noche que erraba así en la campaña
 de asilo en asilo y que la fiebre que lo aquejaba
 quemaba sus piernas, fue alcanzado por los sol-

dados. El no cirto' la muerte sino comprada, al
 precio de trescientos mil sestercios, el silencio y
 la piedad del centurion que lo mandaba. Sylla ha-
 bra confiscado todos sus bienes, y lo habia declara-
 do incapaz de ejercer cargos publicos. La inter-
 vencion de su familia, de sus amigos y de las ves-
 tales, peticionarias sagradas a las que Sylla
 nada recusaba, aplacó ~~no~~ bien que no convencie-
 se al dictador. El habia presentido al sucesor de
 cesario ^{o aquel} ~~el~~ joven voluptuoso, de cintura de-
 satada y vestido flotante; se rindió a la impor-
 tunidad mas que a la clemencia. La tirania
 tiene ojos que leen mas alla del alcance de la
 mirada en la sombra del porvenir. Sylla era
 un hombre que habia acumulado contra su
 persona demasiadas venganzas para no pro-
 pterarse a si mismo una opiacion cierta

en un inevitable sucesor; pero su vejez, y temía
ya la indiferencia de un tirano a quien la
muerte va a proteger muy pronto contra las
reprisalias de la tiranía. Poco le importaba en
aquel momento que Roma tuviese un faccio-
no de mas ó de menos despues ~~de~~ de él!

„Vosotros lo queréis,“ dijo a las Vestales y
a sus propios amigos, que le garantían la
perfecta inocuidad de Cesar, „yo consiento; pero
acordaos que os arrepentiréis y que en ese ju-
icio ven tray mas de un chario!“

Este nombre de chario no asomaba por
casualidad a los labios de Sylla; porq. el
viejo chario se habia casado con Julia, tia
de Cesar, y este parentesco con el nombre cuyo
solo nombre hacia estremecer a los Patrios
llamaba naturalmente sobre el sobrino de chario
la sospecha de alguna conagüidad de partido.

X

De cualquier modo que sea, Cesar perdonado volvió á entrar en Roma y restableció con su fortuna el curso de sus prodigalidades y disipaciones. Parecía que quería hacer olvidar á todos de su patria el mal que se había tenido de él, por sus elegancias, sus deudas y sus escándalos. Su domicilio, abierto á todos los honores y á todos los placeres, era el foco común de todos los jóvenes licenciosos de Roma. Se profesaban las doctrinas de Epicuro; se había farsa oclado, en tumbros, de las leyes y de los dioses de la república. Cesar era á la ver el anfitrión y el modelo de aquella juventud; él daba el tono á Roma, buen gusto á los vicios; se le citaba como el hombre que mejor sabía dar á todas las liviandades la gracia de la ligereza y las

Fortuna que el trastorno de su país. Sus deudas, que casi todas provenían de sus liberalidades ~~hechas~~ prodigadas a los agentes de las intrigas populares, se elevaban ya a ocho millones, (francos) cantidad que cuando nuevo representaba entonces cuarenta millones.

XI.

Suetonio, su historiador doméstico, lo representa en aquella época de su vida como el Alcibiades romano, pero como un Alcibiades que no tenía Sócrates.

„Su traje,“ dice, „era afeminado; las franjas que guarnecían su taticlave (vestido de encisna) descendían hasta sus manos. Sobre este vestido andaba siempre su cinturón mal atado. Amaba con pasión el lujo y la magnificencia. Había hecho construir

„ en el delicioso sitio de Larina, cerca de Albano,
 „ una casa de campo cuya construcción y decorac-
 „ iones se habian costado sumas enormes; la hi-
 „ zo demoler antes de habitarla, por algunas
 „ ligeras imperfecciones. En sus viages, hacia car-
 „ gar en sus bagages, ^{y estrados} ~~pasajeros~~ muebles con-
 „ truidos de maderas odoríferas y pavimentos
 „ de mosaicos para no pisar sino sobre mar-
 „ ravillas del arte. Nada economizaba para
 „ corromper a' precio de oro las lenguas a'
 „ quienes no bastaba á reducir su bellera y
 „ su celebridad. Antes de la edad de veinte y
 „ dos años, habia ya arrebatado á sus maridos
 „ á Porthunna, muger de Servio Sulpicio, á
 „ Lollia, muger de Gabirio, á Tertulla, mu-
 „ ger de Crasso, á Clencia, muger del gran
 „ Pompeyo, á Servilia, en fin, madre de Pseu-

"tro, la mas ^{carra} ~~grande~~ de sus conquistas. Le sajan
"lo una perla del precio de muchos miles
"pes de exterior."

El se ^{vanagloriaba de} ~~glorificaba~~ sus reducciones, y, antes de
aspirar a otras celebridades, aspiraba a la celebra-
cion de sus desordenes; cuanto mas ^{g' noble} ~~ilustre~~ era
la familia que deshonraba, mayor era el honor
que reportaba. De todos los excessos, el unico de que
se abstenia era el del vino, porque el vino per-
turba la inteligencia y el que se procura a si
mismo para poseer a los demas. Caton que
que intentaba en la virtud el excessos que Cesar
afectaba en los escandalos, le hacia ironica-
mente esta justicia: "De todos los que," decia
"Caton, " ~~que~~ se han propuesto arruinar la re-
"publica, este joven es el unico que ha sido so-
"brio." Tibero Graco con frecuencia se habia pre-
sentado ebrio en la tribuna, y chorizo era un

ebrio de carates.

Semejante prodigio necesitaba para gustar poseer un día el imperio. Así es que los historiadores están de acuerdo en decir que era tan avaro como generoso, y que empleaba tan poca probidad en vender como en comprar los honores y las provincias de la república.

XII.

Pero sus disipaciones, dice Suetonio, no le impedirán cultivos arduamente todos los talentos convenientes, por cuyo medio se adquirían en Roma los altos honores públicos, y aun los convenientes mas elevados todavía que conducen á los honores de la posteridad. Toda gloria le era aceptable, y él era capar de todas las glorias. Sus primeros discursos en el Forum, ante el pueblo, no le dejaron por rivales sino los primeros oradores de Roma, en un tiempo

en que Roma poria al viejo Antonio y al mismo
 hicieron. El mismo Ciceron en su tratado del Orator,
 dedicado a Bruto, habla, sin favor como sin
 envidia, la palabra brillante, grandiosa y opu-
lenta de Cesar. "No ^{deca,} conosco ^{ninguno} de quien
 se pueda decir que Cesar es el segundo." Despues,
 para convencer a Bruto, que un dia debia so-
 focar esa elocuencia bajo el puñal: "Que
 orador," agrega Ciceron, "podrias preferir en-
 tre los que nos han cultivado sino este arte de
 hablar? Quien podria aventajarlo en la abun-
 dancia y el vigor de la idea? quien en la elegancia
 y esplendor de las frases?"

Los discursos escritos por Cesar que se conser-
 vaban todavia en tiempo de Augusto, ya sea
 en el Forum o bien en el Senado, o en el campo
^{al frente de los}
~~centros~~ soldados, antes de las batallas q. dio en
 España, se dice que no expresaban sino imper-

fectamente, la gracia, la fuerza y la abundancia de sus arengas. Ciceron y otros contemporaneos dicen que sus poesias igualaban a sus arengas, y que no eran inferiores a las de ningun otro poeta romano en un tiempo en que ya fermentaban Horacio y Virgilio. Un poema sobre los viajes, una oda a Hercules, una tragedia de Edipo, lo habian exercitado en la poesia didactica, lirica y dramatica. Los ensayos se han aborrido en su gloria como los rayos del astro en el ocaso. No se puede juzgar de ~~seguridad~~ esas composiciones sino por la impresion que hicieron en Ciceron. La impresion de Ciceron es un juicio tan competente como el de todo un siglo.

En cuanto a sus opiniones religiosas, eran tales como las puede tener un hombre que no se proponia desde su adolescencia sino dos

fines en la vida, ~~de~~ el placer sensual y la ambición. El profesaba en moral el axioma que condena los pequeños crímenes y absuelve los grandes: que, siempre que no se trata del imperio, es conveniente sugetarse al deber y a la virtud; pero que es de necesidad salvar el juego cuando el precio del crimen vale la pena.

En religión, profesaba abiertamente el ateísmo y la igualdad después de la muerte entre el bien y el mal consumado por los mortales. "La muerte no es más un sueño eterno."

"No," se atrevió a decir en el Senado en su oración sobre los cómplices de Catilina; "ella es el fin de todo; mas allá del sepulcro, no hay felicidad ni suplicio!"

"Se sabe en efecto," le contestó Cato, "que misais como folbulas lo que repere del islo y

„ de los infernos, sobre la diferente suerte que
 „ espera á los justos y á los malvados despues de
 „ esta muerte, sobre las mansiones tenebrosas, for-
 „ midables, llenas de horror, donde los criminales
 „ van á expiar sus iniquidades. „

Cesar no denuncio por ningun gesto ni por
 palabra alguna la opinion que Caton tenia
 de atheismo. La fe que espone los escrupulos y
 los remordimientos era la que conducia á su
 ambicion.

XIII.

Las altas magistraturas del culto eran tan
 esclusivamente civiles en Roma, que Cesar, á
 pesar de su impiedad manifesta y su juven-
 tud se atrevio á solicitar los repagios por ob-
 tener el soberano Pontificado, empleo honori-
 fico que conducia á los primeros poderes del

Estado, y ~~pero~~ ^{del} que habían estos revertido algunos de sus antepasados. Él se veía seguro de triunfar de sus concurrentes, cuando Sylla se indignó de la audacia del sobrino de Curio y frustró brutalmente su candidatura.

Cesar, convencido que mientras Sylla viviese no habría para él, ni honores ni seguridad en Roma, partió para el Asia menor, a fin de iniciarse en la guerra bajo las órdenes del general Romano que combatía á Antiochos, ese príncipe asiático. La galera que lo conducía á Asia fue apresada, no lejos de la costa de Mileto, por piratas de Filicia que en aquella época barrían la mar del Archipiélago y que exigían rescate de sus cautivos. Los piratas después de haber conducido los jóvenes patricios á una de las ensenadas estraviadas de la costa de Filicia, que todavía hoy día sirven de guarida á sus

Mulcaadores maritimos, permitieron a su galera de
vogar hacia Chileto para traer el rescate de su
prisionero.

La libertad de espirtu, la gracia y justa
la insolencia con que besas se condijo ante sus
carceleros, encantaron a estos aventureros. Mas los
geador que ofendidos de tanta audacia, lo trata-
ron como a un huesped ilustre, y no como a
un cautivo, supriendolo en todos sentidos, y hasta
las amenaras jocosas de crucificados despues
que les hubiese pagado su rescate, ^{volvian a} si lo encontrar
^{en sus viajes}
~~en~~ ^{menos} frente que él; los Piratas todo lo to-
teraban por su buen humor, su confianza y por
su juventud.

La galera de besas volvio de Chileto cua-
tro dias despues, conduciendo los inmensa talent
tos que el mismo besas habia fijado por su
rescate, en lugar de los veinte exigidos por los

Asiáticos, suma según el demasado inferior á la apreciacion que hacian de su nombre. Pero, apenas desembarcados en Bithynia, arrió en chelos una escuadra á su corta contra los Griegos, los sorprendió todavia en la rada en que los habria dejado, les quitó la cantidad pagada por su rescate, y, habiéndolos conducido cargados de cadenas, á Pergamo, los hizo ejecutar, como les habia prometido, por la autoridad de Nicomedes, rey de Bithynia, príncipe aliado y vasallo de los Romanos.

XIV

Su mancion en la corte del rey Nicomedes y las condescendencias que se le causó haber tenido con este joven rey asiático, entusiasmado de su belicosa, mancharon para siempre su reputacion. Las sospechas de este comercio infame

entre el joven Romano y el joven rey de Persia
 uno se esfuerza á encontrar hasta en los sarcasmos
 de Ciceron, litigando contra Cesar en el Senado, y has-
 ta en las canciones de sus soldados cuando au-
 chaban en pos de su carro de triunfo. El con-
 dote de reina de Bithyria fue por mucho tiempo
 por el infame robo apodo del favorito de Cris-
 tianides, Cesar, sin embargo, es justo asegurarlo,
 desmintio constantemente con indignacion aquel
 rumor publico. El que se ^{renglaugdo} ~~adornaba~~ con todos
 los vicios, se avergonzaba al menos de estos se
 avergonzaba de este.

XV

Despues de haber servido como voluntario
 en el exercito del pretor Junio y encontradose en
 algunas campañas contra Mitridates, que insulta-
 ba los Estados del rey de Bithyria, se con-

banó en la escuadra que iba á reconquistar pa-
 ra los Romanos la isla de Stintylene, y mereció
 por su intrepidez en el asalto de la ciudad una
 corona de laurel, su primera decoración mili-
 tar. Por afeminado que fuese en sus costumbres,
 él sabía que en Roma la gloria de las armas
 era, con la elocuencia, la designación de los
 nombres futuros á las ciudades y á los reinos del
 mundo. Entendía bastante la omnipotencia
 para comprender que ella valía tanto como la
 vida. Este desden reflexivo de la muerte fue
 la base de su intrepida ambición.

Se acuerda de Roma que Sylla, enveje-
 cido y fatigado de la tiranía, iba á abdicar ó aus-
 nir; el dictador dejaba flotar el yugo; César po-
 día volver á Roma sin peligro; altas candida-
 turas se le ofrecían. Fuero la constancia de no-

sistir á este incentivo. El queria perfeccionarse en
 la filosofía, en las letras, en la elocuencia sobre todo,
 á fin de volver á luchar con una superioridad
 contra sus grandes rivales octobrunes, Hortensio
 y Cicero.

XVI

La isla de Rodas, era colonia de Atenas y
 sobrevivia á la madre patria, era entonces para
 los Griegos, para los Asiáticos y para los Roma-
 nos, la gf. Roma moderna fue, bajo Leon X,
 para el Occidente; la escuela de las artes y de
 las letras para el universo. Los últimos Grie-
 gos, á quienes su patria conquistada y su liber-
 tad perdida no dejaba otro imperio que el del
 espíritu, profesaban la estatuaría, la pin-
 tura, la filosofía, la retórica, el arte de la
 tribuna de la voz y del gesto. Cesar no se

considero humillado por recibir, como un discípulo
 poco semi-barburo, las lecciones de los discipu-
 los de Platón y de Demóstenes.

Estudio la retórica civil y la retórica po-
 tética bajo la dirección del celebre profesor Mr.
 Rou, que yo había sido el Maestro de Cicerón. El
 aprendió todo cuanto el arte puede enseñar a
 una tan rica naturaleza, para expresar el pen-
 samiento por medio de la palabra; el orden del
 discurso, la simetría de la expresión, la elección
 y la sobriedad de las imágenes, las transiciones,
 esas frases variadas del mismo raciocinio, la
 disposición de los argumentos, los movimientos,
 esas conmoviones del alma, el calor creciente pro-
 ducido por la progresion, las peroraciones, ese em-
 puje de las arengas que mueve todos los hilos de
 la discusión en una sola madeja, que las

estrecha en vigor entomo de las convicciones reas
 menidas del orador y que denfia al auditorio a
 a que se le ovoida; en fin, la actitud, el acento,
 el gesto, la mirada, era elocuencia de vstro
 que complementa la elocuencia del espirtu. Es
 tudis tambien la historia, ese maestro de toda
 experiencia y de toda politica. Como se ve, los
 Griegos de entones empleaban toda su superioridad
 de inteligencia en formarse opresores mas
 cumplidos.

No fue sino muchos meses despues, em-
 pleados en estos estudios, cuando Cesar supo la
 muerte de Sylla: entones se embarco para Roma.

XVII

Habia entones en Roma, aunque transi-
 toriamente, un vacio de tirania que dejaba un

Poco de respiro a los grandes ambiciones sofocadas,
bajo la omnipotencia de Sylla.

El único hombre que dominaba con su fama, con su crédito y con sus armas los partidos prontos a volver a chocarse, era el gran Pompeyo. Su fortuna; mas que su merito lo habia hecho el arbitro de los Romanos. Su modesto nacimiento no le inspiraba ni el orgullo de los nobles ni el odio de los plebeyos; su educacion politica bajo Sylla, se quisiera habia sido discipulo y temiente, le daban la confianza del Senado; la debilidad de su caracter y la pobreza de su espíritu, dejaban la esperanza a todos los partidos de inclinarse a sus caprichos. Sus victorias sobre atrozidades en el Asia, la mar que el habia librado de los piratas que amenazaban el abasto de trigo de la Italia, lo habian elevado, por grandes servicios, a un grado de autoridad al que no faltaba sino el título

tulo de dictador. Su gobierno de España y las
 numerosas legiones que el Senado le permitia man-
 tener habian reunido en sus manos todos los ejer-
 citos de la republica. La guerra en fin, ^{de guerra} en ^{de guerra}
 de la fortuna y las contingencias imprevistas se
 reservan con frecuencia tanta parte como el genio,
 lo habia circundado, y en todavia, de un prestigio
 y de una magestad de gran nombre cuya sola
 discusion habria parecido una especie de blasfemia
 ó de impietad contra la patria. Hoy asi, en to-
 das las epocas y en todos los paises, hombres feli-
 ces, sagrados por la casualidad de las batallas, de
 los que se acepta por un acuerdo comun la su-
 perioridad, hasta tanto que la fortuna los encara
 cuerpo á cuerpo y los precipita de su pedestal.

Tal era Mambray. en su estado á la altura
 de las grandes dificultades del gobierno
 de Roma desde la desaparicion de Sylla, el

con el instinto de su estabilidad
 se abstenia, de abordarlos de repente. Se contentaba
 con reinar de lejos, en España, por el número de
 sus legiones y por la ostentación de sus colonias de
 Veteranos; en Italia, por el crédito de sus Partida-
 rios en el Senado y sobre todo por la balanza de los
 Partidos, que su perpetua indecision de espíritu, y
 su actitud equívoca entre el pueblo y los Patrios
 mantenía siempre en suspenso.

Se leveja en todas las discusiones del pueblo
 y de los nobles, dividir con bastante equidad los di-
 ferencias, proponer composiciones conciliatorias, adop-
 tar transacciones, conservar así la reputacion de
 hombre prudente en el Senado, de hombre nuevo en
 el Forum, y fundar en su provecho ese justo me-
 dio que con apariencia de provido, no es con fuen-
 cion sino efecto de habilidad. Hombres tales, que
 parecen aplazar las soluciones, son admirable-
 mente propios para hacerlas insolubles; pero de-

entre tanto, y parecer a bitros de las cosas,
cuando no son sino los juguetes.

XVIII

El hombre de Pompeyo en Roma duran-
te sus ausencias, era Ciceron.

Si ~~se~~ se midiese a los hombres tan solo
por la inteligencia y no por el caracter y la fortuna
na, ninguno en Roma, y tal vez en toda la anti-
güedad, seria tan grande como Ciceron. Pero el
maquinista, la fortuna y el vigor de alma no le
habian sido tan prodigos como el genio. Criado
en Arpinum, pequeña villa del Lazio, de padres
oscuros, ilustrado solamente por la poesia, por
la soberana elocuencia en el foro, elevado al sena-
do y a los altos cargos de la republica por el
favor de los patricios, pero tratado por ellos
como hombre útil a su causa mas bien que co-

uno ni igual, hicieron tener en la aristocracia la es-
 pecie de inferioridad de lo que en Roma se lla-
 maba un hombre nuevo, y en el partido plebeyo
 tenía la envidia y la impopularidad que acompa-
 ña al hombre subido en la aristocracia. En
 los días de tribuna su elocuencia triunfaba de
 sus dos obstáculos, y, si hubiera tenido el carácter
 tan bien templado como la inteligencia, pu-
 do ser Mario, Sylla, Pompeyo, Cesar y tener en
 su patria la dictadura de saber y de la política,
 y salvar la libertad de la dictadura militar.

Ciceron, independientemente de sus talentos,
 era, en toda la extensión de la palabra, un hom-
 bre de bien. Amaba la virtud no solo como
 bello sino como santo; se ambicionaba su vida
 por un poco de vanidad, aspiraba a elevarse,
 pero por vías honestas; no habría comprado
 ninguna grandera al precio de un crimen;

tenía una inmensa necesidad de la estimación
 de los demás, pero antes que todo de la estimación
 con de sí mismo. Las letras que él cultivaba
 con pasión desde su infancia, lo habían no so-
 lamente civilizado, sino que también respirado su
 carácter; él quería ~~ser~~ por sus costumbres y
 por sus acciones mantenerse a la altura ideal
 de sus modelos en la antigüedad; él pensaba,
 hablaba y se conducía como si estuviera ante
 los dioses y ante la posteridad. Su misma gra-
 nía había bastado para hacerlo probo, porque
 él no quería aparecer ante el porvenir con la
 menor mancha sobre su gran nombre; él se
 creía responsable ante los siglos venideros.
 Su religión, bien que él la hubiera desmi-
 nado, como todos los Romanos ilustrados de
 su tiempo, de las groseras supersticiones del
 Olimpo, gobernaba su vida. Ella consistía

en esa fe' insata superior á todos los dogmas locales, en una divinidad tan providencial como evidente y justa, de la que todo suena y en cuyo seno todo entra despues de las profetas misteriosas para expiar ó para ser remunerado segun la vida. El dios de Sócrates y el Platon era el dios de Fieson; el amoldado se alia á ese tipo divino.

crada faltaba pues á ese orador cumplido sino el musculo que mantiene en pie la estatua viva del hombre. Estaba sujeto á involuntarios abatimientos de corage. Necesitaba un punto de apoyo fuera de si mismo: admisible para ser el segundo actor en el universo romano, incapaz de ser el primero.

El sentimiento que tenia de si mismo le habia hecho buscar su apoyo en Pompeyo, al que Fieson sobresalia por su cubera, así

como Pompeyo lo dominaba á el por su fortuna.
El era su polaco en el Senado.

XIX

Caton era el terreno de esos hombres principales, sobre los que Roma dividia sus miserias en sus agonias civiles. Pero Caton tenia el espeso de caracter como Ciceron el de la debilidad; era un despota de principios, un tirano de virtud, uno de esos hombres que no perdonan nada al tiempo, nada á las circunstancias, nada á la debilidad humana, y que hacen impracticable la virtud á fuerza de hacerla de preceptos.

La virtud politica es como el oro; es de necesidad, para hacer ductible este metal y para convertirlo en moneda al uso del comercio humano, delificarlo por medio

de la ley de otros metales. Caton batia su mo-
 neda con martillos de su solo uño; se inquiere-
 taba poco de que la recibiesen en circulación ó de
 que se la ~~separar~~ rechazasen en Roma, él no
 admitia ninguna composicion, y declaraba cor-
 rupto ó criminal á todo aquel que no se
 aviesere con su rigidez; así, el hablaba bien
 pero hablaba en vnos; aconsejaba siempre, pe-
 ro aconsejando lo imposible; estimado de todos,
 inflexible y casi feroz de austeridad
 pero con una estimacion ^{de} ~~de~~ ^{reyes} ~~de~~ ^{de}
 nombres que la posteridad coloca en sus mu-
 seos, pero que las naciones no admiten sino
 para el ejemplo de sus consejos; el mas irre-
 prochable pero el mas inútil de los hombres
 virtuosos.

Caton tambien se inclinaba á Pompeyo,
 porque Pompeyo era honrado y pretendia

restablecer la antigua magistrad del Senado, que los renovadores se esforzaban en abalar hasta el pueblo.

Un numero considerable de nombres secundarios, desde el orador ~~Portensio~~ hasta los agitadores como Clodio, y hasta los demagogos como Cato y Catilina, se dividian en Roma el ~~suavista~~ influjo sobre el Senado, sobre el pueblo y sobre la plebe, a espaldas de Pompeyo, Cato y Cicero.

Cesar llego a la hora mas propicia a un ambicioso, cuando todo es indecision entre los acempecimientos, reyertas entre los partidos, cobala entre los nombres. De una mirada de aguilas, atraveso hasta el fondo de aquella anarquia y aperibio la alhaja: el soberano poder en la her del pueblo, ^{por presu del suas} ~~para que se apoderase de el~~ ^{tribul}, del suas paciente y del suas escrupuloso. Se ha visto ya que su habilidad era intuitiva,

que su juventud le garantía el tiempo, que su virtud no lo enturbaba cuando se trataba del imperio, y que su altísimo lo emancipaba de todos escrúpulos.

XX

effecto' los mismos vicios amables que le habían valido el favor del pueblo, y la ambición natural y moderada á que lo autorizaba su nacimiento. No quería hacer sombra ni á Pompeyo ni á Cicerón, ni aun á Clodio, pero estudiando el germen de las facciones que fermentaban en Roma, en la capital, en las provincias, trató de neutralizar aquellos que iban á madurar y á fomentar los que iban á aparecer de modo que viviese en una transición primero entre ellos, después para extirparlos todos á la vez bajo el ascendiente que le habían

cada uno á su ~~de~~ turno.

Para cualquiera que estude con inteligencia
 los principios de las intrigas de estos, es im-
 posible que no aperciba en él un maquinemien-
 to consumado disfrazado bajo la máscara de
 elibridades, y en politics ocultas al hervor
 de un ^{hombre} ~~hombre~~ de una ligera apariencia, tra-
 no jamas un plan preconcebido de tan lejos;
 ningunas adherencias ^{tan} ~~de~~ fuerza á sus
 raices suyas ó maltratos los hilos del hilo
 en que el creditaba aprisionar la libertad
 de su patria. Si el hubiera sido tan honrado
 como fue habil, se habria hecho el discípulo
 de Catón, el amigo de Cicerón, el cliente del
 gran Pompeyo, el ornamento del Senado, el
 moderador del pueblo, el idolo de las legiones,
 y sobre la huella de estos últimos vestigios de

la virtud romana, habria no salvado pero al
menos prolongado y honrado la republica.

Estas ideas eran tan naturales y patrio-
ticas, que durante largo tiempo se creyo obli-
gado a afectadas para adajarlas con la popu-
laridad la estimacion; pero sus manejos epi-
gian sus actos. El encuentro mas sencillo fo-
mentar la corrupcion en la republica que
curarla. Los politicos que no creen en los dioces
son consecuentes burlescos de los hombres. Ce-
sar, pues, desde su regreso a Roma no tuvo
mas que una idea que se resume en toda
su vida, la idea de los hombres que no tien-
nen otra divinidad que ellos mismos: en
grandes! Toda su historia moral podria
compendiarse en esta sola palabra.

XXI

Era necesario primero deslumbrar al pueblo por el brillo de ^{esta} ~~su~~ elocuencia que, más que todos los otros dones, encanta á un pueblo para el que el Forum era el perpetuo espectáculo del día; era á mas necesario acreditarse en las provincias proclamando intereses por sus causas; era necesario en fin ostentar cierta audacia de probidad que gustaba hasta á los despreciadores del mundo, haciendo el cumplido del desinterés y de la justicia contra algunos ilustres comensurarios.

El acuse á Dolabella y á Cicerón, opresores y espoliadores de la Grecia, como Cicerón había acusado á Verres, espoliador de la Sicilia. Las dos acusaciones le valieron la clientela de la Grecia, el aplauso del

XXI

Era necesario primero deslumbrar al pueblo por el brillo de ^{esta} ~~su~~ elocuencia que, mas que todos los otros dones, encanta á un pueblo para el que el Forum era el perpetuo espectáculo del día; era á mas necesario acreditarse en las provincias proclamando intereses por sus causas; era necesario en fin ostentar cierta audacia de probidad que gustaba hasta á los despreciadores del mundo, haciendo el cumplido del desinterés y de la justicia contra algunos ilustres concusionarios.

Le acusó á Dolabella y á Antonius, opresores y espoliadores de la Grecia, como hicieron también acusado á Verres, espoliador de la Sicilia. Las dos acusaciones le valieron la clientela de la Grecia, el aplauso del

pueblo, la estimacion de los buenos ciudadanos.
 Roma fingió conmovida ante el cuadro de sus
 propios crímenes. En nuestros dias, con un
 gobierno analogo al Senado de Roma, la
 Inglaterra se ha conmovido y pasionada por
 las acusaciones de sus oradores Burke y Sheridan
 contra los excesos de Hastings en las Indias.
 Los pueblos, cebados en las rapiñas del
 mundo, quisieran tener el derecho de repudiar y
 afrontar sus instrumentos.

XXII

La palabra degante, griega y substantiva
 de joven orador patricio, se aplicaba al pue-
 blo romano, como cedor tan egrotada en el us-
 te de bien decir. Hortensio y Ciceron se admiraron
 de tener un igual. Cesar multiplica sus triun-
 fos oratorios y su clientela ^{dependiente} ~~placentero~~ gratuita.

mente, como abogado, todas las causas populares a las que el favor publico se adheria con anticipacion. El foro o el Forum era entonces la gran candidatura a los sufragios publicos de la multitud. El pueblo recompensaba con sus votos la elocuencia puesta a su servicio por los oradores. El ruido de sus discursos volaba por toda la Italia ^{mejor} ~~tan pronto~~ como la Polabris

Cesar confirmaba este favor a los ciudadanos con liberalidades que arruinaba cada vez mas su fortuna privada, pero este mismo vicio era suya una disciplina que en sistema: multiplicaba sus acreedores en Roma, multiplicaba los hombres interesados en su elevacion, para recobrar con usura sus anticipaciones, y multiplicaba al mismo tiempo los

~~favorecidos~~, cuyos reconocimientos le aseguraban sus sufragios. Fue le importaban los millores tomados del bolsillo de acreedores que le compraban la republica y a los que el mismo daba la republica como garantia? Conterosar con su ambicion por medio de emprerstitos y de prodigalidades al mayor numero posible de individuos, no era solamente una orientacion de su fin, era su politica.

Hicieron supere a' sospechas este profundo desingnio bajo la inocencia aparente del joven favorito del pueblo. "En toda la conducta de ese hombre," escribia a' sus amigos, "eres entrever misas de tirania sobre su propio pais; pero cuando ves en seguida que el peina sus cabellos con tanto esmero y artificios, que rana lo cabera tan apenidamente con la llama del dedo, confieso que me cuesta trabajo imaginat que un hombre tan ligero y tan

Los volapetosos abrigue en su alma un designio tan profundo y puesto de arruinar la república.

XXIII

Veras sin embargo, bajo sus elegancias echaba los primeros cimientos de su designio. El pueblo le llamaba tribuno de los soldados, cargo que se disputaba á Nonopeco. Este ramo de branciento le habia la carrera de los grandes mandos militares, que se confundian en Roma, en donde no se conocia la absurda separacion de facultades, con las grandes funciones civiles. La naturaleza no ha hecho ciudadanos militares y ciudadanos civiles, ella ha hecho hombres. Prohibir á un militar el ser orador ó á un orador ser un heroe, no es acrecentar la fuerza de la patria, es inutilarla.

En el momento en que triunfaba así de

Pompeyo, César perdió su primera mujer, a la que, apesar de sus desordenes había amado tiernamente. Sea para satisfacer su dolor, o bien para interesar al pueblo, que gusta de las tragedias y de los espectáculos, César, en contradicción con la costumbre que no admitia los funerales públicos y las oraciones fúnebres sino para las mugeres ancianas, madres de clu- tres familias, pronunció el mismo ante el pueblo, en traje de duelo, e interrumpido por sus sollozos, el elogio fúnebre de su joven esposa. Por medio de esta sensibilidad ostentosa, pero verdadera, penetró aun mas adentro en el corazón del pueblo. Su mismo duelo, aunque real, era una candidatura.

XXIV

El pueblo, para consolarse, le dió sus su-

preparó para el cargo de cuestor en España, magistratura mitad civil, mitad militar, que era el primer escalón para elevarse al cargo de pretor ó de gobernador en las provincias romanas. Estas provincias, se recordara, eran reinos ó repúblicas.

Cesar desempeñó durante tres años esas funciones de juez supremo, en España, con la equidad y la humanidad de un hombre que desdeñaba oprimir á simples subditos de Roma, y que aspiraba á reinos mas altos que de un tribunal de cuestor. La levitad de su fortuna le aburría visiblemente durante esta ciosa relegación en España. El ocultaba mal su impaciencia á sus amigos; Así por de intento afectaba hacer confianza de sus aspiraciones para hacer augurar su grandera desde unas lejas. Fue allí donde se impregno de esa enfermedad

dad de la gloria que se leama envidia en las grandes almas, envidia en las pequeñas, y que se asusta de la brevedad de la vida comparada con la inmensidad de sus sueños.

Un día que enfadir visitaba el templo de Hercules, se detuvo largo tiempo delante de un busto de Alejandro, y no pudo reprimir un suspiro del que sus amigos le pidieron explicacion. Ay! dijo, "pensaba que á mi edad / treinta y siete años / este hombre habia ya conquistado el mundo, y que yo todavia no he conseguido mi gloria!"

En la misma noche sus sueños participaban de sus presumpciones del dia; pero que violentaba á lo que le habia dado la vida. Los advisors siempre complacientes á los deseos de los que los consultan, le dijeron que ese mismo le prometian el dominio, por medio de las armas, de la tierra,

nuestra madre común.

XXV

De regreso a Italia, vió sobre la marcha
 sus provincias y las ciudades cuyos habitantes opri-
 midos ansiaban por obtener el título y los derechos
 de ciudadanos romanos. El los alentó con verosimilitud
 a sostener sus exigencias por medio de peticiones
 y en caso de necesidad por medio de las armas.
 Todo gobierno se facilon merecía su aprobación
 con tal que le permitiese hacer practicar su
 popularidad.

Roma, a su regreso, le pareció muerta por
 la anarquía, que hace temer a los bu-
 nos ciudadanos, y esperar a los ambiciosos.
 Los demagogos lo rodearon y lo encontraron com-
 plie o indulgente para sus planes los mas
 desesperados de subversion. El les dio su silencio

sin dárles su nombre sin su mano! 'acceptó' el be-
 neficio de la conspiración, pero era demasiado hu-
 bil para aceptar lo odioso de su crimen. Fue
 confidente de un degiello en masa del Senado
 para dar la dictadura al antiguo consul Crasso,
 del que Cesar, en recompensa de su neutralidad,
 debia ser el primer teniente o el comandante
 general de la caballeria. Cesar debia dar la se-
 ñal del degiello a los conjurados en el Senado
 dejando caer, en el momento dado, su mano
 de las espaldas. La traición o el recordemien-
 to de Craso descubrió la conspiración.

Cesar, nombrado edil, proyectó otra ma-
 atraz, mejor combinada, con Pison, joven patri-
 cis, y como él, del partido de los demagogos. Pi-
 son debia sublevar las colonias romanas de la
 Italia, en Piemonte, en Liguria, en Lombardia,

mientras César contestaría a' esta sublevacion en
 del exterior por motines Populares promovidos
 en Roma. El Senado que habia trascurrido estos
 manejos y que no se sentia bastante fuerte pa-
 ra acusar ni castigar, se limitó a' alejar a'
 Pison de Italia dandole la investidura de Espa-
 ña. La muerte de estos emulos en sediciones
 hizo avortar la guerra civil. Pero la tea
 encendida subsistia en la mano de César.

XXVI

El título de edil, es decir de ministro de la
 capital, de los edificios, de los teatros, de las fiestas,
 del lujo de Roma, le ofrecia los medios y las ocu-
 siones de captarse cada vez mas el entusiasmo de
 la multitud.

Los juegos Públicos y los combates de
 gladiadores que dió al pueblo durante su edilidad

se cedieron a todo cuanto Musta entonces se habia
 visto. Corrompian por medio de los espectaculos
 a los que se queria aherrajar. Cuando su popula-
 ridad adquirida por sus profusiones de placeres
 le parecia bastante grande para desafiar al senado
 por un golpe de audacia imprevisto, se servia de
 su autoridad de edil, que le daba el derecho de ins-
 peccion sobre los monumentos publicos y sobre
 las estatuas, para dirigirlas mas significativamen-
 te al partido de chario. El pueblo, despararraman-
 dose por la mañana en las calles, en el Forum y
 en la capital, vio con transporte las ^{estatuas} ~~suas~~ _{suas}
 proscritas de chario restablecidas sobre su pe-
 destal. La multitud alentada por estos simulacros
 de su idolo, aplaudia la audacia de cesar. Los
 viejos soldados de chario llevaban enternecidos
 contemplando el rostro de su general.

Es asi, como, en nuestros dias, un rey,

que trataba de honrar a los veteranos y el fanatismo militar de otra época, hizo trasladar las cenizas y las estatuas de Napoleón a su patria, y recogió como si fueran para él los aplausos y las lágrimas que se derramaban por otro.

El senado, desafiado de este modo, no se atrevió ni a sostener contra la emoción popular las provisiones de las estatuas de César, ni a castigar al edil que había insultado las leyes; se contentó con reírse, murmurar y temblar. Algunos pocos senadores de Roma previeron, como debió prevverse en París, la temeridad bajo el velo de la ovación, y advirtieron en vano al senado del peligro de devolver sus ídolos a los veteranos. Uno de ellos, el más animoso después de Catón, llamado Lutacio, no temió de cargar el velo sobre el rostro de César. „Vosotros lo veis,“ exclamó, „no es por medio de

„minas y subterranos que besa rapta la repu-
blica, es con máquinas de guerra descubiertas
„y en pleno día!“

Por esta indignación de los hombres de
bien era ya un título de suos para besas
el entusiasmo de los facciosos.

XXVII

Sin embargo con una astucia que che-
quiábelo me habría sabido admirar bastante,
besas, en el momento en que acababa de dar á
la facción de chario se sigue comprendida de
conveniencia, dió á la facción de Sylla un signo
con igual de alianza. Se casó con Cornelia, mien-
ta de Sylla, ligáronse así con los unos por las
vitales de chario, con los otros por la sangre
del dictador, y háicose una candidatura de
las prendas equívocas que daba á los dos parts

tidos. La candidatura apoyada en el favor de la multitud, lo promovio al rango de soberano pontifice. Le suplico con pasión los sufragios para esta dignidad, que le aseguraba una autoridad independiente de las vicisitudes de la eleccion y tan durable como su vida. Su competidor Mauricio le hizo ofrecer sumas enormes, si quería desistir en su favor de sus pretensiones: "Má a devote," contesto Cesar a su "curiaris," "que yo ~~obtem~~ negociare mas enor- mes sumas todavia para obtener el triunfo."

El día de la eleccion, como su madre, cierta de las incertidumbres y de los tumultos de la plaza publica, no acompañase y se abarrase en el vestibulo de su casa. "Madre amia," le dijo con una resolucion que afortuna- ba hasta el crimen para triunfar, "acordate que no volveris a ver hoy a nuestro hijo sino soberano pontifice o desterrado de Roma!"

XXVII

Este triunfo ruidosamente disputado por el Senado, no hizo sino animarlo á nuevas intrigas. Toda altura no era para él sino un escabel. El disputó la pretura, que obtuvo, y el gobierno de Egipto, frente de viguera, que se le valió por el ascendiente del Senado y de los Patriotas. Este rechazo le dejó una sed de venganza que no podía saciarse sino en la sangre de sus enemigos. Hasta entonces el no había hecho mas que bordear á intrigas. Desde aquel día parece que consensó con los que meditaban la subversión completa del Senado, de los Patriotas de la República. Caton, Ciceron, Pompeyo, Suetonio, Plutarco, Salustio quisino, tan lobardemente reservados hacia su memoria, por reticencias y por designaciones trasparentes, lo acusan unánimemente de una complicidad tucita con los radicales san-

quinarios y con los incendiarios de Roma. Dejemos ahora aquí a Salustio, el historiador ocular de aquella conspiración; pero, antes, digamos lo que pensamos en conciencia de esa fantasmagórica historia y de ese horror de conciencia que los rectores políticos se han transmitido de edad en edad, sobre la palabra de Cicerón, en respecto a Catilina y su partido.

XXIX

La historia no está obligada a creer todo lo que se le refiere; aun algunas veces, como en este asunto, ella misma no cree todo lo que dice. Hay espíritus que, como el cristal aumentan los objetos pequeños y que crean monstruos para tener la gloria de domarlos. Todavía queda una exageración histórica, que todavía no se ha reducido a su tamaño real, en la historia de Salustio y en las arcaicas de

Cicerón, Craspo, a' quien la experiencia habia
 dado el tacto de las realidades en la historia, pen-
 saba de la conjuración de Catilina lo que nosotros
 mismos hemos pensado siempre. El análisis
 así en una conversación en Sta. Helena y con
 la sangre fría de la distancia, la impresión de
 su espíritu sobre la conspiración mas literaria
 y mas oratoria de Catilina.

"Hoy 22 de Marzo de 1820 el emperador
 leyó en la historia romana la conspiración de
 Catilina. Le era imposible comprenderla talen-
 te está descrita. Por mucho que pensara
 Catilina, decía, debía tener un objeto. No po-
 dría este ser el de gobernar á Roma, pues que
 se le acusaba de haber querido incendiarla por
 los cuatro ángulos de la ciudad. El empera-
 dor pensaba que tal vez era una nueva fac-
 ción, al modo de las de Clario y de Sylla.

79.

que, habiendo fracasado, habia acumulado sobre
su jefe todas las acusaciones banales con que se
abruma a los jefes en tales casos. Algunos quisieron
observar al emperador que eso era precisamente
lo que le habria sucedido ~~al~~ a él mismo si
hubiera succumbido en vendimiario, en puer-
toro o el 10 de brumario. ||

Se podria agregar: y el 20 de charro de
1815.

XXX

El emperador giraba instantaneamente en
torno de la verdad, pero no la ^{tocaba} ~~desembocaba~~ en toda
su toda su desmunder. Catilina no era el jefe,
era el resplandor de una gran faccion. Esa fac-
cion no era ni parecida a la de charro, ni
parecida a la de Sylva; porque la de charro era
la faccion del pueblo, la de Sylva la faccion

de la aristocracia. La turba de Catilina era una
 facción suelta, confusa, infusa, provada de la her-
 zia y de la exortación de todos los partidos, una facción
 puramente turbulenta y personal, sin otro
 objeto que el desorden y la subversión, como toda
 facción demagógica, y que en el fondo no
 era sino la facción de Cesar.

Cesar, como hombre político mil veces
 superior a Catilina, había agitado y agitación
 con su mano invisible todos los elementos de
 opinión, de interés justo o injusto, de razón
 o de pasión que, en Roma y en Italia, forma-
 ban la oposición a los grandes y al senado, due-
 ños del gobierno que él quería destruir para
 elevarse sobre sus ruinas. Esos elementos
 eran: el derecho legítimo de ciudad y de refu-
 gio, reclamados por las ciudades municipales
 de las provincias; la codicia de los celeros, y

de los veteranos, la inseguridad de las tierras, de los
dominios publicos; el descontento de los aliados et-
proliados y oprimidos por los procuradores; los
resentimientos del partido de charis, abatido por
la aristocracia implacable de Sylla; el anhelo,
de los proscritos del partido venido, de volver á en-
trar en su patria y en posesion de sus bienes; el
terror de los partidarios de Sylla de ver el regreso
de los proscritos á los que seria á quienes seria por-
toro restituir sus casas y sus bienes; la turbu-
lencia de la plebe romana de la capital, com-
puesta de trescientos mil operarios ~~en~~ gior-
ganizados en corporaciones ameurantes, que
era preciso alimentar del mismo modo que
en los inmensos talleres nacionales que, bajo una
forma u otra qualquiera, la industria acaban
la y el tesoro publico alimentaba en nuestros
propias capitales; la insolencia tumultuosa del

pueblo político, es decir de los quinientos mil
 ciudadanos romanos, arbitros por sus votos de Fo-
 rum y de los comicios, y con frecuencia del sena-
 do por las sediciones; en fin, la envidia de la multi-
 tud contra los patricios de su edad, tales como
 los Crassos, los Lepidos, los Cicerones, los Pisones,
 los Cicerones, los Clodios, los Dolabellas, los Catoles,
 los Catilinas, impacientes de la austeridad de Pa-
 tron, de la cordura de Cicerón, de la autoridad de Pom-
 peyo, de la injusticia del Senado.

Et estos elementos de desorden se pudieran agre-
 gar un ejército de gladiadores adiestrados en el
 asesinato desde la infancia, hombres tan indife-
 rentes a dar la muerte como a recibirla, que
 se entretenían en Roma o en las Puertas de Ro-
 ma para satisfacer los placeres sanguinarios
 de los romanos, y que el mismo César habiéndola
 usado, bajo el pretexto de los juegos públicos

en número de tres mil, a' Capua en la Campa-
 ña. Se podían enumerar, además, millones de
 esclavos que la voz de Sextonio había ya destrui-
 do de su obediencia civil en España y que, re-
 cibiendo armas de los Partidos Políticos, podían
 au' rendir no solamente el Estado, sino la
 misma sociedad romana.

Tales eran los elementos de fermentación que
 la perversa habilidad de César se complacía, si-
 no en remover el mismo por miedo o' por omi-
 sencia, al menos en ver remover por la mano
 del Partido desorganizado de los radicales de Roma,
 nombres cuyos costumbres detestaba así como ~~de~~
 él adonde los, cuyos principios se pregonaaban,
 de los que se se dejaba proclamar en voz baja
 el cumplimiento y bien alto la esperanza. He ahí
 el misterio de la conjuración de Catilina, de
 la que se podían reconocer honrosamente al-

genas, tendencias justas y populares desaprovechando los medios y los instrumentos; misma como puesta con arte para hacer saltar el gobierno aristocratico de Roma, la que, como la polvorina, se destruye ella misma al reventar no dejando sino escombros, humo y horror.

Napoleon veia bien la absurdidad historica del caracter contradictorio de Catilina y de su conjuracion, pero el tenia sus razones para no ver, en el fondo, a Cesar. Como explicarse, en efecto, que Catilina hubiese hecho temblar a Roma, que hubiese tenido bastante credito sobre el pueblo para pretender con sus manejos, con verosimilitud de buen éxito, el consulado, y que al mismo tiempo fuese ese hombre execrable y execrado de toda la junta de la plebe, perseguido hasta ante sus jueces por las maldiciones de todo el pueblo, y forzado a huir solo durante la noche, al dia

siguiente, de la ciudad que pretendia traicionar
 la urbe? Como explicar un tal fenomeno de un
 hombre a la vez tan apasionadamente temido, y
 tan unanimente deseado, de otro modo que
 por una mano invisible que lo favorecia por delan-
 te para tentar la fortuna, y que, retirandose por-
 que la hora era intempestiva, lo abandonaba
 a su propia insignificancia y hacia caer sobre él
 el horror publico para desviarlo de su propio
 crimen? No hay otra explicacion posible de ese
 misterio ^{historico} ~~publico~~ de Catilina; fantasma creado
 por Cesar y que el suplo de Cesar hizo desapa-
 cer desaprovandolo, y agregó a todo esto la con-
 placencia suposita del Senado, ~~de~~ de no te-
 mer que juzgar un culpable mas temido y mas
 popular, fingiendo de no ver el crimen sino en
 el hombre abandonado que se le entregaba; agre-
 gó tambien su dicta de las facciones politicas,

orgullosas de poderte lavar de sus propias perversidades desmorrandos una perversidad imaginaria peor que ellas mismas; agregad en fin la vanidad borrada, pero hinchada, deficiéron, con el vanaglorioso de aparecer salvando su patria á tan poca costa y de hacer amenazas consulares contra fantasmas: comprended en su verdadera luz la incompreensible conjuración sin conjurados, y el incompreensible anomadamiento sin combate de ese faccioso sin facciones.

Ahora, dejemos hablar á Suetonio. Ya sabemos la palabra, leamos el enigma. Es un admirable ejercicio de estilo en la historia, como fue un admirable ejercicio de elocuencia en el orador y un ridículo ejercicio de heroísmo en el Senado. El peligro estaba en Cesar, y todo el esfuerzo fue contra Calpurnia.

XXXI

Lucio Catilina, descendiente de una familia noble, tenia gran fuerza de espíritu y de cuerpo, pero un natural malvado y perverso. Desde su adolescencia, las guerras intestinas, los homicidios, las rapiñas, las emociones populares encantaban su alma, y tales fueron los ejercicios de su juventud; de una constitucion capaz de soportar el hambre, el frio y las veladas mas alta de lo creible; espíritu audaz, astuto, fuerte en recursos, capaz de todo fingimiento y disimulo; codicioso del bien ajeno, prodigo del suyo, fogoso en sus pasiones, tenia bastante clemencia, y escases de juicio.

En espíritu exaltado perseguia constantemente proyectos de medidos, quiméricos, imposibles. Se le habia visto, desde la dictadura de Sylla, entregarse obstinadamente a la ambicion de ampararse del poder; en quanto a la elección

on de los medios, con tal de reinar el vicio, ~~para~~
~~sea~~ ~~de~~ ~~esta~~ ~~manera~~ ~~en~~ ~~esta~~ ~~ciudad~~ ~~era~~ ~~asunto~~ ~~q~~. lo pres-
 umase. Este espíritu por sí solo cada día aumentaba
 aumentado por el embudo de sus negocios domésticos
 y por la conciencia de sus crímenes, doble efecto siem-
 pre indicado de los desórdenes de que acabo de hablar. En
 fin, el encuentro ^{de un} fomento en las costumbres despra-
 vadas de una ciudad trabajada de dos vicios que
 son los peores en sentido contrario, el lujo y
 la avaricia. ---

---,, En el seno de una ciudad tan grande y
 tan corrompida, fatilina, y toda era tan natu-
 ral, vió agruparse a su alrededor todos los vici-
 os y todos los crímenes. ^{Componían su seguito:} ~~entre~~ ~~los~~ ~~crímenes~~ ~~el~~ ~~ti-~~
 bertino, el adultero que, por la embriaguez, el
 juego, la mesa, la crapula, había disipado su
 patrimonio, todo hombre que se había perdido por
 deudas para rescatarse de una bajera o de un
 crimen, en una palabra, todo cuanto podía

espitar en la republica de Parricidas, de sacrilegos,
 de aporribidos por la justicia, o' aquellos que por sus
 maldades tenian sus fallos, como tambien aque-
 llos cuya mano y lengua perjura, ageritadas
 en el asesinato de los ciudadanos, no tenian la
 existencia; todos aquellos en fin a quienes ator-
 mentaba la infancia, la miseria o' el remordi-
 miento: ved ahí, sin excepcion, quienes eran los com-
 pañeros, los familiares de Catilina. Y si algunos
 todavia puro de crímenes tenia la desgracia de li-
 garse con él por amistad, notorizaba, arrastrado
 por la reduccion de su trato diario, su hacerse
 a todos parecido a los demas compañeros. Pero
 era sobre todo la ^{intimidación} ~~amistad~~ de los jóvenes la que
 Catilina solicitaba con preferencia. Algunos
 alentos, tímidos y flexibles de esa época de la
 vida se dejaban aprisionar fácilmente ^{en sus} ~~en sus~~ ^{en sus} ~~en sus~~ ^{en sus}
 des; porque, segun la inclinacion propia de su edad

que ^{los} mas dominaba, á los unos les proporcionaba
 un cortejamiento; á los otros les regalaba perros y
 caballos; en fin, él no economizaba el oro, ni
 las mas vergonzosas condescendencias para tener
 los en su dependencia y á su obediencia. No ignora
 que algunos, de todo esto, han concluido que los
 jóvenes que permentaban la casa de Catilina no
 conservaban su caridad; pero conjeturas sacadas
 de otros hechos, sin que pueda alegarse nada de
 positivo, habrán tan solo dado lugar á este rumor.

Y en efecto, desde su adolescencia, entre-
 gado sin freno á su pasión de las mujeres, Ca-
 tilina habia seguido una vida de noble fa-
 milia, despues á una bestial, y cometido muchi-
 simos pecados igualmente contrarios á las leyes
 y á la religion, y mas tarde se enamoró de
 Aurelia Aristilia, en la que, presa de la her-

muera, jamás le volvíe honorar en otros nada
de laudable. Formo ella vacilaba en casarse con
él a causa de un hijo ya crecido que elvario
habría tenido de un primer matrimonio, se ase-
guró que, por la muerte de este hijo, abrió en
su casa libre campo a este horrible crimen.

„Esta atrocidad, sino me engañó, fue uno
de los principales motivos que le hicieron precipi-
tarse en empresa. Esta alma impura, que ni en
se,^{los,} Dios, y de los hombres, no podía encontrar re-
paso ni en la vigilia ni el sueño, tanto estrago
hacían los remordimientos en aquel corazón sin-
pedernido! Su ter palida, su espantosa mirada, su
marcha ya lenta, ya precipitada, todo, en una pa-
labra, en sus acciones, en la expresión de su rostro,
anunciaba la inquietud de su corazón.

„Por todo, era juventud que él había sabido ga-
nar por medio de sus seducciones, como a cabo de

expresarlo, se tenía civilmanera de formularlo en el crimen. De algunos disponia como falsarios y testigos falsos: Honor, fortuna, peligros, ellos debian sufrirle ~~tal~~ y despreciar^{lo} todo. Despues cuando el les habia hecho perder la reputacion y quitado los, el les ordenaba la consumacion de crímenes mas importantes. Si faltaba en el momento el pretexto para hacer el cual, los hacia sorprender, designar como enemigos a personas de quienes nada habia motivo de queja; asi, de miedo que la inuacion no embatare sus brazos o se coraron, el preferia ser malvado y cruel sin necesidad.

«Contando con tales amigos, cuando en todo el imperio estaba abrumado de deudas y cuando los soldados de Sylla, arruinados la mayor parte por sus profusiones, poseidos todavia del recuerdo de sus rapiñas y de sus antiguas victimas, no deseaban sino la guerra civil, Catilina formo

el proyecto de rojergar la republica, como no habia
 ocurrido en Italia, Pompeyo hacia la guerra en
 las estremidades de la tierra; asi, pues, Catilina tenia
 una gran ventaja de ampararse del consulado;
 el senado sin desconfianza, reinaba en todas partes
 completa tranquilidad, entera seguridad; las cir-
 cunstancias no podian ser mas favorables á Catilina.

„ En estas cosas, fue en las calendas de junio,
 bajo el consulado de Cesar y de Digulo, cuando empezo
 á descubrirse separadamente con cada uno de sus
 amigos: alentando á los unos y desencorajando á los otros,
 mostrandoles sus medios de accion, la republica sin
 defensa, y las grandes ventajas venidas al espito
 de la injeracion. Desde que se hubo asegurado
 suficientemente de las disposiciones de cada uno,
 venio en asamblea á todos los que estaban mas
 empeñados en deudas y á los mas audaces. Contar

ba entre los senadores, con P. Lentulo, Laura, P.
 skitronius, L. Cassio Longinus, C. Cetejo, P. y Ses.
 Sylla, los dos hijos de Servio, L. Vargenteio, P.
 Annio, M. Porcio, Loca, L. Bestia, P. Curio;
 despues, del orden de los caballeros, M. Fulvio no-
 bilis, L. Stalilio, P. Gabilio Capiton, L. Cor-
 nelio; ademas, muchas personas de las colonias
 y de los municipios, pertenecientes a las prime-
 ras familias del pais. Habia todavia otros con-
 siliarios, pero un poco mas secretos / cosas / nobles
personajes guiados por la esperanza de ~~de~~ domi-
nar, mas bien que por la indigencia o por qual-
quiera otra necesidad de posicion.

„Por lo demas, casi toda la juventud re-
 mana, sobre todo los nobles, favorecian los desig-
 nios de Catilina. Mucho en el seno del reposo vi-
 vir con magnificencia, preferian, por ambicion,
 lo incierto a lo cierto, y la guerra a la paz.

Llegamos hasta tan lejos, en su tiempo, que Lucio
 Junio Bruto no habia ignorado el complot, y
 que descontento de ver a Pompeyo a la cabeza de
 su grande ejército, queria ver surgir el poder
 de otro cualquiera para contrabalancear el de
 su rival. Se bisonaba, ademas, si la conspira-
 cion tenia buen éxito, de ser facilmente el ge-
 fe del partido. Pero ya, con anticipacion, algunos
 nombres habian organizado una conspiracion
 en la que ^{estaba complicada} participaba Catilina. Voy a hablar de
 ella lo mas fielmente que me sea posible.

„Bajo el consulado de L. Fullo y de M.
 Lepido, los consulos designados P. Aufonio y
 P. Sylla, convencidos de haber violado las leyes
 sobre la cabala para obtener empleos, habian
 sido castigados. Poco tiempo despues, Catilina,
 acusado de concusion, se vio excluido de la candida-
 tura al consulado, por no haber podido poner

se en las listas en el plano fijado por la ley.
 Habrá en Roma un joven noble, C. Pison, de
 una audacia sin freno, sumergido en la indigen-
 cia, fucioso e impulsado por sus exaltadas intenciones
 al trastorno del Estado, tanto por sus apuros como
 por su perversidad natural.

Háine las novenas de diciembre Catilina y
 Catonino se franguearon con él descubriéndole
 el designio que habían formado de asesinar en
 el Capitolio, en las calendas de enero, a los consu-
 les L. Cotta y L. Furcato. Ellos debieron tomar
 las medidas consulares y enviar a Pison con un egre-
 cito para hacerle dueño de las dos Españas. Des-
 cubierto el complot, los conjuraron aplazaron sus
 proyectos de desguello a las novenas de febrero; por
 que no eran solo los consules, éran con todos los
 senadores a quienes amenazaban sus punales.
 Si Catilina, en la Puerta del Senado, no se hu-

hizo apresurada demasiado para dar la señal á sus
 cómplices, se hubiera visto consumar en un solo
 día la mas atroz maldad que se hubiera cometido
 desde la fundacion de Roma. Pero como no se en-
 contraron bastantes conjurados, este circuns-
 tancia hizo malograr el proyecto. »

Aquí Salustio compone á disociacion un
 discurso del jefe de conjurados á sus cómplices,
 despues agrega á las palabras para el drama:
 «Se veia en aquel tiempo que despues de ha-
 ber pronunciado su discurso, Catilina queriendo
 ligar por un juramento á los cómplices de su
 crimen, hizo pasar á la redonda copas llenas
 de sangre humana mezclada con vino. »

XXXII

En tales estruendos, reales ó fingidos, pero
 que los terrores de los Patrios se esforzaban en
 hacerse reputar como verdaderas, se basó un

hombre de bien, credule y virtuoso, cuya integridad,
 la elocuencia y el patriotismo pudiesen intimidar
 a Cesar y dirigir por medio de bellos discursos la
 opinion alarmada al pueblo a la defensa de la pa-
 tria y del Senado. Se nombro a Cicero: era este el
 nombre de aparato que convenia a un drama ima-
 ginario. Cicero era demasiado honrado para in-
 ventar los crímenes de Catilina y sus complicados,
 si los creia inocentes; pero tenia demasiado talen-
 to para creerlos tan peligrosos como culpables, y
 demasiado noble para eliminar a Cesar de aquel
 grupo de radicales desalmados, y para herir los
 miembros sin tocar la cabeza, y justa sin desig-
 nastu en sus arroyos.

No se puede dudar de la opinion que el te-
 ma de Cesar, segun la tercera carta confidencial
 del setimo libro de su correspondencia;

„Es cierto que tendremos que hablar con

un hombre tan poderoso como andar y sorprenden-
 dor: el tendrá de su parte todos los nombres sen-
 tenciados o de mala fama, y todos los que merecen
 ser tachados de infamia sin que todavía hayan su-
 rido, casi toda nuestra juventud, toda esa plebe
 urbana y pecadora, todos los tribunos con crédito en
 la multitud; agregad á Cassio y todos los que co-
 mo él, viven del dinero prestado y están bajo
 la presión de sus deudas, y está en mayor nú-
 mero de lo que yo mismo puedo imaginar.
 No le falta á este partido sino una mejor
 causa, el dispone de todo lo demás.

Se escribe cuanto sobre Ciceron estudiante
 para sepamos la causa tan poderosa de Ciceron de
 lo de Catilina tan desahogada.

XXXIII

Desde los primeros días de su consulado, Cice-

nos observaba a' aquel aventurero de la causa de
 Cesar para apoderarse de él en el momento del cri-
 men. Uno de esos hombres equivoos que hay entre
 los partidos, Curio, amante de Fulvia, esposa
 de Ciceron, colega de Ciceron, se instruyo dia por
 dia de todos los proyectos inobedientes de Catu-
 lina. Supo por Curio y por Fulvia se concerta-
 ba con los diputados obrogues, extranjeros obre-
 quiosos con todos los partidos, que miraban con
 indiferencia los asuntos de Roma, y que eran tan
 apropiados a' contribuir a' la preponderancia de las
 facciones como a' venderlas al Senado en el inte-
 res del buen éxito de sus pretensiones en Ro-
 ma. Ciceron los habia secretamente, obtuvo de
 ellos la confesion de sus inteligencias vagas con
 Catulina, y los animo a' fingir que entraban
 con calor en sus miras, a' fin de poder hacer
 mayores revelaciones.

Estos rumores, unidos á las confidencias que
 Fulvia recibía de Curio y que ella transmitía á Ci-
 ceron, bastaron al consul para convocar para con-
 vocar al Senado y para intentar en proceso de
 Estado, como incendiario y homicida de Roma,
 al hombre que, pocos días antes, trabajaba por el
 consulado y no desesperaba de obtenerlo. Pero la
 opinión hasta del mismo pueblo, espantada
 por el horror de los crímenes supuestos de Catu-
 lina, había unanimemente cambiado contra
 este pretendido culpable. El vertigo del miedo,
 como sucede con frecuencia en los momentos de
 conmociones civiles, ^{hecho perder} ~~habrá despojados~~ al pueblo
 Romano al juicio y lo sangre fría. Desdichados
 los nombres y el mismo caso que hubieran si-
 do sospechados tan solo de indulgencia por re-
 suajantes malicias! El aspecto de Roma tal

cual lo pinta Salustio bajo la impresion del
 Pompo, ha cambiado ~~entero~~ ^{entero} ~~placamente~~; una tristes
 sombra reemplaza repentinamente la seguridad y
 el gozo licencioso que a' que una larga paz ha-
 brá habitual a' aquella capital; no se veian
 sino ciudadanos arrojados corren y ~~se~~ horripilase
 por las calles; nadie se atreve a' confiesse a' otro,
 ni detenerse en ninguna parte; sin estar en esta-
 do de guerra, no se está ya en estado de paz; cada
 uno teme por el espeso de su miedo el espeso
 de los peligros imaginarios de que se considera ro-
 deado; las mugeres, sobre todo, a' quienes la gran-
 dera de la solidez de la republica habia acostum-
 brado a' reposar en el Estado, estan consternadas;
 ellas levantan las manos al cielo, se enternecen
 por la muerte de sus hijos, se juntan, se comunican
 su espanto, y, olvidando su orgullo y su lujo de
 la vispera, desesperan de la patria.

XXXIV

Se comprende que el hombre ciego no hubiese temido todos estos terrores para la capital, no temía ya mas complicés que lo reconociesen ni esperanza de que lo defendiesen. Hasta la impiedad pública habría parecido una conivencia, y los mas incredulos se veian forrados á aparentes convicciones. Hemos sido testigos, durante nuestras oraciones viles, de acusaciones tan ligeras y de juicios tan anticipados. El panis no sacisicim, Neque es niens; desdichado el que se encuentra bajo su mano! Fue esto evidentemente la desgracia de Catilina. Hasta aquel día él no hizo mas que lo que habia hecho Ciceron; habia fomentado los elementos de oposicion que existian en la ciudad y en las colonias Romanas de Italia contra el Senado y los Patriotas; reclamando los derechos de ciudadanos re-

mano para los colonos, la distribución de las tierras esteriles del Estado a los veteranos y a los proletarios, la abolición de una parte usuraria de las deudas en favor de los deudores abrumados por las expropiaciones de los acreedores.

Se comiencen conque pero los patricios, el modo, los explotadores abusivos de las tierras de repartición, y los acreedores amenerados en su mediotos, acogian sin examen los monstruosos rumores esparidos sobre Catilina. Ellos habian conseguido, gracias a la credulidad verdadera o fingida del consul, hacer de su causa la causa de la patria. Un solo nombre habria podido contrabalancear tantos odios colocandose en su partido entre el acusado y sus acusadores; este nombre era Cesar. Pero a Cesar le faltó el corazon aquel día: bualgui era que sea la audacia, ninguna ambición es bastante andar contra un preso público.

Hay vientos que empujan hojas para volverse
al socaire, para ponerse al pie cuando se apari-
gan. Esto es lo que hizo César.

XXXV

Entre tanto Catilina, mas seguro que nadie
de la falsedad de los atentados, de los asesinatos y
de los incendios que se le imputaban, se guardó
bien de confirmarlos por la fuga; él se presentó
resueltamente en el senado, en donde no debió en-
contrar sino enemigos, acusadores ó cobardes. Fo-
do el mundo se desvió de él, como de uno de
sus nombres contagiosos que llevan la impu-
popularidad con su sombra. Ciceron le apartó
de mi peligro en una de esas arugas incógnitas
después, como se ciñela y se brúne la hoja del
punal con el que se hiere á un enemigo. Puc

Plinio, no solamente en su vida, sino en su memoria. En Catilinaria teatral y era intrepido de aparato participacionias de una escena dramática que de la sesión de un Senado. No hay valor en misectivas al que nadie depende. La acusación de Ciceron contra Catilina es únicamente la mas magnifica, la mas oratoria y mayor injuria que el genio de la elocuencia haya jamás proferido por labios humanos.

Ciceron, despues de esta misectiva, volvio tranquilamente a sentarse tranquilamente ~~sed~~ en la silla curul para juzgarse el rostro. Cesar guardó silencio. „Catilina,“ dice Salustio, „con la vista baja y una voz modesta, se licito a suplicar a suplicar a sus colegas de no temer nada parecido a lo que Ciceron acababa de misectivos de sus pretendidos crimenes. Como, les dijo, un hombre de su nacimiento, de su educacion, de su van-

yo, y ~~ya~~ ~~hoy~~ ~~así~~ ~~por~~ ~~esta~~ ~~vez~~ ~~que~~ ~~me~~ ~~he~~ ~~convertido~~ ~~en~~ ~~un~~ ~~patricio, que no había ninguna fortuna á que no pudiera elevarse por medio honrables, como un patricio de las primeras familias romanas, que, a ejemplo de sus antepasados, había ya rendido ilustres servicios á la patria, podría ser sospechado de tramar la subversión de la república, en tanto que ella tenía necesidad para salvarse de un hombre nuevo, que apenas había ^{obtenido} ~~obtenido~~ el rango de ciudadano, tal como se acusador Cicerón?''~~

En esta ironica representación contra el consul plebeyo que los patricios habían precisamente exigido para lanzarse y conquistar al pueblo á su causa, el senado en masa se levantó como ~~forzoso~~ ~~testigo~~ ~~de~~ ~~una~~ ~~justa~~ ~~indignación~~ ~~contra~~ ~~la~~ ~~victi-~~ ~~ma~~ ~~que~~ ~~oraba~~ ~~ridicular~~, bajo el nombre, el sacrificador. El ruido, los insultos, los ademanes,

Las imprecaciones de los senadores no fueron toda
 justificación, toda vez en los labios del acusado, que
 tribuna y que asamblea no han visto estos fueros
 fingidos o concertados contra un acusado que se jus-
 tifica? La sangre fría y no el valor faltó á Ca-
 telina ante esa inculpación general de sus jueces
 en su contra. Pareció que se arrepentía de su inno-
 cencia. „ Oh bien! dijo forcido de furor, pues que
 rodeado de enemigos su vez de jueces, no precipi-
 tado a mi pesar en el crimen, ¿yo apogué en
 efecto bajo ruinas la hoguera sobre la que
 se me quiere consumir! „

Hicieron ~~ap~~ el Senado, después de haber en-
 puesto de impropios al mas impardonable de
 los malvados según su discurso, se habían tímida-
 mente temido a aconsejarse se alejase de
 Roma: contradicción absurda y sobrada entre
 el crimen y la pena!

Como resultado de esta misma inconsecuencia
 y de esta misma cobardía, según que Catilina, es-
 te flagelo público, este asesino, este incendiario, se
 prese tranquilamente a su casa, a' exhibir, si esto
 le convenia, las pruebas de sus crímenes, reunir
 sus cómplices, combinars con sus amigos, y consu-
 mar el cumplimiento de sus designios execraba-
 dos por la desesperacion y la venganza. Sangran-
 te historia es mas parecida a un sueño que a
 un golpe de Estado. Esta es no obstante la histo-
 ria ni crítica, o' mas bien la reticencia conveni-
 da de la conjuracion de Catilina.

XXXVI

El gran culpable a' quien se dejaban tan-
 tos medios y tantos motivos de precipitar el cum-
 plimiento de sus proyectos, para tranquilamente
 a' noche en su casa se hacer los preparativos
 de viaje, y parte durante la misma noche con

algunos libertos y algunos esclavos, sin ser persegui-
 do, para la Toscana. Deja a Lentulo, Catago y to-
 dos sus amigos en Roma; recomendandoles, dice, ^{tan-} ~~tan-~~
~~pre~~ la historia, el cuidado de reunir la facción, de
 conservar la constancia de los conspiradores, de man-
 tar al consul, de degollar al Senado, de asesinar a
 la mitad de los ciudadanos, de incendiar la ciu-
 dad. En cuanto a él, va a levantar un ejército de in-
 caros y se incendiará en Averno, a cien leguas
 de Roma.

Deja tan solo una carta conveniente para el
 Senado, en la cual dice que asaltado por falsas acu-
 saciones y aguiado por la coalición de sus enemigos,
 cede a la fortuna y se destierra a Marsella, no por
 que se reconozca culpable de los males monstruosos
 que se le imputan, sino para ^{restituir} volver la seguridad
 a la republica y para no suscitar sediciones en Ro-
 ma por su impopularidad a los deseos del se-
 nado.

XXXVII.

Mero en otras cartas dirigidas por el a' sus amigos particulares de Roma, les decia "que, impeliendo a las extremidades por las injusticias del Senado y por el encarnicamiento de sus perseguidores, iba a tomar de su cuenta la causa popular de los deudores y de los coleros desheredados de las provincias contra los acreedores y contra el Senado, no porque el tuviese necesidad para si mismo de esa ley para librarse de sus propias deudas, pues que la fortuna de su mujer y de su hijo le daban ampliamente los medios, sino para servir, como siempre habia acostumbrado, la causa de los debiles y de los oprimidos contra los fuertes y los poderosos." — "Fondo el imperio, agrega Sallustio obligado a confesar la opinion publica a este respecto, a probarla en esto a Catilina."

Estas cartas dejadas en el Senado y lei-

Das en su recinto por Ciceron, como testimonio
 de crimen, hicieron levantar dos ejércitos de obser-
 vacion contra las reuniones de Catilina en Jorcana,
 Pitorius, colega de Ciceron en el consulado, aunque
 sospechado de adicto a la causa popular, recibio
 el mando del ejército principal. Ciceron se que-
 do en Roma para vigilar y comprimir los movi-
 mientos que los partidarios de la abolición de las
 deudas podian promover entre la plebe. Pero la
 misma plebe indiferente por su miseria a la abo-
 lición de las deudas, se habia vuelto en suara con-
 tra el proscrito por el horror del incendio y de
 la penuria imaginaria de Roma que se habia
 conseguido hacerles creer. La llama y el hambre
 no eran, en aquel momento, mas populares en
 Roma que Catilina.

Nuevos rumores, esparidos con artificio
 por los patricios y por el pueblo, circulaban sin

prueba alguna que Lentulo, jefe de la conjuración
 en Roma en ausencia de Catilina, Statilio, Ju-
 binio, Catego, todos como el jóvenes patricios abru-
 mados de deudas, de malas costumbres, de adul-
 terios de Populacho, debían, á la noticia de la
 insurrección de Dorcano, sacando doce barriles
 de Roma, á fin de dispersar las guardias del con-
 sul que acudiesen á extinguir el incendio; que Ca-
 tego se habia encargado de rodear, con una ban-
 da de vicarios, la casa de Cicero que pronunciara
 lo el mismo; que los jóvenes patricios, hijos
 de las mas nobles casas de Roma, debian man-
 tar á sus miseros padres, sacando el yugo de
 las leyes sostenidas por ellos contra los usur-
 doros; en fin, que despues de tantos homicidios, es-
 ta juventud armada debia salir de Roma é
 ir á unirse con Catilina para volver con él
 contra la patria!

Lo absurdo de tales rumores demostraba la ex-
geracion o la demencia; pero el pueblo todo lo creyó,
los senadores pedian que se creyese, y hicieron, ebrio
de miedo y de orgullo, creia, bajo la fe de los
mas ligeros indices, todo lo que podia proporcionar
sobre la gloria de salvador de la Patria.

XXXVIII

Catilina, durante estos terrores fundados o
artificiales de Roma, atestiguaba por su conduc-
ta y para su perdida, que el no queria a ningun
precio ni el traicionero de su patria, ni el in-
cendio ni el asesinato, pero si aun la guerra ci-
vil o social; porque, alcanzado en guerra por mis-
mas de esclavos que le pedian armas y que le
habrian dado un ejército de un millon de brazos,
vengadores de su degradacion, los rechazó
por licenciosos, los envió a sus suenos, y se limi-
tó a organizar un debil ejército de descontentos

Políticos, de soldados desertores, de partidarios de la emancipacion de las provincias y de gladiadores aguerridos en las discusiones civiles. Él esperaba de la sola existencia de este núcleo un modo, la insurreccion politica de la Italia, el sabrá que el povelon civil de los novadores que el levantaba en Juncuna era el de Beras y de los jóvenes populares del senado; él no dudaba que la opinion a que él se habia consagrado no respondiese por una revolucion cuando él hiciese la señal.

Tal era toda su conjuracion, y tal fue el secreto de sus lentitudas y de su inmovilidad en el valle del Piemonte. Esto era tan cierto, que los demagogos exaltados y verdaderamente radicales de Roma le reprochaban, en las cartas que se interceptaron, de no buscar auxiliares en todas partes y puesta en las clases unas abyecciones; de rechazar a los esclavos y de no atraer

La guerra de la esclavatura.

XXXIX

~~Recebo~~ Poseedor de estas cartas de reprobacion
 demagogica á Catilina, por el espionage de los dipu-
 tados allabragues que se habian perpetuamente encar-
 gado de llevarlas al entrar en Savoya, hicieron en-
 trar sus lectores para arrestar en sus casas á Sen-
 tulo, Cato, Stotilio, Gabino y algunos otros ge-
 pes de la opinion popular, partidarios de la ley
 agraria y de la abolicion de las deudas; conser-
 vados por un peligro publico, se tenian en el
 templo de la Concordia, leyó las cartas y pidió
 la prision de los inspectores. Le Senado los pone
 bajo la custodia de los ciudadanos, e instruye
 sucesivamente la causa en plena sesion. Al-
 gunos testigos pronunciaron el nombre de Crea-
 to entre los nombres de los complicados, otros

murmuraban se de Casar. Pero estos acusados eran de
 marcado ^{o poderosos} ~~partes~~, demasiado acreditados, demasiado te-
 mibles para que se elevase la acusacion hasta ellos,
 no se querian sino culpables fáciles de convencer,
 de despopularizar y perder. Por unanimidad, se po-
 ne á brasso, para del proceso; se prefieren decla-
 rar falso testigo á su delator, antes que atacar
 tan alto. En cuanto á Casar, dicen los contem-
 poráneos iniciados en la política de la época,
 ni Catulo ni Pison sus enemigos, ni las instan-
 cias, ni la corrupcion pudieron decidirse á lle-
 varle á llevar su acusacion á tanta altura: temian,
 dicen aquellos, que de este modo se habria im-
 pulsado á tomar partido por la causa demasiado
 temerosa entonces de los acusados, y promover una
 gran conflagracion en la republica.

Pero el rumor de las inteligencias refer-
 tar con los conjurados era tan publico y general,

que fue insultado y amenazado en el vestibulo del Senado por los caballeros romanos de guardia en el templo de la Concordia, y que sus colegas se vieron obligados a interponerse entre él y los caballeros para prevenir violencias y tal vez su muerte.

XL.

Declarados ya traidores los acusados, en la primera sesion, Ciceron pidió en la inmediata que se deliberase sobre la pena. Sillanus pidió la de muerte, consul designado, que a este titulo tenia el primero la palabra; su mayoria se pronunció por el suplicio.

Continuado Cesar para dar su opinion, veianse embarazado para condenar, y mas embarazado para absolver; hizo en tal situacion uno de esos discursos agudos con el jefe de oposicion cuyos instrumentos han borrado o anticipado la ac-

cion, forrado por las circunstancias á aparecer como un cobarde si los abandonaba, faccioso y mal ciudadano si los aborrecia. El bordego entredos escollos, detestando el crimen, repudiando á los hombres, guardando silencio sobre Catilina, estendiéndose sobre los peligros de las sentencias precipitadas, sobre vagas profusiones de humanidad y de dulzura, y proponiendo en fin, por condescendencia á la indignacion pública, no la muerte ó la prision en Roma, sino la confinacion de los culpables en las ciudades municipales de provincia, allí los desterrados estarian bajo la vigilancia y bajo la garantia de los magistrados de las ciudades. Esta conclusion de doble sentido tenia, segun Cesar, el objeto de satisfacer la opinion pública condenando á una especie de pena, y el objeto de servir á los partidarios de Catilina enviándolos á sufrir su condena pre-

isamente en las ciudades municipales de las provincias a' que ellos querian ir y en donde estaba toda su fuerza de opinion y de insurreccion contra el Senado.

XLI

Este discurso ambiguo, conservado textualmente por los stenografos de Roma, ha sido repetido millares de veces en las tribunas modernas por oradores sin sinceridad, sin valor y sin virtud, mas cuidadosos de popularidad que de justicia.

Aquella peroracion dirigida al Senado e' indigna a' Caton; Caton contesto' como gran hombre de bien y como gran orador cuya elocuencia se encuentra mas bien en el caracter que en las palabras. Tenemos tambien ~~de~~ esta replica de Caton. Ella muestra por las insinuaciones directas, y ~~por~~ ~~mas~~ por las reticencias transparentes, lo

que este nombre honrado, conciencia viva de su País,
pensaba de la inocencia de esas. Vedlo aqui. Para
el que sabe leer mas alla de la letra impresa, no
hay mas cruel conviccion de la culpabilidad de esas:

„Veo el asunto que nos ocupa bajo un
punto de vista bien diferente, Señores, ya sea
que yo aperciba la cosa misma y nuestros peli-
gros, o bien que reflexione sobre las opiniones pro-
puestas por muchos preocupantes. Ellos se han
entendido mucho, me parece, sobre el castigo que
merecen esos hombres que han preparado la guerra
a su Patria, a sus padres, a sus altares, a sus
hogares. De modo que, la cosa misma nos dice que
es necesario mas bien pensar en prescripciones
contra los conjurados que estatuir sobre su su-
plicio. Porque los otros crímenes, no se castigan
mis cuando han sido consumados; pero este si
nosotros no lo prevenis, querriais en vano des-

Pues de su realización, ocurrir á la vindicta de las
 leyes. En unacidad conquistada, nada les queda
 á los vencidos. Pero, en nombre de los dioses in-
 mortales, yo os conjuro á vosotros, á vosotros para
 quienes vuestras casas, vuestras tierras, vuestras es-
 tatuas, vuestros cuadros, han sido siempre estiman-
 dos en ~~de~~ su alto precio que la república, si
 esos bienes, se analizan naturalmente que sean, objetos
 de vuestra íntima adhesión, queréis conservarlos, si
 á vuestros gozos queréis proporcionar un desem-
 peño necesario, salid en fin de vuestro sopor y ~~de~~
^{superior} ~~señal~~ con calor del interés de la cosa pública. No
 os trata hoy día ni de las rentas de los Estados, ni
 de los ultrajes hechos á nuestros aliados; es
 vuestra libertad, es vuestra existencia lo que está
 en peligro.

Con frecuencia, señadores, mi voz se ha
 elevado en esta asamblea, á menudo el tu

jo. y la aversión de nuestros conciudadanos fue-
 ron el asunto de mis pleguivos, y, por este
 motivo, me he creado muchos enemigos; porque
 yo que jamás me habria perdonado ni la idea
 de una falta, me perdonaria facilmente á los
 demás los excesos de sus pasiones. Pero, ^{¡bien} ~~que~~
 hoyais tenido en por a valer mis representacio-
 nes, la republica por eso no era aminor fuer-
 te, su prosperidad era la excusa de la indulen-
 cia. En el dia, no se trata ya de saber si tenen-
 mos malas ó buenas costumbres, si el imperio
 romano tendra su, ó aminor brillos y esten-
 sion, sino si todas esas cosas, malas ó buenas que
 sean, se conservaran ó caeran con nosotros en
 poder de nuestros enemigos.

¡Habrá aqui algunos que se engañen
 habiendome de dulzura y de clemencia! Hace
 ya mucho tiempo que no sabemos ya la-

unas las cosas por su nombre. Para nosotros, en
 efecto, prodigar se bien ageno se llama liberali-
 dad; la audacia del crimen, es el valor. He ahí
 porque la república está en el borde del abis-
 mo. Bien está lo comento, porque tales son
 nuestras intenciones / sea generoso ^{de} de ^{las} rigurosas de
 nuestros aliados, simpaticante para los ladro-
 nes publicos; pero al menos que no se muer-
 tre prodigalidad con nuestra sangre y que, para
 salvar algunos malvados, no sean sacrificados to-
 dos los buenos ciudadanos. ~~estas cosas~~ mucho
 arte y talento acaba de disertar ante esta
 asamblea sobre la vida y sobre la muerte. El
 cree ser falso, según creo, lo que se cuenta de
 los infames, a saber que, separados de los
 buenos, los malvados van a habitos luga-
 res oscuros, aridos, horribles, espantosos. Su
 opinion es pues de confiscar los bienes de los
conjurados y de tenedlos en prision en los muer-

incipios. El teme mi duda que, si ellos queda-
 sen en Roma presa libertados si viva presa
 por los cómplices de la conjuración, ó por una
 multitud asalariada: como si no hubiese
 como si no hubiese malvados y facinerosos
 más en Roma y que no existiesen en toda la
 Italia! como si la audacia no tuviese más
 fuerza allí donde existen menos medios para
 reprimirla! Este consejo que dá César es pues
 ilusorio, si teme algún peligro de parte de los
 conjurados. Si en medio de tan grandes alarmas
 y tan generales, él es el único que no teme,
 es para vosotros como para mí un motivo
 para temer más.

„ Así cuando habrais decidido sobre la
 muerte de L. Lentulo y de los otros detenidos,
 tened por cierto que pronunciareis á la vez
 sobre el experimento de Catilina y sobre todos los

(126.)

los conjurados. A medida que obréis con mas rigor, menos coraje mostraran; pero por poco que ellos vean ~~afloja~~ su resistencia de debilidad, los vereis mas determinados que nunca.

Guardaos de pensar que nuestros antepasados han elevado la república por medio de las armas, tan pequeña al principio, a tanta grandeza! Si así fuese, ella estaria todavia mas floreciente en vuestras manos, porque iudandanos, aliados, armas, caballos, todo lo poseeramos en mayor cantidad que nuestros padres. Pero hay otros medios que hicieron su grandeza y que nos faltan: en el interior la autoridad, en el esterior una administracion justa, y las deliberaciones una alma libre y desprendida de la influencia de los vicios y de las pasiones.

En lugar de esas virtudes, tenemos el lujo y la avaricia, la pobreza de Estados, la apu-

leamos de los Particulares! ~~¿alabamos~~ lo rígue-
 ra, gustamos de la ociosidad; no hacemos nin-
 guna distincion entre los buenos y los malos.
 Todas las recompensas debidas a la virtud
 son el precio de la intriga. Porque admitirse,
 puesto que vorotvos todos, tanto cuantos vis, ca-
 da uno me piensa sino para si? En vuestras
 casas, esclavos de la voluptuosidad; aqui, es-
 clavos de las ríquezas y de los favores. De aqui
 proviene que se atrevan a laurearse sobre la re-
 publica abandonada.

«Pero dejemos este discurso.

«Cinadanos de la mas alta nobleza ^{de} han
 conjurado para hacer arder la patria. El pueblo
 galo, ese enemigo implacable del pueblo romano,
 lo ageritan en la guerra; el jefe de los revolucio-
 narios, con su agerito, tiene el acero sobre vues-
 tras cuberas. Y todavia os alucinariais! Cielais

Sobre lo que debéis hacer de los enemigos arrestra-
 dos dentro del recinto de vuestras murallas! Fe-
 ced piedad, yo os lo aconsejo, de los jóvenes á qui-
 enes la ambición á extrañada! Haced todavía más,
 dejadlos partir armados! De cierto toda esa
 mansuetud y esa piedad, una vez que ellos ha-
 yan tomado las armas, harán lugar al senti-
 miento de vuestras propias miserias. Sin duda
 el peligro es terrible, pero vosotros no lo te-
 meis --- que es lo que he dicho? al os espanta,
 pero en vuestra indulgencia, en vuestra pusilimi-
 tud, os esperáis los unos á los otros, retar-
 dais, empinando mi duda en los días inusua-
 les, á quienes nuestra republica en sus gran-
 des peligros, ha deido mas de una vez su sub-
 sistencia. No es ni por votos ni por cobardes
 duplices que se obtiene la protección de los di-
 os. La vigilancia, la actividad, la sabiduría

de los consejos, nada ahí lo que garante el buen
 éxito. Desde que uno se abandona a la insolencia
 y a la cobardía, en vano se implora a los
 dioses, ellos se hacen iracundos y contrarios.

En tiempo de nuestros Padres, L. Man-
 lio Torquato, en la guerra de las Galias, vió
 morir a su propio hijo por haber combatido al
 enemigo sin su orden. El joven mereció por
 su muerte un epíteto de coraje. Y vosotros, vos-
 tros vaciláis en promesas sobre la muerte de
 execrables parricidas! Sin duda el resto de su vida
 demanda gracia por su perversidad. Si respetad
 la dignidad de Lentulo, si el mismo ha respetado
 jamás el poder o su propia reputación, si ja-
 mas el ha respetado o los nombres o los dioses; per-
 donad a Cateto por su juventud, si él no se ha
 movido ya dos veces contra su patria. Pero que di-
 ce de Gabinio, de Statilio, de Ceperio, que,

si hubiera existido todavia para ellos alguna cosa sagrada, no habrian tramado un tan negro complot ~~para~~ contra la republica?

En fin, senadores, yo lo protesto, si me ha percutido aqui ~~un~~ flagelo, yo no me oporria ^{no} que el acontecimiento ^{primero} ~~ocurra~~ de daros como unaleccion, pues que despreciar mis discursos, pero por todas partes nos encontramos enojetos. Batilina con su esprito esta' en nuestras puertas. En nuestras murallas, en el corazon mismo de la ciudad, tenemos otros enemigos. No hay medidas ni deliberaciones que puedan tomarse secretamente; raro mas para que nos apresuremos. Ved aqui pues mi opinion: pues que por el execrable complot de los mayores malvados, la republica se encuentra en el mayor peligro; pues que, por el testimonio de J. Volturnis y de los embajadores allobroges, asi como por sus propias confesiones, ellos estan convenidos de haber

complotos el degüello, el incendio y otros atentados
 espantosos, atroces, contra sus conciudadanos, opino
 que, segun las confesiones y las pruebas adquiridas
 contra ellos de un crimen capital, sean, conforme
 a las instituciones de nuestros antepasados, condena-
 dos al ultimo suplicio. //

XIII

Este discurso, en el que se sentia el merito
 del republicano antiguo, este apostrofe intrepido
 a Berar: "Cuando los hombres como vos nada te-
 men, todos los buenos ciudadanos deben temer!" El
 se calló, no juzgando seguro confiar al hombre
 de bien y de pedir a Cator el significado de sus pa-
 labras. Esto era confesarse complice.

Hicieron no dís al Senado y a la opinion el ti-
 mpo de volver sobre un juicio político pronunciado
 en el calor de las arengas, bujó el pánico de
 la ciudad, sin proceso sin prueba judicial, sin

otras pruebas que castas de doble sentido, Seguro de la defeccion de Cassio y de Cesar, demeritad felix de poder hacer caer la colera del pueblo sobre algunos miserables; seguro del Senado, que se venga de sus alarmas; seguro de pueblo y hasta del populacho, que aplaude a la plura de la Concordia el suplicio de los pretendidos incendiarios de Puerma, el mismo condijo los condenados a la prision.

„Era esta, dice Sallustius, un calabozo llamado Carcer, del nombre de Ciceron, Jullianum. Se venia despues de haber atravesado el vestibulo, no mano a mano derecha, como se dice pies romanos bajo tierra: enormes piedras, lo hacen ~~impermeable~~ ^{impenetrable} por todas partes y forman en la parte superior una bóveda por medio de piedras de manopotonia ensambladas unas con otras; la oscuridad, la humedad, las inmundicias, el olor fetido de este subterraneo trastornan los sentidos. Desde que Lentulo bajó, lo estrangularon por orden del consul: tal

que el fin de este Patrio de la ilustre familia de
 los Cornelios, tan antigua y tan ilustre ^{como Roma,} ~~que~~ Roma,
 y que ~~el mismo~~ habia ejercido el mismo la suprema
 autoridad del consulado en su patria! Cetero, Sta-
 tilio, Gubirio / amigos de Cesar / y sus cómplices, des-
 cendieron a su vez para sufrir la misma suerte y
 la misma ignominia!"

Bien se habra tomado bajo su responsabilidad
 el precepto el suplicio, sin llevar ninguna de
 las formalidades legales necesarias en Roma pa-
 ra ejecutar las sentencias. Fue el golpe de Estado
 de la impaciencia, de la vanidad y del terror. Ovi-
 do reproche, pero no unida pusilanimidad de
 aquel gran espíritu, que jamás pudo un gran
 hombre!

Desde este sacrificio al favor ^{del} ~~del~~ Patrio
 y al propio favor de la multitud, hicieron no hizo
 mas que vacilar en la vida pública, como un
 hombre perseguido por un remordimiento, y ac-

mulo sobre su cabera las represalias que lo persi-
 guieron hasta la tragedia de su muerte. La lengua
 que habia cometido en crímenes de Estado los complots
 de algunos calaveras aturdidos, y pedido la muerte
 de tantos Patriotas en nombre de algunos vicen-
 ces publicos, fue atravesada por la aguja de Ful-
 via y clavada en la tribuna en donde su palabra
 habria muerto a un fantasma de facion.

XLIII

Batibina a la noticia del asesinato de sus
 amigos y de la marcha del ejército de Antonio, se
 alejó de la Toscana, con algunos miles de colos-
 nos de Sylla, mal armados, para aproximarse al país
 de los Allobrogos. Procede, al bajar las montañas
 de los Apenninos, de un lado por Metabo Felix, del
 otro por Antonio, arrojó a sus soldados con la es-
 tucencia de la desesperacion, prefirió la muerte
 a la fuga, mandó como general, combatir con

heroe, balances la victoria; pero cuando vio que el numero triunfaba del valor, se precipito casi solo, a dar pasos al frente de su ejército, y cayó bajo el acero que él habia provocado.

Concluido el combate, dicen las relaciones de la batalla, se vio lo que era el coraje y la resolución inspiradas por Catilina a los sostenedores de su causa. El cuerpo de cada uno de sus soldados ocupaba, muerto, el mismo lugar que habria ocupado vivo; todas las heridas habian sido recibidas de frente; se encontró solo el cuerpo de Catilina solo y bien avanzado en los ^{huesos} ~~restos~~ sobre un monton de enemigos que él habia envolado antes de su muerte: respiraba todavía y se notaba en su muerte la expresion desesperada que lo anima durante la vida.

XLIV

Entre tanto, la heroica muerte de Catilina,

la composición, toda de hombres libres, de necesidad,
 y su denegación a' envolver esclavos, probaron
 que jamás había sucedido la guerra de la esclava-
 tura, la subversión, y todavía menos el incendio de
 Roma. Se empezó a' reflexionar, a' murmurar con-
 tra la precipitación de Cicerón, a' disculpar a' César,
 y muy pronto a' honrarlo por las opiniones po-
 pulares por las que lo habían insultado en el se-
 nado y que no eran crímenes sino entre los nobles.
 El pueblo inquieto de los peligros que podía en-
 correr su favorito en medio de los patricios sus ene-
 migos, se acompañaba en grupos numerosos cuando
 iba a las sesiones, y se llamaba con grandes
 gritos cuando turbaba demasiada entalá.

Estas agitaciones de la multitud en favor
 de César alarmaban de tal modo al Senado, que
 de mismo severo Catón propuso, para contraba-
 lancear su popularidad, hacer a' la plebe, en un

bre del Senado, distribuciones mensuales de trigo ha-
 ra cerrar la boca a las murmuraciones. Pero Cesar
 mandado pretor apesar de los Patricios, llevo hasta
 la sedicion la Pasion por el de la multitud; él su-
 bleva y apasiguaba a su antojo aquellas agi-
 taciones plebeyas, de modo que el pueblo creia
 deberle la sucesion del Senado, y que el Senado tem-
 blando, se agradecia en cuerpo por el apasigua-
 miento del pueblo. Tribunos de los curias, tal es
 uno jamas hasta entonces se habria visto en Roma,
 con una mano sublevaba y con la otra reprimaba
 la ciudad, el no veia ya, entre el ^{proder y pueno} ~~gran~~ ~~cafe-~~
~~que~~ y él, nisi al gran Pompeyo.

XLV

Demasado movido todavia en el espíritu pa-
 ra combatirlos, al se contrajo a reducirlos. Epitolo ha-
 bilmente ^{plus desiquitos} ~~descontentos~~ Personales de Pompeyo contra
 el Senado, que relinaba ratificar sus medidas.

en Asia despues de sus victorias sobre Mitridates.
 Pompeyo hombre nuevo tambien como Ciceron, se que-
 jaba con raras de la ingratitude y de la insolencia
 de un senado que no se sostenia sino por su apoyo.
 Estaba demasiado acostumbrado de gloria para temer
 la rivalidad de un joven que no tenia mas titulo
 militar que una corona de laurel recibida en el
 sitio de Lesbos; deseaba hacerse un apoyo del par-
 tido de los plebeyos para obligar a los patri-
 cios a pactar con su poder.

Cesar el mundo por medio del que aquel gran
 idolo de los veteranos podria adherirse, sin pose-
 er degradarse, a las ideas y a los intereses popu-
 lares. Cesar, por su parte, ^{carque de} ~~no tenia~~ guerra en
 el senado y de consideracion en el partido de los
 hombres nuevos. El no tenia fortificar en
 Pompeyo a un hombre que no era a sus ojos si-
 no una gran fantasma de vanagloria, propio

Para conservar el lugar y para habituar á los Romanos al yugo mas durable que les preparaba; el leonero, pues, sin temor al que estaba seguro de vencer á su tiempo. Reconcilio á Pompeyo con Crasso, el mas acreditado de los tribunos despues de él.

Se negoció en triunvirato secreto de influencias combinadas sobre el gobierno de Roma, bajo sus auspicios, entre estos tres nombres; cual era un desigual en la que Pompeyo ^{contribuía con} ~~seguía~~ la gloria, Crasso con el oro, Cesar con el genio, la popularidad y la ambicion. Pompeyo prometió á Cesar los votos de sus innumerables clientes para el gobierno militar de la España; Crasso le prestó ocho millones para librarse de sus acreedores antes de partir de Roma.

XLVI

Cesar, elevado así á la clase de pretor y aspiran-

te ya al consulado, se atrevió á todo contra el partido de
 Licinio y de los patricios, á los que había arrancado
 el apoyo de Pompeyo, se declaró abiertamente el pro-
 tector de Claudio, el mas turbulento de los tribunos
 que quería rivales á los Graecos y que había jurado
 la ruina de Licinio. El mismo miró á este agitado,
~~pero~~ nacido, como los Graecos de una familia ilustre,
 y que como ellos quería repudiar la aristocracia
 para andar en las filas de los plebeyos; miró arren-
 tar al mismo Catón en pleno Senado por una
 arenga demasiado valiente contra él. Pero la vir-
 tud de Catón contrastaba demasiado con la indigna
 prisión á que Cesar lo había condenado para que
 la opinion pública tolerase semejante profana-
 cion. Cesar se apresuró á ponerlo en libertad por te-
 mor de ofender á los Romanos.

Los pueblos mas corrompidos se complacen
 en dejar permanecer en sus asambleas algunos hom-
 bres incorruptibles, como una piedra de toque pa-

en mejores tiempos, o como una vana representación de la virtud antigua de que todavía se decoran las naciones, aun cuando ellas no quisieren hacer uso de ella. Tal era Catón: una expresión de su tiempo una columna en pie en medio de una ruina.

Al mismo tiempo, para retener a Pompeyo en su alianza, Nevio acusó en cierto número de senadores de haber conspirado al asesinato de Pompeyo. En fin el le dio por esposa á su hija Julia, que habrá tenido á la edad de diez y siete años de su primera mujer. Julia adoraba de su padre y de su marido, pero mientras vivió, un vínculo de coram entre dos rivales que hasta entonces solo habían estado unidos por la política. Tranquilo sobre la solidez de una alianza fundada sobre tales apoyos, trabajó por el consulado y lo obtuvo.

Se le dio por colega á un hombre opulento, pero nulo, llamado Bibulo, cuyo nom-

bre y astor, el bomo' tan completamente por su
 conspiciuidad dominante, que se olvido que habria
 dos consules. El se aprovecho de su autoridad
 consular para ampararse mas y mas de la multi-
 tud por medio de una ley agraria bastante
 moderada para no herir a Pompeyo, bastante
 insolente para humillar al Senado, bastante
 liberal para parecer suficiente satisfaccion a
 la plebe.

Su colega Bibulo, el hombre de los Ju-
 risticos y de los conservadores, habiendo querido
 protestar contra estas innovaciones, fue sitiado
 por una muchedumbre tumultuaria pagada
 por ^{el mismo} Cesar ~~su mismo~~ con aplausos y regalos. El
 terror era tal, que el Senado, aunque Bibulo ape-
 lo de estos ultrajes de su colega, no se atre-
 vio a informar ni aun su nombre. El hombre que
 trataba asi las leyes podia detenerse ante la
 libertad de su Patria?

XLVII

Su consules habia hecho de un jefe de par-
 tid^o un poder publico. El no consentio en descen-
 der sino para hacerse recordar con sentimiento, ~~de~~
 para volver al poder cuando la pluzguiese ya la ho-
 ra que el eligiese como oportuna, para que delante
 su ausencia se elevasen sus criaturas. Esta ausencia
 de Roma era por el su calculo: tenia necesidad
 de prestigio que da la distancia, el efecto de un
 nombre que viene de lejos, la ^{con}spicua que las re-
 laciones populares ^{magnifican} ~~amplifican~~ ^{reempe} los proeses
 de un hombre a quien se quis no puede de vista.
 El se encontraba precisamente en las mismas cir-
 cunstancias en que se encontro el general Bonapa-
 rte, Cesar frances, bajo el directorio cuando imagi-
 no' una expedicion semi-fabulosa a Egipto, para
 que el resplandor del Oriente todo dirigiese a la aten-
 sion de la Europa.

Embarrasado de si mismo en el interior, Ce-

ser, como Bonaparte, su tierra en aquellos momen-
 tos lugar conveniente sino en el exterior. Por im-
 portante que fuese ~~por~~ su ~~partida~~ en Roma, su
 popularidad civil y hasta facinosa no podia
 contrabalancear largo tiempo la gloria adquirida
 por las armas, y la autoridad consagrada por el
 habito, de Pompeyo. El hombre que no era todavia
 sino el mas seductor de los tribunos necesi-
 taba la popularidad de la espada. Todo el mun-
 do se presto a porfia a ese deseo de espatriacion en
 los campamentos militares, manifestado por el
 perturbador de Roma: el venado por librarse de la
 presencia de un orador y de un tribuno que estu-
 quia el oro de Caton y envidiaba a Ciceron; los
 patricios para libertarse de un desestor de su va-
 ra, que prodigaba a la plebe las tierras y los pri-
 vilegios de la nobleza; los ciudadanos, para pacifi-
 car a ~~Roma~~ no dejando en la ciudad sus concurren-

te de su idolo, el gran Pompeyo; la plebe para acse-
 centar la autoridad de un jefe que prometia dar
 leyes a sus caprichos; Pompeyo, en fin, para
 reinar solo, en su triunfante magestad, en Roma,
 y para librarse de un aliado cuya superioridad
 demasiado inmediata lo sofocaba.

XLVIII

Benar, despues de haber reflexionado bien a que
 parte del mundo iba a aumentar su fama y su
 influencia, elegio las Galias. En todas las demas
 partes encontraba senderos frecuentados por otras
 glorias, comparaciones propias a disminuir sus
 triunfos, nombres en posesion de las provincias
 y que le seria dificil destruar. Si elegia la Espa-
 ña encontraba alli los recuerdos y las legiones de
 Pompeyo; si el Africa, encontraba la memoria de
 los Escipiones y las ruinas de Cartago; si elegia
 la Grecia encontraba las victorias y las colonias de

Sylla; si las Indias allí encontraba a Alejandro; su fin, si elegía el Asia Menor y los reynos de Mitridates, encontraba todavía las conquistas incomparables del gran Pompeyo, que acaba de estrechar a aquel enemigo de Roma hasta el mar Negro.

XLIX

Tan solo las Galias eran una tierra nueva en donde podia germinar en las tinieblas de la distancia y en la sangre de los barbaros un nombre nuevo, un nombre que hirviere el orgullo de los Romanos. Las costuras de Cicero dan estas conjeturas, la cestera de una opinion publica unanimemente admitida entre los confidentes de la ambicion de Cesar. Suetonio le atribuye abiertamente el mismo calculo. No puede uno equivocarse juzgando a un ambicioso por el lado de sus intereses.

Se le acordó primero el gobierno de la Galia Cis-Alpina, es decir de la vertiente de los Alpes que mira a la Italia y que circunda el golfo Adriático; después de la Galia que se llamaba entonces cabe-lluda, a causa de las largas cabelleras que sus habitantes semi-barbaros dejaban caer sobre sus espaldas. Cesar experimentó tal gusto por esta nueva investidura, que olvidó toda prudencia y reclamó en pleno senado, "que él había llegado al fin al objeto de sus deseos, que podía hacer frente a sus enemigos, y que ^{ven adelante} ~~se~~ ^{seguiría} ~~seguiría~~ bajo sus plantas a todos los que habían puesto obstáculos a su fortuna.

Semejante ~~audacia~~ ^{arrogancia} en un senado sugiere un voto sin lugar a dudas y la augustad de la república escandalizó a uno de sus oradores berberos que se vengó de su obscuidad por medio de chistes: "Veremos, dijo a Cesar, si eso será tan fácil

al hombre que ha desempeñado en la corte de vi-
comedes el papel de una mujer! — En sus ha
impedido a Semiramis, replis temerariamente
Serar, el reinar en la Asiria!..

Su cuando debia de quatro años; se au-
mento hasta cinco, y se dieron las legiones para
todo este tiempo. El Senado, celoso por severidad
de equalar las liberalidades del pueblo, se apre-
tura a condescender, por sus decretos, a todos los
deseos de Serar. Antes de ser el conquistador de
las Galias, Roma nacia de el mas guerrero.

I.

Las Galias comprendian entonces, independen-
dientemente de la Glicia, las llanuras regadas por
el Po', del Niámontes, de la Lombardia, de una
parte de los Alpes y del pais de Suiza, todo
el espacio comprendido entre los Pirineos, y los
Alpes, el Rhin, el Oceano, es decir la Savoya,

la Helvecia, la Francia, la Belgica y la Holanda.

Las Galias eran entonces una presa bien preparada para la conquista. Las diferentes tribus que las componian, sucesivos de las invasiones de los barbaros, barbaros ellos mismos, no eran sino una anarquia sin estabilidad en el interior, una confederacion sin vinculos en el exterior. Divididos no solamente en varas, sino tambien en castas, alternativamente subordinadas o antipaticas, esas tribus no tenian otra unidad que la religion y esa religion era atron.

Los Druidas, herencia arraigada en la supersticion comun, gobernaban al pueblo por el terror del cielo y mantenian ese terror por medio de hecatorubas Numanas. Los altares bajos de piedra sobre los que se ahondaban juramentos de sangre.

Quando la conquista de los Romanos no hubiese producido otros resultados que llevar a la Galia a los druidas e iniciarlos en un culto mas suave, seria necesario bendecir las guerras de esas. Ellas subyugaron un pueblo, pero libertaron el espiritu Romano. Aquella religion que tenia las manos de sangre, las guerras civiles interminables, las luchas rivales entre los druidas, los nobles, el pueblo, los esclavos, la ferocidad original, la barbarie que hace desmerecer el progreso de la vida, las distancias los bosques, los pantanos, los rios, las armas salvajes, el habito de estar constantemente armados, en fin una rivalidad del desprecio de la muerte y una pasion furiosa por la independencia, hubiese hecho impensables a los Galos si hubieran estado unidos. Su division, su movilidad proverbial, su inshe-

venia entre los diversos grupos de poblacion, su
 discriminacion entre ~~los~~ jefes sus enemigos los unos
 de los otros que del enemigo comun, hacia fa-
 cil la ~~degradacion~~ conquista. Batata introducia la
 unia romana en aquel granito descompuesto
 o' no aglomerado lo bastante por el tiempo, pa-
 ra que la Piedra cayese en fragmentos.

Horvica, resistencias aisladas y ninguna
 acuerdo general de resistencia comun; he ahi
 lo que Cesar tenia que temer o' esperar de un tal
 Pais. Iba a' combatir contra guerreros, pero no
 contra un ejercito; eran ejercitos precarios como
 el jefe que ellos elevaban o' que precipitaban
 por sus aclamaciones.

Cesar, que poseia por instinto la filoso-
 fia de la guerra como la de la politica y de las
 naciones, comprendio, despues de una primera
 mirada sobre las Galias, que las dos condiciones

de egipcio en un pais barbaro eran la organizacion
 de un ejercito poco numeroso, pero indivisible
 por la disciplina y la tactica, y, sobre un pais
 vasto y descentralizado, la rapidez de los movi-
 mientos y de los movimientos. Esto fue la tactica
 opuesta a la de Bonaparte, el que, antes de com-
 pater las viejas falanges prudentes y metodi-
 cas de la Europa, lanzo' innumerables masas
 sobre batallones egipcios.

Cada uno de estos dos nombres de guerra
 tiene valor en su tiempo y en la diferente situacion
 valeroso de su adversario. Bonaparte habria sido
 vencido en las Galias, como lo fue en España; Ce-
 sar habria sido vencido por los egipcios compactos
 de Austria, de la Rusia y de la Prusia en
 Italia. Conformarse por diferentes medios a ti-
 mpos y a lugares diversos, es el mismo genio.

Cesar partió de Roma con este plan, sin inquietarse mucho del pequeño número de legiones que la republica le acordaba. Su alma temia el secreto de ^{~duplicar} ~~doblar~~ sus fuerzas. Pero como la guerra no era para él sino un medio de dominio y no un objeto de ambicion satisfecha por las victorias, se ocupó, al partir, de su regreso mas que de su marcha. Un acontecimiento de misterio estuvo á punto de hacer fallar sus intri- gas con el partido de la plebe romana, partido que él habia cultivado mas desde su juventud y sobre el que contaba mas para las grandes re- denciones civiles que debian tarde ó temprano ha- cerlo llamar para ser el jefe ó el arbitro de Roma.

Habríen Roma un joven patricio, emu-

lo de los Gracos, cuyo nombre heví citado ya entre
 los protegidos de Cesar y de las familias de su fac-
 cion; este era Claudio, dotado de todos los dones del
 nacimiento, del personal y de la riqueza. Clau-
 dio habia nacido para decorarse la civiltad romana, pe-
 ro su impaciencia de honores, su rivalidad y
 perturbancia le habian hecho buscar una for-
 tuna mas pronta, mas ruidosa y mas borrascosa
 en las sediciones de su Patria. Era uno de esos
 hombres nefastos que nacen en las decadencias
 de las naciones para precipitar la ruina de las
 instituciones y de los poderes, y para sepultarse
 ellos mismos en sus ruinas.

Ferná á la vez el orgullo de la civiltad romana,
 en que habia nacido, y la envidia de la demagogia,
 en donde se habia lanzado para adquirir populari-
 dad y a que sus estimacion. Su elocuencia, desor-
 denada y convulsiva como su alma, conseguia

maravillosamente al populacho, que no quiere ser
 dirigido sino agitado. El sublevarse de Roma como
 el viento levanta las olas, sin inquietarse de los
 espesores y de los delirios a los que se abandonaba a su
 vor. Con tal que el consiguiese producir movimien-
 to y ruido, poco le importaba el crimen! Su
 conciencia consistia en su pasion. Era enemigo
 de todos los nombres de bien; Caton, Ciceron, el
 mismo Nomphego eran sus cosas designadas por
 él a los puñales de los sicarios como los únicos es-
 tuculos de la anarquia, unicos gobiernos que con-
 prendia a quel revelde contra todas las leyes. Le
 enrolaba, pagaba, armaba tras si una turba
 de vociferadores, de gladiadores y de anabardos que
~~agradaban~~ ^{agradaban} las cosas de sus enemigos, que impo-
 nian sus voluntades a los comicios del pueblo,
 y que hacian temblar hasta el mismo Senado.

Era el rey de la multitud, el Danton de

Roma, pero en Danton subalterno, sin otra política que el tumulto, sin otra eloquencia que la vociferacion. Tales hombres, odios á todos en los tiempos de tranquilidad, tienen, en los tiempos de revueltas, la fuerza que da la convulsión á los asaltos de accesos de delirio. Tienen la fiebre devoradora de los tumultos corrillos, ellos perecen despues del paroxismo, pero son terribles durante el acceso.

Tal era el gran demagogo de Roma; Clodio.

LIV

Solo Cesar tenia imperio sobre Clodio, porque Cesar era un Clodio de genio, un Clodio moderado, un Clodio político que cubria la demagogia tumultuaria del verdadero Clodio con su consideracion cuando caia en desprecios, con su proteccion cuando formulaba desordenes, con su indulgencia cuando tocaba al crimen. et demum,

Cesar, como se ha visto, no temia violentar el senado, ni al Senado, á las leyes ni ni colega el consul Bibulo, por favorecer las pretensiones de Clodio al título de plebeyo y á las funciones de tribuno del pueblo, para las que el título de plebeyo era una condicion en Roma.

Estos servicios obligaron á Clodio, sino al reconocimiento, al menos á una deferencia de que Cesar se aprovechaba. Entre estos dos nombres habia un vínculo de ambicion de un lado, de clientela del otro. Los importaba igualmente sus rasgos á quien precisó esta sorda coalicion de la ambicion y del crimen.

Una casualidad iba á poner en una prueba pensada esta alianza de los dos agitadores de Roma, y á mostrar si Cesar era superior al ambicioso ó el ambicioso al hombre.

Clodio que frecuentaba la casa de Cesari, amaba a Pompeya, la jóven y bella esposa del conul. Pompeya reducida por la juventud y por los atractivos de Clodio, habia preferido el tribuno al herede.

Esta pasion criminal de Pompeya y de Clodio experimentaba obstáculos en la numerosa domesticidad de Cesari y en la vigilancia de su madre, unger anstera que gobernaba su casa. Una jóven esclava de Pompeya, llamada Abreu, conompida a precio de oro por su ama, favorecia las entrevistas secretas de los dos amantes. Las fiestas de ~~la~~ Buena Diosa, durante las que las mugeres celebraban en el interior de su casa ceremonias misteriosas de las que los hombres estaban severamente escludos, parecia a Clodio una ocasion propicia para acercarse a Pompeya sin correr el riesgo de encontrarse con ~~Cesari~~ Cesari.

Se organizó de cautelar, diráran que su ju-

ventud, su Estatura, y la blanconsa femineada de su
 tez no desmentia la mediocridad del alumbrado, y
 penetro bajo este velo en el vestibulo de la casa
 del consul. Abra que lo esperaba en la Puerta,
 fingio tomarse por una de las cantatrices citadas
 para la fiesta, lo condujo por la mano al piso
 superior, y dejandolo solo en un corredor oscuro,
 se apresuro ~~en~~ a avisar a su ama. Pero durante
 su corta ausencia de Abda, encuentra Clodio y se
 veido por un hombre disipado de mujer que se
 parecia a una esclava de esclava, madre de Cesar,
 Muyo' y se oculto en la habitacion de Abra.

El sacrificio profanado e' interrumpido
 por el ruido de este escandalo llevo la casa de
 confusion y de rumor. Clodio, buscado con horror
 por todas las mugeres, es descubierto en la habi-
 tacion de la esclava culpable; es arrojado como
 un sacrilego, y las mugeres saliendo en multitud

de la casa profanada, de la ciudad de la revelación del suceso, y del escándalo, y de la iniquidad adultera de Clodio. La muerte, según las leyes romanas, debía ser la expiación de semejante atentado. Los tribunos citan á Clodio á su tribunal. El pueblo que le está vendido y que perdona á todos los que lo sirven, toma el partido de su demagogo favorito. La asonada se anticipa á absolverlo mientras que los jueces, intimidados, lo interrogan.

Cesar, el mas interesado de todos en el proceso, dividido entre la venganza de su honor y la paz conservada de su ambición, no vacila en sacrificar su honor. Citado como testigo, declara á los jueces que el no tiene conocimiento de lo que imputa á Clodio. El tribuno que lo interroga admirado de una reticencia tan estrana, le pregunta porque entonces el ha repudiado á Pompeyo al día siguiente del descubrimiento de Clodio en su casa. El explica su inconsecuencia evidente por una de

161.

eras palabras que ocultan ^{el} ~~lo~~ vacío del sentido bajo
el aparato del sofisma. Es, porquero dijo, porque
la mujer de César no debe ser ni una sospechada. El
espíritu de partido se contentó con esta respues-
ta, que, si ella fuese seria, condenaría a una mu-
jer inocente por el crimen de su sobornado o por
la malignidad de sus calumniadores. Pero César elu-
dió así la ruptura de las inteligencias que quería
conservar con el bata-llero de Roma.

LVI

El se aprovechó hasta de esta circunstancia
para asegurarse un apoyo mas en el Senado, casan-
dose con Calpurnia, hija de Piso, hombre conse-
lar, del tercer partido de Roma, cuyo aliado
era una rama achada de lajer en la aristocracia.
Habiendo unido combinado sus popularidades contrari-
as en la plebe, entre los veteranos, y entre los colonos,
por sus leyes agrarias, en el Senado por Pompeyo, en

el partido de los hombres honrados por Ciceron,
 en el partido de Charis por su primera mujer,
 en el partido de Sylla por la segunda, en el par-
 tido intermedio por la tercera, en el círculo de
 los ríos por Crasso, en la moda de los demago-
 gos y de los malvados por Clodio, y como, se dice,
 antes de su partida todos los miembros de estas fac-
 ciones diversas de los que él había hecho a su fuer-
 za personal, y les hizo prestar juramento de
 sostener en Roma su fortuna, en tanto que él iba
 a engrandecerse para regresar y ~~de nuevo~~ servir a
 su vez con todo su poder sus intereses.

Fue esta la ligazón de todas las ambiciones
 subalternas con la ambición suprema. Todo es
 cierto en el fondo, exceptuando, sin duda, el juramen-
 to mencionado por Svetonio. Sería bastante sin-
 gulo para dudar de los dioses, no era tan novicio
 para creer que se conservarían los hombres políticos

los por medio de un juramento. El mismo juramento para él, era el interés personal de sus compañeros; todos estaban bien convencidos que su fortuna era la de ellos, y que en lo sucesivo no podían separarse o caer sino a su sombra.

LVII

El mismo Cesar ha escrito su guerra de los Galios con la rapididad y la concision de un soldado o de un geografo que toma apuntes al paso de los lugares y las cosas. Sus Comentarios, obra en nuestra opinion demasiado alabada sobre el nombre del autor por las supersticiones de la fama, no es sino un registro hecho por un compilador muy ocupado de otras atenciones, materiales preparados para escribir ^{verdadera} holgadamente ^{la} ~~su~~ historia, cruda mas contiene que lo que se estima en un catalogo de hechos; exactitud, claridad, precipitacion de pluma, pero que se desliza a grandes rasgos, pe-

no rara ver iluminados, y aun menos sentidos; esto
 y algunos buenos destellos de estilo que iluminan
 por momentos un horizonte vasto y oscuro; pero en
 general una aridez, una sequedad, una desmedida
 aversión de narración que no da a los hechos, a
 los lugares, a las batallas, a los caracteres, ni su
 brillo ni su color, ni su interés. Serar estaba de-
 masiado apremiado para pintar, se bregaba
 el universo.

El Sr. dejó a este respecto, según nues-
 tra opinión, una inmensa superioridad a Bonar-
 parte en Sta. Helena. Allí, los dictados históricos
cos de sus primeras campañas, y Napoleón escritor
 de su elevado hasta sí mismo; el Sr. hecho de sus
 batallas y poemas escritos por un tacto. La ex-
 presión se amolda al hecho como el bronce en
 el molde; ella toma el colorido no de tintes
 artificiales, sino de su mismo calor, como el

fierro en el piego, rojo porque quemara; y nadie
 excepto Maquiavelo ha escrito sobre la guerra
 o la politica con ese estilo. era un escritor
 que reuniera palabras, es un colorido que constri-
 ge se frase con trozos de imagenes, de impresio-
 nes ^{o de} ideas. Copista en su juventud, declamador
 en su edad madura, la guerra, la politica y
 la experiencia de los cosas habian hecho de él
 el mas robusto de los historiadores. El alma
 poetica de Cesar, le faltó solo para sobrepasar-
 lo. Pero a Napoleón no era sino una inteligencia,
 Cesar era el hombre, y esto es lo que hizo ademas.

LVIII

Su popularidad y sus prodigalidades lo habian
 precedido entre las legiones que lo esperaban en
 las oras Julias. Hemos dicho ya que los Romanos no
^{eran} daban a sus grandes ciudadanos y que la reputacion

de un gran orador ó de un gran político no hacia
 mejor que á las tropas un general mediocre; al contra-
 rio, el prestigio de una superioridad de genio en
 la tribuna ó en el consejo, las hacia augurar una
 superioridad igual en el mundo de los ejércitos. La
 guerra no era una profesion, sino un heroismo
 inteligente de las batallas.

Cesar se recibia de sus legiones como un
 hombre que llevaba consigo el genio y la fortuna.
 Su familiaridad cordial, su insipidez espontanea,
 conversacion elegante con los gefes, popular con los
 soldados; sus liberalidades, que nada se reservaban
 para él mismo sino la dicha de conquistarlo todo
 para darlo todo; una superioridad de genio, que se
 revelaba al primer golpe de vista y a la primer
 palabra, sobre las retinas militares de sus pre-
 decesores; perspectivas de gloria, de conquista, de
 despojar, de triunfos en comun, que precipitaban,
 en sus arrieros, á las legiones ociosas mas allá de

los Alpes; una cierta indulgencia habil y licen-
tiosa que dejaba aflojar la disciplina de los compa-
mentos, durante las horas desocupadas, para estre-
charla ~~en~~ con sus ejercicios en las marchas y en los
combates; en fin un aspecto y una elocuencia que
elevaban sus ideas y sus corazonas, y que hacian
que se le diese con entusiasmo lo que solo se dejaba
imponer por los ~~señores~~ otros; en estos dones varia-
dos parecia de cesar en pocos meses el idolo de su
espirito. El estudio el modo de reducirlos como ha-
bia reducido al pueblo romano, a adherirlos mas
que a aumentarlos.

LIX

La idea del imperio lo asediaba hasta en sus
primeros pasos hacia la Galia; ella le dejaba trans-
pirar cuando con sus tenientes hablaba confiden-
cialmente durante las marchas. Sabia que la es-
peranza desmedida de una ambicion adhiere los

subalternos por sus ilusiones doradas.

Una vez, cuando en una aldea miserable en la cumbre de los Alpes, algunos de sus jóvenes convidados, embromados con ironía sobre la pobreza y la relegación a los confines de la nieve de aquel lugar ya desconocido, se preguntaban si en aquel villosorio podría haber ambiciones, competencias de poder y pretensiones de autoridad como en Roma. Cuando los vió, se dirigió a ellos admirándose de sus dudas. "En cuanto á mí, dijo sus paisanos, como he visto sus paisanos en budo ante el busto de Alejandro, preferiría ser el primero aquí que el segundo en Roma."

Jamas la sed de gloria me entalló más francamente en un grito del espíritu alma.

LX

La invasión inminente de los Helvecios / Sin nos / en la Galia central por el prolepto que llamo

a' Cesar.

Un jefe poderoso de tribu, llamado Orgetorix, habia querido persuadir á los Helvecios sus compatriotas, que su valor los haria facilmente dueños de toda la Galia si abandonaban su estrecho territorio. Se le oyeaba que se le confiaría el mando y direccion de la guerra, y que entonces investido de una autoridad casi absoluta, podria, á favor de una tal empresa ampararse de la severidad. El mismo sus intereses con los de otros dos jefes de sus tribus, el Eduo Dumnorix y el Seguanois Castix, le prometieron ayudarlo á hacerse rey de sus naciones.

Al primer rumor de los proyectos de Orgetorix, fue puesto en prision por orden de los magistrados Helvecios, y puesto en juicio ante el pueblo como aspirante á la tirania. Libertado por su tribu, pero ^{se sintieron el mayor} ~~consciente de su debilidad~~, se suicidó.

La ruina de Orgetorix no hizo abandonar a los Helvecios el designio que les habia inspirado, y los preparativos esmerados se continuaron con la misma actividad. Se veia bien que ellos querian antes de todo el regreso para siempre. Habian quemado sus doce ciudades, y sus cuatrocientos pueblos, destruido los muebles y los visceres que no podian conducir. Incluyendo las mugeres y los niños su numero ascendia a trescientos setenta y ocho mil: cifra cierta, porque los Romanos, dice Cesar, encontraron en el campo Helvecio los registros del censo escritos en caracteres griegos.

LXI

La cita general debia tener lugar cerca del lago Lemano. Ellos encontraron cerca de Ginevra a Cesar, que les cerró el paso: habia hecho cortar el puente del Rodano que comunicaba con la Helvecia, y mandado a toda prisa las guarniciones y

las milicias de la Galia Narbonense. Los primeros
 jefes de los Helvecios fueron enviados en di-
 putacion. El Hombre de la palabra (era este el títu-
 lo de orador en lengua galica), le dijo: „Los Helve-
 cios quieren atravesar la Provincia, pero sin causar
 el menor daño; no tienen otro camino que tomar, y
 esperan que Cesar no les rehusara su consentimiento.”

Cesar no habia olvidado la ruina del Cam-
 pul L. Casio y la vergüenza de las legiones que los
 Sigoricinos / Publitanos del canton de Thesich) ha-
 bian hecho padecer bajo el yugo en el mismo sitio
 en que venian a solicitar la entrada del territo-
 rio romano; pero no tenia disponibles mas que
 una legion. Dificil resolvió y se aprovechó de
 la venura que el señaló para cabar un foso y
 construir un muro de diez y seis pies de elevaci-
 on, flanqueado de torres, sobre una extension de
 diez y nueve cuillas entre el lago Lemano y el

Jura. Cuando volvieron los embajadores Helvecios, les declaró "que, según los usos de los pueblos romanos, él no podía permitir a quien quisiere que pasase la entrada en la provincia."

En los ~~pasos~~ quedaba otro camino que el del Jura, aunque tan difícil que no se atrevían a emprenderse en él sin el formal consentimiento de los Voluntas. Estos, ^{reducidos} ~~convenidos~~ por Demarzio, antiguo aliado de Argentorix, se defendieron la entrada de las montañas, aun cuando lo hubiesen prometido a los Romanos.

LXII

Los Helvecios se dirigieron sobre el Saona, límite común de los Sequanos / Franco Condado, y de los Edivos (Autunés). Los emigrados trabajaron noche y día en reunir las barcas, en construir balsas; pero con una tan grande multitud de pueblos, de asenillos, de animales, de carros, de bagages

de toda especie, ocasionó una inmensa pérdida de tiempo. Los Figurinos que formaban la retaguardia, estaban todavía en la orilla izquierda del río cuando Cesar llegó como ~~un~~ ^{el} rayo y los hizo pedruzcos; después, echando un puente sobre el río, hizo pasar en un día todo su ejército, peste de setenta mil hombres, a la otra orilla.

Los Helvecios habían marchado tan lentamente, que Cesar habría tenido tiempo de correr a Italia, de traer cinco legiones, de atravesar los Alpes por el camino mas corto, apesar de la vigorosa defensa de los montañeses, poblaciones enemigas de Roma, y de llegar así a tiempo al socorro de los Eduos, amenazados por la invasión de los Helvecios.

IXIII.

Espantados de su prontitud, los Helvecios le

enviaron diputados encargados, decian ellos, de tratar
 de la paz; pero los discursos de aquellos hombres y
 su eleccion hacian ver que su mision no era sino
 un artificio para ganar tiempo. A su cobera se
 encontraba Divico, que mandaba los Sigurnios en
 la jornada del Lemano, y que habia hecho pasar
 bajo el yugo las legiones Romanas. Aunque
 de edad de ochenta años, el anciano jefe habla-
 ba a' Cesar victorioso con el mismo orgullo que
 habia hablado cincuenta años antes a los terri-
 entes de las legiones vencidas:

„Si los Romanos quisieron la paz, le dije,
 que nos designen un lugar en la Galia, y noso-
 tros lo habitaremos; si persisten en hacernos
 la guerra, que recuerden lo que ella les ha cos-
 tado. Por haber asaltado de sorpresa uno de nues-
 tros cantones, cuando los otros, del otro lado del rio,
 no podian socorrerlos, me hay tanto motivo de enojo

quiere y se despreciamos! Los Helvecios han aprendido
 de sus Padres a fiarse mas en el corage que en la
^{astucia}~~astucia~~ ^{estratagemas} ~~estratagemas~~, y a contar Jues en las ^{estratagemas} ~~estratagemas~~ de la gue-
 rra. Que los Romanos no se espongan, pues, a ver
 a sitio en que nos encontramos, como otro bien cono-
 do, ilustrase por la vergüenza de su republica y
 la destitucion de su egercito!"

Estas palabras duras para el orgullo
 romano, Cesar contestó " que el no habia olvidado lo
 que los Helvecios se empeñaban tanto en recordar-
 le, que asi su conducta estaba truzada de antemano;
 que el conservaba de a que veces tanto mayor re-
 pentimiento que cuando que el consul Casio atacado
 de improviso, habria sido víctima de una perfidia.
 En cuanto a él, Cesar, olvidaria aquella antigua
 injuria, podia perder el recuerdo de afeutas tan
 recientes? Los Helvecios no habrian querido abrirse
 contra su voluntad ~~al~~ al traves de la provincia?

no habian ellos llevado la desolacion a los Eudos,
 a los Ambarrer, a los Allobrogos, cuyos establecimien-
 tos y propiedades habian saqueado en la orilla de-
 recha del Rodano? Un exercito Romano podria
 ver con sangre fria debustar los campos de los
 subditos o de los aliados de Roma, invadir sus
 ciudades, arrastrar sus hijos a la esclavitud. "Ese
 "insolente orgullo que os inspira una victoria, aque-
 "so el proconsul con colera, era lentitud de la vengan-
 "za de que tenéis derecho para sorprenderos, en-
 "tra, no lo dudeis, en los designios de los dioses. Fu-
 "era de los que os castigar a los hombres, les con-
 "orden al mismo tiempo algunas ventajal, pa-
 "ra embriagarlos de su impunidad y hacerlos de
 "este modo mas terrible su desdicha. Si embargo
 "go, si entregais rehenes, si los Eudos, sus aliados,
 "y los Allobrogos reciben reparacion de los daños

"Supidos, comiento en hacer la paz."

"Los Helvecios, contestó firmemente Diviaco, han
"aprendido de sus padres á recibir y no á dar
"vehemes; el pueblo romano recibirá de ellos tes-
"timonio si fuese necesario."

LXIV

Las negociaciones se rompieron, y la batalla con-
tinuó su marcha, seguida del ejército de César. Des-
pues de alguñ tiempo de escaramuzas, los Helvecios,
aprovechándose de una distracción de César en Bibracte
(betum), en donde había á proveerse de lo necesario,
volvieron caras y asaltaron al ejército romano.

Para no tener este primer choque, César hizo
avanzar toda su caballería, mientras que formaba
su infantería en una altura. En ese momento le
presentaron su caballo pero el lo rechazó. "Que me
lo traegan despues de la victoria, cuando sea nece-

paris ~~persegui~~ persequi, dijo; ahora se trata de esperar
 a pie firme.," et esta palabra de orden, todos los ofi-
 ciales romanos, a su imitacion, hicieron alejar sus
 caballos.

Los Romanos apostados en una colina, se
^{con ventaja} chararon el ataque de los Helvecios; pero mandó que
 no se tomara la ofensiva y persequi a sus enemi-
 gos, pero atacados en flanco por la reserva del egip-
 cio Helvecio.

La lucha empezó de nuevo con encarnamiento
 y duró largo tiempo en las tinieblas de la noche has-
 ta que los Helvecios, rotos y desechos por segunda
 vez, se retiraron hacia sus carros y su bagaje. "Des-
 de el medio día, hora en que empezó el combate,
 ningún Romano, dice Cesar, podría decir que un
 Galo hubiese vuelto la espalda.," Intorno a los
 componentes de la horda, la batalla se prolongó,
 y allí, no solo los nombres pero hasta las

mujeres y los niños de lo alto de sus curvas, debajo
de ellos y al traves de las ruedas, de todas partes en
fin, hicieron llover una lluvia de flechas y armas
arrojadizas que continuaron largo tiempo á los Ro-
manos. En fin el recinto de los carros que formaba
su campo se forrado con horrible carnicerías

LXV

Los restos de la nacion Helvecia se pusie-
ron en marcha la misma noche, con direccion al
norte, y despues de haber marchado sin hacer alto,
llegaron el cuarto dia al territorio de los Lingones
(pais de Langres). Cesar los alcanso cerca de Dijon.
En estado ^{de guerra} de dar una batalla, se sometie-
ron á las condiciones del vencedor y volvieron á su
Patria despues de haber entregado sus richenes
& sus armas, Cesar queria impedir, dice Plutarco,
que los Alemanes / Germanos / viendo su pais desier-

to, ~~no~~ pasasen el Rhin para establecerse allí; ordenó á los emigrados que reconstruyesen sus aldeas incendiadas, y á los Allobrogos que les proporcionasen todo el trigo que necesitasen hasta la próxima cosecha. Cuando la horda volvió á entrar en la Helvecia, no les quedaba mas que ciento diez mil almas de las trescientas setenta y ocho mil que habrían pasado el Jura menos de tres meses antes.

Cesar recibió felicitaciones de casi toda la Galia. Una diputacion de ciudadanos notables se le presentó con el encargo de decirle en nombre de sus respectivas ciudades, „que aun cuando el pueblo combatido á los Helvecios para quitar las tierras del pueblo romano y vengar antiguas injurias, la Galia no le debia menos que su misma patria; porque la habia salvado de una guerra cruel y del ser de la esclavitud.

LXVI

Nada habria valido haber rochados a los
 Helucios, si los Suevos invadieran la Galia. Las
 emigraciones de los Germanos eran ~~en~~ continuas;
 habian ya pasado ciento veinte mil guerreros.
 Arivisto, jefe de los Suevos, se habia establecido
 sobre las tierras de los Seguanes; desde luego ha-
 bria apoderado ^{de} la tercera parte, y ahora obliga-
 ba a los Galitas a evacuar otro tercio pa-
 ra cederlo a veinte y cuatro mil Helucios que,
 hacia algunos meses, habian venido a unirse
 a ellos.

Encontrandose reunidos en gran numero cer-
 ca de Besas, los diputados de la Galia central expe-
 ron el momento oportuno para pedirle su au-
 xilio contra los invasores y la tirania de Arivis-
 to. El mismo diceida que habia solicitado el

pororro de Roma, Diviciac, hermano mayor de Dumnorix, tomó la palabra y espuso delante de César la situación de la Galia, inundada y oprimida por un diluvio de Germanos.

„Sucedera necesariamente, dijo, que en pocos años todos los Galos seran echados de las Galias y que todos los Germanos habran pasado de este lado del Rhin; porque el suelo de la Germania y el de la Galia no pueden compararse, ni menos la manera de vivir de sus habitantes. Si el pueblo Romano no viene a socorrer nos, no nos queda otro partido que tomar que emigrar como los Helvecios, ir a buscar lejos de los Germanos otra morada, otra patria, y tentar, si ceda lo que quisiere, las probabilidades de mejor fortuna.

LXVII

Graves motivos, observa el historiador de la

Galia, Mr. Amadeo Thierry, empeñaban á los
 Nas ^{de abrazar} ~~de abrazar~~ calorosamente la causa de los Galos.

El sentía que el abolicionismo de los Cudos, hon-
 rados tantas veces por el Senado Romano con el
 título de hermanos, era á los ojos de la Galia
 un ~~seco~~ motivo de ~~adulacion~~ admiración y casi
 de desprecio para la república. El veía, además,
 la provincia amenazada ya por los Germanos,
 pues que el rivista dueño de la Segreña (Francos
 Condado), no estaba reparado más por el Rodano
 de los establecimientos romanos. Este jefe fiero
 había además llegado á un grado de arrogancia
 y crueldad que ya posible no tener. El menor ~~acceso~~
 acceso de su humor sombrío, atormentaba á los
 rehenes que se había hecho entregos por los
 Galos sus tributarios, y algunas veces los había
 perecer en el patíbulo. Este hombre fiero nada

había cambiado de la vida de los borgues; al campamento al aire libre, pasaba su ejército de borgues en borgues, no conociendo otro abrigo que la bóveda del cielo y la tienda de piel del guerrero germano.

LXVIII

Cesar, á fin de manifestar de su parte las apariencias de moderación, envió una diputación cerca de Struvisio para pedirle una entrevista locante á objetos de alta importancia. « Si yo tuviera necesidad de Cesar, » contesto el suevo, « iria hacia él; » « Si algo quiere de mí, que venga hacia mí. »

Cesar le significó entonces por medio de diputados que no tratase de hacer venir mas Germanos á las Galias, que restituyese los robados de los Eudos, y que no devorase las tierras de este pueblo ni las de sus aliados. Si se refería á estas reclamaciones, Cesar vengeria

des injurias.

„Yo soy dueño, contesto a Bruto, de mi provincia Galia que he venido por las armas, como los Romanos de la suya. Si me dejais tranquilo, ganareis: yo haré todas las guerras que querais, sin pena ni peligro para vosotros. En cuanto a la declaracion de Cesar, que el no se desuniría de vengar a los Eudos, nadie me ha atacado sin arrepentirse. Que venga pues, y Cesar aprenderá entonces a conocer los Germanos, que desde hace catorce años no han dormido bajo techos. „

LXIX

Cesar recibió al mismo tiempo esta respuesta y la noticia que los cisalpanos se acercaban en masa hacia el Rhin. Viendo que no tenía que perder un solo instante, se puso en mar-

cho, atravesó el territorio de los Seguanes y campo de improviso á Basonnis / Besançon.

Entretanto los soldados Romanos cuestionaban á los Galos con inquietud sobre los nuevos enemigos que iban á combatir. Todo lo que se decía de la estatura y de la ferocidad de aquellos gigantes del Norte espantaba á los mismos veteranos. César vió, dice Plutarco, que el terror se había apoderado de sus oficiales, y sobre todo de los más nobles, que no habían venido á servir bajo sus ordenes sino por la esperanza de enriquecerse y de vivir en el lujo, los reunió y les dijo que podían retirarse; que cobardes y mandruinos como ellos eran, no debían exponerse sin tener buena disposición. „Me basta con la decima legión,“ agregó, „para ir á atacar á los barbaros, que no son más terribles que los Griegos; y yo no me considero inferior á ellos.“

La decima legión tuvo orden con título de

Entonces, se dirigió sus oficiales para manifi-
 tarle su reconocimiento. Las otras legiones, desmo-
 naron a sus oficiales, y todos juntos llenos de ardor
 y de buena voluntad, marcharon derechos al cam-
 po de Strivito.

Después de siete horas de marcha, Cesar con-
 decido por su fiel amigo Dirceias, llegó a la visi-
 ta de los Germanos.

LXX

Entonces tuvo lugar la entrevista que Cesar
 había antes pedido en vano. Los dos generales, in-
 bajarse del caballo, conferenciaron sobre un otoso
 que se elevaba entre los dos ejércitos, formados
 en una vasta planicie. Durante este colloquio,
 vino a advertir a Cesar que la caballería de
 Strivito, apropiándose a la altura, empezaba
 a lanzar ^{flechas} piedras y armas arrojadizas.

El provincial rompió la conferencia y se

retiró hacia su ejército, prohibiendo todo acto de represalias. Cuando se supo, en el campo romano el fin de la conferencia, no hubo sino una voz para combatir. Dos días después, Atrivisto pidió la renovación de las negociaciones. Como se contentó con enviando un hazo cuya fidelidad le era conocida y un Romano que había sido preso de Atrivisto: el les encargó que recibiesen y le trajesen las proposiciones del jefe germano. Pero tan pronto como este los vio entrar en su campo, les gritó delante de todo el ejército: "¿Qué os trae? Venid aquí para espiarlos!" Y los puso a cargar de cadenas.

LXXI

Una semana se pasó en escaramuzas. Atrivisto se esforzaba en interceptar los víveres á los Romanos, pero evitaba siempre la batalla. Como

días seguidos César sacó sus legiones de su campamento y las dispuso para el combate; pero abrupto conservaba constantemente su infantería detrás de sus líneas.

En una escaramusa en que los Germanos no empeñaron más su caballería, hubo muchos heridos de una y otra parte. Indagando el general romano de los prisioneros porque abrivisto no quería pelear, supo que según la costumbre de los Germanos, el enemigo había consultado á las adivinas sagradas si se debía ó no dar la batalla, y que las sacerdotisas, que pretendían conocer el porvenir por el ruido de las aguas, por los rumbos que las corrientes hacen en los rios, habían prohibido al enemigo el combate antes del nacimiento.

César creyó favorable el movimiento para atacar, y marchó sobre los enemigos. A la apro-

primario de las legiones, los Germanos obligados
 a pelear, salieron de su campo y se formaron por
 naciones. El choque fue tan violento de las dos par-
 tes, que ni los unos ni los otros pudieron hacerse uso
 de sus dardos arrojadizos; se batieron cuerpo a cuer-
 po con la espada; pero los Germanos habiendo
 formado con rapidez su falange acortada, sor-
 prendieron con primera los espaldas de la infantería
 romana. Se vio entonces, dice Cesar, a las
 legiones ser hundidas bajo la bóveda de escudos
 que cubria aquellas falanges, arrancárselas con
 sus manos, despedirlas con grandes golpes de es-
 pada y dejarlas al enemigo, cuyos cuerpos ^{hollaban} ~~pasaban~~
~~por~~ bajo sus pies. ||

Cesar en persona derrotó el ala izquierda
 de los Germanos; pero el ala derecha de estos hizo
 retroceder el ala izquierda de los Romanos, y
 se adelantaba, cuando el teniente Crasso, que

mandaba la reserva, hacia' la tercera linea, han
 ta entonces inmovil, para sostener las otras legio-
 nes. Atrollada en todos los puntos, las tropas de
 Arriovisto se desbandaron, se pusieron en fuga,
 y se detubieron mis en el Rhin, distante cien
 en millas del campo de batalla. Todos los que
 no pudieron atravesar el rio en barcos o a modo
 fue pasado el filo de la espada por la caballeria
 romana. Quedaron ~~por~~, segun Plutarco, ochenta
 mil muertos sobre aquel teatro. Arriovisto, per-
 diendo a la vez, en la derrota de su exercito, sus
 dos mujeres y sus dos hijas, fue a morir de deses-
 peracion en Germania.

LXXII.

El gulo que habria sido diputado por Cesar
 era llevado por sus guardias fugitivos cargado
 de cadenas. Cesar lo volvio a encontrar repenti-
 namente cuando perseguia al enemigo. ,, Este

momento, dice ~~abundancia~~ en sus Comentarios, no le
 causo menor placer que la misma victoria, porque
 volvió a encontrar al hombre mas estimable de
 toda la provincia, su concul, su hosped, que
 el arrancaba de las manos de sus enemigos; y
 la fortuna al devolvérsele, le permitió gozar
 plenamente de un gran triunfo. El Gado le dijo
 que había visto echar siete veces para decir
 si sería arrojado a las flamas, o si se diferiría
 en suplicio, y que tres veces el azar lo ha-
 brá salvado.

A la noticia de esta victoria, los cien can-
 tones de los Suevos, que llegaban ya a la villa
 del Rhin, volvieron con espanto a tomar el ca-
 mino de sus bosques, y los habitantes de la ~~vicina~~
 riera los perseguían y les mataban muchachos.

Cesar había terminado sus dos grandes guerras
 en una sola campaña. El condujo sus tropas a

maestros de civismo al país de los Seguanos, y dejándolos bajo el mando de Labienus, partió para asistir á la asamblea anual en la Galia Cis-alpina.

LXXIII

El entusiasmo de los Galos por el vencedor igualó al principio al de los Romanos; pero cuando se vio que no recibía á Italia con sus legiones victoriosas, que ellas ocupaban la Galia como un país conquistado, que los agentes de ~~Roma~~ Roma se ocupaban de toda la administración en el interior de las ciudades, el abatimiento sucedió al reconocimiento. Se apercebrían que nada habían conseguido más que en vano.

Este descontento estalló en el exorte. Una vasta coalición de pueblos de la Belgica se organizó contra César. Los Belgas, según César, eran los más belicosos de todos los Galos, porque

eran los muer distintos de la civilizacion de la pro-
vincia y comerciaban poco con los mercaderes extran-
 jeros. Cuando despues de cerca de un siglo el resto
 de la Galia estaba reducida a defenderse contra las
 agresiones mercantes del ~~exterior~~, los Belgas, que
 habian quedado intactos, habian todavia conquis-
 tos, y hacia pocos años que habian hecho un
 desembarco en la isla de Bretaña.

LXXIV

esto fue opul'a los descontentos, que
 no querian ser ni Romanos ni Germanos, su-
 blenar las poblaciones rebeldes. Fue convocada
 una asamblea general a la que todas las
 ciudades de la confederacion fueron intimadas
 de enviar diputados. Todas lo hicieron de la
 de Remes (los Remois) que, ganados por los
 manejos de Cesar, esperaban obtener con su auxilio

la supremacía sobre el resto de los Belgas.

Y en efecto, cesar con estas noticias, volvió apresuradamente de la Galia Cisalpina, en donde había levantado dos nuevas legiones; se incorporó a su ejército acantonado en la Segnaia, y se transportó en doce días del ~~de~~ Duro sobre el Charne. Llega a tiempo que el levantamiento en masa de la Belgica se precipitaba sobre las tierras de Remes; ascendían sucesivamente a doscientos noventa mil hombres.

«Basta trabajo comprender, dice el. Henri Chastin en su Historia de Francia, como se pudo de la Belgica, cubierto de bosques y muy mal cultivado, producir semejante multitud de hombres libres y guerreros; porque la barbarie galia no estaba decayda, como la civilización griego-romana, por falta

ga de la esclavitud, era habia alli, como en Italia bajo la poblacion libre, una camada aun mas espesa y mas profunda de poblacion servil, y la esclavitud era casi una excepcion en la familia setentrional.

LXXV

La llegada de Cesar salvó a Bibrax, ciudad de los Remes, reducida á la extremidad por los sitiadores; pero vaciló algun tiempo en dar batalla, á causa del numero de los Belgas y de la alta idea que él tenia de su corage. Él estimaba por lo extension de los campos y de los humos, que su campo podia ocupar ochos millas de espacio, y apenas contaba con ochenta mil hombres para oponerse á los masas enormes de los Belgas.

Despues de ensayo de algunos combates

tes de caballería, creyó poder tentar una acción decisiva; designó un campo delante de su campamento. La localidad era favorable á las maniobras de la táctica romana. Las tropas belgas salieron de sus cuarteles y desplegaron en línea.

Una línea que se extendía separaba los dos ejércitos, y cada uno de ellos esperaba que el otro la pasase primero para atacarlo en ventura durante el real paso. No decidiéndose los Belgas á atravesarla, César hizo entrar sus legiones en el campamento. Entonces los confederados trataron de envolver al ejército romano, y de cortar sus comunicaciones con la capital del país de los Remos, de donde las legiones sacaban todos sus recursos. César advertido, marcha con toda su caballería, los exarmados armados á la ligera, los arqueros de las islas Baleares, los flecheros etc.

198,

Teuses, y ^{de las sobre} ~~los~~ los enemigos que pasaban el río.
ne. El choque fue vivo. Atacados en el agua que
embarrataba sus movimientos, los Belgas fueron
detenidos muchas veces, pero muchas veces tam-
bien volaban rápidamente á la carga marchan-
do sobre cadáveres. Los que pasaron fueron enou-
stos y degollados por la caballería romana. Es
sin duda á este combate que hace alusión Plutar-
co cuando dice, hablando de la crueldad de los
Belgas, que los Romanos pasaban los ríos y los
estuarios sobre los cuerpos muertos que los lle-
naban.

LXXVI

Los Belgas frustrados en su esperanza de to-
mar á Bibrax y de pasar el río, viendo que los Ro-
manos no abandonaban su excelente posición, y em-
perando á escasear de víveres, tuvieron consejo y de-
cidieron que cada nación volviese á sus hogares, sin

perjuicio de volverse á reunir para defender al primer
pueblo cuyo suelo fuese invadido por los Romanos.
Valia mas decirle, esperar la guerra en su propio
territorio, en donde al menos los viveres no faltarian.

En consecuencia, levantaron el campo en medio
de la noche con gran ruido y gran tumulto, sin gu-
ardando ninguna formacion, ni obedciendo á nin-
gun jefe, cada uno se pensaba sino en tomar la
dilatacion para llegar mas pronto á su casa; esta
marcha tenia el vicio de una fuga; Cesar advertió
por sus avanzadas, pero teniendo al principio
alguna celada por no conocer todavia los motivos
de esta retirada, continuo primero sus legiones, al
amanecer lanceo toda su caballeria contra las legio-
nes para protegerlas. Estas tropas cayeron sobre los
Belgas y mataron un gran numero. No teniendo
ningun jefe que los contuviese, los fugitivos se des-
bandaron en todas direcciones, de modo q. los Ro-

memos, sin correr el menor peligro, continuaron marchando mientras duró el día.

LXXVII

El día siguiente antes que el enemigo se resolviese de su terror, Cesar levantó el campo y se dirigió hacia el país de los Suesonios (Boionnes) en un gran día de marcha llegó á cruzar el río (Peroyon). Intentó tomar la ciudad por asalto, porque se decía que no tenía guarnición, pero tuvo mal éxito á causa de la anchura del foso y de la elevacion de las murallas. Lo dispuso todo para un sitio en regla. El gran tamaño de las máquinas de sitio y la prontitud de los trabajos de los terraplenes, enteramente nuevos para los Belgas, los aterrorizaron, y quisieron una diputacion á Cesar ofreciéndole capitular. El general Romano les acordó la vida, á ruego de los Remos, sus hermanos, pero les exigió que entregasen sus ar-

mas y los principales personajes de la nacion, comprendidos dos hijos del rey falba, generalissimo de los confederados.

L. XXVIII

Desde alli condujo su ejército al pais de los Bellovages/Beauvais. Esto se habian cercorado con todo quanto tenían, en la ciudad de Bretonis (parís) (Grotepenche). Et cinco mil de este lugar, buscaron encuentro los ancianos que habian salido de la ciudad; ellos les tendieron las manos diciendole que su idioma que se nometian y no pretendian resistir al pueblo romano. Apenas hubo caminado bajo los muros cuando aperibis en lo alto de las murallas la multitud de mugeres y niños suplicandole por sus gestos y ademanes no los tratase como enemigos.

El druida Diviciac que acompañaba a César,

intercedió por ellos. „Entonces tiempo, dijo, los Bellovagos han sido los aliados y los amigos de los Eudos. Abrazados por los gefes que les repetian que Cesar habia reducido a la esclavitud a los Eudos y que los abrumaba de indignidades y de ultrajes, los Bellovagos se repararon de nuevo, y han tomado las armas contra vosotros. Ahora los autores de esas intrigas, viendo las calumnias que habian atraido sobre su pais, han huido a la isla de Bretaña. Los Eudos se unen a los Bellovagos para implorar la clemencia y la clemencia de Cesar. Que Cesar los oiga! esto servirá llevar al mas alto grado el credito y la consideracion de los Eudos en toda la estension de la Belgica. „

Cesar, cuyo interes era perderlos, aparento no ceder sino a las suplicas de Diviaco; y como la intercesion de los Romanos habia salvado pa-

(203.)

bia salvado á *Woviodurum*, quiso que los Eudos
pudieran también jactarse de haber preservado
de su ruina la capital de los Bellosvagues. Con-
sintió pues en recibir en composición á los vic-
torios, les hizo entregar seis cientos rehenes y sus
armas, y pasó de allí al territorio de los Am-
brens / Amenienses, que se entregaron al instante
cuerpo y bienes.

LXXIX

Los Ambrenes confinaban con los Noviens
(Hainant). Ellos contestaron á las cuestiones que
les hizo hacer sobre el carácter y las costumbres de
aquellas poblaciones „ que los comerciantes no eran
recibidos entre ellos; que no dejaban entrar ni vino
ni nada de lo que liviege la sensualidad, porque
creían que eso podía enervar y debilitar el corage.
Ellos eran feroces y muy bravos. Se epultaban en
invectivas contra los otros Belgas que degeneraban

de la energía de sus ascendientes, se habían entregado á César. Revegaban era fraternidad y el nombre galo, se atribuían con orgullo un origen germanico. Declaraban que no enviarían diputados al general romano y que no aceptarían la paz bajo ninguna condición.„

La naturaleza de su País era ademas muy favorable para hacer una guerra defensiva. Allí, ninguna ciudad ninguna aldea considerable se veía á la vista de las legiones, forradas á abrirse un paso á través de un País salvaje, que cerraban en todos sentidos grandes cercados entreporados artificialmente y tataros casi impenetrables á la vista. Esta especie de murallas vegetales impedían la aproximación de la caballería y detenían á cada paso las tropas de á pie. Un historiador observa „ que por los ciudades de los exviciens, los

arboles de sus bosques estaban entrelazados como lo
 estan naturalmente los de la America por sus
 cercedades y surmenturas. Pero, agrega, los Piranos
 y los Cortes, con una tal superioridad de armas
 hacian la guerra á tiro fijo; y que eran los Pe-
 ruanos en comparacion de esas divas y energicas
 poblaciones de los Bellovagos y los exerens
 (Picardia, Hainaut, Flandes) que venian por cientos
 de miles á atacar á Cesar?..

LXXX

Los exerens sostenidos por los Atrebates
 y los Belomandues, descendieron como entorren-
 te, de una colina cubierta de bosque, derrotaron
 la caballeria romana y su aliada, y se lanzaron
 con el asalto del campo que Cesar no habia
 acabado de trazar.

Cesar sorprendido, dijo el mismo en sus

bormentarios, tenía que hacerlos á la vez; era ne-
 cesario enarbolar el pabellon que daba la señal
 de correr á las armas, hacer tocar llamada pa-
 ra los trabajadores, hacer venir y formar á los
 que se habian separado á alguna distancia pa-
 ra hacer línea, formar el ejército en batalla,
 dar la consigna; con todas de las que él venia
 una gran parte, vista la brevedad de tiempo, la
 aproximacion del ataque de los enemigos. Dos re-
 cursos se presentaban en este conflicto; eran de de-
 luego la experiencia y la habilidad del soldado,
 que, formado para los negocios precedentes, sa-
 bía prescribirse á si mismo lo que debia hacer;
 era en seguida ^{prohibición} la ~~despensa~~ hecha por Cesar á
 sus tenientes de dejar cada uno su legión antes
 que el campo estuviese atrincherado.

"Habiendo provisto á lo mas necesario, Ce-
 sar corre á animar sus soldados, como la casuali-

dad se presentaba. Encontrando a la decima legion,
 la ephorta, por toda arenga, a' recordar su auto
 "que valor, a' no sorprenderse, y a' sostener vali
 "entamente el choque de los enemigos. Y esto no
 estaba a mas distantes que un tiro de javalina, el dio
 la señal del combate. Llegar a otros puntos para
 decir algunas palabras a la tropa, los encuentros
 ya travados en la refriega. El enemigo se apre
 "suró tanto a combatir y por de jo tan poco tiempo
 que no se pudieron desplegar los estandartes ni
 asegurar los cascos ni quitar los envoltorios de los
 escudos. El sitio en que cada uno se encontró por
 casualidad, ^{al abandonar el trabajo,} la primera bandera que se vio, fue allí
 donde ^{cada uno se} ~~primero se~~ formó, a' fin de no perder bus
 cando su puesto, el momento de combatir.

LXXXI

De ^{las} ocho legiones que componian el ejército
 de Cesar, solo seis tenia consigo. Cuatro. Cuatro hi

viene frente á los Atrebatos y á los Belomanduos;
 pero los verriens se precipitaron sobre los otros
 dos, que formaban el ala derecha, los flanquearon,
 y rodeando la altura en que el campo estaba situado
 se llegaron ^{simultáneamente} ~~al mismo tiempo~~ a la cresta, en esta ins-
 ta, la caballería romana ya desecha y todas las tro-
 pas auxiliares ampararon a ponerse en plena de-
 srotos. La caballería que por orden de César había
 sitiado la ciudad de Ixoveri (Ixoves), viendo el cam-
 po lleno de tropas verriens, las legiones apri-
 etechadas y casi envueltas, los peones, la caballe-
 ría los mandos, los escuadras dispersados y hu-
 yendo en todas direcciones, creyeron la batalla des-
 perada, y tomaron al instante el camino de su pa-
 is, publicando con contento que los Romanos hu-
 bran sido derrotados, su campo y todo su bagage en
 poder de los verriens.

La batalla estaba perdida, en efecto, si se-

por por un prodigioso espesor de iouage, no hu-
 breia restablecido el combate. Como se se encontraba
 mi escudo, como el de uno de los soldados de ulti-
 ma fila, se abrió paso en el frente de batallas,
 llamo a los Centuriones por sus nombres, alentó a
 los soldados, ordenó el despliegue de las filas pa-
 ra poder hacer uso de la espada, mandó la
 carga y la condujo él mismo. Su presencia y su
 ejemplo valieron la espesura a las tropas. Ca-
 da uno bajo la vista de su general, quiso hacer
 mas que su deber, y la impetuosidad del enemigo
 calmo' un poco.

Entre tanto, a la intenció del combate, las
 dos legiones de la retaguardia que escoltaban el ba-
 gage marcharon a la carrera. La llegada de estas tro-
 pas frescas cambió completamente la situacion de las
 cosas. Los Romanos tomaron la ofensiva, y los exar-
 tinos tuvieron que defenderse. „Se vio, dice Cesar, sol-

dados tendidos en el suelo cubiertos de heridas
levantarse apoyados en sus escudos para volver á to-
mar parte en la acción, á los peones del ejército
lanzarse pie á tierra sobre sus enemigos armados,
y la caballería para borrar por su bravura la ven-
guenza de la fuga, batiese en todas partes á por
fio con los legionarios.

Pero los exércitus no retrocedian. Allí
donde caian los guerreros de la primera fila, los
de la segunda los reemplazaban, montados sobre
sus cadáveres. Ellos parecian á su vez, y fin mex-
por ~~se~~ amontonados, los últimos que quedaban
en pie lanzaban todavía sus dardos y se volaban
á los Romanos sus mismas javalinas de lo alto
de un monton de cadáveres. „ Tales hombres es in-
via besar al narrar esta jornada (una de las más
peligrosas de su vida), habian podido emprender
sin temeridad el atravesar un ancho río, su-

Por sus villas escarpadas, atacar en un lugar tan desfavorable para ellos: la grandera de su coraje ~~se~~ les allanaba tantas dificultades. //

LXXXII

restaba esterminada

La nación Nerviana no estaba venida, Los ancianos y las mugeres, que habian sido depositados en parage retirado y fortificado en medio de unas sierritas pantanosas, enviaron diputados a Cesar para someterse. Ellos le dijeron para darle una idea de su desastre, // que de seis cientos senadores no les quedaban mas que tres, y apenas quinientos hombres de sesenta mil combatientes. //

Cesar queriendo mostrar su compasion por aquellos desgraciados suplicantes, proveyo á la conservacion de los restos de un gran pueblo, les entrego sus campos y sus ciudades, ordeno á los pueblos vecinos abstenerse de todo pillage y de toda violencia á su respecto.

De todos los pueblos de la confederacion bel-
^{spolo}ga, los Adusticos estaban todavia con las armas
 en lo mano. Ese pueblo tenia su origen de los
 Gimbros que, despues de haber asolado la Galia
 la España, fueron a caer, en Italia, bajo la es-
 pida de Charis. Seis mil que permanecieron en
 otro tiempo en la fortaleza de Adnat (vacuus),
 habrian servido a base de racion y por sus entaces
 aumentados e necesariamente hasta el numero de
 sesenta mil. Ellos contaban diez y nueve mil guerreros.

Estas fierros estaban en marcha para volver
 a los Exerrens, cuando supieron su desastre. Ellos
 retrocedieron precipitadamente sobre sus pasos, con
 mano a las aldeas, y se agruparon con todas sus fa-
 milias y sus riquezas en su fortaleza de Adnat,
 en lo que esperaron al enemigo. La entualera
 parecia haberlo combinado todo para hacer into-

moble en retiro; porque los Peñascos Prodigiosos
 y los precipicios que le rodeaban no dejaban ac-
 ceso sino por un declivio suave, de docientos pies
 de ancho cuando mas, y defendido por un doble
 muro muy elevado sobre el que habian colocado
 rocas enormes y maderos aguerrados.

LXXXLV

Los Estratagos no parecieron inquietarse al
 principio de los primeros trabajos de sitio, de la in-
 circunvalacion de quince millas que rodea su ciudad;
 ellos contemplaban con mucha curiosidad aquellas
 obras interesantemente nuevas para ellos, aquellos te-
 rra-planes, aquellas maquinias de formas variadas.
 Viendo contraria á lo lejos la enorme torre de made-
 ra de muchos cuerpos que debia servir para es-
 calar sus murallas, se buelaban de los hombro-
 sillos de la Italia que creian poder poner en sus-

viniente sino tan gran máquina. La pequeña estatura de los Romanos era para ellos, como para todos los Gulos, un objeto de risa.

Pero cuando la torre rodante superó á su vista y avanzó, sorprendidos de aquel espectáculo como de un prodigio, enviaron á pedir la paz á Cesar. Sus diputados le dijeron « que ellos no dudaban que los Romanos, en la guerra, no fuesen ayudados por los dioses, porque sin su auxilio no mover aquellas enormes máquinas y aproximarlas tan rápidamente á los muros para combatir de cerca. Ellos mas se le entregaban á discrecion, solamente que, confiados en su clemencia, que ellos habian oido por Cesar, si él habia resuelto perdonarlos le conjuraban á que no los despojase de sus armas. Los Atracativos tenían por vecinos sus enemigos celosos de su coraje, y contra los que no podrian defenderse desarmados. Valian mas para ellos si estaban reducidos

dos a tal estrechidad, supliólo todo de los Romanos que
 ser atormentados y suplicados por sus superiores y sus
 tributarios.»,

Basar les respondió que, «si ellos se rendían an-
 tes que el aríete golpease sus murallas, trataría
 bien su ciudad, no porque ellos lo mereciesen, sino
 porque era su costumbre conducirse así; agregando
 que no había capitulación sino entregaban sus ar-
 mas. Entonces, el haría por ellos todo lo que había
 hecho por los exeviens; él ordenaría á sus vecinos
 respetasen los subditos del pueblo romano.»

Habiendo llevado esta respuesta á la ciudad,
 los sitiados gritaron desde lo alto de las murallas
 que ellos prometían obedecer, despus se arrojaron
 á los fosos tal cantidad de armas, que el monton
 de ellas, se elevaba casi al nivel de las fortifi-
 caciones. Entonces se abrieron las puertas, y delante
 me dia todo presente á los Romanos el aspecto
 de la mas completa sujecion.

Por la noche, Cesar hizo salir los soldados de la ciudad, por temor de que hiciera alguna irrupción a los habitantes. Los adunados se habian concertado de antemano, esperando que los Romanos despues de la sumision relajarian su vigilancia nocturna, que las puertas estarian mal guardadas y las trincheras desiertas. Armados, pues, los unos con las armas que habian reservado, los otros con escudos de cortera y de rimbres trenzados para dos de pieles, fabricados en algunas horas, hicieron una salida en masa de la plaza en la tenebrezuela de la noche, y saltaron las líneas enemigas por el parage que les parecia mas accesible. Su esperanza fue engañada; ellos encontraron los Romanos despiertos y en guardia. Los puestos avanzados dieron la alarma quemando fuegos, y las legiones acudieron desde los puestos mas

lejanos. Los Adriaticos se batieron como hombres
intrepidos que merecian salvacion mis en el tri-
unfo; pero expuestos en una bondonada a las
flechas y armas arrojadas lanzadas de la muralla
y de las torres, fueron rechazados a la ciudad
con perdida de cuatro mil hombres.

Al dia siguiente Cesar hizo derribar las
puertas a machazos y entro sin resistencia. Los
habitantes espusieron cruelmente su falta de fe
hacia el vencedor. Todos fueron vendidos, cuerpo y
bienes, a los mercaderes de esclavos que seguian al
ejercito romano. Se supo por los adjudicatarios
que se habian puesto en venta publica cien-
enta y tres mil caberas.

LXXXVI

Esta campaña termino con permiso de la ch-
morcia a una sola legion que Cesar, sin ninguna
provocacion, habia destacado contra los paizes del

deste Crasso, que la mandaba, recorrió la costa del
 Oceano entre la embocadura del Sena, y la del Loira,
 no encontrando ni egipcios en pie ni resistencia
 en las ciudades. Le escribió á Cesar que Julia
 maritima asombrada de la rapida derrota de los
 Belgas, le habia enviado rehenes como reconocimiento
 de la supremacia de Roma.

Sin embargo emperaba el invierno, y Cesar
 estaba urgido por volver á Italia á fin de vigilar
 sus intereses. Fijo, pues, á sus tropas los cuarteles
 de invierno. La caballeria fue al norte, al País
 de los Belgas-Occidentales, como para apuratos y des-
 mentir por su presencia las noticias desfavorables
 que los auxiliares se habian apresurado demasiado
 á esparir. Se distribuyeron siete legiones en la ori-
 lla derecha del Loira, en los Carnutes / País char-
 train, los Abdes / Brayon, y los Turons / Touraine, con
 el objeto de vigilar la Armorica, que Cesar, con

raron, no creía todavía sometida; Otra legión (fla-
 dia decima) fue a invencas en los Países que se
 extienden entre la cresta de los Alpes y el Roda-
 no, a fin de abrir un camino seguro al comercio.

LXXXII

La Galia entera pareció así reconocer la
 dominación romana al fin del segundo año del pro-
 consulado de César. Sus triunfos habían sido dema-
 siado rápidos para ser decisivos. La Armonia, sor-
 prendida mas bien que domada, se levantó muy
 pronto, avergonzada de haberse entregado vencida
 sin haber combatido. El ejército Romano que in-
 vernaba entre el Loira y el Sena, no tenía
 viseres. Le vano el prefecto y los tribunales reco-
 rran el país en todas direcciones y se transporta-
 ban de ciudad en ciudad apremiando las reue-
 ras de viseres. Los Venetos (país de Vannes) se
 apoderaron de los comisarios romanos, leyendo

(290.)

de este modo no haber encontrado un medio infalible de recobrar sus rehenes. Este ejemplo fue imitado por los pueblos vecinos. Muy pronto una ley común para librar el territorio reunió todas las naciones marítimas y vecinas de la costa, desde el Seno hasta el Loira. Los empedrados pidiéronle socorros en la isla de Bretaña y crecieron algunas tropas auxiliares. Ellos significaron al general romano un mensaje concebido en estos términos: „ Si quieres recobrar tus componeras, entregamos nuestros rehenes. „

LXXXVIII

Cesar había ya partido para la Thracia cuando lo alcanzaron estas noticias. El general visitó aquellos pueblos y conoció el país que había parte de su gobierno. Demasiado distante para llegar tan rápidamente como había deseado, mandó construir galeras sobre el Loira, levantar re-

mesos en la provincia y granis maximos y pilos-
 tos. Ademas, dice, sabiendo que casi todos los Galos
 desean un cambio, que se les ^{hace} ~~debe~~ tomar las ar-
 mas con tanta ligereza como precipitacion, que
 todos los hombres, naturalmente idolatras de la
 libertad, detestan el estado de servidumbre; temiendo
 que, por ese caracter tan facilmente inflamable de
 los Galos, la insurreccion gane toda la Armorica,
 y se estienda aun mas alla, ordena a Crasso que
 ocupe el pais entre el Loira y el Guirona, y que
 entre en la Aquitania si es necesario; a Labieno
 que vigile la Belgica, a Titurio Labieno que
 marche contra los Carnobritos / pismedraones de San-
 thalo, los Venelles / el Contentin / y los Lepros
 / Bontanes, Ervaux, Lisieux. Confia a Decimus
 Bruto el mando de la armada flota, el mis-
 mo se reserva lo mas escogido de las tropas de
 tierra para hacer la guerra a los Venetos, que él
 considera como el centro del movimiento y la

manos mas terrible de aquella parte de la Galicia.

• Apenas llegados a Italia, el se dirigió con su ejército sobre su territorio, ordenando a su flota se ponga a la vela en la misma direccion y que se le vieran por en la costa.

LXXXIX

En la Peninsula salvaje que limita la Galicia al occidente, los romanos que combatian tan solo contra los hombres, necesitaba tambien luchar contra los elementos. El territorio veneto estaba entrecortado en todos sentidos de vastos y profundos pantanos producidos por las inundaciones del mar. La mayor parte de las ciudades estaban construidas en medio de esos pantanos de agua salada o sobre playas cubiertas cada dia por el flujo de las aguas; otras formaban entonces verdaderas islas inabundables para los pedestres delante la alta marea, y peligrosas

Para las embarcaciones, porque retirándose el nivel del mar, las dejaba suspendidas en los bajíos y en la arena. Luego, á fuerza de trabajos, los Romanos consiguieron contener la marea por medio de diques, y elevar terraplenes de tierra al nivel de las murallas, los Venetos perdiendo la esperanza de mantenerse firmes, hacían á su placer abundar por gran número de embarcaciones, se embarcaban en ellas y brèves y se retiraban á otra ciudad, que el enemigo debía atacar del mismo modo.

Los Romanos perdieron así muchos tiempos. Ellos destruyeron muchas de estas fortificaciones; pero el pueblo veneto se mantenía invulnerable en nuevos asilos, siempre prontos á recibirlos.

XC

Para recurrir, César debió hacerse dueño del mar. Durante casi todo el verano, ~~seguía~~

tempestades violentas impidieron à la flota romana hacerse à la vela. Despues herito se acercaronse sobre ese vasto oceano sin lientes, del que no se veian ni las sondas, ni las islas, ni los puertos.

En fin ella cegó. Toda la marina americana, doscientos veinte embarcaciones reunidas en el puerto de Vannes levaron ancla y formaron en linea al frente de la escuadra romana. Bruto, que la mandaba, vacilo sobre el partido que debia tomar y sobre el modo en que debia combatir.

En efecto, los buques venetos estaban mucho mejor dispuestos que los suyos para maniobrar en el mar. Era mas chato, y se pivotaba mas en los bajios y en la marea baja, y la proa y la popa, muy levantadas podian resistir mejor las olas y las borrascas. La unica ventaja de los romanos consistia en la agilidad de sus remeros.

Sin embargo se dio la señal del combate y
 las dos escuadras se entrecruzaron. Los Romanos
 atacaron primero con el espulón, pero no tan-
 daron en recurrir a este sistema, no podían
 romper aquellas masas sólidas. Ellos habían
 establecido torres sobre sus buques, y lanzaban
 proyectiles desde lo alto; pero esas torres alcan-
 zaban apenas la popa de los buques venetos,
 las armas arrojadizas casi todas eran perdidas,
 entretanto que las del enemigo herían con segu-
 ridad y mortalmente. Una sola invención les pe-
 segran auxilios. Habían fabricado hoces bien con-
 stantes empuñadas y fijas en largas perches;
 los soldados romanos aganchaban las hoces en
 las cuerdas que sujetaban los mástiles de las ver-
 gas de los buques enemigos caídos. El buque así
 embarrado, se atría a sí a fuerza de remos, las
 cuerdas se cortaban y las vergas caían. Entonces el

buque que no tenia movimiento sino por su vela
 y sus mastiles perdia toda accion. La accion ~~se~~
 quedaba reducida
~~de~~ asi a un combate de abordage. De este lado
 los soldados romanos tenian toda la ventaja: „tan-
 to mas, dice Cesar, cuanto que la accion tenia
 lugar a la vista del general y de todo el ejerci-
 to, que cubria las barrancas y las alturas que
 dominaban la mar, de modo que ningun ruego
 de coraje podia quedar ignorado.“

Los Venetos despues de haber perdido algu-
 nas embarcaciones, quisieron huir, pero repen-
 tamente sobrevino una calma que los dejó in-
 móviles. Los Romanos los tomaron mas animo,
 los quemaron o los echaron a pique, y solo muy
 pocos pudieron ganar la tierra a favor de la noche.

XCI

Esta batalla termino la guerra de los
 Venetos de los Entos maritimos del oeste; toda

La juventud toda la flor de aquellas naciones
 perecieron con la flota. Los que sobrevivieron
 no pudiendo más ni resistir a un doble sitio,
 se rindieron a César; pero ellos no encontraron
 más un vencedor cruel y sin piedad. El sena-
 do espiró en los suplicios, y el resto de la po-
 blacion, recatada en publico subasta, fue redu-
 cida a la esclavitud como los adriaticos.

Durante este tiempo, uno de los teni-
 entes de César, Titurio Labieno, habia sometido
 la Armorica del norte (la baja normandía).
 Otro, el joven Crasso, conquistó la Britania,
 aunque en los pueblos de Britania llama-
 do de España para mandarlos, a los viejos
 compañeros de Sertorio.

XCII

En toda la Galia no quedaban más que dos
 pueblos armados contra el espíritu romano, los

Morins/Boloneses, Calaisis, Saint Omer/ y los Menap-
 pes/ Gueldres, Hainaut). Aunque el mismo estu-
 vo a punto de comenzar, César marchó contra ellos.
 Aquellos dos pueblos viendo tantas naciones que ha-
 bían ensayado la guerra regular vencidos y sojuga-
 dos, adoptaron otro sistema de defensa: se retiraron
 con sus víveres y sus bienes a sus borques entrecor-
 tados de pantanos. Habiendo llegado a las villas
 de los borques sin haber visto al enemigo, César
 ordenó a sus tropas que se atrincherasen, cuando los
 Morins y los Menapes salen repentinamente de
 todos los puntos de la florista y caen sobre los
 legionarios dispersados por el trabajo. Estos toman
 sus armas, los arrojan a los borques; pero habi-
 endose empeñado demasiado en sus esperanzas, per-
 dieron mucha gente.

En los días siguientes, César hizo despejar
 el borque, a fin que los trabajados no pudiesen

Los sorprendidos, dispuso que se reuniesen ~~todos~~
todos los arboles a' auerida que se cortaban para
formar un gran ostaculo sobre los dos flancos.

Los Romanos superaban a' al contrar el gran
y los ultimos ~~del~~ bagages de los Belgas, los enemigos se refu-
giaban ya en lo mas espeso del bosque, cuando
sobrevinieron lluvias continuas. Cesar se vio
obligado a' interrumpir la inmensa tela de arbo-
les, y muy pronto ya no fue posible que el
soldado viviese bajo la tienda de campaña.

Despues de haber arrasado todo el pais
y quemado las poblaciones, Cesar puso su ejerci-
to en cuarteles de invierno en las tierras de los
Segoves, de los Chelergues (el Maine y el Perche)
y otros pueblos que recientemente se habian suble-
vado, y partió para Italia.

XCIII

Apenas las legiones romanas entraron en sus

acantonamientos, cuando los Germanos se desbar-
 taron sobre la Belgica. Dos grandes tribus ten-
 tónicas hostigadas en el norte por las incursiones
 de los Suevos, como los Helvecios lo habían sido
 en el medio día, acababan de entrar en la Galia,
 invadiendo las tierras que poseían los celtas
 mas allá del Rhin, atravesando este río y despu-
 ramándose en todo el territorio comprendido entre
 el Rhin y el Meno, desde la isla de los Bata-
 vos hasta las fronteras de los Eburones (Ligeres).
 Las tribus formaban una masa de mas de
 cuatrocientas mil cabezas. "La Galia opri-
 mida, dice M. Henrique Martin, proyectó con-
 tra estos barbaros contra Cesar, asi como había
 ocurrido a Cesar contra Ariovisto. La Galia no se
 pertenecía á sí misma: su destino estaba entre
 los Romanos y los Germanos que en adelante
 disputarian su suerte futura."

Antes que ninguna nación galesa se hubiera todavía movido, César comprendió que su presencia era indispensable. Despreciando, pues, a ese conjunto de cortesanos que, en el intervalo de sus campañas, acudían a Luca ó a Pisa para adularlo y conspirar con él a la esclavitud de Roma, repuso los Alpes, y desde el fondo de la cabaña corrió hasta el Rhin con sus legiones.

Distaba todavía algunas jornadas cuando recibió a los enviados que le dijeron, que ellos serian los primeros en armarse contra los Romanos, pero que atacados no rechazarían la guerra; que esta era una antigua costumbre que habían heredado de sus antepasados de hacer frente al enemigo cualquiera que fuese, y que no recurrir jamás a la suplica. Ellos agregaron que, echados de su país, ellos hubian venido a la Galia a su pesar;

que ellos podian ser amigos utiles a los Romanos;
 que fuesen les permitase tierras y les dejase en posesion
 de las que habian conquistado. Ellos no las cedian
 nisi a los Suevos a los que los mismos dioses, no
 serian capaces de resistir; pero en todo el universo
 no existia ningun otro pueblo al que no pudiesen
 van vencer. ||

La respuesta de Cesar fue la de un amo
 que abre o cierra segun su voluntad la entrada
 de su imperio.

„Yo no puedo, dijo a los Germanos, hacer
 „ningun tratado con vuestras naciones, en tanto que
 „ellas estan en suelo Galico. Quando no se han po-
 „dido defender sus proprias tierras, no es justo que
 „dejar de las de otros; ademas, no hay en la Ga-
 „licia tierra vacia para recibir una tal multi-
 „tud. „ Agregó que ellos podian retirarse al te-
 rritorio de los Vos (país de Colonia), cuyos mirados

le pedian en aquellos momentos su auxilio contra los Suevos, y que él se encargaba de obtener el consentimiento de la nación Britana.

XCV

El provincial sin duda tuvo un momento la idea de incorporar y juntar estas tribus para hacer una barrera contra los Suevos; pero no se ocupó mas de ello. Bajo pretexto que durante el parlamento, él había sido atacado por su juventud, cayó sobre ellos y los dejó a todos, hombres, mujeres y niños; y los Romanos sin perder un solo hombre, volvieron á entrar en su campo, habiendo así terminada en algunas horas una guerra que desde el principio les había causado tanta inquietud.

„Ninguna batalla había costado menos sangre á Cesar, pero ninguna le reportó menos

espíritu, dice justamente el Sr. Arzobispo Thierry. Las
 circunstancias que lo habrían precedido, las circun-
 stancias que lo acompañaron presentaban en lo es-
 poco honorables para su lealtad. Ese hombre ven-
 gador tan escrupuloso del derecho de gentes cuando
 interesaba a él y a los suyos, que habría hecho
 torturar todo un senado, recibido en pública suber-
 sta toda una nación, porque ~~se~~ retendian algunos
 agentes y espías romanos, esa nación habría
 creído poder recobrar los rehenes que se le ha-
 bían quitado contra toda justicia, ese mismo
 hombre preparaba una celada traidora a embaja-
 dores y acordaba treguas para violarlas; ese Ro-
 mano, cuya clemencia hacia tanto ruido en-
 tre los suyos, ^{negociaba} ~~trataba~~ con rebaños de rumberos
 y de rumberos, con más rigor que el que se emplea con
 soldados venidos en una guerra sin cuartel. Es-
 tas acusaciones corren de boca en boca y se

en la Galia y se merecaba al sentimiento de una
ocasion ~~ocapada~~ y de una esperanza frustrada.

En Italia y hasta en el Senado de Roma,
las almas honradas sintieron una indignacion no
menor viva y se atribuyeron a esperarla, cuando des-
pues de la lectura de los despachos de Cesar, los
Senadores votaron que se dirigieran acciones de gran-
dias a los dioses en reconocimiento de aquella ^{tragedia} ~~tragedia~~.

„Accipite gratias!“ exclamo Caton; „vo-
stas mas bien espiaciones! supplicad a los dioses
que no tengan pesas sobre ~~nosotros~~ ^{nuestros} ~~gerentes~~ ^{gerentes} el
crimen de un general culpable. Entregad, entre-
gged a Cesar a los Germanos, si fue que el estruendo
pero sepa que en Roma no ^{domina} ~~manda~~ el peyor
no, y que ello sechura su fruto con honor!“

XLVI

Para inspirar mas terror a los Germanos,
Cesar fue a buscar aquellos terribles Suevos, cerca

de los que ninguna nación se atrevió a habitas. En
 diez días ~~antes~~ estableció un puente sobre el Rhin,
 no lejos de Colonia, á pesar de la anchura y de la
 impetuosidad de la corriente, y espuso el espanto
 entre los reinos germanicos mas vecinos. Pero
 como el verano tocaba á su fin y no era ya tem-
 po para abrir una campaña en Germania, volvió
 á pasar á la Galia. Deseó que eggera una ven-
 ganza contra los habitantes de la isla de Bretaña,
 que el año anterior habían proporcionado auxi-
 lio á los Venetos. Hizo reunir por medio de sus
 tenientes la armada construida en la guerra con-
 tra la Española, y el mismo se trasladó con dos
 legiones y alguna caballería sobre la punta de
 la costa de los Morins (Paso de Calais), donde se
 sabía que el estrecho de Bretaña era menos an-
 cho y menos peligroso.

XCVII

Antes de embarcarse César llamó á su pre-

venia a los burguesos y a los traficantes que podian
 darle alguna luz sobre la estension de la isla de
 Proctaña, sobre los pueblos que la habitaban, so-
 bre los puertos capaces de recibir buques de mu-
 cho calado. No pudo obtener noticias que le sa-
 tisfaciesen, ya sea que rehusasen dar informes
 a un conquistador extranjero sobre la isla gaga-
 da, o bien, como el mismo dice, que los Gales
 que el consultaba no hubieran penetrado en el
 interior y no conociesen mas que las costas y los
 paisajes en frente de las Galias. Cesar tuvo en el par-
 tido de enviar uno de sus oficiales a explorar
 la costa.

XCVIII

La insolencia de los Gales hizo de-
 berse a Cesar en esta expedicion. Los buques
 de alto bordo que transportaban sus tropas, calan-
 do demasiado, no pudieron aproximarse bastante

a la playa. Fue preciso que los soldados se precipitasen en una mar profunda, las remas ~~eran~~ bararadas y cogidos con su pesada armadura y que, sumergidos en el agua hasta los hombros, avanzasen contra el enemigo. Los Britones que conocian los fondos del mar, acudieron con sus hacha, lanzaban sus flechas o lanzaban a la playa sus caballos familiarizados con el mar. Pero las máquinas de sitio vinieron en auxilio de los Romanos y limpiaron la ribera con una granizada de piedras y de armas arrojadas. Desde que los legiones pisaron la tierra firme, cargaron a los barbaros, que se pusieron en fuga.

Sexenio Entre tanto el equinoccio se ^{razaba el momento} aproximaba; era ^{el tiempo} ~~el tiempo~~ de los grandes mareas. En una noche, la escuadra Romana se hizo perder o se ^{puso} ~~perdió~~ ^{presa} de servicio. Cesáreo y sus legiones se encontraron sin embarcaciones, sin víveres

res mi caballeria. Los barbaros, que en el primer momento habian dado rehenes, trataron de sorprender el campo; lo envolveron y lo asaltaron con sus carros de hoces. Los Romanos habrian perdido sin escapar uno solo, si Cesar no hubiera desplegado sus legiones. Vigorosa y valientemente rechazados los Bretones, pidieron sumeterse. Cesar les hablo como vencedor imperioso, les ordeno entregasen los rehenes mas numerosos. Pudo reposar sus buques: el agua que en pocos dias mas lo mismo seria invaluable. Sin esperar la respuesta de los aisulanos, se hizo a la vela durante la noche.

XCIX

Esta especie de reconocimiento, que habria durado veinte dias, fue seguida de una expedicion mas seria; Cesar queria buscar las raras galeas en su ultimo asilo. El encargo a sus tenientes que activasen con vigor sus preparativos, en

tanto que él iba a Italia a hacer provisos su
 mando ^{por} cinco años, ~~antes~~ et su regreso en Galia, en
 contra veinte y ocho galeras completamente equi-
 padas, y seisientos transportes construidos segun
 el plan que él habia indicado, mas anchos y de
 bordes mas altos que los que anteriormente habia
 tenido, y todas a la vez de vela y remos.

Como, asimismo que la estacion fuese favo-
 rable para la partida, dispuso que la ciudad de
 galeras le diesen cuatro mil hombres de caballeria
 que él se proponia embarcar con cinco de sus legio-
 nes. Despues, como tuviese a su disposicion los prin-
 cipales personajes de toda la Galia, que habia convoca-
 do para la apertura anual de los estudios, quiso
 llevarlos consigo a ultra-mar, y asegurarse asi de
 la seguridad de la Galia en su ausencia. Una
 inquietud surge veinaba en todas partes, y la in-
 vasion de la Bretaña, la isla santa de los druidas,

Pero profundamente el sentimiento nacional.
 El Eneas Demuniois declaró que la religión le pro-
 hibía seguir á César, y trató de huir; pero el pro-
 consul que conocía su genio inquieto y pidiendo,
 no quiso perseguir con orden de traerlo muerto ó
 vivo, el cual dependiese. Su asesinato aumentó
 su emoción en la Galia, como un atentado de los
 Romanos al derecho de gentes. Demuniois suscita-
 ba poco interés: él pasaba por uno de los prime-
 ros investigadores de la entrada de César en las Ga-
 lias, y por uno de los hombres que habían sido más
 ajenos a la independencia de su patria.

C

Los demás Gales partieron con la flota su-
 mana, que desembarcó sin que los Britones opu-
 sieran resistencia. César se dispuso á penetrar en
 el interior de la isla, cuando llegaron unos cuba-
 neses á noticia suelta á anunciarle que una

Violenta tempestad habia hecho pedruzos y arrojado a la costa casi todas las embarcaciones de su escuadra,

Habiendo hecho conducir a tierra las embarcaciones restantes, y encerradas en el campo atrincherado, Cesar continuo su empresa. Las rivalidades locales vivieron en su auxilio en Britania como en la Galia, y los Romanos no se retiraron sino despues de haber dispersado a los Britones, sitiado a rey Caswallawn al norte del Tamesis, en el recinto en que habia reunido sus ganados y millares de esedairos montados sobre rapidos y pesados carros de guerra.

Cesar que estaba bastante seguro de la Galia para invernar en ultramar. Presintiendo una sublevacion en el continente, se apresuro a aceptar las obediencias de paz del rei briton, e hizo saberles, fijo el tributo anual que la Britania debia

Pagar al Pueblo romano, y se volvió a embarcar
en el mes de Setiembre.

La dominacion romana no habia sido estable-
cida en Bretaña con la expedicion en que Cesar des-
plegó' un aparato de Persas tan imponente.
Roma no reportó' otras ventajas que algunos
prisioneros y una gran cantidad de Perlas de Pesca
Valor que se recogian en sus costas. En cuanto al
tributo anual impuesto al rey Caswallawn,
no fue satisfecho, y el proconsul no habia contaba
con el " Cesar, dice Velleio Patencilo, puso dos
veces el pie en Bretaña, y reportó' el honor de
haber combatido alli dos veces."

CI

A su llegada encontró' la Golia tranquila
Al menos ella no presentaba apariencias de re-
sistencia; pero el odio a' Roma fermentaba en
todos los corazones, y los antiguos aliados de Cesar

se habrán convertido en enemigos los mas implacables. El resentimiento de la independencia perdida haus cada día mas rapido progresos, porque cada día tambien esa dominacion de hacia mas opresiva. La necesidad de ^{recompar} ~~adquisición~~ a Roma a espensas de las Galias, de salvar a tantos amigos que no habrán hecho continuar el mundo por cinco años, habia impulsado al conquistador a las mas violentas medidas. Segun Suetonio, despojaba los lugares sagrados, entregaba las ciudades al pillage sin que le hubiesen merecido. Para imponer los tributos y los subsidios, los Romanos intervenian en los negocios mas intimos de las ciudades; despojaban los magistrados legitimamente elegidos bajo el pretesto de ser sospechosos; nombraban otros y trastornaban las constituciones locales.

«eran sometidos los gobiernos Populares, dice el historiador de la Galia, los que perseguian con

mas encarnamientos, por que tenian el principio
 y la energia. ^{Otras veces} ~~estaban en el mismo~~ favorian sola-
 podamente a los zefes ambiciosos que vivian en
 conspiracion permanente contra la libertad; otros
 los imponian abiertamente a punta de espada,
 pretendiendo restablecerlos en un poder legiti-
 mo, en atencion sus padres, u sus abuelos, o sus
 tos los habian poseido en otros tiempos. De este mo-
 do establecieron en los Casarutos el despotismo de
 Dargot, en los Atrobatus el de Coman; asi forma-
 ron la alta asamblea de los Seniors. a reconocer
 por rey a Casarin, hombre aborrecido de todos,
 cuyo hermano y el padre habian atentado sucesi-
 vamente contra la independencia publica, esto su-
 to todo; desde el principio de la guerra, Cesar
 se habia hecho entregar todos los juvenes Gulos
 distinguidos por la riqueza, el nacimiento o el
 rango de sus familias, y los tenia una de si,

menos como auxiliares que como rehenes. Estu-
 diando facilmente sus caracteres, y sus inclinaciones,
 se dedicaba a corromperlos por la ambicion, a des-
 membrarlos por la gloria, a sofocar en ellos todos
 sentimientos patrióticos; de este plantel de pe-
 queños tiranos selian los instrumentos mas adic-
 tos y los traidores mas temibles a la Galia. El
 proconsul los llamaba en seguida sobre el punto
 en que queria repetir borrascas; les prodigaba
 el dinero, y en caso necesario les prestaba sus
 soldados, y por medio de sus intrigas preparaba,
 entre sus mismas pilas aliados, una conquista facil
 y menos odiosa en apariencia que la conquista
 a fuerza abierta.

Por medio de estos principes y sus demas
 orienturas, Cesar esperaba dominar las asambleas
 generales de la Galia, que el se arrogaba el dere-
 cho de convocar y de presidir; pero la colera de
 las poblaciones iba en aumento.

Una vasta conspiración, que tenía por focos la Belgica y por centros el Treveriano y el Eburon / Liéges / Ambrión se propagó rápidamente en toda la Galia. La escasez de víveres obligó á César á dispersar sus tropas, ^{para} para los acontecimientos de invierno, la insurrección estalló en todas partes: las legiones eran degolladas y los Romanos expulsados de la Galia, si los Carnutos, espasados por la traición de Darget, creatura del preconsul, hubieran tenido la paciencia de esperar que cesara y reparara los Alpes para ir á Italia.

A la noticia de la sublevación, Ambrión, creyó que la Galia ardía, llamó á los Belgas á las armas, y por medio de falsas apariciones atrajo presa de su campo á los tenientes de César, que habían tomado sus cuarteles de invierno entre los Eburones / Liégeses, degolló á traición

uon a Sabino, y cayó con furor sobre el resto de
 división romana, que sorprendió en un desplaca-
 ro. Percivieron diezmil legionarios, degollados
 por los Eburones.

Ambrosio sublevó muy pronto los res-
 tos de los adriáticos y de los Nervios; vino
 a sitiar en sus atrincheramientos a otra legi-
 on acantonada en el territorio nervio (pues el
 Bannant), y mandada por Quinto Ciceron, her-
 mano del orador.

CIII

Cesar se encontraba en Samarobribe (Chinens
 o tal vez San Quintin); él no tenía noticia algu-
 na del desastre de Sabino y de Latta, que habíate
 sido lugar hacia doce dias; ignoraba el sitio que
 sostenía Ciceron hacia una semana, y cuando le
 llegó un mensajero.

at la lectura del despacho se apoderó de el
 me dolor involuntario; el había presenciado en la rígi-
 rosa interrupción de sus comunicaciones, el horroroso
 acuerdo de todas las naciones del exorte entre los Ro-
 manos. Juró no cortarse la barba y ~~de~~ el cabello
 hasta tanto que no ^{plenamente} vengado ~~de~~ el asesinato
 de sus dos hermanas y el desastre del ejército. Con
 una sola legión marchó en auxilio de ficencia, em-
 perar levanto' el bloqueo para venir a' destro-
 yarlo en un ejército de sesenta mil ^{combatientes.} ~~hombres~~
 La campaña de los Galos-Belgas era tan grande,
 que opresion en parte a' los Galos ó Romanos que
 se pasase a' los sitiadores.

Ceser espero que se diseminasen entornos
 de los atrincheramientos, y en seguida mando una
 salida general por todas las Puertas. La irrup-
 cion fue tan viva, que los Galos, desechos, fueron
 completamente derrotados, y que Ceser sin esperi-

mentar perdida alguna pudo sentirse su incorporación con Ciceron. Encuentro el ejército de este general en un estado deplorabile: apenas una decima parte de los soldados estaban sin heridas. Entonces comprendió el peligro que había corrido. Jampos vio sin asombro los trabajos de sitio ejecutados por los Zulos, las torres, las tortugas, las murallas que habían elevado a imitación de los Romanos; y su habilidad en un arte que no muchos ignoraban le orusció el porvenir.

CIV

Esta victoria de Cesar dispersó los tropas de Yndutius mar, que al día siguiente debían atacar el cuartel de Labieno, e hizo rotar las penas americanas que no estaban mas que a ocho millas de la decima tercia legion. La Julia parecia otra vez pacificada, pero Cesar no se fiaba.

En efecto, poco despues, los Senons seguir-

ando el ejemplo de los Carreteros, echaron ^{la su} ~~en~~ viva-
 no Covarrin, rey impuesto, como Faget, por be-
 ras, y los Freixes tomaron las armas á instigaci-
 on de Yndutisimas. Este patriota inflexible di-
 vidia con ambición todas las miradas y todas
 las esperanzas; de todas partes le enviaban di-
 putaciones para pedirle fijase el día en que el
 estandarte de la restauracion debia levantarse á
 poder entrar en la Galia.

CV

Su muerte en una escaramusa vivió en
 el corazón la coalicion belgica, y desorganizó el
 ejército de los Freixes. No obstante, la valero-
 sa nacion no se desalentó y entestimonio de sus
 respetos confirió el mando supremo á los mas pro-
 ximos parientes de Yndutisimas. Se abstuvie-
 ron, del mismo modo que los Senos y los Car-
 reteros, de enviar diputados á la asamblea gene-
 ral de las ciudades galicas convocadas por be-

(252)

nar en Samurobrive, que fue en segunda trans-
fenda a Lutecia (Paris).

Al principio de la primavera, César esta-
ba en actitud de obrar con energías. Tres nue-
vas legiones, levantadas en Italia, habían repa-
rado sus pérdidas. Los Senons y los Carnutos,
desconcertados por su celeridad, se vieron obligados
a pedir la paz. El proconsul quería ser inflexi-
ble y pasear el hierro y el fuego por su territo-
rio, cuando el Senado eduno, aliado de los Senons,
vino a interponer por este pueblo que le era veci-
trope. Los Remes se hicieron los protectores de
los Carnutos, como defensas, que consintió en recibir
por para una composición. En las disposiciones
en que la Galia se encontraba, no se atrevió a
hacer la dominación romana más odiosa en el
centro, pero no se mostró moderado hacia otros
dos pueblos sino para ejercer la venganza sobre los Eboracenses.

Empresó por costarles la retirada de uno y otro lado del Rhin, llevó á sangre y fuego al país de sus vecinos, los Nervios, los Menapes, los Treveros y los Germanos de las orillas del Rhin, hasta tanto que estas naciones hubieran rotado toda alianza con el pueblo rotado al presente. Habiendo así asegurado su obra de destrucción, se dirigió al país de los Eburones por el bosque de los Ardennes.

A fin que el golpe fuese mas terrible y mas imprevisto, César hizo marchar adelante su caballería con orden de no encender fuego en las ~~paradas~~ paradas y de no descubrir ninguna de las precauciones que podían hacer la marcha pronta y secreta. Los Eburones, confiándose en la larga distancia al ejército enemigo, que ellos eran reputados en guerras contra los Germanos, ma-

de temian preparados para la defensa. La caballeria Romana cayó como el rayo en medio de ellos. Tambien á saltos de súbito, no debió su salvacion sino á una dicha inesperada. Sorprendida en su casa de campo, que estaba situada en medio de un bosque, pudo gracias á la ligereza de su caballo, ganar la espesura.

De su retiro, donde se le incorporo un corto numero de caballeros, envió en todas direcciones emisarios encargados de publicar que fuesen de aproximado y que cada uno proveyese á su seguridad. En algunas horas, todos los pueblos fueron abandonados y la compañía se dividió en partidas de fugitivos que ganaron, en sus vivares y sus caballos, los parages mas salvajes y menos accesibles, habiendo no conservando á su lado sino nuestro caballeros, se mantuvieron en medio de los bosques, cuyos senderos conocian.

CVII

Cesar hizo rodear e invadir el territorio ebrón
 por todos lados a la vez por diez legiones y una ca-
 ballería formidable. Entonces, dice el historiador ^{de} ~~para~~
~~preciso tomar~~ ^{preciso} años esta relación, empezaron las más ho-
 rribles escenas de desolacion de cuantas hasta en-
 tonces el pais hubiese visto y sufrido. Las legiones,
 hechas en mano, penetraban en los bosques; echaban
 puentes sobre las riachagas y pantanos; degollaban
 en su ultimo arto la multitud fugitiva. Pe-
 ro aquella carceria no era su peligro para los sol-
 dados romanos: la naturaleza del pais no les per-
 mitia marchar en grandes masas, los rasagros
 o los que se reparaban del cuerpo del espíto parecían
 envueltos en las emboscadas. Para conciliar la
 seguridad de sus soldados con la consumacion de su
 venganza, Cesar puso los Ebrones fuera de la ley
 de la humanidad; hizo proclamar que los entre-
 gaba vivos y vivos al primer ocupante. Conis

do a los Pueblos vecinos para que tuvieran parte
 en la presa, declarando que todo el que lo ayudase
 a exterminar aquella rara maldad seria invitado
 en el numero de los amigos de Pueblos romanos.
 De todos los angulos de la Belgica se vieron acudir
 una multitud de malhechores y gentes sin conscien-
 cia. Hasta los Pueblos germanos vecinos, quisie-
 ron tambien tomar parte en la batida. "Figurese,
 a gregg etc. Amades Thierry, las atrocidades que
 debieron acompañar al saqueo de todo un pueblo!
 Imaginase una cordón de imponente mil Romanos colo-
 cados allí para asegurar la impunidad a los asesina-
 dos, para entregarles los victimas; y, entre estos Ro-
 manos, Cesar, un hermano de Cicero, Pruto, Tre-
 bonio, todo lo que la juventud patria contenia
 de mas ilustrado, mas culto! y se separara la vista
 de tal espectáculo con trislera y horror."

Todas las ciudades, todos los habitacines fuer

non incendiadas; los trigales que los caballos no comen
 non fueron quemados en pie. El general romano ha
 brá pensado, por un exceso refinado de crueldad, en los
 desgranados Eburones que la casualidad sottraia
 al fierro a las llamas; él los condena á morir
 de hambre despues de la partida de las legiones.

En quanto á Ambivig, todas las tentativas para
 aseptarse de él fueron sin efecto. Veinte veces se
 creyó llegado el momento de atacarlo; pero siem-
 pre se escapaba á favor de la tinieblas, errando
 de bosque en bosque, de caverna en caverna, de precipi-
 cio en precipicio, acompañado de sus cuatro ca-
 ballos. Falsas noticias propagadas por los prisi-
 oneros eburones, extraviaban perpetuamente á los Ro-
 manos que los buscaban. Al fin se cansaron y aquel
 herve de la independencia vivió para mejores tiem-

empos

C VIII

Despues de aquella devastacion, Cesar condijo

su ejército de *Durocorium* (Reims); allí tuvo asam-
 blea general de las ciudades galasas. Ante su
 presencia, hizo instruir y juzgar el negocio de
 las insurrecciones de Nervos y Corveta. Volviendo
 á ocuparse de la composición que el había acorda-
 do á aquellos pueblos, condenó á muerte á cinco
 gentes á *Atco*, que habían sido el alma de los
 movimientos populares entre los Senones. Los
 otros acusados habían fugado; pero condenados
 con descomulgacion del agua y del fuego. Después
 de haber enviado á sus tropas cuarteles de invierno
 y haberse asegurado del trabajo necesario para
 el ejército, César volvió á *Italia*, en donde grandes
 agitaciones políticas reclamaban su presencia.

CIX

La anarquía reinaba en Roma y suspen-
 did el nombramiento de los consules, Clodio acu-
 sado de ser asesinado por ~~el~~ *Milon*, adicto á

Pompeya. Los dos rivales y las dos facciones estu-
ban frente a frente.

Estas noticias volaron mas allá de los
Alpes, y sublevaron los Galos; ellos esperaban
que la guerra civil retardada a César y que no
podría volver al espíritu. Se formaban con tinua-
bulo en todas direcciones; se celebraban en el fon-
do de los bosques, en los lugares desiertos. Allí
concurrían los personajes notables de casi todas
las ciudades. Una vasta conjuración de todo el terri-
torio preparaba el mas terrible esfuerzo de la Ga-
lia para reconquistar su independencia.

CX.

Los Caruntu tomaron la iniciativa de la in-
surrección. Pero, oponiéndose los Prinevos, exigieron
que los confederados se comprometiesen a sostener-
los. Como no podían darse rehenes recíprocamen-
te de miedo se despertó la atención de los me-

cauderes y otros subditos romanos; se levantó y los
 diputados de las ciudades galasas prestaron su-
 bre los estandartes el juramento de fidelidad á la
 hija libertadora. En lo mas recóndito de un bos-
 que secular, en un lugar consagrado á los mister-
 ios del culto druidico, se reunieron festiva-
 mente las banderas de las ciudades galasas, y
 sobre este base sagrado cada diputado á su turno
 pronunció el compromiso solemne de odio á
 los Romanos, de consagracion á la independencia
 de la Galia.

En el día señalado para la resurreccion, mi-
 llares de paisanos corrientes se levantaron sobre Gona-
 num (Orleans), que desde la invasion era el gran
 centro del comercio romano en la Galia. Los ha-
 bitantes Galeses secundaron el ataque, degollaron
 con á los mercaderes extranjeros y saquearon
 sus casas. El intendente de cervises Fusio Co-

Ha, se arrojado al Loira.

La noticia propagada en los campos á
traves de las tierras, pasó de aldea en aldea, de
ciudad en ciudad, con tal rapididad, que llegó an-
tes de concluir la primera nevada (por nieve de
la noche) al país de los Arvernes, distante mas
de ciento sesenta millas de Genova.

CXI

Habia entonces en aquella nación un jefe
joven mas terrible todavia, que sus ancianos, por
sugirió que se hiciera un rey y se volvieran.
Se llamaba Vercingetorix, es decir el gran jefe de
las cien tribus. Su padre Celtill, noble arver-
no, habia aspirado sobre los Rejos su ambición
de realeza y se unieron contra su patria. Vercin-
getorix habria podido hacerse rey con el apoyo
de Estrabon, como Sargat y Favonin; pero nada
habia oírle para adherirse, le daba el nom-

bono de amigo. Pero el hijo de Celtill no respondia
 a' estas demostraciones sino bromeando, por el ardo
 de su patriotismo, la desconfianza impresa sobre
 su nombre por los recuerdos. Retirado en las mon-
 tañas de Abovina, trabajaba en despertar el par-
 tido de la independencia nacional, cuando recibio
 la noticia de los acontecimientos de Genabro. Como
 que la noche estubiese avanzada, como su tribu
 desciende de la montaña, y desde el amanecer, en-
 tra en Gergovia, convocando la ciudad a la guerra
 contra los Romanos.

Por unanime aclamacion del pueblo, es
 invertido el poder, manda militar soberano. Las
 ciudades de la Galia central y todos los pueblos
 arvernianos responden a' su llamamiento y le
 confieren la direccion de la guerra. Con una acti-
 dad digna de Cesar, fija los contingentes con que debe
 concurrir cada ciudad y reúne una magnifica

caballeria. El terror de los suplicios hace marchar
 a los que vacilan. Se quemaban vivos a los traidores,
 se mutilaban los refractarios y se les enviaba a sus
 hogares para servir de ejemplo a los cobardes y a
 los indiferentes.

El plan de Vercingetorix era atacar simulta-
 neamente al medio dia la provincia arverna, y
 por norte las legiones de cesar acantonadas en
 crentales de niernus. Luchó a su amigo Luctero,
 jefe de los Cadurnos, al pais de los Rutenos / Rouen
 que), entre tanto que el mismo marchó contra los
 Biturigos / Berry, que vacilaban en declararse con-
 tra los Romanos. La presencia de Vercingetorix atrae
 su adhesión a la causa de la independencia. Levanta
 tropas y pone guarniciones en las plazas fuertes

CXII

A la noticia de estos movimientos simulta-
 neos en el norte y en el medio dia, cesar adorna

el plan de Verugetory, para los Alpes manteni-
mos y llegas, inesperado a las orillas del Rodano.
Su presencia inspiró confianza a los Romanos y con-
tinue a los Galos de la provincia cuyas disposicio-
nes eran dudosas. Muy pronto organizó las milicias,
alejó y desalentó a Suctero por sus medidas de defen-
sa. Entonces, apesar del invierno, que todavía esta-
ba en toda su fuerza, atravesó los Alpes al tra-
ves de seis pies de nieve y penetró en las tierras
de los Alpes. Cayendo sobre ellos cuando se creían
imprescendibles detras de sus montañas de hielo, au-
mento su terror haciendo rugir el pais por la ca-
pulerias.

El jefe Galo, ^{que ya habia} ~~habia~~ marchado para el exor-
te, fue obligado a regresar a regresar porque sus com-
patriotas no abandonaban por defender sus familias.
Ento ora cuanto lesa deseaba: el se separó de su ejer-
cito bajo el precepto de hacer un reclutamiento en
el pais de los Allobroges, remonta el Rodano,

el Saona, sin darse a conocer, se incorporó y reunió
sus legiones.

CXIII

César temiendo perder el pequeño número
de aliados que le quedaban en la Galia, no se atre-
ve a abandonar los ludos, atacados por Veingetorix,
y corriendo el riesgo de caer en manos de Vercingetorix,
pone su ejército en compañía no obstante el rigor de la es-
tación. Toma por asalto las principales ciudades
de los Senons, y encontrándose cerca de Genabo no
quiere pasar adelante sin dar un ejemplo terrible
de las venganzas romanas.

Poco antes de medianoche, en el momento
en que los habitantes, temiendo el asalto que debían
darse al día siguiente, salían de la ciudad y empu-
raban a atravesar el Loira, César pone fuego
a las puertas, lanza sus legiones dentro de la ciudad,
degruella la multitud que ostra el puente y las

calle estrechas. Las casas son saqueadas y reducidas a cenizas; los torrentes de sangre vengan la muerte de Fusio ^{de} Cotta y los mercados romanos, y lo que escapa a la carnicería es arrastrado como y sigue al ejército.

CXIV

Veningetorix que trabajaba por obligar a los ludos y a los Boies (Borbones) a separarse de la alianza romana, se vio forzado a suspender sus proyectos para volver a exoriscidum (Nevet), sitiado por Cesar. Era esta la segunda vez que su ejército se obligaba a renunciar a sus planes. En efecto, como lo observa nuestro historiador, entre tantos pueblos diversos (abituados hasta entonces a ver sus intereses separados, la presunción de los refinamientos particulares estorbaba inevitablemente las medidas de salud pública. Al idea de sus hijos cautivos, de sus mugeres ultrajadas, de

por las casas incendiadas, el serm, el farruto, el Biturigo se estruccion de rabia y pedian a grandes gritos a su general que se les condujer a la pelea para defender sus familias.

Los Galos acudieron pero es para ver la to-
ma de Crovidunum.

CXV

Entonces Vercingetorix comprendio que era necesario recurrir a una guerra metódica, en la que sus bandos intrépidos, pero sin disciplina ni habituados a la unidad del mando, tendrían siempre la peor parte contra las legiones de César. Remiso en consejo y le declaró que se debía adoptar un plan de campaña enteramente diferente del que hasta allí se había seguido, que era preciso hacer sufrir el hambre al enemigo, interceptar los víveres a los romanos, el forraje a los caballos. "La salud es, añadió, el primer sacrificio particular. Debe

„pero resolveremos a incendiar todas vuestras habitaciones
 „aisladas, todos vuestros pueblos; debemos quemar has-
 „ta vuestras ciudades que no sabian defenderse, por
 „temor de que ~~sea~~ sirvan de refugio a los robadores o
 „de que ~~sea~~ atraigan al enemigo por la espesura del
 „bosque. Si estas medidas os parecen duras y violentas,
 „pero es mas duro todavía ver a vuestras mugeres y
 „a vuestros hijos reducidos a la esclavitud y vendidos
 „quismo a perecer? porque he ahí vuestra suerte
 „si no os rendis.

vi una sola voz de protesto contra este in-
 mensa sacrificio. Los jefes de tantas naciones deci-
 deson por unanimidad la ruina de sus fortunas
 y la dispersion de sus familias. En ese dia son in-
 cendiadas veinte ciudades de los Bitunigos por sus
 habitantes. Este ejemplo se propaga, y por todas
 partes, en el pais de los Carnutos y en los Estados
 vecinos, no se ve mas que el fuego y el humo

de los incendios voluntarios, a través de los escam-
 pros una población innumerable se dirige hácia
 las fronteras, paciente y abatida, pero no sin consue-
 to, dice el mismo César, puesto que una vicio-
 sa casi cierta la indemnizará de su sacrificio
 a la patria.

CXVI

Era el consejo del ejército el que designaba
 las ciudades cuya destrucción parecía necesaria.
 Pero cuando le llegó el turno a Avarico (Bour-
 ges), capital de los Biturigos, los habitantes llorosos
 abrazaron las rodillas de Veringetorix, conjuran-
 do a los jefes tuviesen piedad de su ciudad. El conse-
 jo y el mismo Veringetorix, vencidos por sus
 lágrimas y su desesperación, cedieron a sus im-
 plicas. Estas intenciones causaron su desgra-
 cia. La ^{ciudad} ~~ciudad~~ pereció, pero por César, que la to-
 mó después de prodigiosos esfuerzos.

La granición y el pueblo entero, mugeres, niños, ancianos, fueron parados á caballo. De una veinte mil habitantes, apenas ochocientos ganaron el campo de Veringetorix; el los recogió en medio de la noche y del silencio, y los hizo descansar en los cuarteles de las diferentes naciones, porque temia que su llegada y la conuision de la multitud produvisen algun desorden.

Al día siguiente combatió el ejército, lo combato y echado á no dejarse abatir por un reves. „ Los Romanos no sabian la victoria en su valor en la batalla, sino al arte y á una habilidad en sus sitios desconocida á los Galos. Tamas habia sido ^{su} ~~de~~ opinion defender á Avaricum, el ejército lo sabia; pero esta perdida el la sabia reparar muy pronto. El trabaja en incorporar á la causa de la libertad las naciones galasas disidentes hasta entonces, á activos ó neutros, en la alianza de

Roma. Sus medidas estaban tomadas y su éxito era infalible. Reunidos así, los Galos formaron una federación á la que no resistiría el universo entero; el momento estaba propicio, y casi lo grado su objeto. „

Gracias al carácter magnánimo de César y Getorij, los reveses no hacian sino aumentarse y ascender y afirmar la confianza. La seguridad de que iban al fin á cesar y que todos los Galos se reunirían bajo la bandera de una libertad común llenaba los corazones de esperanza. Aquellos hombres ruidosos, turbulentos, enemigos del trabajo, se plegaron á todo lo que su general exigía de ellos: ellos aprendían á endurecerse en las mismas fuenas que los legionarios, se ejercitaban en atrincherar los campamentos y en construir magaratas segun el sistema romano.

CXVII

Vercingetorix no habia pagado sus prome-
 sas. En tanto que el sitio de Avaris absorvia todos
 los esfuerzos de los Romanos, él les habia suscitado nue-
 vos enemigos. Los ataquanos se habian declarado y
 enviaron caballeria al generalissimo, ^{los Hastatos} ~~los~~ ^{los} Brios
 se habian reparado a Besas, y durante el sitio de Avaris,
 los habian dejado sin trigo. Su defeccion le privó
 de su caballeria, y se vio obligado a hacer venir
 la de los Germanos para reemplazarla. Sabiendo, tamen-
 te de Besas, hubiera sido de hecho en el Norte sino
 se hubiera desembarcado por medio de una victoria
 (entre Lutecia y Melun). El mismo Besas fracasó
 en el sitio de Gergovia de los Avernos. El ejército
 romano hubiera sido enteramente destruido si la
 decima legion, la favorita de Besas, que habia coloca-
 do en la reserva y que el mismo condujo contra el ene-
 migo. Cuarenta y seis tentaciones quedaron tendidas
 en el campo de batalla.

CXVIII

La guerra tomaba cada vez mas cuerpo. La Belgica habia adherido a la confederacion, y se reunió en Bibracte *sestunum* una asamblea solemne de delegados para deliberar sobre las operaciones ulteriores de la guerra y sobre la reeleccion del generalissimo. Solo tres naciones no se hicieron representantes, los Remes, los Lingons y los Trevires; estos como demasiado distantes y ademas impedidos por nuevas incursiones germanicas, los Lingons y los Remes sobre todo como contrarios a la coalicion y amigos decididos de los Romanos.

Vercingetorix, a la casi unanimidad de su fragion, fue conservado en el mando que el habia alcanzado con tanta virtud y coraje.

Encargado de la muerte de tantos millones de hombres, volvio a su antiguo plan, que la subita llegada de Cesar habia malogrado al principio de la

campaña. Mientras marchaba en persona contra las legiones reunidas en el exorte, hizo atacar la provincia Narbonense por tres puntos á la vez.

CXIX

Los negocios de Cesar estaban entonces molesto- do, que el no se ocupaba sino de retirarse en buen orden de la provincia, á fin de volverla y de sacar nuevas tropas de Italia. Del territorio de los Lingons se dirigió hacia la frontera samaronesa para ganar el Rodano. Voringetorix le seguia á diez millas de distancia, observando todos sus movimientos: al canso á Cesar antes que este hubiese pasado el Saona.

Habiendo llamado á junta de guerra los jefes de la caballeria... El día de la victoria ha llegado, les dijo; los Romanosuyen á la provincia y abandonan la Galia. Esto basta para la liber- tad del momento; esto no es nada para la paz

y la libertad del porvenir. Chuy pronto volveran
 con mayores fuerzas, y la guerra no tendra termi-
 no. Que debemos hacer? Provocar un combate de
 caballeria, atacar al enemigo en plena marcha y
 embarrasado de su bagaje, si la infanteria se detie-
 ne para defenderlo, Cesar no puede seguir su ca-
 mino, y esta perdido. Si lo abandona para pensar
 en su seguridad, él saldra de la Galia, pero cubierto
 de vergüenza. ||

Todos exclamaron que era necesario combatir
 sin demora, todo se comprometia por el juramen-
 to mas sagrado, "a no volver a ver sus casas, sus
 familias, sus mugeres y sus hijos, si en tanto tiempo
 no rompien dos veces la linea enemiga.

CXX

El combate fue terrible, Cesar corrio los ma-
 yores peligros. Encuelto por los caballeros arver-
 nes, casi cayó prisionero, y su espada quedo ~~entre~~

en mano de los enemigos. El Ambrosio perdido la acción a las masas compactas de sus legiones, no se hubiesen transportado a todos los puntos en que el combate era mas vivo, para proteger su caballeria.

En fin, la caballeria germana, ganando una altura importante, se precipitó con tanta furia sobre una division galesa, que la ~~galesa~~ ~~galesa~~ derrotó completamente. A vista de esto, las otras dos divisiones, temiendo ser envueltos, se pusieron en fuga desordenada. Los Romanos y los Germanos hicieron una horrible carniceria. No fue ya posible contener ~~algun~~ el pánico. Algunos espíritus volubles cayeron entonces en un tal desaliento, que Vercingetorix no pudo tranquilizarlos sino atrincherándose bajo las murallas de Alesia, ciudad fuerte (en el Chypois).

Cesar no perdió un instante. Dejando sus bagajes sobre una colina, bajo la custodia de

dos legiones, muchos en persecucion de los confesores.
 Dos mientras duró el día, les mató cerca de tres
 mil hombres, y campó al día siguiente bajo las
 muras de la Plura.

CXXI

Alexia, antigua ciudad que se decía haber
 sido fundada por los Fenicios, estaba construida
 en la cresta de una alta colina, hoy día el mon-
 te Aupois, a tres leguas de Senes. El general
 que lo estableció se campó sobre vertiente orien-
 tal de la montaña. Su fuerza en infantería era
 de 8000 hombres, y contaba todavía 1000 caballe-
 ros escapados del desastre de la batalla y de la re-
 tirada.

Un ejército tan numeroso bajo una Plura
 tan fuerte desafiaba todo ataque á viva fuerza,
 pero Cesar no vaciló en sitio á aquel gran ejér-
 cito y combatió el gigantesco proyecto de encerrar

a la vez la ciudad y las tropas galesas en una circunvalacion de quinze millas, flangeada de veinte y tres puertes. et aquellas obras de defensa eran prodigiosas: eran primero tres fosos, cada uno de quinze o veinte pies de ancho y otros tantos de profundidad, despues una muralla de doce pies de altura, ocho ~~seis~~ plus de fosos pequeños, cuyo fondo estaba herido de estacas ~~peruñados~~ agredadas y cubiertos con ramas y follage, de paliadas de cinco plus de arboles que entrelazaban sus ramas. Estas obras estaban emperadas del lado de la campaña, a fin de poner el campo al abrigo de los ataques exteriores. Todas estas obras se construyeron en menos de cinco semanas y por menos de sesenta mil hombres.

CXXII

Vercingetorix comprendio la falta que habia

cometida concentrando todas sus fuerzas en un solo punto. Antes que los sitiados terminasen sus líneas, envió su caballería entrada la noche, recomendó a cada caballero se fuese a su país, y que convocasen toda la población en edad de tomar las armas. „ Los conjuros proveyeron a su seguridad, de no abandonarlo al suplicio y a la merced del enemigo, a el que se había consagrado tan decididamente por la causa pública; era se vida lo que se necesitaba salvar, era la vida de ochenta mil hombres que perecerían con él. „ El agregó que tenía víveres para treinta días; y que a todo rigor podría hacerlos durar algunos más.

Después, en la segunda velada, por haber evadido por el intervalo que dejaban todavía las obras de los romanos. El se retiró a la ciudad con su infantería, hizo reunir todo el trigo que

se encontró, pronunció la pena de muerte contra cualquiera que se ocultase, y distribuyó el ganado que los habitantes habían hecho entrar en gran número. Así el espanto se corrió de la Galia a los horrores del nombre.

CXXIII

Las palabras de Veringetorix resonaron como el grito de alarma de la patria. Desde el Garona hasta el Rhin, de los Alpes al Océano, todas las naciones galas armaron en masa para rescatar a "Kopios," no hubo nadie, obrava ni historiador, hasta los desgraciados restos de los Helvecios, de los exarvins (exterminados por ellos), de los Venetos, que no quisiese tomar parte en el último esfuerzo de la libertad: Ambiorix, el Eburon, apareció solo en nombre de sus pueblos degollados. En aquella hora suprema, la Galia

mitilado, llamada pueblo á pueblo despues de tantos años, parecia en fin encontrar esa unidad maximal cuya ausencia habia sido tan funesta á la Galia. »

Do cientos, masenta mil infantes y ochos mil caballos se reunieron en la frontera eduense y se pusieron en marcha hacia Metzias. Estaban, dice Cesar, llenos de ardor y de confianza, porque no habian uno que supusiese que podian soportarse el solo aspecto de semejante exercito, sobre todo en un doble ataque, cuando los sitiados hiciesen una salida, y que un exercito tan numeroso apareciese al mismo tiempo al lado de la campaña. »

A pesar de todos los esfuerzos, los confederados dejaron pasar el termino fijado por Neingetorix, y ya en la plaza el nombre era extraño. Separados de toda comunicacion por

un doble caso de circunvolucion y extrinsecolucion, los sitiados ignoraban la venida y la proximidad del ejército galés.

CXXIV.

Viendo todos los viveros agotados y la época mas que pasada en que debían llegar los socorros, Varrington reunió el consejo, y se deliberó sobre el partido que debía tomarse. Algunos se inclinaban á capitular, y otros á hacer una salida sin entrar que todavía se conservaba algun vigor. Britton, al ver una de alto nacimiento y de gran autoridad, abrió una opinion de una energia atroz y espantosa:

«Yo no hablo, dijo, de la opinion de aquellos

«que pretenden llamar capitulacion á lo que es
 « guerra esclarecida. No se debe, en mi sentir, ni mi-
 « rarlos como ciudadanos, ni admitirlos en nuestros
 « consejos; yo combato á los que proponen una

salida y que parece responder así al recuerdo de nuestra
 antigua gloria. Pero no poder soportar un
 poco de hambre, es debilidad. Los hombres que se
 consagran á la muerte son menos raros que los que
 sufren pacientemente el dolor. Y yo también que
 me ocupó de mi felicidad, yo sería de vuestra opi-
 nión, si no viese otra pérdida que la de la vida; pe-
 ro tomando en partido, pensemos en toda la Galia
 que hemos convocado á nuestra libertad. Que cora-
 je tendrán, lo creéis vosotros, nuestros parientes
 y nuestros amigos, si están reducidos á combatir so-
 los cadáveres de ochenta mil compatriotas degollados
 en solo punto? No priveis, pues, de vuestro
 sosten á los que, para salvaros, no han temido
 exponerse á todos los peligros, y penitencia y
 temeridad, sea falta de energía, no vais á por-
 trar toda la Galia y á entregarla á una esclavitud.

Virtus perpetua. Porque no hayan llegado en el
 Plazo señalado, dudarse de la constancia y del fe
 Publicas! ¿que! pensais que sea para estos en
 egercias continuos que cada dia los Romanos au-
 mentan el censo con nuevas fortificaciones? Si,
 todos los caminos estuviesen cerrados, nuestros ami-
 gos no pueden anunciarse por medio de correos,
 creed en sus promesas, su llegada está por encima:
 esto es lo que asusta al enemigo, y lo tiene
 día y noche aumentando sus depensas.

¿Cuál es pues mi opinion? Hacer lo que hi-
 cieron nuestros antepasados en la guerra brevidi-
 gente de los Cimbrios y de los Teutones. Repu-
 gñados en sus ciudades, reducidos á la misma
 penuria de viveres, antes que rendirse, los tu-
 vieron su existencia con los cuerpos de aquellos
 que su edad ó su debilidad hacia inútiles
 á la defensa. Y si no tuvieramos este exemplo,

"podría que, por la libertad, sería glorioso tras-
 "mitirlo á nuestros descendientes. Porque que guerra
 "ha podido compararse con esta? Los Griegos cu-
 "ando Aniberson asolado la Jolia y enchido su-
 "estro pais de calamidades, salieron enfui y
 "pararon á otras tierras; ellos nos dejaron nues-
 "tras leyes, nuestras costumbres, nuestros cuerpos,
 "nuestra libertad. Pero los Romanos, conducidos
 "por la envidia, que es lo que quieren? acaso
 "querian otra cosa que estableciesse en nuestros
 "campos y en nuestras ciudades, y someter á un
 "yugo eterno los pueblos que la fama les de-
 "cia eran ilustrados y belicosos? Ellos no han
 "tenido nunca otro abgeto usus guerras; y,
 "si ignorais su politica en las naciones lejanas,
 "considerad la Jolia que es vecina; su derecho
 "sus leyes han crembiados, ella está bajo la
 "enchilla y reducida en provincia, gime en

„*proa servidumbre interueniens.*”

Recogidos los votos, se resolvió que se harían salir de lo plaso todas las cosas inútiles, y que se tentaría todo antes que seguir la opinión de Britognat; sin embargo, si el auxilio tardaba demasiado, se conformarían más bien con tal opinión antes que capitular.

Los Mandubriens, cuidadosos de Alesia, con sus mujeres y sus hijos, se vieron echados de su ciudad por los soldados que ellos habían recibido; se avanzaron llevando á las líneas de los Romanos, suplicando „que los tomaran por esclavos y que les diesen víveres.” César colocó puentes sobre las runallas para alejarlos á flecheros. Así lanzados entre la ciudad y el campo romano, corriendo á la vez de las puntas de Alesia á los otros instrumentos de César, aquella multitud pereció en pocos días de hambre y de desesperación.

Sin embargo, el ejército nacional llegó
 cerca de Alesia y campó sobre una colina,
 á menos de una milla de los Romanos. Al día
 siguiente la caballería se desfiló en la
 llanura, conservando la infantería á alguna dis-
 tancia, oculta detrás de las alturas. Desde Alesia
 se dominaba la compañía; á la vista del verso,
 se apresuraron, se felicitaron y se exaltaron. Las tro-
 pas salen y forman delante de la ciudad; se llena
 el primer foro de fogatas y se preparan á to-
 do acontecimiento para un ataque decisivo.

César dispuso sus legiones ^{sobre las} en dos líneas
 de sus atrincheramientos, pero salió en cabal-
 leria y se empeñó el combate. Se le podría ver
 de los diversos campos que ocupaban todas
 las alturas, los soldados Galos y los Romanos,

(288)
en la mayor ansiedad,
~~de tal modo que~~ ^{el} ~~se~~ ^{se} ~~esperando~~ ^{esperando} el resultado. La ac-
ción se daba a la vista de todos, y ninguno rasgo de
valer o de cobardía podía quedar oculto, el amor de
la gloria y el temor de la infamia animaban a en-
trambos combatientes. La república se encaminaba
desde el mediodía hasta ponerse el sol, y la victo-
ria ^{estaba} ~~era~~ ^{ya} ~~ya~~ ^{ya} indecisa, cuando la caballería romana
estrechándose sobre sus puntos, cargó al enemigo
lo destruyó y puso en fugas. Las legiones salieron
entonces en persecución de los fugitivos y los derrotaron
completamente hasta su campo sin darles tiem-
po de rehacerse. La guarnición de ctesia constan-
tada volvió a sus murallas.

CXXVI

Al día siguiente, hacia la media noche, el
ejército exterior tentó el asalto al campo de Ce-
sar. Se apropió a las obras de los Romanos en
el mayor silencio. Allí dando un grito general
por adrester a los soldados de Vercingetorix, em-

Peró á echar fogos y tierra en los fosos. Veru-
 getorij y los suyos acudieron. Pero los dos ejercitos
 gulos se entrelacaron contra las ^{maravillas} ~~maravillas~~ de la ci-
 udad militar y se retiraron sin haber podido for-
 zar los atrinchamientos de Cesar.

CXXVII

Los gulos renovaron el avanzar el asalto
 frustrado durante la noche. Esta segunda tentativa
 era decisiva. El general del exercito gótico, Ver-
 gisillann, pariente de Verugetorij, habia hecho
 un largo rodeo con cincuenta y cinco mil hom-
 bres, lo mas selecto ^{de las tropas} ~~de las tropas~~ confederadas, pa-
 ra ampararse de una colina que dominaba los
 montes romanos hácia el norte, y que su vasto
 circuito no habia permitido suerra en las tie-
 rras. Era este el costado debil de los atrinche-
 ramientos, y los gulos sabian que no habia para
 ellos ^{mas} ~~mas~~ esperanza sino conseguir romper la linea

y operar la reunión de los dos ejércitos.

En el momento en que Vargenillaem ordenaba el ataque, Veringetorix que lo descubrió desde lo alto de la ciudadela, sale de la ciudad con sus tropas, llevando las perchas, los ramos, y todo lo que había aprovechado para dar el asalto. En todas partes se batían al mismo tiempo, en todas partes se atacaba; cada uno se dirige al parage que parece mas debil. La extensión de las obras disminuyendo los Romanos, en algunos puntos se defendían con trabajo. Los clamores que se elevan del ejército exterior los inquietan; iban ya a ceder, cuando Cesar, situado en una eminencia desde donde podía descubrir lo que pasaba en toda la línea, envió refuerzos a los parages mas amenazados.

En dos puntos estaban forzadas sus formidables trincheras; dos cuerpos de tropas Romanas habían sido rechazados por Veringetorix, cuando

Cesar se lanzó en persona con toda su reserva, arrojó a los Galos fuera de las líneas, y volvió al socorro de sus tenientes que retrocedían delante de Vergasillaum.

Advertidos de su aproximación a la vista de su manto de púrpura, que hacía gala de llevar por los días de batalla, los Galos hacen los últimos esfuerzos para ~~defender~~ ^{apoderarse} de la línea; un doble grito se eleva a la vez de las filas de los dos ejércitos. Muy pronto arrojándose las javalinas de una y otra parte, descarnaban las espadas y se combaten cuerpo a cuerpo. Repentinamente los Galos ven a su retaguardia la caballería romana. Se desalientan, se desordenan y los Romanos hacen una horrible carnicería. Vergasillaum cae prisionero; el jefe de los Lemovices (Limosinos) es muerto. La granición de etlesia viendo aquella carnicería y aquella fuga desesperada, abandona su posición y se retira a la ciudad. El ejército exterior se dis-

perla en el mayor desorden.

Le presentaron à César setenta y cuatro banderas de las naciones galesas, y con gran multitud de hombres, pocos fueron los que volvieron al campo por sus heridas. A aquel ejército de toda la Galia desapareció como un sueño, dice Plutarco.

CXXVIII

En la noche que siguió à la batalla, noche suprema de la independencia galesa, Vortigerno ni imaginó que su muerte bastaría tal vez à suar la venganza del vencedor y que la granición obtendría gracia. Al amanecer convocó sus tropas. Les recordó que él no había emprendido la guerra por su ventaja particular, sino por la libertad común; y pues que es forzoso ceder à la fortuna, el se ofrece para que se dé satisfacción à los Romanos por su muerte voluntaria, ó para que lo entreguen vivo al enemigo.

El consejo envia diputados a Cesar para tratar de la rendicion. Cesar ordena que los enemigos entreguen sus armas, que entreguen su jefe y se rindan a discrecion. Despues el mismo en persona va al campo fuera de las Puertas, para recibir la sujecion de los venidos y pronunciar ^{sobre} su muerte desde el tribunal.

CXXIX

Vergilivus no espere a que lo arrastrasen encadenado a la presencia de Cesar: montó su caballo de batalla, se vistió de su mas rica armadura, salió de la ciudad y atravesó al galope el intervalo que separaba los dos campos. Despues de haber dado la vuelta en torno del tribunal, se apeó del caballo, arrojó su espada, su javalina y se puso a los pies del Romano, sin pronunciar una sola palabra.

El vencedor se mostró menos grande que el vencido. Cesar pronunció en reproches sobre su amigo.

fue traicionada, sobre sus beneficios despreciados. Des-
 pues ordenó á sus victoriosos que amarrasen á Vercin-
 getorix y lo arrastrasen al campo. Vercingetorix to-
 do lo sufrió en silencio. Fue conducido á Roma y
 encerrado en un suntuoso calabozo. Allí esperó seis
 años para decorar el triunfo de César. Aquel día
 entregó su grande alcaza bajo el hacha del verdugo,
 no dejando otro historiador para hacer vivir su me-
 moria que su enemigo César.

César concedió la vida á la guarnición de
 Alesia, pero la robó á la esclavitud, así como
 á los Galos del ejército exterior que cayeron en su
 poder. Cada soldado romano tuvo un cautivo por
 botín. Fue acordada la libertad de veinte mil pri-
 marios arvernes y celtas, á la sujeción de estos dos
 pueblos. El sacrificio de Vercingetorix no fue
 perdido para los galos: aquella gran víctima espia-
 toria salvó la vida y la libertad de muchos mille-
 res de sus compatriotas.

El desastre de la confederacion habia demostrado lo bastante a los Gales su impotencia para resistir en masa contra las fuerzas romanas reunidas. Ellos comprendieron que la guerra parcial y simultanea en un gran numero de lugares era la unica practicable, y que Cesar no tendria ni los medios, ni el tiempo, ni la fuerza necesaria para transportarse a la vez a todas partes. En aquella heccha a muerte, no habia razon que uno debiera exponerse hasta parecer, si, entanto que ella continuase al enemigo, las otras podian recobrar la libertad.

Para dividir el esfuerzo de las legiones, desde apertura de las hostilidades, los jefes galleses que sobrevivieron a Veruigetorix establecieron tres centros de resistencia; uno en el norte, en el pais de los Bellovagues, otro en el Oeste, en el delto de los Belges, y el tercero al meridion en el pais de los Cadornes. Los Romanos debian ademas inquietar a Labieno

y retenido en Secunna. Convenida este plan, se re-
pararon las plazas fuertes y se acopiaron víveres.

CXXXI

Desde que Cesar fue instruido de estos movimi-
entos, Partió la noche de las calendas de enero, de
Borivacte, en donde pasaba el invierno, y reuniendo
dos legiones, se dirigió á recorrer el territorio de los
Britonjes, los que no viendo entre ellos mas que
una debil guarnicion, hacian preparativos de guer-
ra. La subita llegada de Cesar sorprendió la po-
blacion desarmada en la campiña y ocupada
de sus cultivos. No fueron advertidos ni aun por
la señal que de ordinario precedia á Cesar -
el incendio de las habitaciones; la caballeria
romana cayó sobre ellos antes que pudiesen re-
fugiarse á sus ciudades. Se arrebataron muchos
millares de hombres, de mugeres y de niños, y
personas maniatadas y conducidos con el bagage; los

otros perseguidos de cantores en cantores, creyeron en-
 contrar un refugio, pero en vano. Cesar forzando
 su marcha se presentaba en todas partes á la vez
 y no dejaba en ninguna de recoger los fugitivos. Des-
 pués de haber ^{los acorados,} ~~perseguido~~ durante muchas semanas, ~~acorados~~
 aquella población sumerta de frío, de hambre y fu-
 tige, la recibió á composicion, exigiendo una gran
 suma para sus tropas. „ Gracias á la clemen-
 cia de Cesar, dice el continuador de los Comenta-
 rios, Hircio, los Bituriges pudieron volver á sus
 hogares ~~descontentos~~. „ El procurul Hircio volvió las
 dos legiones al país de los Remos, y volvió el
 mismo á Bibracte después de cuarenta días de
 ausencia.

LXXXII

Apenas habian pasado diez y ocho dias,
 cuando recibió la noticia de la subreccion de
 los Carnutos, que descontentos de la permission de

los Bituriges, habian entrado en sus tierras para forzarlos a volver a tomar las armas. Cesar marchó al instante con dos legiones acantonadas sobre el Saona para asegurar las comunicaciones y las subsistencias; él se lanzó a la cara de los Casutos.

A su aproximacion, los habitantes se ocultaron y se dispersaron en los arroyos retirados de los bosques, abrigándose apenas en cuevas construidas a la ligera.

Cesar se estableció en Ginebra, desde donde lanzó su caballería sobre todos los puntos en que se debía haberse ^{reunido} ~~reunido~~ los fugitivos. En cada una de aquellas comarcas, los Romanos tomaban un gran numero de cautivos y de ganados. Puestos a descubierta a todos los rigores de un frío espantoso, no atreviéndose a permanecer en ninguna parte por el temor de las sorpresas, los Casutos perecieron en gran parte por la espada del enemigo, por la escasez y las heridas de

movieron; el resto se dispersó en las raciones vecinas.
~~El primer consul emiso las dos legiones a los Pro-~~
~~met, y el mismo entró a Bibracte después de~~

CXXXIII

Antes de la primavera, Cesar se vio obligada a dirigir una nueva campaña contra los Bellovacos. Este pueblo que no ha mucho había reusado su contingente al grande ejército de Venigetorix, ^{ore} a jactaba en su orgullo, de hacer el solo la guerra a los Romanos, se había puesto a la cabeza de una nueva coalición galo-belga. Un numeroso ejército de Bellovacos, de Turones, de Ambianos, de Batetes, de Atrebatos, se había reunido sobre la frontera de los Remes, mandado por el Bellovaco Corvee y el Atrebatte Cornan.

Cesar andó rapidamente con cuatro legiones. Encontró las tierras abandonadas. Los hombres en estado de combatir se habían atrincherado sobre una colina rodeada de pantanos y de bosques; la

multitud sin armas se habia escondido en lugares inaccesibles; tan solo algunos individuos habian permanecido en los campos, menos para trabajar que para observar al enemigo.

CXXXIV

Cesar fue á acampar enfrente del ejército confederado. Después de algunos reveses parciales en escaramuzas de caballería, hizo llamar dos legiones nuevas para encerrar los Galos en una circunvolucion. Esto temiendo un nuevo sitio como el de Alesia, repararon de sí á todos los que la edad y la falta de armas y de provisiones hacia inútiles. El día los sorprende mientras hacian desfilas ⁴ aquella multitud asustada y en desorden. Cesar se aprovecha de la confesion, hace echar puentes de rios sobre los pantanos, y sus legiones trepan la altura en orden de batalla;

ellas costan la retirada de los Bellovacos.

Los Gulos se salvaron de este paso crítico por medio de una estratagemas. Siguiendo la costumbre de esas naciones en la guerra, llevaban un haz de ramos o de paja sobre el que se sentaban.

Ellos los hacen pasar de mano en mano por amontonar sobre el frente de batalla, y á una sola señal se prenden fuego por todos lados á la vez; una cortina de llamas los oculta á la vista de los Romanos, y huyen á toda carrera. Así marcharon diez millas sin sufrir pérdida alguna, seguidos á distancia por la caballería romana.

Pero no pudieron escapar largo tiempo á la derrota. Su jefe Corvee, habiéndose separado del grueso del ejército para sorprender á los forrajadores romanos, se sorprendió y envuelto por todo el ejército enemigo. Vencidos, desechos, y altados de terror, los Gulos huyeron al acaso,

los Romanos los persiguieron de cerca espada
 en mano, y los degollaron. Corneo superior á
 todos los reveses, dice Hircio, no quiso separar
 se de la refriega ni huirse entre los borgues; en van
 no le gritaban que se rindiese, el continuo batir
 endose retrocedidamente, ~~hacia~~ ~~hacia~~ Niere, man
 ta los soldados que se le aproximaban, hasta que
 el mismo cae bajo la lluvia de flechas con que
 los Romanos furivos lo asaltaban.

CXXXV

Viendo que todo lo contrariaba, el exercito
 de Bellovage quiso raudirse. A esta palabra
 Comum, el otro jefe del exercito confederado, mon
 ta á caballo, sale del campo, y se borque en bor
 que gana la Germania, renegando, dice un his
 toriador, una patria que resignaba ya á esclavi
 darse, y yendo á buscar otra en la que sus ojos
 no se encontrasen con un Romano.

Los oradores de los Bellocos conjuraron á
 Cesar „ se contentase con las calumnias que habian
 sufrido. Su caballeria estaba destruida, su infante-
 ria escogida anochada. En una tan gran des-
 gracia su derrota, era sin embargo, para ellos
 una ventaja, porque Corneo no existia, el solo ha-
 bra sido el motor de la guerra, el botar fuego al
 populacho; porque jamás, desde que existia, el se-
 nado no habia tenido tanto poder como le da
 ya multitud.”

Cesar respondió „ que era su vida como
 acusar á los muertos de las faltas cometidas;
 que ningún hombre, teniendo solo de su parte
 un miserable populacho, estaba en el caso de
 sostener una guerra, apesar de la oposicion de
 los principales ciudadanos y del senado; que por
 lo demas, el los miraba como bastante severa-
 mente castigados.”

CXXXVI

La guerra, pues, estaba ya a ver mas cofe-
cada en el exorte. Pero la dominacion romana
inspiraba tal odio y resentido, que se desertaba
en masa las ciudades y los campos. Bandadas
de emigrantes pasaban el Rhin renunciando a
su patria esclavizada. Para oponerse a estas
emigraciones, Cesar divide su ejército sobre diferen-
tes puntos, y el mismo en persona va a asolar
y devastar el pais de los Eburones, como si su terri-
ble venganza no se hubiera todavia descargado
bastante sobre aquel desgraciado pais. Desesperan-
do de tomar a Ambiorix, que habia vuelto, cre-
yo de su honor, dice un Historiador Romano, des-
truir de tal modo en el pais los habitantes, los
graneros y las habitaciones, que Ambiorix espe-
rado de los suyos, ni por casualidad todavia lo =

(305)

brevis, no pudiese jamás dominarse en su pa-
tria. Cesar hizo volver a las legiones y a los tro-
pas auxiliares de Eborac a todos sentidos; se pri-
mo se devastó, se degolló. Ambrosio se le esca-
po otra vez, pero el nombre eborac fue borrado
de la lista de las naciones galicas.

CXXXVII

Durante este tiempo, los etruscos y las pobla-
ciones de bajo Loira se habían rebelado; pero diez-
idos entre ellos, fueron aplastados por Fabio cuan-
do pasaban el Loira.

Los vencedores hicieron uso de la victoria
como de costumbre. „Se mató, dice el historian-
do de Cesar, todo el tiempo que los caballos pu-
dieron marchar, y los carros tuvieron pesera pa-
ra herir. Se degollaron mas de doce mil hom-
bres, ya sea de los que tenían las armas en la
mano, ya ~~era~~ de los que las habían rendido. „

Fabio, sin detenerse, entro' en el territorio de los
 Caruntos, contando con que tantos desastres seguidos
 los Marianus fuiles a ¹⁰⁰ ~~100~~ ^{eterna} ~~eterna~~. En efecto,
 aquel pueblo, que jamas habria hablado de su
 doble la cerviz y rehenes, y des pues de él
 todas las naciones armenianas.

CXXXIII

Quedaba la susurcion del chedidra, de la
 que se habia encargado Luctero, el companero de
 Voringetorip. Perseguido por Camirio, teniente
 de Cesar, se encerro' con sus tropas en Vpelodu-
 num / el Rey en el Queray, plaza tan fuerte
 por su posicion escarpada que, aun sin encontrar
 resistencia, los hombres armados habrian tenido
 trabajo para escalarla. Camirio emprendio re-
 ducirla por medio de una circumvalacion. Lucte-
 ro, que se habia hallado en el sitio de Aleria,

teniendo el bloqueo, quiso abastecer la ciudad;
 pero atacado por los Romanos cuando conducia
 convoy de trigo, pudo escapar y no volvio a en-
 trar mas en su campo. Todo fue tomado o quemado.
 Drapetes, jefe de los Senons, que se habia
 unido a Suctonio, fue muerto en el combate y que-
 do prisionero.

CXXXIX

Entretanto Cesar, para impedir en adelan-
 te nuevos movimientos, recorrio las diferentes
 naciones de la Galia, exigiendo rehenes, ha-
 ciendo entregar a su venganza los instigadores de
 las sublevaciones y los nombres que se habian
 comprometido en la lucha de la independencia.
 Por un contrapeso de su politica, al mismo tie-
 mpo que castigaba a los promotores, trataba
 de calmar el espiritu de la multitud. Llegado
 al pais de los Carnutos, el quiso, dice su histo-

modos, librarlos lo mas pronto del temor que tenian de sufrir la muerte de los Eburones, y pidió para enviarlo al suplicio a Gutronat, el agente mas activo y mas tenaz de la ultima insurreccion. Desde que los Carrutas habian segurado las arenas Gutronat vivia solo en la espesura del bosque. Sus compatriotas fueron á curarlo en su retiro, se apoderaron de él y condujeron ante Cesar á su antiguo jefe. Cesar por una hipocresia que conciliaba su resentimiento con su nueva política de clemencia, hizo que sus legiones perdieran su suplicio. Gutronat murio arrojado y le cortaron la cabeza.

CXI

Una sola baluarte quedaba á la izquierda de Vexello Durum, en donde dos mil Galos, dejados allí por Drapes y Suetonio, estaban resueltos á defenderse hasta la ultima ef-

trinidad. Aunque él despreciase aquel número
de hombres, dice un historiador, Cesar juzgó que
se obtendría en su caso un castigo severo. El no
quería que otras ciudades, viendo en las ventu-
ras de posición, tratasen también de recobrar
su libertad. Su mandato no debió decir sino un
verano, todos los Gulos lo subirán; si pues ellos
podían resistir hasta entonces, no tendrían
en seguida nada que temer. Él se apresuró á
ir personalmente á dar este último golpe.

Cuando llegó delante de la plaza, estaba
esta completamente cercada por Carrisios.
Los sitiados tenían trigo en abundancia; Cesar
quiso cortarles el agua. Consiguió desde luego
privarles del agua del río que bañaba el
fondo del valle. Les quedaba una fuente al
pie mismo de la muralla. Por medio de obras
prodigiosas de terraplenes llevadas á cabo con

infinito trabajo, espada en mano, Cesar hizo im-
posible el acceso a la puente. El gritero, los
caballos, los hombres pesaban de sed.

CXLI

En esta estrechidad, los sitiados llevaban sus
torreles de betun, de sebo y de pez, despues los ha-
cian rodar inflamados contra las obras del terru-
plen. En el mismo momento hicieron una salie-
da muy vigorosa, a fin de impedir por el con-
bate que apagara en el incendio. Un gran fuego
se eleva en medio de las obras, devorando las
maguinas, las torres. Por donde los Romanos
querian dar la escalada. Los Romanos, sus obr-
tante se hacen fuertes; la accion tenia lugar
a la vista de los dos egipcios, y cada soldado
para hacer alarde de bravura, se ofrecia mas
ostensiblemente posible a las armas arrojan-
das y al fuego del enemigo.

Veras viendo que había ya muchos heridos,
 ordenó que todas las legiones subiesen al asalto
 por todos lados á la vez dando grandes gritos. Los
 habitantes en alarma, llamaban á los combatien-
 tes y los retiraban del ataque ó las obras pu-
 ra que presen ^{á guisa de} ~~en~~ la muralla. Los sitiados
 se hacen dueños del incendio, y se apu-
 gnanlo, ó bien aislandolo.

Los sitiados no obstante persistían en la
 defensa; una gran parte había ya muerto de
 sed, y el resto seguía siempre estirado; pero una
 mina cubierta por el terraplen, llegó hasta el origen
 de la fuente y desvió los aguas de la ciudad. La
 súbita sequedad de este manantial ~~causó~~ ^{causó} gran
~~de~~ ^{de} ~~prejuicio~~ ^{prejuicio} á los sitiados la última vistumba de es-
 peranza. Mirando este acontecimiento como bien
 como un decreto del cielo que como una obra
 de los nombres, se rindiéron.

«Cesar, dice el continuador de sus Comentarios, sabiendo que su reputacion de clemencia estaba demostada establecida, no temió que un acto de rigor pare inquietado á la crueldad de su caraceta, y como el no veia termino á la guerra de las Galias si semejantes insurrecciones establecian en diversos puntos, resolvió aterrorizar á los otros pueblos por medio de un ejemplo castigo. » Hizo cortar las manos á todos los que habian tomado las armas, pero les dejó la vida, á fin de que opeciesen un testimonio de los castigos de Roma.

CXLII

Drapés, á quien Camillus habíale sido prisionero, evitó el hecho delictor de jandose morir de hambre.

Luctero, que se había escapado despues de su derrota y que sin cesar cambiaba de sitio,

ceyo' en poder de un bravo, grande amigo
de los Romanos, el que sin vacilar lo cogió de
cadenas y lo condujo ante Cesar.

Labieno habia batido a los Trevires. Sus
jefes estaban en sus manos, así como el Eborac
Jure, el unico de su nacion que hubiera perman-
ecido en armas contra los Romanos. Todos los
pueblos de la Galia estaban venidos y pacificados.

Cesar quiso visitar la Aquitania, en
donde nunca habia estado. Partió con dos legio-
nes y recibió la sumision de todas las ciudades,
que le enviaron sus diputados y le entregaron
rehenes. En fin cuando vino a establecer su
cuartel de invierno en Vermetoene (Bordeaux),
supo que el ultimo y mas indomable de los
jefes insurgentes, como el Atrebate, habia
vendido las armas

CXLIII

Como se habia fijado en Germania,

Porque ya no tenía mas patria en la Galia; pero no me habia podido resignar al destierro y habia vuelto entre sus antiguos subditos para sublevarlos todavia contra los Romanos. Desterrado por ellos, erró de borque en borque con una tropa de caballeros. Este punto de borcos se encontraba en todas partes á la vez, infestando los caminos, y con frecuencia apoderandose de los convois para el abasto de los quartetes.

Marco ~~Antoine~~ Antoine, maestro de Cesar, quiso deshacerse á todo precio de Cornan el batre: murió en su persecucion á uno de sus oficiales, Valerius, que ya lo habia herido en una celada. Largo tiempo lo persiguio de borque en borque, de playa en playa, espianandolo; atacandolo, y alternativamente batido y batiendolo. Cornan tenia prontos algunas

embarcaciones sobre la costa de los Morinos, á fin de pasar á Britania si no se quedaba mas recurso. Un combate desgraciado lo obligó á recurrir á su arbitrio; el viento era favorable, pero la mar estaba baja y los buques en seco sobre la playa. Era negocio concluido si Volturno se acercaba. Comen ordenó á sus caballeros que elevasen las velas en lo alto de los mastiles. Los Romanos viéndolas desplegadas desde lejos, creyeron al Atrebate en plena mar y contramarcharon.

CXLIV

Comen renovó el duelo en sus encarnamientos que nunca; él quería vengarse de su herida y de la perfidia de su enemigo. Un día que después de una acción muy viva se retiraba con sus caballeros, abrió al Romano

que lo seguía casi solo: vuelve curas, y Laurando se sobre su enemigo le atravésó la pierna de parte a parte.

Su venganza estaba satisfecha; él envió a decir a Marco-Antonio que se comprometía a vivir donde se quisiese, a hacer lo que se le ordenase, y a dar rehenes en garantía; que él no pedía sino una condición, la de no presentarse delante de ningún Romano.

Antonio rogó de concluir, acogió la demanda.

CXLV

La Galia deponía las armas, epausta de sangre para combatir y de golpes para dirijirla.

„Magnesens, dice un antiguo Historiador, Pablo Orosio, un enfermo pálido, demacrado, desfigurado por una larga fiebre ardiente

que ha agotado su sangre y abatido sus fuerzas pa-
 ra no dejarle sino una sed importuna sin el
 poder de satisfacerla; he ahí la ringeru de la
 Galia exhausta y dominada por César, tanto
 mas acosada de la sed ardiente de su libertad pen-
 rosa cuanto que esta libertad parece escaparse-
 le para siempre. De ahí sus tentativas tan fre-
 cuentes como inútiles y aventuradas para salir
 de la seridumbre; de ahí aun mayores esfuer-
 zos de su vencedor irritado para hacerle el yu-
 go mas pesado; de ahí el acrecentamiento del
 mal, la disminución y la pérdida supina de la
 esperanza. Así, prefiriendo su desgraciada men-
 te al peligro de remedios inciertos, y no atrevi-
 endose ya a emprender mas por el temor de sumen-
 garse en calamidades mas profundas, la Galia
 yacía sin calor, sin movimiento, abismada,
 pero no tranquila.

Plutarco resume así las proezas de César en las Galias:

Durante nueve años de guerras, tomó á viva fuerza mas de ochocientas ciudades, subjugué mas de trescientas naciones, y combatí, en diferentes veces, contra tres millones de hombres, de los que un millón pereció en el campo de batalla, y un millón fue prisionero. 11

CXLVI

En los nueve años que César vivió la guerra en las Galias, no habría justificado demasiado el grito de su ambición personal al pasar los Alpes. Habría marchado lentamente á su objeto, pero con seguridad, y ahora era ya irresistible. El ^{podava} disponer de un resorte mas poderoso que el entusiasmo y la fidelidad de sus legiones: el dinero.

Su mansión en la Galia no había sido si-
 no un dilatado ^{saltegrajento} ~~predatorio~~, dice Mr. Anades Thierry
 en su historia de las Galias. Tierras aliadas ó ene-
 migas, lugares sagrados ó profanos, tesoros privados
 ó públicos, todo era despojado por él. Las riquezas
 que aglomeró fueron inmensas. Con el producto de sus
 rapiñas, no solo entretenía su ejército y levantaba
 nuevas tropas, pagaba deudas enormes que él había
 en otro tiempo contraído en Italia, enriquecía sus
 oficiales, proveía por sus gratificaciones á sus de-
 serregos y á los de sus aliados, más que el oro de
 la Galia se derramaba con no menor prodigalidad
 en Roma, en el Senado y en los comicios. Era sobre
 todo cerca de Cesar, cuando iba á tener su corte
 en Luca y en Pisa, durante los intervalos de paz,
 cuando se desplegaba con todos sus escándalos la
 penalidad de las conciencias romanas. Los con-
 sules, los tribunos del pueblo, acudían á hacerse

negociar y á venderse. La neutralidad del consul Pan-
fo. costó al ambicioso proconsul mas de ochos mil-
lones de nuestra moneda, y la emision de un tri-
buno buiron les costó mas de doce. //

Se puede decir que Cesar habia conquistado
la Galia con el hierro de los Romanos, y á Roma
con el oro de los Galos.

CXLVII

Conquistada la Galia, Cesar no quiso consu-
mar su ruina. Él no olvidó nada de cuanto podia
curar las desgracias de la guerra. Su administraci-
on fue tan suave como su conquista habia sido
violenta. Nada de confiscaciones que entregasen las
tierras á sus soldados; ninguna colonia se esta-
bleció, pero sin armamentos; los pueblos conserva-
ron su territorio, sus ciudades, la forma esencial
de su gobierno. Nada de pesados onerosos tributos,
y tan solo el que cada provincia habia establecido

por sí misma, puzos durante la guerra. Además,
 las excepciones eran ~~tan~~ numerosas para los aliados
 y las ciudades que habían sabido merecer este pri-
 vilegio y sobre todo para los nobles galos que de-
 bían formar en cada ciudad una facción adicta
 y como un pueblo de clientes. Otras ciudades pre-
 nor recibidas bajo el patrocinio de César; algu-
 nas, entre otras Bibracte, tomaron su nombre. El
 éxito, con un convencimiento perfecto del carácter
 de aquellos pueblos, lo que podía bastimar á
 nombres irritables y altivos; no tocó sus monu-
 mentos razonables, y respetó hasta los trofeos
 que le recordaban sus reverses. Los Arvernos ha-
 brán depositado en uno de sus templos la espada
 que César había perdido en su gran batalla en
 Senonia contra Vercingetorix; él la reconoció
 un día, y ~~expresó~~ riguroso dijo á sus oficiales que
 querían sacarla de allí: "Dejadla, está consagra-

Con una política muy notable, prosiguió un doble objeto: dar su conquista por auxilios á su fortuna, y por sus contemporáneos, por los fueros de que colmaba á los Galos, suscar en ellos el patriotismo.

En el interés de su ambición personal, se sirvió del espíritu militar y aventurero de los Galos. Organizó á su costa una legión compuesta solamente de Veteranos trans-alpíneos que se habrían distinguido durante la guerra de la independencia; y la nombró la legión de la Calandria porque los soldados llevaban en sus cascos la representación de esta ave. "Bajo este emblema de la vigilancia matutina y de la viva alegría, dice un historiador, aquellos intrepidos soldados pasaron los Alpes cantando, y hasta en Isernia persiguieron ~~en sus~~ con sus ruidos desafíos á las legiones tritumas de Pompeyo."

El envió á título de aliados y de auxi-

hijos de los cuerpos escogidos de las diferentes
armas, en que la Galia sobresalía, los flecheros
cuthenos, los infantes ligeros de la Argintaria y
de la Avernina, la infantería pesada de la Belgi-
ca, y aquellos atrevidos caballeros de los que solotran-
ta bastaban para poner en fuga a dos mil Numi-
das, de los que en sus movimientos parecían a Cleopatra
y a Herodes que volaban tanto como en ejército.

Como se armaba así contra sus rivales, de
lo más selecto de las tropas galesas, se proce-
día a soldados y rehenes, despojaba a la Galia pa-
ra contentarla.

Mientras los Galos combatían por su impe-
rio en Grecia, en Africa, en España, sus padres,
sus hermanos, ~~los~~ ^{los} ~~de~~ ^{de} ~~la~~ ^{la} ~~tierra~~, traficaban con
ese ardor por los trabajos de la paz que se desarro-
lla siempre al salir de largas guerras. "Esa Galia,
decía Marco Antonio, que nos envía los tribu-

nos y los Cimbros, esta última sometida y también
cultivada en todas partes como la misma Italia!
Sus rios se cubren de embarcaciones, no
solo el Rodano y el Saona, sino el Meno, el
Loira el Rhin y el Oceanus. //

Cesar asociaba su conquista á su ambición;
á los hombres mas influyentes de la Galia habia
por puentes del Senado, á los familias nobles y
ricos les hacia esperar el derecho de ciudad y
uno de los mas altos honores, si la fortuna al-
gun dia le permitia disponer de ellos á su arbi-
trio. El se creaba en los enemigos de la república
instrumentos interesados para la opresion de su
Patria. Asi es que, para adherirsele mas estrecha-
mente, hizo de la Galia que habia conquistada
una segunda Provincia, bajo el nombre de la Galia
cabelluda, distinguiendola de la Provincia marítima,
que le era sospechosa como partidaria de Pompeyo.

Lo que se refiere del ardor de los soldados de
 Cesar, de esa sed de peligros, de esa devoción hasta
 morir, de ese valor furioso, caracteriva en el homi-
 bre de guerra al maestro consumado de las intri-
 gas romanas.

«Cesar, dice Plutarco, ha encontrado siempre
 tantas afeciones y tanta buena voluntad en
 sus soldados, que aquellos que, bajo otros jefes,
 no diferian en nada de los demas hombres, se
 hacian rivales cuando se trataba de la gloria
 de Cesar, y corrían con los ojos cerrados a los ma-
 yores peligros con un furor ^{que nada podia} ~~que~~
 contener ni sostener. *ex utroque* sino tres o cua-
 tro ejemplos:

«Atilio, en el combate naval que se dió
 cerca de Charrilla, habiéndose lanzado en una ga-
 lera enemiga, perdió desde el principio la mano

derriba al filo de una espada; pero con el escudo
 que tenía en la izquierda, llevó siempre avanzando
 la punta, e hiriendo de este modo al rostro
 de los enemigos los derribó á todos y se hizo
 dueño de la galera.

»El centurion Cassio Severo, en el combate
 de Dyrrachium contra Pompeyo, habiendo perdido
 un ojo de un flechero, la espalda atravesada
 con una javalina, y el pecho atravesado de
 otra, habiendo recibido sobre su escudo ciento treinta
 golpes, llamó á los enemigos como para ven-
 dize, y habiéndose aproximado dos de ellos, dió una
 gran emballada en la espalda al uno, y despues
 habiendo herido al otro en el rostro, le hizo vol-
 ver la espalda, y por ultimo todavia pudo sal-
 varse habiendo sus compañeros acudido á socorrerlo.

»En la Gran Bretaña, los jefes de Plebe
 habian comprometido en un lugar fantástico y

lleno de agua, y estando muy acorados por los barcos, un soldado de cesar, á la vista de este general que era espectador del combate, se lanzó en medio de los enemigos e hizo tan grandes esfuerzos y tantas acciones de valor brillante, que los obligó a ponerse en fuga y salvó así á sus oficiales. He seguida pasando el pantano el ultimo de todos, con penas infinitas, al traves de aquella agua cenagosa, parte á nado, parte á pie, ganó la orilla opuesta, pero sin escudo, cesar, lleno de admiracion por su gran corage, corrió hácia él dando grandes gritos de gozo y prodijandole grandes elabawras para acogerlo y acariiciarlo. Pero el soldado, triste y pensativo, la cubre ra inclina da y el rostro cubierto de lagrimas, se arrojó á sus pies y le pidió perdón por no haber sabido conservar su escudo.

«Para ese gran corage y esa gran ambicion

de conducirse bien, era César quien la hacía man-
 dar, y el que las metía en los soldados por medio
 de grandes recompensas y por los grandes honores
 de que los colmaba sin reparo alguno, ha-
 ciendo ver que las riquezas que él acumulaba
 en todas las guerras, no las guardaba ni para
 satisfacer su lujo ni para vivir en los placeres,
 sino que las conservaba como premios en reser-
 va para premiar el valor, y que él no se con-
 sideraba rico sino en tanto se encontraba en esta-
 do de recompensar á aquellos de sus soldados que
 se hacían dignos; y lo que todavía contribuía á
 producir este beneficio, era que él se exponía el
 primero á los mayores peligros y que no se
 exceptuaba de ningún trabajo marcial.

El motivo que, en cuanto al desprecio de
 los peligros, no era motivo de admiración á causa
 del ardiente deseo de gloria de que estaba inflama-

do; pero en cuanto á su paciencia estos trabajos,
 como era mucho mayor que sus fuerzas lo per-
 mitian, no habia nada que no se le prendiese,
 porque era de un temperamento muy debil,
 delgado de cuerpo, de carnes blancas y moledas,
 aquejado en frecuencia de grandes dolores de cabeza
^{naturales, de}
~~y purgacion~~ epilepsia, de la que sintió los pri-
 meros golpes en Cordova, en España. era obtem-
 pe, el no tuvo de estas indisposiciones un pre-
 cepto para afeminarse y vivir en la molición.
 Al contrario, buscó en la guerra un remedio
 á sus dolencias, combatiendolas con largas y fre-
 cuentes marchas, por un regimen simple y fru-
 gal, y durmiendo ^{á aire} ~~al fresco~~ libre en raras campa-
 ñas, y endureciendo así su cuerpo á todas las
 fatigas sin contemplarlo.

Quando descansaba, era ordinariamente
 sobre la marcha, ó en un carro ó en una litera,

sacando así partidos de su reposo sin retardar
 su acción activa. Durante el día, iba á visitar
^{los castillos,}
~~los castillos~~ las ciudades, los cam-
 pos fortificados, teniendo cerca de sí, en un carro,
 á ^{unos de los} ~~su~~ secretarios que él entretenía para hacer
 se escribir bajo su dictado cuando viajaba, y
 detrás de él un soldado que llevaba su espada,
 y con este equipage hacía tan gran diligencia
 que la primera vez que salió de Roma con un
 cargo público, llegó á las orillas del Rodano
 al octavo día.

Era hombre de á caballo, y este ejercicio le
 era muy fácil y cómodo por hábito, porque esta
 se acostumbró ^{á hacer correr los caballos á esca-}
~~á disparar á toda fuerza~~
 de teniendo sus miembros entrelazados á la espalda,
 y en la expedición de las Galias, se acostumbró á
 dictar sus cartas marchando á caballo, y dictar
 ba al mismo tiempo á dos secretarios, y á un

mayor numero todavia, segun Oppius. Se protesta tambien que Cesar fue el primero que nunca quisó comunicarse por medio de cartas con sus amigos, o en su campo, o en la ciudad, cuando la necesidad de los negocios lo exigia, y el tiempo no le permitia entretenerse con ellos a viva voz, a causa del numero infinito de sus operaciones y de la vasta extension del campo o de la ciudad.

„Una vez, durante un viaje, sobrevino tan gran tempestad, que se vió obligado a retirarse a una cobruña de un pobre hombre, en la que no habiendo encontrado sino una pequeña habitacion que apenas podia contener un hombre solo, dijo a sus amigos: Los lugares mas honorables es preciso cederlos a los mas grandes, y los mas necesarios a los mas superiores. Y el dejó la habitacion a Oppius, que se sentia incomodado,

quiso que se acordase allí mientras que él
y sus amigos se acordaban bajo un alero que
formaba el techo."

CXLIX

Pero es el nombre sobre todo de quien la
posteridad busca la suella, a la distancia en que
hay esta de los acontecimientos. Ella indaga como
desde el fondo de las Galias, de la Germania, de la Bre-
taña, Cesar estaba mas presente en Roma que en la
misma Roma.

La historia, a este respecto, está llena de
noticias. ^{habrá} Desde luego se ^{observa}, que Cesar
habrá dejado en Roma tres partidos igualmente inter-
esados, el uno en tenerlo largo tiempo distante pro-
dujándole al efecto todas las leyes, todos los poderes,
todas las legiones, todos los subsidios que podian
servir en autoridad ^{casual} en las Galias, este era el de
Pompeyo; el otro a recordarlo sin cesar por elogios,
por comparaciones, por respetos, por sentimientos de

de pesar por su ausencia a la memoria de los Ro-
 manos, a fin de ruinar el senado y la magestad imperi-
 tina de Pompeyo, este era el delirio y el desma-
 gogo; el tercero, en fin, el de Licinio y de los nombres
 de paz, que en el fondo tenían a Cesar como un
 peligro de los tribunos, pero que, a causa de ese
 mismo temor, lo susalaban hasta la hipérbole y se
 esforzaban en adorarcelo en su vanidad de con-
 quistador, de miedo de hacer estallar entre él y el
 gran Pompeyo una rivalidad y choques que hu-
 brian alterado la tranquilidad pública. Si a la
 combinación de estos tres partidos, ^{se agregan} ~~se agregan~~ el lejano
 y perpetuo rumor de aquellas proceres y con-
 quistas que venian periódicamente a lisongear los
 oídos de los habitantes de Roma, y en fin la tur-
 ba de oradores y noticieros asalariados por Cesar
 y de los que él había hecho, como los ambiciosos
 de nuestros días hacen de la prensa periódica, las
 vicinas de su nombre, se comprenderá que Roma

ya actualia, durante aquellos nueve años, no fue
por sus ~~un~~ inmenso ~~o~~ eco, y que Cesar lavaba
su cesar del otro lado de los Alpes la palabra que
queria tener repetir a los Romanos.

Hay ademas, en tiempos de facciones, una po-
pularidad en la ausencia. Los pueblos maltratados
por los gobiernos que le estan inmediatos buscan
su consuelo ó su esperanza, buscan su consuelo
a lo lejos en un nombre imaginario a quien
no imputan nada de lo que sufren, al que se
proven todas las perfecciones que ellos necesitan, y
un nombre imaginario es al mismo tiempo un
nombre real, un heros que colma de gloria a
su patria ^{recuerda} y ~~de~~ alejamiento del que se atribuye a
la envidia, la ausencia de ese hombre viene a ha-
cer su principal fuerza, y el recuerdo sentimen-
tal que se tiene de él se convierte en la pasion
fanatica de la imaginacion de la multitud.

Esto es lo que hemos visto en nuestros días, cuando Bonaparte se había relegado hábilmente al Egipto, cuando la Europa lo confinaba á la isla de Elba, y en fin cuando su cautividad y su muerte lo desterraron á Santa Helena. Esto es lo que entretiene, durante las guerras fabricadas de ~~Europa~~ las Galias, la memoria y la imaginación de los Romanos del prestigio siempre creciente de César.

CI

Con un arte profundo, buccá al parecer estado en irritar la pasión pública en su favor, y se apropiándose á Roma tanto cuanto las leyes permitían á un general de ejército á quien estaba prohibido ultrapasarse el límite de su provincia, ó bien alejándose repentinamente como para engañar el deseo que él había encendido, y llevar á la extremidad de la Galia el senti-

ento del pueblo por su ausencia. Jamas, antes una
de Atenas o de Roma suplen mas, artificios
por el amor que Cesar por Roma.

Ahi es que la voz del entusiasmo, como una emani-
me; hicieron, el primero de los oradores y elos escri-
tores publicos, se dejaba prender en esta red. Ce-
sar entretenia con el, asi como con los hombres prin-
cipales de Roma, sin asidos comercio de castos
que nunca crecer a todos que tenia en él el mas
fierno y el mas confiado de sus amigos. El habia
hecho amigo al hermano de Ciceron, Quinto, y
se comparia los empleos mas lucrativos para que
el interes de Quinto conservase al gran Ciceron en
los intereses de Cesar. Toda la juventud militar
de Roma, llamada por sus favores cerca de su per-
sona, se glorificaba de servir bajo las ordenes de
Cesar y lo preferia abiertamente à la patria. Los
Acosos y los despojos de la Galia, contribucion

de las ciudades y saques de los templos, se servian para corromper, a veces al pueblo entero de la Italia por medio de liberalidades, otras a los deudores de Roma por los millones que pagaba por ellos a los acreedores. Despues de haber sido por politica el deudor de todo el mundo, se habia convertido en el acreedor con pláceme de todos los jóvenes disipados de Roma. El bolsillo de Cesar era el manantial inagotable, en que el tribuno Ciceron, el mismo consul Paulo, tomaban su oro. El deslumbró al pueblo romano con sus larguezas; presta a los acreedores sin interes; compra con sus fondos, para regularlos a la ciudad, un terreno para un nuevo Forum que le cuesta sesenta millones de sestercios; hace construir en el campo de Marte un portico cubierto para los empujos, de una milla de estension; hace construir palacios con columnas de

marmol para las reuisiones de los ciudadanos; o
 má egriitos de gladiadores para los circo; regula
 millares de esclavos á los reyes aliados de la
 republica; da' asilo en su provincia á todos los
 follicos y á todos los hombres manchados por
 condenas infamantes; llama á sus compaño-
 fos á los aventureros, sanguijuelas de los Quises
 conquistados, para engrasarlos en sus rapiñas.

No se sabe si su egriito es mas notable de gloria
 por sus hazañas que de infamia por sus costum-
 bres. || Los soldados de Cesar, dice él jocosamente,
 pueden vencer ~~en~~ aunque repletos de disipacion
 y de lujo! ||

El protege ó esclaviza á su placer las
 naciones; sin esperar las ordenes del Senado, toma
 la insolente dictadura de la guerra; el en sola
 basta legiones de Julos, triplica el numero de
 las ruyas, les distribuye el trigo gratuitamente

sui consultar à Roma; funda colonias en la Galia
 cis-alpina, entre Turin y Milan, y llama à
 todos los hombres sospechosos de compliidad con
 Catilina, como para prepararse una nacion de
 se pertencencia contra la nacion legal; el de ja
 fermentar de intento las doctrinas mas subversi-
 vas de la antigua constitucion de Roma; en Ro-
 ma mismo sostiene con su credito, contra los hom-
 bres honrados y contra el mismo Ciceron, la
 turba revolucionaria de Clodio; les permite
 proscribir à Ciceron y se quemar las casas de los
 pretendidos enemigos del pueblo. Todas las ma-
 lades de Clodio no hacen ver con una pavorosa
 indulgencia. En vano Ciceron en sus escritos
 no eleva mas arriba de las proposiciones Lu-
 manasi; „ Los Alpes pueden caer, dice en su
 libro sobre las Provincias consulares, „ despues
 de las victorias de Cesar, esa enciclopedia es imitè

en Italia!,,

En fin, los Tolomeos, esos reyes opulentos del Egipto, pero tributarios de pocos millones sin distinguirse entre el tesoro particular de Cesar y el tesoro de la republica. Todo lo que el recibe en comisiones, lo derrama en Roma en corrupciones. El compra la republica antes de que caduera.

Cada año, durante los cuarteles de invierno de sus tropas mas alla de los Alpes se aproxima a Roma para recibir la visita del pueblo romano. Los magistrados, los senadores en masa, los tribunos, los consulos, el mismo Pompeyo, vienen a formarse en Luca una corte de aduladores o de clientes; Roma, durante esas residencias se separa en Soriano, pero es ya Roma, ella esta en Luca; es alli donde conspira con Pompeyo, conspira con Clodio, con-

sulta con sus amigos que consules y que tribunos
 nos conviene nombrar aquel año. Sus opiniones
 son leyes; los grandes y el pueblo obedecen,
 en el senado y en los concilios, a su voluntad.
 Durante nueve años, él es, por sus gestos de calma
 y de intriga, y por consentimiento del pueblo
 romano, el gran elector de Roma.

CII

Cuando el pueblo, el senado, la ciudad y
 las provincias amoldadas a ese yugo suspendido
 desde lejos sobre la república durante ocho años,
 cesar, siempre de inteligencia con Clodio en Roma,
 toleró o fomentó las agitaciones, los tumultos y
 los furros populares de aquel tribuno, que indigno
 por los nombres de bien y que hicieron sentir
 la flojedad del gobierno de Pompeyo. Es necesario leer
 en Cicerón la relación de los atentados de este favorito

to reconocido del pueblo, favorito secreto tambie-
 en de Cesar. Clodio que habia expulsado a Cicero
 de Roma y demolido sus casas, se oponia a que
 el gran orador, ~~reveladamente~~ llamado despues a Roma
 por el Senado y por el pueblo, se alojase en casa
 en la ciudad.

» El 3 de Noviembre, los senadores de Clodio ~~se~~
~~vinieron~~
~~se~~ armados, a echar a los obreros que trabajaban
 en mi casa. Ellos derribaron el portico de Catulo, que
 los consules habian hecho levantar por orden del
 Senado, y que estaba casi concluido. En seguida se
 apertaron en la plaza en que estaba mi casa, apre-
 dieron la casa de mi hermano y la incendiaron. Se
 siguió una violencia, cometida en pleno día a la vista
 de toda la ciudad, hizo gemir, no dice a todos los
 hombres de bien, porque no me atrevo a asegurar que
 todavia se encuentran, sino a todo el mundo en gene-
 ral. Clodio ^{apoyo} ~~se~~ en seguida por otros arrebatos de

aquel primer furor; solo la sangre de sus enemigos
 podria saciarlo. El corrio de cuartel en cuartel, y pa-
 ra aumentar su Partido, prometio la libertad a los
 esclavos. El vecinloramente que en lo sucesivo ha-
 dria matar publicamente a todos los que se ple-
 guese inmolat.

«Bajo esta seguridad, como yo pasase el
 once de noviembre por la Via Sagrada, me persiguie-
 ron su gente. Vimos repentinamente un gran ruido,
 vemos piedras en el aire, garrotes levantados, espu-
 das desmenuadas. Nos refugiamos en el vestibulo de
 Fernis Davison; las personas que me acompañaban
 impidieron facilmente a los de flodis que me atrape-
 rasan; si hubiera querido no habria hecho matar,
 pero empiera a causarme a causarme de los reme-
 dios violentos, y quise ensayar otras unas nuevas.
 Aquel sediciso, viendo que todo el pueblo ignan-
 mente animado contra el Pedro, me yo que se le

injuriase, más que se le condujese al suplicio, re-
cordo' todos los horrores de Catilina y de Cicerón. El
día de noviembre se puso á la cabeza de una tur-
ba armada de escudos que vinieron espada en man-
no á atacar la casa que Milon tiene sobre el mon-
te Germanico; otros tenían antorchas para incen-
diarla; para hacer este ataque Clodio se aposto'
en la casa de Sylla. Hizo salir repentinamen-
te de la ^{que} Milon heredo' de Anonio con hombres arro-
jados y vigorosos que rechazaron aquella banda de
saltadores y mataron á los que más se distinguian,
se buscó á Clodio, y no habia habido piedad pa-
ra él, pero el se ocultó en el lugar más reco-
rido de la casa.,"

Entretanto Pompeyo describía la vista
de aquellos tumultos, y los que se rehusaba sostener
á hicieron contra el agitador de Roma, de miedo
de disminuir su propia popularidad en la per-

de los demagogos de Clodio. Fue necesario que un ciudadano intrépido, pero aislado, Milón, adversario personal de Clodio se encargase solo de la venganza pública matando a Clodio, que a su vez trataba de matarlo. Y se va a ver que este generoso vengador de Roma, aunque defendido por Cicerón, fue castigado por Roma y abandonado por César.

En el campo de Marte Metello Naue al pueblo asenzas redimidas; las de Appio todavía le obedecían, y las de Clodio se resentían de todo su furor. Los consulares son insultados y perseguidos por él en el campo de Marte. El exceso de estas violencias y el coraje de Milón sublevaron contra Clodio el espíritu público.

El 21 hubo una feria, y el pueblo se reunió ese día al siguiente. Hoy 23 que escribo esta carta, a las tres de la mañana, Milón

esta ya apostado en el campo de Marte, ahu
 han venido a decir que no hay en el vestibulo
 de Clodio sino algunos desgranados con una ma-
 ra hientosa. Las gentes de su faccion dicen que
 las partes que chilon no hace sino lo que yo le
 mando hacer. Ellos debian saber que ese hombre no
 toma consejo sino de si mismos, y que es tan ca-
 par de emprender como de ejecutar. Su valor es
 inconsiderable; todos los dias ejecuta acciones mas a-
 villosas. Pero, sin detenerme en estos detalles, os
 dire solamente que no hay apariencia de que se
 haga la eleccion de los ediles; que Clodio sera sin
 duda puesto en juicio por chilon, si antes no
 es muerto, y que muy bien podra
 serlo por el mismo chilon si lo encuentra en
 cualquier parte en su camino. Este es un asun-
 to resuelto; el se encarga de la ejecucion y no
 teme las consecuencias. Mi ejemplo no lo ad-

misia. Lo que me conforta, es que jamás he tenido amigos celosos y perfidos, y que el no se cuida, como yo, de apoyarse en un debil protector. //

CLII

Los nombres honrrados enristados, para quienes bicieron era la gloria y bator la virtud, empezaron a procer que tales opesos, cometi-
 dos en Roma ^{a apeser} ~~a despectos~~ de Pompeyo y con la con-
 vivencia amada de Cesar, traerian muy pronto
 una ruptura de la alianza entre estos dos nom-
 bres y que seria preciso seguir al uno o al otro
 para no parecer aplastado entre los dos.

„Ay! escribese el protejido de Pompeyo y
 el amigo de Cesar, desde que la republica esta en
 un estado tan deplorable, las diversiones y los
 placeres de la vida no tienen ningun aliciente
 para mi, y no encuentro recurso mis en los
 libros. Propiero estas sentas en vuestra biblio-

teca, sobre aquel banquillo que está debajo del re-
trato de Cristóbal, que en sus sillones curules, y
paseame con vos que marchar con el que acá bi-
en será forzoso seguir; pero entreguemonos al desti-
no ya los dioses, ^{es que} si ellos en efecto se ocupan de las
cosas de acá abajo!..... Todo es intriga aquí: la
facción de Cerar presenta a Mercurio para consul;
esto me agrada a Pompeyo, que se indigna y se
queja bien alto; él se ha declarado por Scaro.
Estos tumultos no pueden conducir sino a un
interregno; mejor sería nombrar un dictador.»

Esta palabra hacía meditar a la vez a Ce-
sar y a Pompeyo.

„Considerad en tales circunstancias mante-
nir hoy un tenor amable benevolencia de parte de
Cesar! Como trata a mi hermano! como lo calaña
de agujeros, de rigideces, de honores! Cesar recien-

temente le ha dejado escoger entre todos los emperadores
seriviermo la residencia que mejor le placera pa-
ra la legion que manda! Y no se amara a' un
hombre como este en preferencia a' otros otros!,,

Los Romanos, en efecto, habran llegado
a' ese exceso de desorden en el que no hay otro re-
medio que implorar en vano para restablecer la
libertad si el es honrado, para esclavizar la pa-
tria si no es mas que ambicioso.

Antonia acababa de armar ~~de~~ populuchos
contra populuchos, se arrebatar a' Clodio cesanti-
tera en el camino de Tibur, y de matarlo en
una pelea, a' falta de justicia, para vengar a' los
los buenos ciudadanos de aquellos incendiarios de
su patria. El homicidio accidental o premeditado de
Clodio hizo horror a' la multitud de Roma el
mismo grito que la multitud de Paris levanto
por el homicidio de Charat por Carlota Corday.

Clodio era, en efecto, el Marat de Roma. La vergüenza de Cesar fue la de haber protegido tan largo tiempo y presta su muerte a semejante malvado. Cesar amigo de Clodio! estos dos nombres asociados por la historia de las agitacion-
 nes de Roma revelaban bastante toda la parte de Cesar en las calumnias intestinas que debian, en su provecho, sujuzgar su Patria.

CLIII

Julia, hija de Cesar y mujer de Pompeyo, habia sido hasta entonces, apesar de la rivalidad politica, el nudo de alianca entre estos dos hombres. Su imperio, confundiendo por este parentesco tan allegado al coraron, era un imperio de familia. La muerte preora de Julia desato este nudo; la competencia del poder supremo hizo el resto.

comprenderían ahora la imprudencia que se opusie-
 ron legalmente así a la candidatura de César. La
 hostilidad secreta se oculta todavía bajo la apa-
 riencia de un escrupulo de legalidad. Crasso
 el tercer miembro del triumvirato formado en-
 tre él, Pompeyo y César, ante de la guerra de las
 Julias, mantenía, por su intervención, un cierto
 equilibrio. Muere Crasso y no deja sino frente
 a' frente dos rivales sin otro intermediario
 que la ambición que los devora y la república
 que ellos codician. Durante algunos meses
 de negociaciones, el imperio parecía deber per-
 tencer al más hábil; lo será muy pronto
 al más audaz.

La conducta de César durante esta com-
 petencia al consulado que Pompeyo le negaba,
 es la obra maestra de la habilidad humana.
 Antes de subjugar la república, hace alis-

tur la opinion en su favor, sin la que la misma
 victoria es odiosa. La obstinacion inhumana y quis-
 collosa de Pompeyo es, para los romanos, de
 rehusa a las composiciones, pone la aparicion
 del derecho y del agravio al lado de las armas. De
 parte de Pompeyo estan todas las razones y
 él parece tener todas las faltas; él defiende la
 republica; y pare que unicamente defiende su
 propio orgullo; para colmo de inconsecuencia,
 él asume la guerra civil, y no prepara nada
 para sostenerla. Despues de haber merecido el
 nombre de grande por sus hazañas, merece
 ahora el de perdido por sus faltas; él no
 sabe ni someterse con dignidad a otro mas
 feliz que él, ni aceptar un igual, ni com-
 batir un competidor. El vestigio de su lan-
 guage fortuna parece haberse apoderado de él;
 y no hay en Roma mas leyes que él mismo.

mo, y el cree que el fantasma de las leyes desaparecidas burlara para enteros a Cesar.

CLIV

Estas hábiles interpretaciones de Cesar se prolongaron durante dos años enteros; el aspecto una moderacion de deseos y una deferencia hacia el Senado que contrasta con su omnipotencia de armas y de opinion de que esta investida. El partido de Pompeyo y el Senado se engañan; ellos toman la lentitud por hesitacion y la deferencia afectada por escrúpulo. Cuanto mas se hacen las cosas, mas inflexibles se hacen ellas; el mismo efecto se hace provocativo y jura por los dioses que, ~~mas~~ si Cesar se atreve a entrar en Roma, hará contra él una acusacion capital.

Estas provocaciones se estrellan contra la longanimidad paternal de Cesar; parece que el motivo de necesidad de las armas, ni de la autoridad de

su título, ni de sus provincias, ni de sus legiones
 para entrar en Roma. Seguro de que su tierra está
 toda en su nombre, se desanima en presencia de sus
 enemigos y de su rival; pero sin represalias que
 el consul Marcelo, devoto de Pompeyo, propu-
 ga al Senado despojando de su gobierno y de su man-
 do de las Galias; él sufre hasta los ultrajes que
 los consules hacen á sus clientes de Lombardia
 arrotando como á esclavos á ciudadanos elevados
 por él en la baja Italia al derecho de vecindad.
 Él obedece al Senado, que le quita dos de sus legio-
 nes para darlas á Pompeyo, seguro de que un de-
 creto no dará á su enemigo el corazón de sus tropas;
 hasta ofrece licencias al mayor número de sus
 soldados, y se renuncia el gobierno de las Galias,
 contenta que Pompeyo abdicque el de España. Él
 se contenta con el gobierno subalterno de la Hi-
 sia y se une una sola legión, seis mil hombres, pa-

na mantener la policia romana.

Vada doblega al Partido Patricio, que, como to-
do los viejos Partidos, ~~se~~ traduce como presa la embi-
aura en si mismo. Cesar es intimado de abandonar
su exercito y de venir a Roma a dar cuenta de su con-
ducta, bajo pena de ser declarado rebelde a los leyes
y enemigos Publicos. La defensa de la Republica y
el mando general de todos los exercitos de Italia se
~~se confiere~~ ^{se confiere} a Pompeyo; el Senado se exalta, el Pue-
blo susurra, los tribunos del Pueblo, parte in-
tegrante y legal tambien de la institucion, protes-
tan, son amenazados por la insolencia de los Patri-
cios, se dirigen de esclavos, salen de Roma y lle-
van al campo de Cesar, en Ravenna, una aporrien-
cia o un pretexto de legalidad para la revuelta.

Llegados los tribunos al campo de Cesar, se
desemulan de respetivos de esclavos sobre la tribu-
na de las Navengas, delante de los soldados, y dan
testimonio de la violacion en sus personas de los de-

rechos del pueblo. Se colocan bajo la protección
 del ejército, y en juran a César para que marche
 a Roma para vengar allí a la vez sus propios
 ultrajes y los ultrajes del pueblo Romano. Ce-
 sar parece indeciso y conternado; su hesitación
 simulada acrece el amor y el entusiasmo de sus
 soldados; los tribunos se ploran en tinider, mueren
 para la patria; ellos se van de Ravena; se dirigen
 a los diferentes cuarteles de la Galia cisalpina
 y de la Galia transalpina a repetir las mismas
 arengas, las mismas invocaciones y las mismas la-
 grimas delante de los soldados de César.

Se ve en que arte el hombre que medita
 después de tantos años ^{la subversión} ~~el trastorno~~ de todas las
 leyes, al abrigo de las leyes, se impulsa por su sola
 actitud a sus mismos enemigos a violarlas contra
 él, y hace servir los órganos ^{sus mismos} del pueblo para in-
 vocar las armas contra el pueblo.

Durante esta agitacion de los tribunales, entre los campos ya dispersos de Cesar, Roma espera en la ansiedad la reconciliacion o la guerra entre los dos rivales. Se esperaba tambien la reconciliacion de la Prudencia de Pompeyo y de la longanimidad de Cesar.

Ciceron, en su inapreciable correspondencia, siente y describe, en la vozabra de su espíritu, todas las ansias por las que pasan ^{en pocos dias} Roma y la Italia entre esos dos enemigos que se encaran y acuden con la vista antes de herirse. La historia viva y palpitante de esta ultima crisis de la libertad romana esta toda entera en las cartas de Ciceron. Buen ciudadano, hombre virtuoso, adicto a la república, sin participar ni de las ilusiones de los Patricios ni de las turbulencias de los Plebeyos, cliente de Pompeyo y acariado por Cesar y obligado por sus fueros, administrador de Cato, y juez a todos por la inteligencia, no previendo sino con

lunidades del hoy que que amenaraba a la ⁴Italia, de
masiado temerado para abandonar a Pompeyo, de
masiado debil para resistir a Cesar, él experimenta
ba, en la agonia de su caracter, la agonia de la re-
publica.

Dejemoslo hablar:

„ Hoy 15 de octubre; Cesar, decís, debe hacer
entrar mañana en Placcencia cuatro legiones para
amenazar mis de cerca. Que va a ser de nosotros!
Tengo deseo de encerrarme en la ciudadela de At-
enas!... Estarnos, lo proveo, en visperas de una
guerra civil mas funesta que la guerra de los
Partijos, a menos que el mismo dios que salvo' la
republica de sus enemigos barbaros no la salve
todavia milagrosamente de sus propios fierros!...
Estos temores y estas calamidades son comunes a to-
dos; pero lo que me es personal en estas conju-
turas, es que estaré ligado a la vez con Pompeyo
y con Cesar, al uno por mi reconocimiento por

los terreros que me han prestado, al otro por la
 inmensa popularidad de que goza... No contaba
 yo no debía jamás haber tomado partido por
 uno de los dos contra el otro, tan unidos parecían
 hasta estos últimos tiempos, y vedlos abismos
 cada para destruíse al uno al otro! Los dos man-
 tan enmigo, o' al menos hacen fríge me dudas de
 mi amistad. He escrito á Bonaparte, el cree sin-
 ceramente que su causa es la suya, porque ella
 es en realidad la de la república. No recibo
 cartas del uno y del otro llenas de aprecio y de
 confianza; como conducir me? Me he pido esto pa-
 ra el caso en que la guerra hubiese ya estallado,
 y en que se apelase á las armas para disputar su
 rivalidad; porque, en este caso, yo me vacito en
 reconocer que sería necesario hacer su deber y que
 valdría ~~mucho~~ mil veces más ser vencido en Bonapa-
 rte que vencer con César. Lo más prudente es tal-
 vez no entrar en Noruega y de solicitar el trunfo

fu^{er} ~~des~~ mis campañas en el Asia menor, á fin de
 tener el pretesto para no estar presente en las deba-
tesaciones del Senado. 11

CLV

Sin embargo, hicieron se a propiamente á Roma,
 atravesá el Adriático, y desembarca en Brindis; va
 go por la campaña al derredor de Roma sin entrar
 en la ciudad. El deplora á gritos cada vez mas des-
 garradores las desgracias de la Patria.

11 Yo no vacilaria en declararme, sino retra-
 tase mas que de los intereses de la Republica; pero yo
 he visto hoy despedazada por la ambicion de dos con-
 petidores. Si me se trata ahora sino de ella, porque
 la han abandonado durante el consulado de Cesar?
 Porque, al año siguiente, me han abandonado á mi
 mismo, á mi cuyos intereses estaban tan estrechamen-
 te ligados con los suyos? Porque se ha hecho conti-
 nuar á Cesar se gobierna, y porque por todas vias?

Porque se han agitados tanto para hacer proponer por
 todos los cuerpos, de tribunas se decretó que le dispen-
 saba venir á Roma para solicitar el consulado. ¿De
 este modo se han hecho tan poderosos, que la repub-
 lica no tiene mas recursos que en un solo in-
 diano, que mejor habría hecho de oponerse desde el
 principio á César que enlutarse contra él después de
 haberlo armado contra nosotros. No obstante, pues-
 to que las cosas se hayan así comprometidas, yo me
 preguntare, para hablar como vos, donde está el
 poder de los Atridas; yo no conozco otro que el
 de Pompeyo.

Pero en la actualidad, cuando para preciso
 opinar en el senado, me preguntáis: ¿que diréis vos?
 Lo que yo diré he dicho aquí en dos palabras: Yo soy
 de la opinión de Pompeyo. Yo no me dejare pri-
 vamente de encaminarme á un acomodamiento,
 porque me parece que sería aventurar demasiado.

comprometernos en la guerra civil. Vos otros los que
 estais en Roma, podais jugar mejor que yo; pero es ade-
 to que tenemos que hablar en un hombre tan poderoso
 como emprendido y andar. El tendrá de su parte a'
 todos los nombres sentenciados y manchados, a' todos los
 que merecen serlo, casi toda nuestra juventud, un po-
 pulacho que se regocija en los tumultos, tribunos
 que seran muy poderosos, sobre todo si C. Cassio se
 une a' ellos; en fin todos los nombres abrumados de
 deudas, que son en mayor numero de lo que yo
 pueda pensar. No le falta a' ese partido sino
 una mejor causa, todo lo demás lo tiene dispo-
 nible. Asi que, no hay nada que no se deba tentar
 antes que venir a' la guerra; el epito es siempre
 incierto, ¡ay! que en esta ocasion puede decirse que
 no es bastante incierto.

CLVI

En fin hicieron esta en las inmediaciones de
 Roma y él va a' Pompeyo que espera todavía al-

que arreglo con Cesar.

„ Ocupandome de los negocios de la republica,
 escribe él, Pompeyo me ha dejado ignorar que, en
 su opinion, no se puede evitar la guerra; que no se
 debra ya esperar arreglo alguno; que desde hace
 algun tiempo creia que Cesar no queria con-
 ducirse a la amistad con él, y que de esto habia temi-
 do recientemente una nueva prueba; que Bibulo,
 el amigo particular de Cesar, habia venido hacia
 poco de su parte a Roma sin ir a su casa; que
 él habia llegado el seis de diciembre por la noche,
 y que Balbo se ^{levantando} ~~propone~~ hablar al dia siguiente
 a Sulpicio del asunto que le habia conuido, él
 partió al dia siguiente la misma noche.

„ Pompeyo mira esto como una señal in-
 certa de que Cesar quiere romper con él. En una
 palabra, la unica esperanza que me resta, es que
 mi nombre a quien por mis mismos enemigos me regun-
 do consulado, y que la fortuna ha elevado tan alto,

(365.)

no sera' bastante resuelto para arriesgar el perder
tantas ventajas; pero si esto me puede detener,
cuantas cosas mas terribles que no me atrevo a escri-
birlos!..... Ah! que tarde nos acordamos, exclama él
en otro lugar, de combatir a un hombre a quien des-
de hace diez años hemos dado con profusion her-
na contra nosotros!

Es necesario haber detenido los progresos
de las ciencias en sus principios; lo que habria sido muy
facil. Ahora se ve a la cabeza de una legion,
sin contar la caballeria, de lo que se tendra tanta
como quisiera; tiene a su favor las unidades mas
alla del Po', el populacho de Roma, la mayor
parte de los tribunos, y toda esa juventud perdida
de dissipacion; nada a esto la habilidad, la re-
putacion, la audacia de un tan gran capitán.
Nada ahi el enemigo con quien tendríamos que
lucharnos sino lo conservamos su privilegio.

que le ha sido confirmado por una ley.

«Es preciso, me dices; arriesgarlo todo mas bien que recibir un anno; si, ¿pero que, si somos prevenidos, nos meste siempre la libertad! Que partido tomarais pues? No haré como los animales que siguen su mandado, seguiré a los hombres de bien o a los que pasan por tales, en cualquier mal partido que ellos presadan tomar. Pero esto no me impedira ver que estando tan des prevenidos, es preciso comprar la paz a cualquier precio que sea. El acontecimiento de la guerra es siempre incierto, pero es bien seguro que, si fuerá en nuestra ventaja, se no economizará mas que bien su la sangre de los primeros ciudadanos, y que el se amparará de los bienes de los ricos con tanta avidor como Sylla.

«Esto es raro, a largo tiempo sobre política, y que continuará, si me la fuerza no se apazare!

Cesan entretanto parecia estas inanimel y co-
 mo herido de estrep en Ravenna, ante turbu-
 lencias de la patria. El ano llamaba cura de si ostem-
 plemente ninguna de las legiones de que habla-
 bieron. El su tema en Ravenna sin los restos de
 una legion y algunos cavaleros. Pero, al regreso
 del tribuno a su campo, el reunió este peque-
 ño numero de soldados, y los arango' como un cin-
 dadano consternado de las desgracias de su patria
 y de la violacion de las leyes mas bien que como
 general impaciente de servir. La misma ha
 notado el ~~suceso~~ ^{tepto} de su aranga en sus Comentarios,
 exponiendo ante sus soldados ,, las violencias he-
 chas por el senado a la magestad del pueblo, la
 expulsion de los tribunos, la autoridad dic-
 tatorial usurpada a las leyes sin otras protes-
 to que el odio y los celos contra el, y enju-

a los soldados,
 rando, en nombre de esas leyes vitudas y delubri-
 puestas de Roma a socorrer la república! esto es
 ya su causa, la causa de los dioses, de las leyes
 y de los hombres! »

Los soldados, que tenían por garantías de tales
 invocaciones a su patriotismo la larga pacien-
 cia de César y la presencia de los tribunos, sin
 genes vivas de las leyes abolidas, corrieron a
 las armas, arrastrando a sus jefes y de motu pro-
 pio se lanzan fuera de la ciudad sobre el ca-
 mino de Roma. César queda casi solo en Bra-
 vana, como si hubiera sido herido de vertigo
 al aspecto de la guerra civil saliendo de la
 misma de su campo con los soldados y los tri-
 bunos. Él quiere a los ojos de la *Utat* la apa-
 rición de un conciliador que la guerra arras-
 tra a su pesar a su seguimiento, pero que la sigue
 todavía reteniéndolos. Él sabe que el furor de

la Italia es á este precio y que así ha caído sobre Pompeyo y sobre el Senado las maldiciones de los buenos ciudadanos. Tanto afecta completamente sus intereses por sí mismo, de hacer recaer sobre otro la responsabilidad de la guerra que ya es inevitable, de desaparecer de sus campamentos, de sumergirse en su dolor, y de poner el mundo del espíritu de las dos Galias en manos de Hortensio y de Labieno, dos de sus tenientes los más considerados por el Senado. Seguro de sus soldados y de los veteranos, él no teme confiarlos á gefes que tentarían en vano de conducirlos á Pompeyo.

CVIII

Entre tanto las tropas salidas de Ravena sin su consentimiento se habían detenido en los límites de la Galia cisalpina y de la Italia romana, sobre las orillas de un

pequeño río llamado Rubicon y cuyo nombre se ha hecho despues proverbial, como el de las resoluciones desesperadas y criminales despues de las largas vacilaciones de la virtud

César habia probablemente esperado que el arranque de la indignacion y de la impetuosidad habria hecho traspasar a sus soldados ^{que} _{aguard} limite supremo entre la obediencia y la rebelion, pero una inscripcion lapidaria sobre la orilla opuesta del Rubicon habia intimado a los soldados ante el sacrilegio de la patria violada.

"Que nadie pase este rio, limite de la republica, con armas, con banderas y soldados, sin maldito de los dioses y de los hombres!"

Sin orden de su general, sin licencia de sus oficiales, sobrecojidos ante la santidad de las leyes que protestaban de aquel modo por la voz de la piedra, de la tierra y del agua

contra el príncipe puse en el crimen, las tropas
esparidas sobre la orilla gallega del Rubicon
esperaban una impulsión de los dioses o de los hombres.

CLIX

Cesar parecía protestar por su ausencia
contra su sacrilegio. El se mantenía encerrado en
su casa de Roma, y parecía sumergido en un
abismo de indecisión, no era escrupuloso; no
había en el alma de los hombres que no creen
ni en la existencia de los dioses ni en la comu-
nidad humana, presentimiento de su justicia, ni
en la inmortalidad del alma, respondiendo en otra
existencia de la moralidad de sus actos acá aban-
do. Todos los grandes crimenes políticos se co-
meten por fanáticos ó por impíos; se ha visto
que Cesar conferaba muy alto su ateísmo y
no recorda otro día que su fortuna, es decir
una combinación ciega sorda y fatal de causas =

Hombres que gobiernan al acaso el destino de los
 hombres y que con la misma imposibilidad los
 hace víctimas, esclavos ó tiranos, felices ó des-
 graçados sobre la tierra. Esta doctrina, que
 es la de los ambiciosos, los abuelve anticipa-
 damente de todo lo que los estimula al poder
 ó a la gloria.

No había pues atentado para besar;
 pero había en él tres cosas que obran sobre los
 hombres, sin que ellos se aperceban, mas ceden-
 doles á los empujones y que los hace delin-
 berar profundamente en su propio interés en el
 momento de cometer los actos irrevocables de
 su vida: el hábito, la naturaleza de su ca-
 racter y la incertidumbre del éxito. La ino-
 cencia tiene su agonía como la vida en el
 corazón del hombre; á modo de esta acordada
 triunfo sin combate de la virtud.

CIX

Cesar, nacido en el primer rango de una república que lo había tratado y cuya legitimidad, según sagradas de Roma, circulaba en su sangre en las venas de los Romanos, había sido educado en la saludable preocupación de la inviolabilidad del Senado y del Pueblo. Levantó la mano contra sus fantasmas que su ambición juzgaba, pero que su tradición respetaba, producía en él un se sabe que horror parecido al del parricidio. Pero era una ruina de libertad y de virtud, es verdad, pero era sin embargo una era enorme, y, por decirlo así, de divino o de infernal, llevar el primero la mano sobre esa ruina y de hacerla desplomarse sobre la Italia y sobre el mundo con un ruido que resonaría en todos los siglos.

Y ¿sustituible que? al solo nombre de Cesar

CIX

Cesar, nacido en el primer rango de una república que lo había tratado y cuya legitimidad, según sagrada de Roma, circulaba en su sangre en las venas de los Romanos, había sido educado en la saludable prevención de la inviolabilidad del Senado y del Pueblo. Levantar la mano contra sus Fontes sacras que su ambición juzgaba, pero que intradivino respetaba, producía en él un se sabe que horror parecido al del Parricidio. Pero era una ruina de libertad y de virtud, es verdad, pero era sin embargo una cosa enorme, y, por decirlo así, de divino o de infernal, llevar el primer golpe sobre esa ruina y de hacerla desplomarse sobre la Italia y sobre el mundo con un ruido que repercutiría en todos los siglos.

¿No es terrible que? el solo nombre de Cesar

La tiranía de un hombre de genio que no dejaría después de él ^{ni más} que hombres medioses o perversos para colmar el abismo que habría abierto.

Hay aun en las instituciones arruinadas, pero todavía en pie, una cierta virtud que se confunde con la vetustez de las cosas y con la memoria de los pueblos, y que ocupa al menos en lugar de lo que debería ser por la aparición de lo que ha sido. Es como la memoria posterior de las instituciones que todavía impone a los pueblos, aun cuando el alma de esas instituciones se haya evaporado. Despejar esa ruina, es borrar esa memoria, y oír sobre ese fantasma y mostrar al mundo la nada y el horror de ese sepulcro vacío que le ocultaba la ruina de la república romana, había en esto como imprimis un ~~para~~ ^{para} ~~hacer~~ ^{hacer} un ~~secreto~~ ^{secreto} ~~con~~ ^{con} ~~el~~ ^{el} ~~espíritu~~ ^{espíritu} del templo de cesar.

Pero, suponiendo que el espíritu cesase de ser
 bastante superior á la preocupación y bastante re-
 muelto para burlarse de esa superstición ~~del~~ del
 habito, su carácter era tal, que debía ajustarse de
 sangre en su manantial iba á abrir su declamación
 de guerra á la patria, esto solo César recu-
 rra de la ferocidad de César ni de la implaca-
 bilidad de Sylla, sino que, por el contrario, tenía
 en su naturaleza toda la delirancia, toda la mis-
 ricordia y toda la magnanimidad de perdón
 incompatibles con los sucesos de su fortuna. El
 no retrocedía ante ninguna iniquidad y an-
 te ningún crimen, pero era capaz de retroceder
 ante la sangre. No era por virtud, era repugnan-
 cia. Su alma era despiadada, sus sentidos eran
 humanos; los campos de batalla, los suplicios, las
 proyecciones, los gritos de las víctimas, las lagri-
 mas de los venidos, se ablandaban como á una mu-

muger. El apartaba la vista y lamentaba de ese campo
 de carniceria, tan vasto como el universo romano, ve
 ve el que él iba á desmenuar al Puerro y el fue-
 go no solamente de los Romanos, sino de los bar-
 baros que, el primero, había envalado contra Roma.

No sería fácil, sin embargo, ratificar ese por-
 junio Histórico de Cesar de la inocuidad de sus tem-
 pes de Cesar, sino refiriéndose a la época y a los
 costumbres del pueblo en que Cesar parecía suave
 a los Romanos. Era una dulzura por comparación.
 Después de dos verdugos tales como Scauro y Sylla,
 los Romanos llamaban dulce y humano al asesino
 de la Galia y de la España, cuyo sangre mantenian
 momenta por que era sangre barbara. No se debe nun-
 ca olvidar que el pueblo romano era en su origen,
 y había continuado siendo después, un pueblo de
 opresores y de homicidas, que había puesto fuera
 de la ley de la Humanidad todo lo que no era Ro-
 mano, es decir el genero humano entero.

De ciento, si los desdichados Gales inanimados y mutilados por centenares de miles al derredor de las murallas de sus ciudades á los que Cesar habia hecho clavar los brazos como trofeos; si los Españoles, unos sesenta mil cadáveres amontonados y rebocados en cal habian formado murallas visibles entre uno de sus campos; si los doscientos mil aliados muertos en Ferralia, en Egypto, en Africa, en Numida, hubieran escrito la historia de su verdugo, es de creer que la dábura proverbial de Cesar habria recibido sangrientos dementidos. Pero la historia Romana se escribió por Romanos, por sucesores de la república y bajo la vista de los herederos de Cesar. Los modernos copiaron á los antiguos, y la reputación de dábura se estableció por costumbre en la historia; pero los hechos protestan.

Se puede creer que la ringen del anónimo Pompeyo, venido, degradado y tal vez inmolado

Por César, se le apareció como un reproche en sus meditaciones, sino como un triunfo. Pompeyo había sido el dios venerado de los Romanos. Él había además sido su protector al principio, su aliado político en seguida, su yerno en fin; aquellos dos varones se habían confundido en el corazón de esa Julia, que ellos amaban con igual amor, el uno como padre, el otro como esposo. Ella desde el fondo de su tumba apenas cerrada parecía reprochar á César el asesinato de aquel que él mismo le había dado para que lo amase. César no odiaba de Pompeyo sino su grandora; como general, lo estimaba; como hombre, se lo amaba, bien inclinado á amarlo; como dictador, él le debía su fortuna; como yerno, él le había debido la felicidad de su hija.

Para pisotear tantos sentimientos innatos y para dirigir el fierro de sus legionarias contra el que le había prestado sus legiones, para abatir

una tal fortuna, para arrancar á un tal hombre.
 su magestad, su grandera, su patria, y tal vez su vida,
 era necesario que la ambición de Cesar diese en su co-
 raron bien nuestros asaltos á la naturaleza, en
 es de admirar que se enferrase tantos dias en
 Ravena para ocultar á su espíritu ^{sus} ~~estas~~ luchas,
 su rubor y tal vez sus lagrimas; porque Cesar
 era tan capar de extenuamiento como de ingra-
 titud. La grandera del emperador romano le comb-
 taba apenas la miseria de su iniquidad.

CLXI

En fin la incertidumbre del epito debia igu-
 almente hacer reflexionar á un hombre que, en los
 acontecimientos humanos, no creia sino en la for-
 tuna. Grande era mi duda su popularidad; pero
 la magestad del pueblo romano, la santidad de las
 leyes, la antigüedad de las instituciones, la soberanía
 del senado y del pueblo, la grandera de Pompeyo,

la nobleza del patriciado romano, la hostilidad personal
 que de los nombres honrados, la virtud de Catón, la
 oposición de Cicerón, el nombre augusto de la repú-
 blica tenían altura para medirse con la ambición
 de un general que iba a medir las armas de la
 patria contra la patria. Una arenga de Cicerón,
 una palabra de Catón, un gesto de Pompeyo, un
 ejemplo de Labieno o de Hortensio, sus propios
 temores, de los que todavía no se había atrevido
 a hacer sus cómplices, el horror de sus legiones
 contra el parricidio, podían hacer caer las armas
 de sus acampamentos.

Besar, evidentemente, no se disculpaba
 ninguno de esos peligros de su situación; pero
 el hombre que había llorado de celos en Cádiz de-
 lante del busto de Alejandro quería el mundo
 por conquista, y el mundo valía bien su peli-
 gro de una hora y mil truenos en una! Pero,

el mundo para él era Roma; el punto de las cadenas
 con que la república había encadenado al universo
 se estaba en el Capitolio. Apoderándose de ese
 punto en la capital del mundo romano, César con
 el mismo golpe se apoderaba de la Italia, de
 las Galias, de la Iliria, la España, la Africa,
 la Grecia y el Asia. Alejandro se habría visto obli-
 gado a ir á buscar su poder, su gloria y su nombre
 de desierto en desierto, de campo de batalla en
 campo de batalla, desde la Macedonia hasta
 el Indo; César, pues, noble y mas feliz, encontra-
 ba ya á Roma sujeta, y, en subyugando á Ro-
 ma, subyugaba en un solo día los cuatro conti-
 nentes. El conquistador de Roma era, sin moverse,
 el conquistador del universo; semejante presa ha-
 bría tentado al mar victorioso.

Ello ocurrió á César. Las noticias que re-
 cibió del Rubicon y la extraña vacilación de sus

tropas ante un escrupulo que el cria ya sangrante
 con el arroyo, cambiaron subitamente su actitud
 en Ravenas. El se aperibio que el exemplo de he-
 sitacion dado en el Rubicon por su legion fa-
 vorita (la decima) a las otras legiones podia ser
 contagioso, y que, para recoger el fruto tan lan-
 go tiempo medado de su crimen, era preciso
 en fin que el mismo lo consumase. Se veia
 por que subterfugio autorizá o' imaginó en Ra-
 venas para fascinar y arrastrar por soldados con
 el pie siempre suspendido en la orilla quiesca del
 Rubicon.

CLXII

La noche del dia en que se decidió a' afrontar
 el riesgo, hubiese arrojado todo para su desquite,
~~lo todo, ^{después} ~~quiso~~ ^{quiso} ~~querer~~ ^{querer} ~~olvidar~~ ^{olvidar} ~~en una noche~~~~
 quiso querer olvidar en una noche de fiesta las di-
 fatadas inquietudes del momento presente. Después
 de haber pasado el día sentado en el circo de Rave-

ma, contemplando con una aparente libertad de espiri-
 tu un combate de gladiadores que el daba al pueblo
 q' los soldados, convidó á una cena esplendida á
 los principales magistrados de la ciudad y á los ofi-
 ciales del ejército que habían acudido hácia algunos
 dias á su cuartel general para espíar sus irresolu-
 ciones. Allí, en el abundanso simulado del banquete,
 del vino, de la música y del baile, el no pare-
 cía aborrecer sino por el placer del ojo y por las
 delicias del baño y de la mesa con sus convidados;
 despues, á la hora en que los regios lo llama-
 ban ordinariamente á su consejo, se levantó de
 la mesa y salió de la sala del festín, rogando
 á sus convidados que continuasen sin él variand
 las copas, y preguntando que él iba á volver
 muy pronto para acabar con ellos la noche
 ya avanzada en los entretenimientos y en los
 placeres.

Pero, sea que el ignorase realmente todavía
 las disposiciones en que se encontraba a sus soldados
 campados sobre el Rubicon, o bien que quisiera
 simplemente engañar a los espiones de Romo
 que podían informar a Roma de su mar-
 cha, César casi solo salió por una finestra de
 la cumbre de su casa, y desfilándose en las calles
 de Novena
 a favor de la oscuridad, se encontró en un in-
 stante rodeado fuera de la ciudad, al pequeño
 número de oficiales confidentes de su designio.
 Un carruaje de alquiler, que lo esperaba allí,
 lo condujo rápidamente por caminos poco
 frecuentados hacia el Rubicon. El día en la
 hora en que el clamor de la mañana llama
 a los soldados mal despiertos fuera de sus ti-
 endas. Su escudero le trae su caballo favorito a
 una pequeña colina en arboles, en la cumbre y un-
 bría de césped en el declive que se inclina al arroyo.

Era, dice Plutarco, un caballo unico en su especie, que parecia, como el Bucefalo de Alejandro, haber sido predestinado por el prodigio de su conformacion a los prodigios del destino de su dueño. Sus cascos, en lugar de ser de una sola pieza hermosa y unida para resistir a las piedras estaban divididos en dedos articulados que mordian el suelo hiriendo sus movimientos bajo el caballo. Su cabeza, su abradura, su cuello y sus crines correspondian por su fuerza y por su gracia a aquel milagro de la naturaleza. Fueser el primero que lo habia adorado y que lo montaba con preferencia a todas las bestias, lo amaba de tal manera, que le hizo levantar un monumento con un epitafio, como a un compañero de fortuna y de gloria cuyo perdida se lamentaba.

Cuando llego, dice Plutarco, segun las memorias de los que asistieron a aquella ultima

hora de la república romana, empezó a hacer gran-
 des reflexiones; porque, cuanto mas se aproximaba
 del peligro, tanto mas era combatido y agitado por
 la grandera y por la audacia de su empresa. El
 se detuvo, pues, repentinamente, y fijo en el mis-
 mo lugar, reparó en su espíritu todos los inconve-
 nientes de su designio, y sumergido en un profundo
 silencio, cambió y recambió se opáron una
 infinitad de veces con mucha agitación e inquietu-
 tud; era como el flujo y reflujo del mar. Hasta
 entonces sus angustias a sus amigos que estaban
 presentes en cuyo numero estaba Polivon, y les
 dio cuenta de sus dudas y de sus vicisitudes, y
 recordando todos los grandes males que este pa-
 so del río iba a causar a los hombres, y el gran
 objeto de critica que él iba a ofrecer a la posteridad.

Sus soldados, habiéndolo reconocido, se
 procuraron en gran numero a rodearlo, y ellos

parecían por su actitud y su silencio, participar de la fluctuación de espíritu de su general; pero todo da testimonio que esas fluctuaciones fingidas no tenían otro objeto que ^{aparecer} ~~aparecer~~ una inocencia a los ojos de la opinión y que una escena preparada por uno de sus confidentes debía hacer violencia a sus incertidumbres y precipitar, por una impulsión súbita e irreflexiva, a sus soldados sobre el suelo interdito a sus pasos.

Se oyó repentinamente salir de los juncales a la orilla del río los sonidos rusticos de una rampeña que hicieron prestar el oído a los soldados admirados de aquella armonía pastoral en medio del aparato de la guerra. Un joven de una estatura colosal, de una bellera imponente y de un traje estatuario, se levanto instantaneamente del medio de los juncales y entiendo tomado maravillosamente se plantó. Los pastores de

las orillas galesas del Rubicon y los soldados, sor-
 prendidos del prodigio se reunieron en multitud
 en torno de él para verlo. Cuando el extranjero,
 sin duda un gladiador o un músico Galo apar-
 tado por César, vio el ejército bastante numero-
 so y bastante conmovido para imprimirle un
 arranque decisivo, tiró la flauta, arrebato
 un clarín de las manos de un músico de la
 legión que lo vio transportada, y tocando á la
 carga con este instrumento poco sonoro, atra-
 versó el río, entrando en su seguimiento como
 un tropel de hombres los soldados fascinados por
 su instrumento de guerra, por la embriaguez
 de la música y por el ejemplo ~~de~~ del pastor.

Habiendo llegado á la orilla opuesta, por aclamaciones solicitaron de su general los siguiese á
 donde el milagro los había transportado como á su pe-
 ñas.

«Vamos pues, exclamó César, como si accediésemos á ello»

al impulso misterioso y magico de su fortuna, y como si veyese en los prodigios y en los dioses; vamos donde nos llama la voz de los dioses y la iniquidad de los enemigos. Heu jactu est! La morte est Att' echada!

Palabra irrevocable pronunciada despuës por todos los hombres que, no encontrando mas fondo en sus ideas y obligados à elegir entre dos peligros supremos, tiran su resolucion en su caracter, no pudiendo tomarla en otra parte, y se lanzan à nado en el Rubicon del acaso para perecer ó para salvarse por la buena suerte!

CLXIII

De este modo perecio Roma à los sonidos de la musica que habia salvado à Espartaco y quel pastor, aquel musico o aquel gladiador que à instigacion de Cesar paso el primer à la villa sagrada de la Italia, no era solamente una casualidad,

era ~~un~~ un simbolo. Representaba en su persona
 los colmos de las provincias oprimidas y deshe-
 redadas por el senado, de quienes Cesar habia abra-
 zado la causa, y que a su vez abrazaban la cau-
 sa de sus soldados prontos a conquistar los dese-
 os de la Patria.

La irresolucion que habia parecido hacer
 vacilar a Cesar sobre la villa galica ceso desde
 que puso el pie en la villa romana. Ya no
 podia retroceder, necesitaba el imperio o la tumba.
 Su crimen lo tenia a la espalda, Roma delan-
 te de el; el marchó con la rapididad del rayo sobre
 la presa.

Sus ordenes dadas con anticipacion y los lu-
 gares de reunion designados prueban que su con-
 temporizacion de Ravenna no era mas el calculo
 de los dias de marcha necesarios para concentrar sus
 legiones sobre el limite extremo de la Galia cisalpina.

Veinte y cuatro horas despues del paso del Rubi-
con, Publio ya entrado en Nisus, primera ciu-
dad fronte de la Italia. En los proximos momentos,
toda se retiraron de él y de su vanguardia de seis
mil hombres como de un sacrilego, pero nadie
se presento para combatirlos.

Cuando en fin se le presento en Capua la
ocasion de dar un golpe contra las legiones de
Pompeyo, miro dar ese golpe por medio de otros. Se
alejo para que una mancha de sangre romana
no salpicase su nombre. Fruto con bondad al tien-
te venido de Pompeyo y lo envio libre a Roma
para alentar la defeccion por la magnanimidad.
Pueblos y legiones todo se le incorporaba despues
del primer momento de espanto printado por Fi-
tu-Licio. Todo lo que no podia ni resistir ni somer-
terse se qual refugiaba en Roma como en el ultimo
asilo de la patria.

„ Despues de la toma de Rimini, refiere Plu-
 tarcos, como si la guerra a' puertas abiertas se hu-
 biera difundido sobre la tierra y sobre los mares,
 y como si Ceras, traspassando los limites de su gobierno,
 hubiera traspassado al mismo tiempo los de las leyes
 de su patria, hubierais visto, no los nombres y las
 mugeres como sucede de ordinario, correr por toda
 la Italia con mortal espanto, sino que las ciuda-
 des enteras, dejando sus moradores el domicilio en ma-
 na, promerse en fuga y transportarse de un lugar a'
 otro. Roma misma se llenó ^{como} de una inundacion
 de pueblos fugitivos que ~~sempre~~ ^{sempre} aflucian de todos los
~~contornos~~ ^{contornos}, de tal modo que ningun magistrado tenia
 poder para contenerlos, ni por la varon ni por la
 autoridad, en una turba tan grande y en una
 tan violenta agitacion, y que poris fatto' que se se
~~destruyese~~ ^{destruyese} a' si misma por sus propias manos.
 Porque en toda la ciudad no habia un solo pa-

rage que no estuviese agitado y conmovido por pa-
 siones contrarias y por movimientos violentos: los
 que se regocijaban de aquel desorden no pudiendo
 conservarse en reposo, sino que iban de lugar en
 lugar á insultando en todas partes con furor á los
 que se ofendian de las ventajas de Cesar.

CLXIV

Las cartas de Ciceron son el diario de aquel
 panico romano que hizo estremecer de horror á
 toda la Italia y que aturdió al mismo Pompeyo,
 insensible como la estatua de la patria ante el hom-
 bre que venia á derribar la republica. La pro-
 vidence habia decretado el fin de la libertad, pues
 que para defender ella le daba á Pompeyo y por
 enemigo á Cesar. Roma perecio por la inercia
 del uno y por la actividad del otro. Vigean los
 testigos y los amigos de Pompeyo

El habia salido de Roma con la santidad

de la causa de Roma, con el Senado y los hombres nombrados; el se retiró con los dioses y las leyes hacia el mar de Nápoles.

«Hay por ventura cosa alguna que sea tan deplorable como el estado en que nos vemos! escribe Ciceron. Privados de nuestros bienes, vagamos con nuestras mugeres y nuestros hijos; nuestras esperanzas no se fundan sino en la vida de un hombre, que, todos los años es amenazado con la muerte. No es por la fuerza de las armas que nos vemos obligados a abandonar nuestra Patria; son nuestros mismos jefes los que nos han hecho salir, no para conservar a la misma Patria entregada a la avaricia y al furor de nuestros enemigos. Todos sus empujados, titubles de senadores; y Roma, sus arrabales, sus apueras, todo está desierto; los que todavía quie-

Dan muy pronto seran obligados a salir. yo se
 mos deja mi arm en Copuca, nos envian a Luce-
 ria, vamos a abandonar esta ciudad, y esperaremos
 a Afranio y Petreio; en cuanto a Labieno, no
 se debe esperar nada de importancia.

„En la inquietud que me ocasiona la deplora-
 ble situacion en que estamos, no pudiendo con-
 sultaros a viva voz, voy a hacerlo por escrito.
 se trata de decidir si debo seguir a Pompeyo
 en caso que él abandone la Italia, como parece;
 y, a fin de que podais mas facilmente determinar-
 me, voy a exponer en pocas palabras los diferen-
 tes razones que dividen mi espíritu.

„De otro lado, cuando yo ^{me considero} ~~considero~~ en Pompe-
 yo mi libertador y mi amigo particular, cuando con-
 sidero sobre todo que su causa es la de la repu-
 blica, me parece que no puedo tomar otro partido
 que el suyo ni seguir otra fortuna. Además, si

Permaneré en Italia y si me separo de tantos ciu-
 dadanos distinguidos por su rango y por su virtud
 es de necesidad que yo reconozca un error. Es
 cierto que César me da muchas muestras de be-
 nevolencia y que yo he tenido cuidado, como sabéis,
 de conducirme bien con vos de hace muchos tiem-
 pos por el temor de la borrasca que esta propiame-
 nte a caer sobre nosotros; es preciso, sin embargo, exa-
 minar primero si puedo fiarme enteramente en
 él, y en seguida, cuando yo esté completamente se-
 guro, si un hombre de corazon y un buen ciuda-
 dano puede permanecer sometido a un poder ar-
 bitrario en una ciudad donde he ocupado los pri-
 meros puestos, en donde he hecho acciones nota-
 bles y ruidoras, en donde está actualmente revestido
 de una dignidad augusta y sagrada. Además
 yo arriesgaría mucho, y era me sería sin cuenta
 descreditado, si Pompeyo restableciese sus negocios:

Pompeyo hasta ahora no ha mostrado ni
 prudencia ni resolución; y agrego que el no mate-
 rido ninguna consideracion con mis consejos. No
 podria recordar el pasado y hacer ver que es él
 el que mudado a Cesar perras y urnas contra la
 republica; que él le ha inspirado la audacia de
 servirse de las armas para hacer pasar algunas
 leyes; que el ha hecho venir al gobierno de Cesar
 el de la Galia transalpina; que el ha buscado su
 aliado; que el hizo las funciones de augurio cu-
 ando Clodio fue adoptado por un plebeyo; que
 si él ha contribuido a que me llamasen, no se ha
 tra opuesto a mi destierro; que el ha hecho conti-
 nuar a Cesar su gobierno; en fin, que él lo ha
 servido en todas las ocasiones. Y aun, durante su
~~primer~~ consulado, cuando me he comencado a
 sostener los intereses de la republica, se quiso
 absolutamente que los diez tribunos propus-

niem el decreto que permitia á Cesar pedir el consulado sin venir á Roma, lo que tambien confirmo por una de sus leyes. No se ha opuesto despues á Ch. Marcelo cuando quiso, el 1º de Mayo, hacer nombrar un gobernador para las Galias?

«Pero, sin detenerme en todo esto, se ha visto jamas nada ^{mas} ~~tan~~ indigno y mas mal concertado que esa retirada, ó, por mejor decir, esa fuga vergonzosa? Que condiciones no deberian aceptarse antes que abandonar su patria? Ellas eran muy malas, lo confieso; pero hay algo que sea peor que el estado en que nos encontramos? Pompeyo, se dirá, podria volver á levantarse. Cuando y como se levantará? Que medidas se han tomado? ¿no hemos perdido el Pisanus? El caminero de Roma no está abierto á nuestros enemigos? ¿no se nos entregaron todos los bienes de los particulares y todo el dinero del tesoro publico? En fin, no tenemos partido formado,

carecemos de tropas, no o impamos ningún puesto
 en donde puedan reunirse los bien intencionados.
 Se han retirado á la Pomilia que es la
 provincia mas destituida de subsistencias, la mas
 débil y la mas retirada de la Italia. Se muestra
 el terror de que estan porcidos ~~en~~ por provisiones
 de asi con anticipacion la retirada vergonzosa
 de por mas, á la que se aproximan. Si se sigue
 por á Pompeyo mas allá del mar, Cesar se
 venga en nuestros bienes y nos considerara
 menos que los otros, porque el exera populari-
 tase con la multitud maltratarnos!.....

» Que cosa mas ignominiosa, contiene el
 interpetre de la opinion de todos los hombres hon-
 rados de Roma, que cosa hoy mas lamentable
 que esta situacion y ese caracter? Ved ahí á
 Pompeyo que des pues de haber orientado á Ce-
 sar en su seno, se parece repentinamente tornarse

indolente! El quiere la guerra y no prepara nada para hacerla! El abandona á la misma Roma! Y mientras escribe una carta á los consules en la que se espera que va á pelear su valor y hacer frente al crimen con la conciencia de su buena causa, veddo que repentinamente abandona la Campania y la Pouilla, y que llama á los senadores, á los consules, la patria entera á Prindes para que luyon con él!

„Pero decidme, ¿no es una cosa deplorabile que César, con la mas mala causa del mundo, se atraija los aplausos, mientras Pompeyo, con la mejor, se hace odioso? que el primero perdona á sus enemigos, mientras que el otro abandona á sus amigos? Lugo por Pompeyo toda la amistad que debo tener, pero como disculparlo de haber abandonado tantos ciudadanos illustres? Si es por temor, que cobardia! y si, como lo

pretenden algunos, el sea creído que su muerte ha-
ría mejor su causa, se ha visto jamás una pro-
pitiva más cruel? Pero hagamos a un lado estas
tristes ideas que me sirven sólo para irritar el
dolor.

El veinte y cuatro a la noche, el joven Bal-
bo pasó a mi casa; él corría en diligencia y por
un camino estraviado al encuentro de Lentulo, al
que lleva una carta de César; está también en car-
ga de promoverle mi gobierno ^{para comprar} ~~en el extranjero~~
y me invita a venir a Roma. Yo no creo que
puedo obtenerse nada sin una entrevista. El
mismo Balbo me ha dicho que César nada de-
seaba tanto como unirse a Pompeyo, lo creo sin tra-
bajo, y acomodarse con él, esto es lo que me creo;
y temo mucho que ^{si} hasta ^{ahora} ~~haya~~ economiza-
do la sangre de tantos otros ciudadanos es por
que él no quiere más que atropar a Pompeyo.

(452.)

Bulbo, hijo del primario, me escribe tambien que
Cesar me piensa vivir en vivo tranquilo sin dis-
putar a Pompeyo el primer rango. Vos creis
esto, no es verdad?

„Pompeyo debe haber llegado hoy a Brin-
des, veinte y cinco de febrero; porque el se ha ade-
lantado con pocas tropas a las legiones que te-
nia en Luceria. Pero Cesar es un prodigio de
velocidad, de actividad y de vigilancia; los dioses
saben lo que sus esperas,„

Se ve, por la interrogacion ironica de
Ciceron, sobre la buena fe de Cesar, que no podia,
con las armas en la mano, sino la paz, no
aspiraba, en ^{potendo} ~~sucesos~~ a Pompeyo, sino vivir
como humilde ciudadano bajo las ordenes de
Pompeyo, lo que la opinion publica pensaba
de la sinceridad y de la abnegacion de Cesar.

CI. XX.

A medida que se apropiaba la parte

da de Pompeyo, mas la opinion en efecto, se pro-
nunciaba contra él en Roma y en Italia. Cien-
son pronto a seguirlo, no puede obtenerse
de acusarlo en el secreto de sus conversaciones.

«Yo, este hombre, dice, no se ha propu-
esto jamas el bien publico, y en esta ocasion
menos que en ninguna otra. El no trata, asi
como Cesar, sino hacerse el amo, y no a ha-
cerse felices y a establecer un buen gobierno,
si él ha abandonado a Roma, no es porque
no pudiera defenderla, y no es tampoco por
necesidad que abandona la Italia; pero es
porque, desde el principio, ha tenido el desig-
nio de sublevar la tierra y el mar, de hacer
tomar las armas a reyes extranjeros, de inun-
dar la Italia de naciones barbaras, y de tener
a su disposicion exercitos poderosos. El pien-
sa desde luego mucho tiempo en elevarse

hasta donde se elevó Sylla, y tiene consigo tan
tantas personas que lo desean.

«Creis que haya sido imposible encontrar
vias de conciliacion? Todavía no lo es;
pero es si los concurrentes no quisieren la
Paz, y han resuelto sacrificar sus mismos ambi-
ciones. Ved ahí en pocas palabras, como se han
deis desecado, lo que fuere de las desgracias
presentes.»

Las angustias de la situacion de los
miembros nombrados hacia a Cicero injusto hacia
el jefe de su partido. La ambicion ~~insolente~~ de
Pompeyo no era sino la de un gran ciudadano
que quiere ser el primero en su patria libre pe-
ro no tratorarla y esclavizarla; la de Cesar
era la ambicion de un conspirador armado que
quiere el primer puesto, no por la republica
sino por él mismo. Es verdad que Pompeyo

no habi^{endo} tenido la perseverancia, la actividad y la energía necesarias para cerrar á su rival el acceso de Italia y de Roma, queria aumentar el horror de los ciudadanos contra el sacrilegio de Cesar llevando consigo para de Roma y de la Italia todo cuanto Roma y la Italia tenían en magistrados, senadores ilustres y ciudadanos integros, haciendo ~~vaciar~~ un vacío en torno del usurpador aborrecido de su patria.

Ciceron en esto no se engañaba, todo lo atestigüa; pero aquella política extrema de Pompeyo era para en adelante la única que le quedaba que seguir despues de tanta inmensa guerra habia hecho necesario. El sabia bien, en efecto, que era mas fácil vencer á Cesar en Italia o en Grecia que en Roma, en donde millares de soldados de las provincias, quinientos mil pro-

deturion de la Plebe revolucionaria en Roma,
 y en caso de necesidad militares de esclavos me-
 llevados á su voz, harian á base, me ya un
 ejército, sino una nacion de partidarios y an-
 piliores. Cuando los Patricios quierren un cam-
 po de batalla contra los Plebeyos, no es en
 una capital llena de Plebe el que deben
 escoger. Tampoco en esto era mas Politicos
 que hicieron. Asi es que me es mucho mas que-
 jos; el atrajo á su seguito mas allá de los mu-
 res, los consules, el Senado, las legiones Fides
 de la Republica, los ciudadanos ilustres, la ju-
 ventud Patricia, á Caton, á Bruto, todas las
 leyes y todas las virtudes de Roma, la repu-
 blica en fin, y fue á buscar un campo de ba-
 tallas entre los aliados de Roma del otro la-
 do del Adriatico.

Mientras tenía lugar esta emigración completa de la república con Pompeyo, César, no teniendo ^{que} ~~acordar~~ que tener resistencia en Italia, atravesó por Roma deslumbrando todos los corazones por su audacia y su dulzura; él dejaba hábilmente en suspenso sobre sus designios á todos los ciudadanos que, como hicieron, no se habían todavía movido por todo á Pompeyo en Grecia, y que vagaban medio ocultos al derredor de los muros de Roma.

¡Ved, osuego, con qué nombre tiene que haber la república! ¡qué penetración! ¡qué actividad! ¡cuanta previsión! Si él no manifiesta en crueldad ni avaricia, él tendrá muy pronto la afecion de los que mas lo temen. Lo oigo con frecuencia decir á los ciudadanos de estos cuarteles y á las partes de la empuñadura; ellos no ^{se ocupan} ~~se preocupan~~ más de sus campos, de sus alquerías y de su pe-

quinta fortuna. Que cambios! ellos tienen ahora al
 que enrolaban ayer. Las ciudades de Italia, a pe-
 sar de sus atentados, lo reciben como á su Dios, y
 esto con una apariencia de subyugar igual á la que
 manifestaban no ha mucho por el restablecimien-
 to de la salud de Pompeyo. Se agradece á este nue-
 vo Magistrato de todo el mal que deja de hacer! Se
 espera ahora tanto de su clemencia como se teme
 de la colera de Pompeyo. Que multitud viene de to-
 das partes á su presencia! cuantos honores se le riu-
 den! Su moderacion aunque frígida y estupeada,
 me deja de suspesar con ansias.

"Yo espero hoy, 4 de marzo, noticias de Brin-
 des; pero ah! que noticias! que el uno habra hui-
 do robadamente, que el otro habra entrado en la ciudad
 pidiendo su huella! Cesar me escribe que quiere ver-
 me, cuando vaya á Brindes, para hacerme intervenir
 como negociador entre él y Pompeyo! Si él viene por la
 vía Appiana, tendré cuidado para cortarlo, de ir

CLXVII

Esperando noticias de Brindes, hicieron a
 ejemplo de Caton, de Brutus, de Sicipio, de todos los
 ciudadanos buscando en las tinieblas donde está, su
 la salud, más el deber, examina, dice el, en las per-
 plejidades de su patria, si se puede permanecer en
 su país cuando él ha caído bajo el poder de un tí-
 rano? si se deben emplear toda suerte de medios
 para librarlo de la tiranía, aun cuando esto lo espon-
 nera a una completa ruina? si no se puede esperar
 alguna circunstancia favorable para servir su pa-
 tria y tentos más bien vías de transacción que la vía
 de las armas? si es permitido a un buen ciudadano,
 durante estos tiempos de perturbación social, retirarse
 a cualquier lugar lejano? si, para recobrar su li-
 bertad, debe uno exponerse a los mayores peligros?
 si para libertar su país de un tirano debe alumbriarse
 se la guerra y hasta venir a sitiar su patria? si los

que son de un sentimiento contrario deben sin embargo comprometerse con los del buen partido? si, en las discusiones publicas, debe uno seguir la fortuna de sus amigos y de sus bienhechores, aun cuando ellos hayan cometido faltas esenciales y decisivas? si un hombre que, por haber rendido a su patria grandes servicios, se ha visto espuesto al odio, a los celos y a los tratamientos mas indignos, debe exponerse por segunda vez a males que puede evitar? o si, despues de haber hecho tanto por su patria, no puede hacer algo para si mismo y para su familia, dejando a los que ocupan los empleos el cuidado del gobierno?"

El hombre que, como Cesar, pone tales maximas ante la conciencia de ciudadanos virtuosos, es mas que un tirano, es el corruptor de toda virtud civil.

En fin, la terrible noticia llega. Pompeyo se ha embarcado en Brindis con todas las tropas, en un

numero de treinta mil hombres. Los dos consules, los tribunos del pueblo y los senadores que estaban en Brindes, se han embarcado tambien con sus mujeres y sus hijos. Ellos se han hecho a la vela el dia cuatro de marzo, y desde ese dia ha venido constantemente el viento norte. Se dice que ha destruido ~~hecho~~ hecho quemar todas las embarcaciones que quedaban en el puerto. Estas noticias han sido enviadas aqui por ^{L.} Metelo, tribuno del pueblo, por Clodia, su mujer, que tambien se ha embarcado.

Como yo ^{no} voy, dice, para ^{reincorporarme} ~~reincorporarme~~ a mi esprito, que he hecho partir con anticipacion, no he podido ver a vuestro amigo Ferris sino al paso, y no he tenido tiempo de hablar mucho con el; pero tan apremiado y tan ocupado como estoy, aprovecho sin embargo un instante para escribirlos, y envio expresamente a Ferris para que os lleve los agradecimientos que os debo; no es la primera vez que lo ha-

yo, y el modo en que os conducis conmigo me hace esperar que no será la última. El mayor placer que podéisais darme actualmente, es de el de que vais á Roma, en donde yo estaré muy pronto; vuestros consejos, vuestro crédito, vuestro rango me serán maravillosamente útiles para acabar como he emprendido. Dispensadme si no os digo más. Fournis os dirá el resto.,,

Otro billete de Cesar, de la misma fecha, muestra cuanto la victoria modifica en el instante su política. El no piensa más que en hacer se perdonar sus atentados para legitimar su poder.

„Por cierto, y en nombre de los dioses! escribe, yo me complazco de que oprobéis mi conducta y persona hácia los tenientes de Pompeyo en Corfinio; yo requiero tanto más gustoso vuestros consejos de delirancia, cuanto que ellos estunde acuerdo con lo que yo mismo habia resuelto de mostrarme el más

yo, y el modo en que os conducis conmigo me hace esperar que no será la última. El mayor placer que podéisais verme actualmente, es de el de que vais á Roma, en donde yo estaré muy pronto; vuestros consejos, nuestro crédito, vuestro rango me serán muy valiosamente útiles para acabar como he emprendido. Dispensadme si no os digo más. Firmo os dirá el resto."

Otro billete de Cesar, de la misma fecha, encuentra cuanto la victoria modifica en el instante su política. El no piensa más que en hacerse perdonar los atentados para legitimar su poder.

"Por cierto, y en nombre de los dioses! escribe, yo me complazco de que oprobéis mi conducta y vosra hácia los tenientes de Nompéyo en Corpiño; yo requiero tanto más gustoso vuestros consejos de deliberar, cuanto que ellos estense de acuerdo con lo que yo mismo habria resuelto de mostrarme el más

generoso y mas condescendiente de los Romanos, y hasta se estar predispuesto a una reconciliacion con Pompeyo; si, tratemos asi de reconquistar las voluntades de nuestros Jueces, y de gozar de una victoria deseable, porque los que antes ~~que~~ de nosotros se han hecho aborrecer por su crueldad no han podido conservar largo tiempo su poder, exceptuando tan solo a Sylla, que no quiero tomar por modelo. Que esta moderacion y esta humanidad sean para mi nuevos medios de vencerlo todo! He' imaginado ya algunas medidas en este sentido, pensad en ellas de vuestra parte, todavia se pueden imaginar otras.

„Pompeyo debia estar bien conocido, en fin,

por mi consideracion hacia sus tenientes y por nuestras exportaciones, que volodia mas ser mi amigo que el amigo de todos esos Romanos que fueron siempre mis enemigos y los suyos, y que, por sus artificios han precipitado la republica en el estado en que la veis!

Nuevos terrores se apoderaron de la Italia despues del momento de conflicto que siguió al embargo de los consules, del exército y del Senado en Pompeyo. No se podía ocultar que la guerra, aun que alejada de Roma, iba á tomar las proporciones del mundo romano el que Pompeyo y César la habían transportado.

"Yo veo la republica, escribe Ciceron, en lasperas de una guerra fureta que Pompeyo emprendera trayendo el nombre á la Italia, y siento mucho, no obstante, no estar con los que han formado un desígnio tan barbaro. En efecto, si es un crimen dejar en la necesidad á su padre y á su madre, como llamaremos el desígnio que han formado nuestros gefes de hacer perecer de hambre su patria, que debe ser todavía mas sagrada y mas respetada? No son estos nuevos terrores y simples

conjeturas; yo lo sé por nuestros mismos jefes. Esas
 embarcaciones que han venido de todas partes, de
 Alejandria, de la Calchida, de Tyro, de Sidon,
 de Arada, de Chipre, de la Pamphilia, de la Lycia,
 de Rodas, de Chio, de Biraneis, de Smirna, de
 Mileto, de Cos, es para impedir que pase trigo á
 Italia, ó para hacerse dueños de todas las provin-
 cias de donde se exportaba. Pero cuando Noruego ven-
 ga á desembarcar, como se meolvidara, sobre to-
 do contra aquellos que mis suspensas estaban en
 salvarla, como si el Anbrisa sido abandonado por
 los que el mismo ha abandonado! Asi, cuando
 delibero sobre el partido que he de tomar, es mi in-
 clinacion particular por Noruego la que me deter-
 mina á seguirlo; sin esto, yo preferiria morir en
 el seno de mi patria que destruirla bajo pretexto
 de defenderla. En fin me parece que ya no hay
 mas sol en el mundo.

Pero, aminoras que los buenos se alejaban,
 que los debiles se lamentaban fluctuaban, que la re-
 publica, segun la expresion de Plutarco, no tenia pa-
 tria sino en la paga, ^{o toda} hacer dueño de la Italia en sesenta
 dias, volvia de Brindes a Roma para comprobar
 y para tentar de legalizar su usurpacion, era que
 habian sino algunos magistrados secundarios, de-
 cididos a afrontar solos, y sin esperanca para honra de
 la libertad, al violador de la patria; algunos de esos
 senadores para los que ^{lo que tiene} criminal detiene
 buen epito, y que despues de haber despedido a Pan-
 peyo con duelo, se apresuraban a salir al encuentro
 de Cesar con gozo; en fin aquel pueblo agitado y
 suendido a merced de los acontecimientos sin compren-
 derlos, como la espuma se eleva a todos los vientos,
 era multitud de quinientos mil proletarios, en
 su causa Cesar habia afectado proteger, no le pedi-
 an ni leyes ni libertades, sino la humillacion

de la aristocracia, los despojos de la patria, el trigo gratuito, los gladiadores, espectáculos y licencias.

Para satisfacer a esta exigencia de la población romana y el miedo de los Galos que el haber enroscado en legiones contra la Italia, necesitaba oro. Pero no podía sacarlo sino del tesoro publico, que las leyes y las costumbres habian hecho hasta entonces sagrado e iniolable, aun para los dictadores, como la propiedad de los muertos, de los vivos y de la posteridad. Un joven, el tribuno Metello, guardian de aquel deposito, rehusaba obstinadamente abrir las puertas del templo en que el tesoro estaba bajo la custodia de los dioses; el objeto de las leyes divinas y humanas.

«El tiempo de las armas y el tiempo de las leyes son dos tiempos, le dijo Cesar asperamente; si mi privilegio te causa horror, no tienes nada mas que hacer que cubrirte el rostro y retirarte, porque la guerra no se ^{narra} ~~narra~~ con esas libertades y esas

resistencia. Cuando hubieramos depositado las armas
y el orden este restablecido, podras venir a hacerme
preguntas a tu gusto. Y cuando yo te hablo asi, conti-
nua cesar con acento mas aspero, quiero que sepas
que te perdono, porque tu estas a mi discrecion, tray
todo lo que despues de haber combatido mi partido,
han caido en mis manos."

Como el intrépido patriota se oponia to-
do todavia a que los cerrojos llamados por cesar por-
rasen las puertas de peiro del tesoro, cesar se arrebato
para descubrir la espada contra Metello y a ame-
nazarlo con la muerte. "Y tu un joven, agre-
gi' calmándose, que me seria mas facil hacerte que de-
cirlo!"

CIXX

Esta violencia alarmo mas la Etalia que
el mismo peso del Rubicon. Se convenio que la reso-
lucion no estaba mas que en las Julias, pero que
todo obstaculo parecia un crimen a una tan implaca-
ble voluntad. Los mismos amigos de cesar se comparon

subrosos en secreto.

"El no piensa más en atrocidades, escribe Celio; él no habla más que con amencaras, no cree ya tener necesidad de su antifaz de obrera, olvidada con el tello su rol de hombre clemente, de hombre íntegro saqueando el tesoro público; semejante Tiranía no puede durar seis meses! Él merece el nombre de tirano, y lo acepta abiertamente; él no ha querido parecer moderado un momento sino porque la nación era popular!"

CXXXI

Como si esas murmuraciones hubieran importunado sus oídos, César se apresura a evadirlos yendo a España a someter las legiones que Pompeyo había impolíticamente dejado allí inútiles para Roma, para la Italia y a él mismo. Seguía por que motivo, imposible de comprender desde tan lejos, César, poco seguro todavía de la Italia, en lugar de marchar ^{en persona} derecho y pronto sobre Pompeyo, y en-

rodar á la vez todo el destino de la república en
 una sola derrota, empero' por una campaña arries-
 gada e' inútil contra los tercios de Pompeyo en
 España. En cualquier otro nombre, sería una fal-
 ta; en Cesar, tan soldado como político, se debe
 presumir que fue una combinación de genio.
 Del ver tenia que Pompeyo se llamase ^{á Grecia} ~~así~~
 aquellas legiones agueridas de España; tal ver
 quise, según su pintoresca expresión, hablando de
 Roma, "ir primero á combatir en España un
 ejército sin general, para volver en segunda
 vez á Grecia á combatir un general sin ejército."

No puede uno, en efecto, admirarse bastante
 de la impetuosidad de Pompeyo dejando sus legiones
 de veteranos combatir ~~por él~~ sin el peso de
 los Mirmes, mientras que él permanecía en Gre-
 cia á la cabeza de un ejército de jóvenes patricios
 sin el bulto de las armas, y de voluntarios mas
 ciudadanos que soldados.

Cesar, llevando rápidamente á España las legiones de Galos y de Germanos aguerridos en sus campañas, mal combatidos por los tenientes de Pompeyo, ~~deser~~ todavía por los Españoles, idolatrados por los mismos soldados, que resistían por deber, pero cuya furia reduciéronlos en pocos meses, venció, subyugó, pacificó en pocos meses la España Romana, y pudo escribir á Roma el famoso símbolo del relampago: „veni, vidi, vici, Allegre, vi, y vencí„

Al su regreso, Pompeyo no tenía otro ejército que el de Grecia. Pero él se había aprovechado de la ausencia, del tiempo, de la disensión armistada de las en España para incorporar á su causa qu' él de la república la Albania, la Macedonia, la Grecia, el Asia, la Syria, el Egipto, el Africa entera, todos los aliados, pueblos ó reyes,

de la república. Fue este el primer síntoma de aquel
 fraccionamiento en dos partes del mundo romano
 que hizo después una Roma de Oriente y una Ro-
 ma de Occidente. Pompeyo dio la idea á Con-
 stantino; la usurpación de César había desorienta-
 do el mundo.

CLXXIII

Nueve legiones de veteranos llamadas por
 Pompeyo de todas las colonias de Europa, Asia
 y de Africa, donde las había repartido después de
 sus campañas contra Mitridates, formaban el
 núcleo del ejército republicano. Siete mil
 hombres de caballería griega y una numerosa
 caballería romana, compuesta de la flor de la ju-
 ventud patricia de Roma, completaban sus legio-
 nes; quinientas galeras armadas estaban fondea-
 das en los puertos y caletas del mar Adriático
 á la vista de su campo, esas galeras debían ce-

roar el continente a' los desembarcos de Feras.

Pompeyo apoyado de este modo en las montañas de la Grecia, inabordable por los desfiladeros de la Albania fáciles de defender, socorrido con subsidios, de víveres, de auxilioses extranjeros por los reyes aliados de Roma y que veían en él a la misma Roma, rodeado de un ejército de tierra de ciento veinte mil hombres, resguardado del lado del mar por una flota de sesenta mil, parecía invencible ~~por~~ ^{que} ningún otro que a' Feras. El mismo se comparaba, en aquella situación a' la vez continental y marítima, a' un Themistocles romano esperando los Persas por tierra y por mar en el golfo de Salamina, y emperando por dispersarlos sobre las aguas antes de exterminarlos sobre la playa. El plan de nuestros generales Themistocleano, decían sus amigos en Roma.

Su cuartel general era Dyrrachio, ciudad fortificada de la costa, Roma en abreviatura

en su Senado, sus consules, su Patria, su dictador; Cato y Bruto citaban con todos los grandes hombres de bien de Roma. Ciceron, avergonzado de vacilar tan largo tiempo entre un hombre y la Patria, habia concluido por incorporarse tambien; hombre honrado pero incapaz de darse a si mismo un caracter de temple de su virtud! Cesar no era uno de esos fantasmas de conspiradores que se pueden vencer con una arenga, como Catilina.

CLXXIV

Cesar habia conduxido sus legiones demandadas de Espana; habia llamado a las otras de la Galia y de la Glicia; tenia once como Novipago; pero esas once legiones mal reclutadas no componian sino cuarenta mil combatientes. No tenia escuadra para transportarlas mas alla del Adriatico, ni tiempo para construirla. La

Notitia es hausta por la guerra civil, emperaba
 a' descompar de su fortuna; era preciso apresen-
 tarle a' Heris en la cabera; la cabera era Pom-
 peyo y el senado. El encargó a' Antonio de re-
 clutarse rapidamente otro exercito. Antonio, su-
 peruente, estaba ligado con él por tales atentados,
 que no podia esperar su salvacion nisi en el ul-
 timo orisum.

Sin esperar a' Antonio, ^{Molo} besas con veinte mil
 veteranos escogidos, se embarca en Brindes, evade a'
 Bibulo, almirante de la escuadra de Pompeyo, y
 desembarca durante la noche en una costa vecina
 de ~~Dicumbre~~ Dyrrachio. Sus veteranos murmuran.

¿A onde nos conduce este hombre? dicen ellos
 entre si. Quando cesará de arrastrarnos por toda la
 tierra sin niun respeto de nosotros ni consideracion, como
 si nuestros cuerpos fueran de hierro? Pero el mis-
 mo hierro se gasta a' perra de Heris. Fagamos se
 abrirle, en nuestras heridas, que el manda a'

hombres mortales? Mas en la misma estacion de las tempestades que nos hace afrontar los vientos y las heladas con tal precipitacion, que menos parece perseguir que huir!"

CXXXV

Cesar, sordo á aquellos temerarias murmuraciones, como el curaciano de sus veteranos, los tenia encerrados en Apolonia, esperando sus principales buques que Antonio debia traerle de Italia. El interrogaba sin cesar con la vista el horizonte del Adriatico para abrir las velas de la escuadra de su teniente. Pero ^{el} ~~el~~ ^{Bibulo} ~~Bibulo~~ almirante de Pompeyo, con sus quinientas galeras interceptaba el Adriatico completamente

El tiempo pasaba; Pompeyo se fortificaba; el hambre amenazaba á Apolonia; Cesar aguardaba de de temer la prudencia y la lentitud

de Antonio. El resolvió ir en persona, á riesgo de su vida, á acelerar la renuncia y el embarque de su ejército de Italia. Se embarcó solo sin que sus soldados lo supiesen, disfrazado de esclavo sobre una banca de doce remos cuyo piloto no lo conocía, esperando escapar, á favor de los vientos, de las tinieblas y de la oscuridad de su banca, á los cruceros de Bilbao.

Después que anochece tomó un vestido de esclavo, entró en la banca, se acomodó en ella como un hombre insignificante ~~en~~ quien nadie ^{se fija,} ~~se fijaba~~ fijaba y se conservó allí ~~tran~~ des cansando sin hablar una sola palabra. La banca se dirigía al mar por el río Arno, cuyo embocadura estaba ordinariamente muy tranquila y fácil de navegar, porque todas las mañanas se levantaba una brisa de tierra que rechazaba las olas

del mar facilitando la entrada al rio. Pero desgraciadamente aquella noche se levanto un viento violento del mar que opuso al viento terrenal. El rio alterado por el flujo y por la resistencia de las alas que contrariaban ~~de~~ corriente, se hizo peligroso y terrible; sus aguas forzadas a remontar aguas arriba con remolinos espantosos y horribles mugidos, era imposible al piloto vencer tanta violencia y gobernar su esquife. Por esta rara causa a los remos que remasen hacia la popa para remontar el rio.

„Habiendose cesar apresuradamente de ellos, se levanto repentinamente, se manifesto, y tomando la mano del piloto admirado y sorprendido se le dijo a cesar: „Marcha amigo, le dijo, atrevete a todo, no temas nada, te llevara a cesar y su fortuna.“ A esta palabra los marineros olvidaron el invierno y sus borrascas, y remando con

un corage maravilloso, se esfuerzan en vencer la
 violencia de las olas. Pero la emboscadura no po-
 rá franquearse por ningun esfuerzo, Cesar que
 veia su buca buca agua por todas partes y pro-
 gimo a' sumergirse, Peruntis al piloto, aunque
 con gran trabajo, volver atrás.

„Quando hubo llegado á su campo sus sol-
 dados vinieron en tropel á su presencia quejan-
 dose altamente y manifestando su dolor de que
 el no tuviese seguridad de vencer con solo ellos,
 y que, abrumado de disgusto y de inquietud, es-
 pusiese su persona á los mayores peligros para
 ir á buscar los ausentes, como desconfiando de los
 que tenia consigo.“

CLXXVI

Antes en fin, buelo á favor de esta borras-
 ca, la vigilancia de Bibulo, cuyos buques habi-

que sido despertados por el viento. Todo el exercito de-
señaló en Apolonia.

La llegada de estos tropas obligó a Cesar a dar
una primera batalla en una posicion mal escogida,
en donde su exercito sufrió un revés contra las for-
tificaciones de Pompeyo. El no volvió sus solda-
dos en desórden sino a fuerza de intrepidez personal.
Habiendo tomado con sus manos uno de aquellos
colosos zelos para avergonzarlo de su fuga y pa-
ra forzarlo a hacer frente al enemigo, el soldado
enfurecido volvió su espada contra el pecho ^{del} ge-
neral, e iba a matarlo, cuando un escudero defe-
sar trozó con una cuchillada el brazo del solda-
do. Felizmente para Cesar, el indolente Pompeyo
no complementó su victoria. Cesar exclamó al ver-
ber a su campo atrincherado de Apolonia: "¡Hey
la victoria hubiera sido de los enemigos si hubieran
tenido un hombre que supiese vencer!"

Pero Pompeyo esperaba vencer sin combate;
 el nombre combatu^o ^{por él.} César, aislado sobre la cota
 de la greca, en medio de un país sembrado en su
 totalidad por su adversario, no podía ni per-
 manecer impunemente en Apolonia ni forzar
 a Pompeyo en sus inexpugnables atrincheramientos.
 El mismo veiese sus insomnables mientras se de-
 batía en sus agonias. Si se rembarcaba, conferaba
 su derrota, si tentaba el asalto de las trincheras
 de Pompeyo daba una cierta victoria a su rival;
 si permanecía inmovil, su ejército perecía de hambre.

Su audacia lo recorrió una vez más. Sicipi-
 on, teniente de Pompeyo, ocupaba la Macedonia
 con un ejército romano. César resolvió marchar
 contra Sicipion, a pesar del peligro de encontrarse
 así entre dos enemigos. Su instinto militar le
 decía que, si Pompeyo salía de sus atrinche-
 ramientos para seguirlo, el le daría una batalla

en una campaña con la superioridad de sus ve-
teranos aguesidos contra ciudadanos novicios en las
armas, y que si Pompeyo no lo seguia, el se en-
contraria con el exercito de Scipion y alimentaria
facilmente su propio exercito en una provincia
rica en ciudades y en cosechas.

CLXXVII

La experiencia de Pompeyo lo desvió de la
celada; el queria conservar la admirable posicion
que habia escogido y fortificado solidamente, á imi-
tacion de Themistocles; tenia el tiempo á su dis-
posicion; la Italia abandonada á ella misma,
imperaaba á sentir el remordimiento de su servidum-
bre; la Grecia, el Asia, el Egypto el Africa, le
proveian de reclutas, de víveres, armas, tesoros,
embarcaciones; las ciudades fuertes de la Chalcidonia
y de la Thracia estaban guardadas por sus tenientes.

Cesar, por el contrario, vagaba lejos de sus repub-
licas y de sus hogares, sin asilo, sin aliados, sin
pau para sus tropas. El tiempo lo consumía sin
necesidad de las armas. Estos antiguos alegados para
justificar la inacción de Pompeyo, en el consejo
de guerra ante el senado, fueron curules abogados
por la Patriótica elocuencia de Cato, que quería
transmirar la sangre romana y dejar el crimen y
la temeridad de Cesar con batallas solos con los dioses
contra Cesar.

El ardor y la jactancia de los jóvenes Patri-
cis del campo de Pompeyo, alentados por una pri-
mera ventaja, triunfaron de la Presidencia de Cato,
y de la autoridad militar de Pompeyo. El general
venido por aquella juventud, salió del campo de
Dyrachio con el presentimiento de su ruina y
seguido de Cesar en la batalla de Jarsalia; Sipi-
on se le unió con el espíritu de Macedonia.

CLXXVIII

La unia de otros dos ejércitos exalta' hasta el delirio la confianza de los Patriotas; ellos se dividian ya entre sí los despojos y los honores de Cesar. La batalla, tan provocada por Cesar, tan evitada por Pompeyo, se empeñó' por la presunción de los jóvenes republicanos del ejército de Pompeyo.

Doscientos mil hombres se chocaron cuerpo a cuerpo durante algunas horas, en aquella Manera ignorada del mundo hasta entonces, para decidir de la vida o de la muerte de la república de Roma del mundo, Pompeyo desalentado de antemano, abandonó la batalla á sí misma como un hombre que ha entregado su fortuna á sus castros. Cesar ordenó' las maniobras y las dió' con la seguridad de un general que cuenta con las faltas de su enemigo presuntuoso. Su genio no lo engañó'.

La caballería patria de Pompeyo, creyendo envolver y romper las legiones del ala derecha

de Cesar, que fingió ceder hacia las montañas, que
 co' contra seis cohortes colocadas en reserva sobre
 un mamelon, se rompió, y volvíó á su campo di-
 rió la señal y la impulsión de la dextera. La vieja
 infanteria de Pompeyo sostuvo sola hasta la mu-
 rta el choque de doscientos mil legionarios de Cesar
 y cubrió con sus cadaveres las llanuras de Farsalia.

Al aspecto de aquella caballeria en fuga, Pom-
 peyo sin tentar nada para su gloria, volvió á
 caballo y volvíó á entrar en su campo. Encerrado
 en su tienda y como indiferente á la muerte de los demas
 y á la suya propia, oyó á los caballeros de Cesar que
 galopaban ya al traves de las tiendas derribadas.
 "Que! hasta mi campo?" exclamó. Despues despoján-
 dose de sus insignias de general y de dictador, se vistió
 con un traje que ^{no} llamaba mas la atención, vol-
 vió á montar á caballo, y se alejó al paso, seguido
 de algunos esclavos recuados por el camino del mar.

Se sabe como se lanzó sobre embarcos de pescadores, que lo condujo al día siguiente á un buque mercante; como arribando á Egipto para Tomar allí á su joven esposa Cornelia, se fue asesinado desde sus primeros pasos en la costa de Egipto por la ingratitude de Polonio; de que modo sus cenizas consumidas durante la noche sobre un brasero por los cuidados de un veterano caritativo, se dispersaron por el viento de la mañana sobre ^{aqueles} ~~de~~ ^{aqueles} ~~de~~ ^{aqueles} ~~de~~ ^{aqueles} ~~de~~ sobre ^{aquele} ~~de~~ ^{aquele} ~~de~~ ^{aquele} ~~de~~ ^{aquele} ~~de~~ el continente cubiertos, pocos días antes, por sus escuadras y sus ejércitos.

CLXXIX

La jornada de Farsalia fue la última hora de la libertad. El Senado, las leyes, el pueblo, el mundo romano estaban anonadados con Pompeyo. Cesar no era solamente el primero, como había pretendido, era el único. El no abusó de esta victoria, él no reconocía otros enemigos que los que le disputaban el imperio. El ofreció su indulgencia y sus

tra en favor a todos los que no tenían mas, armas para
 resistirlo. Pero poró las legiones de Pompeyo en las
 pugnas; acausó a Bruto, al que, antes de la batalla
 habia ordenado a los suyos no lo ofendiesen durante
 la batalla; él se creia el padre de este joven repu-
 blicano, hijo de Sevilla, la mas querida de tantos
 mugeres que él habia robado ^{a sus masidos} durante su juventud.
 queria entregar a Sevilla el fruto de sus amores,
 extraviado por su nacimiento en el partido de los Pu-
 trinos, pero que se esperaba volver a su causa.

Cada uno de los nombres ilustres, de los
 senadores y de los ciudadanos del partido de Pompeyo,
 siguió, despues de la batalla de Jarsalia el instinto
 de su cobardia o de su corage; el mayor numero
 se embarcó con algunos restos de las legiones ^{en} ~~en~~
 en la escuadra intacta de Bilbao, que los
 transportó a Africa para continuar una guerra
 desesperada; muchos se reconciliaron con el venen-
 do; Catón se obstinó en su amor de la libertad;

ficieron volver á Italia, ~~feliz~~ de verse aliviado por la
 decisión de la fortuna de la indecisión de su caracte-
 ter. El fue vigorosamente á representar en Roma,
 bajo una tiranía que detestaba, no se sabe que dig-
 nidad acomodaticia de ciudadanos que ^{virtuosos} ~~representaba~~
 por lo bajo y que ^{Lisippos} ~~heraclea~~ en alta voz al opresor de
 la patria.

CIXXX

Cora, sin escuadra por la fuga de Bibulo
 á Africa, no podía apoderarse de su presa despu-
 es de haberla abatido. Sin embargo, el no quería
 dar á la república el tiempo de volver en sí, aun-
 cuando no fuese sino sobre una roca del Africa
 sobre una playa del Asia. El cambió en su nombre
 mas que en una escuadra y en un ejército.

Entrega sus legiones á Británico, atraviesa
 la Macedonia con tres mil hombres y algunos cabal-
 leros, ^{aprovechada} sorprende en el Bósforo una división de la
 escuadra de Pompeyo, se embarca en ella con aquel

(431)
príncipe de soldados, y llega á Alejandria de Egipto casi
al mismo tiempo que el rumor de su victoria.

Un joven Solanes pupilo y cliente de
Pompeyo, reinaba en Egipto: eran los cobardes cui-
nistros griegos de aquel adolescente lo que habian
hecho de goliar á Pompeyo, ^{mas tambien hecho, para} ~~ellos~~ ^{debarcarse} ~~en~~ ^{ellos}
capta se con anticipacion, por medio de este servicio
se presentaron ~~la cabeza~~ ^{de sus espaldas} ~~de sus espaldas~~ ^{presumidos}, el
favor de César. Cuando este desembarcó ellos le pre-
sintaron la cabeza de su rival; César, pues disimula-
to, ó por entremetimiento, Moro al ver el rostro ina-
miado del que habia sido su protector, su aliado,
su yerno; tal vez Moro tambien al ver aquella
imagen de la inestabilidad de la fortuna! En el
pensamiento de la victoria se presentan recuerdos
sentimentales del pasado y presentimientos del
porvenir, en el corazón de los ambiciosos repletos
de felicitad; César era mas copar que otros de esas
inconsuencias de lagrimas en medio del gozo,
porque tenia tantos sentimientos involuntarios de

sensibilidad como de transportes de ambición en
su alma grandes

Hizo recoger y honrar lo que pudo recoger
de las cenizas de Pompeyo; desaprovó y persiguió
a sus asesinos; él quería que se le agudase á ven-
cer, pero no que se infamase su victoria por asesi-
natos cometidos en su nombre. No se sabe lo que
ambicionaba antes se la gloria ó el poder. La
sangre de Pompeyo manchó esa gloria en tu
posteridad; él lo rechazó con horror sobre sus
verozugos.

CLXXXI

mientras equipaba una flota para ir
á buscar á su ejército en Farsalia, y que espe-
raba los vientos obstinados contra él, el Egipto pre-
sa de una anarquía dinástica, se despedara
ba á su vista.

Una reina joven y seductora, hermana

y unger de Dolores, y con los mismos derechos
 que él al trono, había levantado un ejército con-
 tra su hermano y su marido, y sostenida en su com-
 petencia por Septo Pompeyo, pariente y tenien-
 te del gran Pompeyo, sitiaba a Alejandria. En
 el primer albor de una revolución cuyo irresis-
 tible seducion se confunde con la fábula, dota-
 da de un talento, de una elocuencia y de una
 pasión que se parecía al sortilegio, reina, po-
 litica, cortesana a la vez, fies puta veia su
 suerte en manos del dueño del mundo. Ella no
 dudaba de ejercer sobre el arbitrio de su trono
 el imperio de sus lagrimas, de su trato y de
 su amor.

Tan compiada en su reducion como lo es-
 taba Cesar en su fortuna, la joven reina lie-
 nó sus tropas, se embarca con ^{solo en} ~~una~~ ^{una} ~~pequeña~~ ^{pequeña} una
 pequeña embarcacion que el Vilo durante la

noche condujo bajo los muros del Palacio de los
 Tolomeos, en donde Cesar estaba bloqueado por
 el pueblo; se hace envolver en los dobles de un
 tapiz de Persia y llevar como una carga inani-
 mada sobre las espaldas de un robusto esclavo
 hasta la habitacion de Cesar, lo cubrigga con es-
 ta andaina, con subterfugios y con sus encantos.

El amor, desde esta aparicion, es la
 politica de Cesar; ^{se le} levanta ^{424 si} contra ^{el} y contra los
 Romanos todo el Egipto, abrazando la causa de
 su amante; olvida su gente, Roma, el mundo,
 se olvida de si mismo, para sumergirse con Cleo-
 patra en las delicias de un amor desenfrenado;
 él cree no haber jamas conocido sino la sombra
 de la Pasion antes de ver á esa aquella Egypcia
 que le prodiga á la vez su imperio y sus en-
 cantos. El mundo se pregunta donde está Ce-
 sar! Esta enterrado en un Palacio ^{pitico, á} ^{encantado}

los pies de una cortesana reina de Egipto.

La extremidad del peligro le devuelve el coraje pero no la razón; combate como un heros con una media legion y trescientos caballeros contra los Egiptios de Alejandria y contra veinte mil veteranos romanos del exercito de Septo Pompeyo. Se encierra en el templo, convertido en la ultima ciudadela del vencedor de Jarsalia. Su esquadra es incendiada a su vista. Para a modo un trazo de mar, teniendo sus papeles en una mano, sobre las olas, para ganar una isla fortificada con los restos de la legion.

Septo le cierra el Egipto, los buques de los Jolones le cierran el mar. En fin, llega ^{de la Syria} las legiones llamadas en su auxilio. El desbace en una segunda Jarsalia el exercito de Egipto; consolida a Cesarea en un trazo que en lo sucesivo no puede ser disputado, se em-

bríaga lentamente del doble triunfo del amante
y del heroe, se separa con esfuerzo de los brazos de
la reina, y le deja en el pequeño Cesarion una
prendida garantida de su amor que hacia reinar
su sangre un día en el regno de los Tolomeos.

CLXXXII

Le dejaba el Egipto despues de haber
perdido diez veces para su gloria; diez veces hu-
bia merecido perder el imperio. Era necesario que
Roma estuviese bien desprovista de patriotas y que
la nombre de Cesar estuviese bien presente en las
provincias y en los exercitos para que la Italia,
las provincias los exercitos esperasen inmóviles,
durante un año, que pluguiese á Cesar salir de
los festines y del lecho de Cleopatra. Pero Cesar
habia juzgado bien su epoca, creyendola sometida
á los caprichos de un disipado y de una
cortesana.

Antes de regresar á Utahiu, marchó al tra-
ves de la Syria hacia el reino del Norte, en-
tra Farnaces, hijo parricida del gran Mitrida-
tes, que volvió á emprender la guerra contra los
Romanos. Dicho Pompeyo, se lamentó despu-
es de una fácil victoria en Asia, de no han-
ber tenido que triunfar sino de semejantes enemi-
gos! Las campañas contra los británicos aperi-
mados le parecieron juguetes despues de sus cam-
pañas contra los barbaros pero belicosos Galos.

CLXXXIII

Volvio á salir de Roma con otro ejército pa-
ra combatir en Africa con ^{religiosas} ~~hoy~~ ^{religiosas} ~~esta~~ ^{religiosas} ~~rel~~ ^{religiosas} ~~del~~ ^{religiosas} ~~ejército~~
to de Jarsalia, organizada por ^{católicos} Scipion,
Caton, Labienus, el primero de los generales, despues
de Cesar, mandaban catorce legiones, y la cabal-
leria á Numida del pais. Un solo jefe falta

ba en este último ejército de los republicanos, para darle la esferma, ese símbolo del coraje. La rivalidad y la mediocridad de todos ^{aqueles} ~~esos~~ jefes, la indisciplina y la infidelidad de los exunidos, el orgullo del rey Tuba, ~~señor~~ de cuyo territorio ellos disponían, y que pretendía tratarlos como auxiliares no como ~~decaesores~~, condenaban a aquel ejército a una derrota.

Como lo afronto como había afrontado la Italia, Partalia, Alejandria, con un puñado de hombres y con su guardia de Galos, verdaderos arrietos vivos, bajo cuyos golpes derribaban todos los estandartes.

La mañana de la batalla atacado de un acceso de epilepsia, su fatal enfermedad, se contentó de dar a sus soldados por palabra de reconvincimiento la palabra de su destino: Felicidad! Y permaneció acortado bajo su tienda, sin dadas a su muerte.

En algunas horas, sus treinta mil

Nombres dispersarse ciento cuarenta mil en Ithap-
 so, ciudad que dió su nombre á la última victoria
 de César. Su clemencia, que hasta entonces no había
 sido mas que una seducción para los veteranos de
 Pompeyo, se desmiente cuando ve que ella es inu-
 til ante su obstinacion por la republica. Los hace
 desarmar, circundarlos y degollarlos a sangre fria
 despues de la batalla. Todos los gefes prisioneros
 son muertos por sus ordenes, ó le previenen asiem-
 pre ellos mismos. La historia, deslumbrada por
 el poder de César y de sus sucesores, interesada
 en deshonrar la republica agonizante, se ha de-
 tenido muy muy poco en ese gran suicidio de
 los defensores de Roma que no quisieron sobre-
 vivir á la libertad de su patria.

Algunos de los vencidos se retiraron á
 las galias dondeadas, no para vivir, sino pa-
 ra morir mas tranquilamente. Ellos conversa-

ban desafiando la fortuna. Los soldados de Cesar se apropiaron de una de aquellas galeras, en la que se suponía que trataría de huir Metello general de los venidos. „¿En donde está el general? gritaron los fulos. — Está al abrigo de nuestros golpes!„ Res. contestó Metello mostrándoles la espada ensangrentada en que acababa de atravesarse el pecho.

CLXXXIV

El rey Jubaytan Romano como los reinos Romanos, había hecho encender una hoguera, antes de la batalla, en su palacio de Zama, su capital, para quemarse con sus mujeres, sus hijos, sus tesoros, antes que sobreviviera al triunfo de Cesar. Habiendo Zama cerrado sus puertas despues de su derrota para evitar la colera de Cesar, Jubaytan Petreio, uno de los generales venidos, resolvió no privarse de la vida peleando el uno contra

el otro, no por la victoria sino por la muerte. El Africano mató al Romano; Duba, desesperado de no haber caído bajo la mano de un hombre libre, pidió a su esclavo lo atravesase con la espada.

Algunos pocos fugitivos consiguieron entrar en la ciudad fortificada de Utica, en donde Catón mandaba la reserva de los republicanos.

C.LXXXV

Catón, como muchos hombres superiores en su tiempo, no temía todo de César y no esperaba nada de su propio partido. El se mantenía fiel a la república, o más bien al nombre de la república, por deber y no por ilusión. Estaba cansado del mundo en el que su virtud no tenía ya lugar, por la corrupción o por la cobardía general. Si los republicanos de Pompeyo triunfaban, estaba decidido a espatriarse para no ser testi-

go de sus discusiones y de sus venganzas; si fuesen
 era vencedor, estaba decidido a morir por no doble-
 garse bajo la fortuna del culpable. Su alma
 anticipada por una filosofía estorica, era incom-
 patible con la corrupcion de la republica, como
 con la tirania de sus destructores. Se puede creer que
 no fue para él una dolorosa necesidad la de
 morir. Era de esos hombres sin ^{merced} ~~generacion~~ ^{de} ~~infeccion~~
 que parecen vivir en contradiccion con su epoca, por
 que no saben conformarse con ninguna, excepto
 en los tiempos quimericos. Hombres admirables
 de saber morir, pero mas admirables y mas verdan-
 deramente virtuosos si supiesen vivir!

Es preciso leer su nombre para conocer bien
 a Cato, y para medir el coraje de sus defensas, convidan-
 do tales hombres a envitearse o a morir. La his-
 toria no nos ha privado de ningun detalle sobre

las ultimas horas de Utica y sobre el ultimo sus-
piro de Caton; porque Caton ha tenido la felicidad
de personificar en su agonía, la agonía de la re-
publica.

CLXXXVI

A la llegada de los fugitivos que le anun-
ciaron la derrota irremediable de los republica-
nos y su suicidio en Thapsus, Caton hace cerrar las
puertas de la ciudad, y convoca a los trescientos
hombres de la colonia romana que estaba estable-
cida en Utica y que componia el Senado de Apri-
ca, para deliberar sobre lo que quedaba que hacer.
La ciudad tenia dentro de sus murallas y entor-
no de ellas frentas suficientes para una heroica
defensa o para sepultarse en memorables ruinas.
La republica estaba aun viva todavia en el corazon
de aquellos trescientos ciudadanos romanos, y la
causa de besar era tan impia a sus ojos, que sui-

gomo se entre ellos tribubó para asistir a la con-
vencion de Baton.

Mientras se reunian y se alentaban mutuamente a la constancia, Baton, el rostro tranquilo, el paso lento, teniendo en la mano el estado de guerra de las tropas, de las armas y de ~~los~~ ^{provisiones} ~~armas~~ de boca y guerras, se adelanto hacia las puertas de aquel Senado, inspirando confianza a la multitud por su aspecto y continente. El discurso que él les dirigió y que se nos ha conservado no traidora ni el abatimiento que siente desplomarse su causa bajo sus plantas, y que quiere repetir en él a los demas, ni la jactancia de un fanático que dice suelta el peligro y que exagera la esperanza.

„NO, les dijo, „si la disposicion de vuestro
„espíritu es ceder a la fortuna, yo considerare
„esta resolucion de vuestra parte como la obra de
„la necesidad; si, por el contrario, quieris tomar el

„Partido de endueros contra la adversidad y de depu-
 „der la libertad hasta la optacion de nuestras fuercas,
 „no solamente os admirare y alabare' nuestros
 „tratos, sino que permaneceré a la cabera de los inv-
 „darnos y de los soldados para hacer una ultima
 „ver juntos la prueba suprema de la fortuna. Y
 „tal vez ~~esta~~ sus recompensará de sus nobres des-
 „perado ni de ella, ni de la justicia, ni de la Pro-
 „videncia, ni de nuestra patria. Porque la patria no
 „es ni Atenas ni Utica, sino Roma, que en pocas
 „cuenta se ha levantado de mayores caidas por su
 „sola fuerza y por su propia vitalidad.

„Todo me está perdido: nuestra mejor probabili-
 „dad de salvacion es que resistamos a un hombre a
 „quien la necesidad de sus negocios llama a un
 „choro juntos a la vez. La España acaba de suble-
 „varse contra sus reyes que la warra con su pueblo y
 „sus legiones en la causa de los hijos de Pompeyo.

" ~~El~~ La misma Roma no se ha aceptado to-
 " davia el freno; ella quisiera á indignarse y á eno-
 " jarase contra la tiranía, pero temamos exponer nu-
 " estros bienes y nuestras vidas por lo que vale mas
 " que la vida y los bienes, y sigamos el ejemplo de
 " nuestro enemigo, que no teme ~~de~~ exponer todos
 " los dias su cobertura por el ^{capito} ~~resultado~~ del mayor de
 " los atentados. Una vida feliz tenemos garantida
 " si triunfamos; una muerte honrada y gloriosa
 " si moribamos. No obstante, deliberad madura y
 " libremente en vosotros mismos, y rogado á los dioses
 " os inspiren cuanto hay de mas prudente y mas santo."

CLXXXVII

Los trescientos senadores parecian haber res-
 piado el alma de Caton en sus palabras; decidieron
 unanimemente resistir á Cesar por los medios mas
 desesperados, pidiendo que se diese la libertad y
 muerte asimismo á todos los esclavos para doblar las

republicanos. Pero Caton, que se inquietaba de esta emancipacion en masa y sin indemnizacion de los esclavos, propiedad sagrada de la antigüedad, aunque misma, rechazó esta extrema espoliacion extrema de los ciudadanos, y no quiso incorporar al ejército ni a los esclavos que sus ~~amigos~~ libertasen voluntariamente en obsequio de la salud comun, prefiriendo la justicia a la victoria. Los senadores solícitos en dar ejemplo, dieron al instante la libertad a todos sus esclavos, y Caton les distribuyó armas.

Pero apenas habian hecho este sacrificio a la patria y a la elocuencia de Caton, que el entusiasmo que se habia apoderado de ellos en su presencia se calmó despues que él se retiró, y empezaron a preguntarse si era verdaderamente prudente y razonable a algunos ciudadanos ^{aislados} ~~ensamblados~~ y traficantes como ellos en una colonia de Africa, resistir, hasta la perdida de sus bienes, de sus esclavos y de sus vidas, al que ni Roma, ni la España, ni la Ga-

nia, ni la Africa, ni el Asia hubieran cesado de resistir, y si verdaderamente habria de ser en lo imposible, resignara en la necesidad, y si no valia mas implorar y recibir la salud de la clemencia de los vencedores meriendo diputaciones á Cesar.

CLXXXIII

Durante esta contra-marcha del Senado, las tropas fugitivas de Sepsa campadas bajo los muros de Utica, recusaron de entrar en la ciudad, por el temor de ser cercados por Cesar y de caer en la peste de una multitud móvil y cobarde, que no sabian ni defenderse ni someterse oportunamente. Ellos pidieron sediciosamente que Cato les mandase y les condujese á las montañas á incorporarse al exercito mandado de Juba. Cato se esforzó en contenerlos, así como á los miembros del Senado de Roma que ellos arrastraban ya consigo lejos de la ciudad; sus reprehensiones

severas y sus lagrimas los conmovieron. El volvio a entrar en la ciudad con aquellos religiosos, y los distribuyo', los unos en las Puertas, los otros en la ciudadela.

Pero el senado municipal de Utica ^{que venia a guerra} ~~se comprometia~~ en la guerra que aquellos restos del senado Romano se alarmo' de ver su ciudad en poder de los soldados y de los senadores republicanos. Ellos enviaron a intimar a Caton que se presentase otra vez en su consejo. Caton desarmado, salio de su ciudad, con compiura y se entrego' a ellos. Su ^{la} sujecion a consideracion le servia de escolta y de resaca. Los notables de Utica le anunciaron que habian renunciado a defenderse, que ellos enviaban diputados a Cesar, que imploraban su clemencia y que le pedian, por primera condicion de la rendicion de Utica, el perdón y la vida de Caton.

Caton me combatió ^{su} resolución; comprendió
 que el deber para los hombres era proporcionado á la
 virtud, y que lo que convenia á Caton podria ser con-
 venis á mercaderes de Africa. "Haced," les dijo sin
 "ningun reproche," lo que pueda asegurar vuestras
 "vidas y vuestras fortunas, pero guardaos bien de esti-
 "pular nada á mi respecto; porque es á los venidos,"
 "ágrade," á quien ^{se} puede ^{implorar} pedir gracia, y á los
 "criminales implorar el perdón. En cuanto á mi,
 "yo no soy venido, puesto que su cumbro con tal libe-
 "dad y la justicia, es Cesar el verdadero venido, y que
 "se confiesa el mismo hoy el verdadero culpable,
 "pues que, despues de haber tan largo tiempo regido
 "que tramaba contra su patria, es torcido hoy en
 "Alagante delito y á la luz del sol, con la mano
 "de las leyes y de la sangre de Roma.

Habiendo dejado, despues de estas palabras, á los trescientos senadores de Otica entregados á sus deliberaciones, volví á la ciudadela y conjuré á los senadores de Roma á buscase su salvacion por mar ó por tierra, y para que saliesen de Otica antes que la vanguardia de las tropas de Cesar les cerrase el camino de la fuga. Les vío equipar algunos galeras; presidí el retiro á la retirada de los caballeros de Metello, que se retiraban en el mismo con los arcabuceros de Juba.

Su aspecto sin embargo hacia subir á la multitud de la cobardia de sus gefes; el pueblo y los esclavos se insurreccionaron por la libertad; abandonada por los hombres libres y por los poderosos. Ellos amenazaban á los trescientos acotables de suanolarlos á su vezgieros. Baton como se ha heio sido desinteresado en una y otra causacion.

vocó al pueblo y á los esclavos á la plaza pu-
 blica, los arengó, les puso de manifiesto el
 peligro de la insurrección civil y de la anarquía
 á la faz de un enemigo pronto á forzar las
 puertas, y los injuro á que dejasen sus principales
 cuidados, arbitros de su suerte, negociar con
 fines la salud común. En cuanto á él, se in-
 diferenció y su tranquilidad anunciaba que
 había tomado su partido.

El conde fué en seguida á los senadores ro-
 manos hasta las guleras y los abrazos descan-
 dos mejor fortuna bajo otros climas. Contrario
 á toda contumacia á algunas exageraciones de ego-
 tismo inútil en los jóvenes que se ostentaban
 en imitar inútilmente su ^{restoricismo} ~~heroísmo~~. De ese
 número era Estatilio, enemigo personal de
 César, que rehusaba embarcarse con los otros

para sufrir la misma suerte de fator, y Aliviad
 a ese joven se su efeso y de su epagrainde virtud;
 dijo él al filosofo Apolonios, su amigo, y
 encaminado a resoluciones mas sensatas y
 mas utiles. El no temia, tan seguro estaba de
 si mismo de disminuir su energia para lo demas.

CXCI

Luis Beron, pariente del usurpador de
 su republica, pero fiel a su libertad, estaba en
 Otica. El consultaba a fator sobre una arenga
 patetica que pensaba dirigir al vencedor de Ithup
 no para obtener la vida; si yo obtengo mi
 gracia, hablare tambien por vos, dijo a fator.

Si yo quisiera obtener la vida de Beron,

le dijo fator, no tendria mas que hacer que
 ir a su campo sin tener necesidad de otro in-
 tercesor que yo mismo; pero yo no quisiera reco-
 nocer su triunfo recibiendo de él lo que me tie-

„se derecho de dar. Porque conque derecho acen-
 „da el la vida la vida y la libertad a los que tie-
 „nen ^{el} derecho de vivir y de ser libres mas que él?
 „Pero, en cuanto a vos, examinemos juntos como se
 „hablaréis para obtener vuestra amnistia y lo de los
 „Romanos de Utica.” El compatió con la debili-
 „dad de Lucio Cesar, como si hubiese sido su
 „profesor de eloquencias.

No por eso Cesar dejó de mandar degollar
 a Lucio, encontrando mas crimen en un parien-
 te, lo que no era en los otros sino patriotismo.

CXCII

Habiendo cumplido con todos estos cuidados
 en favor de la ciudad, de los senadores, de los fugi-
 tivos, cuando la vanguardia de Cesar estaba ya
 acampada a la vista de las murallas, Catón
 pareció calmar algun tanto su espíritu como un
 hombre que nada mas tiene que hacer que reposarse.

en su estancia. Convocó á los principales ciuda-
 danos del consejo de Otrera, algunos filósofos y al-
 gunos amigos para cenar en la ciudadela; él se
 extendió, por la primera vez despues de la bata-
 lla de Shapso, sobre una cama, á la manera de
 los Romanos, porque hasta entonces él no había
 comido sino en pie. Al fin de la cena, y en el mo-
 mento en que el calor del vino anima^{la} hace
 mas expansiva la conversacion, habló con una di-
 vina elocuencia y con una convicción anticipada
 sobre la libertad del hombre de bien y sobre la servi-
 lidad de los melindros, esclavos en realidad
 de sus pasiones; despues, teniendo hecho he-
 cho sospechar, por la exaltacion de su acento,
 el designio que fermentaba en su alma, volvió
 á descender á las cosas humanas, se informó de
 los negocios publicos y privados de sus hues-

pedes, y tranquílono; por su libertad de espíritu, á los que temian de él un proyecto siniestro.

Después de la retirada de los convidados, continuó paseándose en la sala con sus amigos, dió ordenes para la noche y para el día siguiente á los comandantes de las Puertas de la ciudad.

Habiéndose despedido sus amigos, se acostó y leyó; esperando el sueño, el dialogo de Platon sobre la inmortalidad del alma. Después, habiéndose apercebido que su espada, sustraída á su alcance por su misma vigilancia de un amigo, no estaba colgada segun en timbre sobre su cabecera, llamó á un esclavo para que se la trajese.

El esclavo, de inteligencia con su hijo, tardó en obedecerle, con la esperanza que el sueño desvaneceria en faton la idea de su arma. El continuo leyendo en efecto el dialogo de la

inmortalidad, y su alma estaba ya tan sumergida
en ese mundo superior cuyo misterio rodeaba
con Platon, que el leyó todo el libro hasta la
última línea, y que el primer rayo del albor
del día en el firmamento empezaba a tener el su
viente, entonces llamó a través al esclavo para
volverle a pedir su espada.

CXCIII

En su colera contra la inoportuna pruden-
cia de su hijo, que lo espantó, decía, a ser entregado
desarmado a sus enemigos, se irritó hasta el extremo
de golpear al esclavo que le rechazaba el instrumen-
to de su rescate; fatal irritación que dejó estallar
en aquella bella muerte una explosión de bru-
talidad en medio de la calma de la razón! él no
pudo en acorgouarse.

Su hijo y sus amigos ^{hija} tenían la atención en

sus manos para impedir que realizase el designio
que elev^o se respectaban. Ellos se precipitaron en su
habitacion y lo abracaron llorando como para rete-
nerlo a la vida por vinculos tan caros.

Pero 'el los rechazó' con dureza, y levan-
tandose de su asiento: „ Desde cuando pues, „ dijo
„ a mi hijo y a mis amigos, „ se me ha visto dar se-
ñales de un espíritu que no se domina a si mismo,
„ para desvanecerme así como a un loco? Porque me
„ me haces también atar las manos a la espalda,
„ o' hijo mio, hasta tanto que cesar llegue y me
„ encuentre a su discrecion sin defensa? Pero crees
„ que yo tenga necesidad del acero para quitas-
„ me la vida, si ~~tuvieras~~ tuviera tal resolucion? No
„ me bastaria para morir, detener tan solo un con-
„ to tiempo mis respidacion, o' romperme la cabeza
„ contra esta pared? „

su hijo, que lo adoraba, no pudo soportar

la idea de aquellos palabras ^{^ sin} prosumpfit en la
grimos y sin salir trastornado de la habitacion
para dejar estallar sus gemidos y sus sollozos.

CXCIV

Mas libre con sus amigos, Caton les hablo con
mas franquera, pero siempre con una ternura que
respiraba la amargura del reproche.

„Y vosotros tambien,“ les dijo, „vosotros per
„maneced, abid para espiar en silencio mi mano, y
„para retener contra su voluntad en la vida a un hom
„bre tan avanzado ya en años como yo?? O bien,“
continuo con dulce ironia, „me traeis alguna be
„na demostracion para convencerme que no es deplor
„able ni deshonroso para Caton, cuando no tiene
„otro medio para defender su vida, recibirla del em
„pergo de su patria? Porque no os esforzais en pe
„netraros de esa bella moral y desengañaros de
„mi error, aqui que, desmintiendo las opiniones en

„que hasta ahora hemos vivido, y convertidos a otras
„maquinas por la virtud de Cesar, nos arrepintamos
„y le demos las gracias por habernos desilusionado?

„Pero no,“ agrégó tomando entonces mas serio,
„todavía no he resuelto nada definitivamente a
„mi respecto; yo deliberaré todavía mas madura-
„mente con vosotros, y por los argumentos de que
„nos sirvamos en nuestra conversacion filosofica,
„pero id a consolar a mi hijo y decirle que, si no
„puede persuadir a su padre, es preciso que no tra-
„te de violentarlo.“

CXCV

Sus amigos, convencidos que nada habria
que esperar de semejante hombre que lo que ob-
tendria de si mismo, salieron con las lagrimas
en los ojos y le devolvieron su espada. Solamente
que, por un ardor insuperable de la ternura de su
hijo, ellos hicieron que se la entregase no sin

hombre hecho, cuyo aspecto hubria podido sustraer
 mantenerlo en su resolucion demasias vivida,
 sino por un signo. Ellos esperaban que aquella
 imagen de la inocencia y de la dulzura, con-
 trastando con la espada que sus manecitas le
 presentarian, recordaria á Caton su propio hijo
 y lo retraeria de dejar sus huesos sobre la
 tierra.

Caton se movio en efecto á la vista del niño,
 colocó la espada sobre su cabeza, volvió á abrir
 su libro, no leyo una segunda vez hasta el fin,
 despues se durmió en un sueño tranquilo,
 como un hombre que al fin se ha librado de un
 gran cuidado ó que ha encontrado la interpretacion
 de un gran enigma. El no despertó ^{despertó} hasta ^{despertó} el
 día; entonces llamó á uno de sus confidentes, y
 le ordenó irse al puerto á asegurarse si todos
 los fugitivos estaban en seguridad en las galeras

Y si el viento y el mar les eran propicios.

Este confidente volvió a decirle que todos estaban embarcados, pero que una violenta tempestad agitaba las galeras y despedazaba su velamen; él suspiró, sin proferir palabra, de piedad por los peligros y sufrimientos de los pasajeros, y volvió por segunda vez otro día al puerto para ver si alguna galera había encallado sobre la costa y si los naufragos pedían socorro.

CXCVI

Disipado este temor por el regreso del mensajero, le mandó que saliese y cerrase la Puerta; despues, arrojandose en la cama, como para renovar un sueño interrumpido, pareció dormirse.

Las aves empezaban ya gorgear a la salida del sol, dice Butas, el ultimo de sus Amantiores con quien el noble, cuando, la cabeza envuelta en los cubertores, se clavo' el acero en las entrañas. Una convulsion involuntaria lo precipito' de la

cama sobre el pavimento. Sus amigos que velaban en la habitacion inmediata, acudieron al ruido; él los miró [^] ~~en silencio~~ ^{fijando la vista sin pronunciar} palabra ni queja; su medico le introdujo los intestinos que salian de la herida con su sangre, cosió la piel y ~~coloco~~ ^{coloco} a ~~coloco~~ el cuerpo en el lecho; pero tan pronto como Caton recobró el sentido, se obtuvo en la muerte con la misma resolución con que la había meditado, y despedando sus entrañas con sus propias manos, expresó mi artificial palabra, pero dejando protestas para siempre a aquel silencio [^] ~~que~~ ^{la} sangre de un justo contra la fortuna de un tirano.

Fue enterrado en la villa del mar. Se vio largo tiempo su estatua con el rostro tetrico de un hombre [^] ~~que~~ ^{que} nada espera de la virtud de su pais, y opiniando contra los pliegos de su vestido el acero libertador que los antiguos invocaban como

la Providencia de los venidos, y que los modernos,
mas religiosos, rechazan como el instrumento de la
desesperacion; debilidad heroria, pero debilidad de los
impacientes! Honor a esa filosofia de la resigna-
cion que, despues de la perdida de toda potencia
de accion, ha hecho una ultima virtud de la es-
peranza!

CXCVII

Lesar no habia aun concluido con la libertad.
Ella venia de su sangre. Los hijos de Pompeyo,
habiendo reunido trece legiones de los veteranos de
todas las republicas del occidente de la Italia en
España, amenazaba entrar en Roma con la liber-
tad y el senado. Todo cuanto habia escapado de
Farsalia y de Thapso iba a reunirse a aquel
gran nombre. Venidos en España todos los tenien-
tes de esas, este saliendo de Utica corria a Bor-
doba. El combato en Munda, no por el imperio

mis por la vida; sus legiones rotas en momentos
 por los veteranos de Pompeyo, lo abandonan en el
 campo de batalla; él se apea del caballo toma
 un escudo de soldado, lucha contra legiones con un
 puñado de hombres, busca la muerte, y no sin
 dársele recibida, vuelve contra sí su espada para dar
 a sus. Desarmado por sus Julos, que dan a sus legio-
 nes el ejemplo y el tiempo de retirarse, saca
 la victoria del seno de la derrota.

Los cadáveres de treinta mil veteranos de
 Pompeyo y ve tres mil caballerías, hijos de la
^{militar} vecindad de Roma, fueron atados unos con otros con
 una cadena de javelinas, entrelazados y constru-
 dos como una muralla firme al alrededor de
 la pequeña ciudad de Munda, sitiada por Ce-
 sar. Cesar había adquirido en la Galia los costumbres
 barbaras de los Julos. Los republicanos sobrevivien-
 tes y refugiados en la ciudad después de la bata-

Me no se espantaron de aquella inmundacion de
 cadaveres; ellos prefirieron la muerte a la tirania.
 No habia sino algunos batones en Africa despu-
 es de la batalla de Thapsu, cinco o chenta mil
 en España despues de la batalla de Munda.
 La libertad era tan desesperada como la ambicion.

Los historiadores vendidos a la fortuna y
 a los Cesares han acusado a la republica de tra-
 ber muerto en Roma antes que Cesar la hubie-
 ra sepultado. Esta es una calumnia. Continúo,
 Thapsu, Munda protestan contra ella; unatro
 ejercito de doscientos mil hombres, dos escuadras,
 la emigracion en masa de todo lo que constituia el
 Senado, las magistraturas, la ciudad politica, un-
 tro años de agonias convulsivas entres continentes
 cuando volto la Italia a los combatientes, en fin
 seiscientos mil cadavares de ciudadanos romanos
 treinta milidros de hombres libres, confundien

por sofismas históricos de los escritores; una tal agomía prueba una vida todavía robusta y recien entrada. No, la libertad romana no murió por sí misma, como se ha escrito para excusar y adular á los imitadores de César; ella fue muerta, y César fue el asesino.

Los hijos de Pompeyo se evadieron de Arunda casi solos, no por cobardía, sino por coraje; ellos querían conservar un gran nombre á la libertad y combatió con encorajamiento hasta el último suspiro, en lugar de morir en vano por ella. El mayor ~~Criso~~ Cneo Pompeyo, fue muerto defendiendo la entrada de una caverna de las montañas de los verdugos de César; el segundo entró con algunos valientes en Portugal, allí combatió algunas galeras y combatió como corsario sobre los mares, puesto que le faltaba la tierra para luchar contra César.

Es preciso describir de las historias escritas bajo el dominio de los descendientes de los conquistadores de su patria, en historia como en guerra, desdicha a los venidos, no son solo los contemporáneos los aduladores de los crímenes felices, el porvenir lo es también. Hay en la humanidad entera una cierta inclinación cobarda o perversa, que la conduce a dar la razón al que tiene la fuerza, y a condenar sin examen al que ha sucumbido. Es contra esta cobardía de la ^{superstición} ~~superstición~~ que los filósofos imposibles y los historiadores justos tienen la misión de protestar con la conciencia y con la verdad.

CXCVIII

Desar volvis a Roma para recibir con insensibilidad los honores del triunfo. Mutatis tan indulgentemente con la gloria, no puede prescindir de acusar a sus contrarios contra tanta desvergüenza.

„Fue allí, dice él, la última de las guerras de
 Cesar. El triunfo que él se abrogó por haber exter-
 minado las catorce legiones romanas de los hijos
 de Pompeyo y toda la juventud patricia y plebeya
 de Roma, costó mas á los Romanos que en
 tanto hasta entonces hubría osado; porque el su-
 ventura los honores del triunfo por haber veni-
 do á reyes y generales extranjeros, sino por ha-
 ber exterminado á los hijos de Roma y destruido
 la rra de los mayores personajes que mas hu-
 biera ensalsado Roma y que la fortuna hubiera
 precipitado de mayor elevacion á un abismo. To-
 do el mundo veía que era una cosa indigna tri-
 unfo de las calamidades de su patria y que se
 jarse por victorias que mas bien se debían de ple-
 rar y que ni los hombres ni los dioses podían sus-
 tar.

„Sin embargo, agrega con tristura, los Romanos
 doblezándose bajo la gran fortuna de aquel

Nombre y tusando el freno, persuadidos que el so-
 lo medio de respirar y calmar las guerras civi-
 les y la conculaciones, era el desometese á uno so-
 lo, lo nombraron dictador perpetuo, y esta era la
 mas palpable y la mas inaudita de las tiranías,
 pues que, á la autoridad absoluta y soberana,
 á la plena y personal omni-potencia de la
 monarquía, se agregaba de mas el derecho de
 no ser jamas despojado.

No obstante, el derecho, la legitimidad,
 el respeto faltaban de tal manera á aquella usum-
 pcion de ferar, que sus mismos soldados, sigui-
 endo al capitulo en carro de triunfo, hacian
 farsa del auto que ellos imponian á los cinda-
 danos. Lo señalaban con el dedo á la poblacion,
 con ciertos soldados sobre su frente calva, so-
 bre sus costumbres afeccionadas, sus adulterios,
 su impiedad, sobre las torpezas de su juventud

en el palacio de eximios, sobre todos los víos
que ellos coronaban descaradamente sobre la ca-
bera de su general. Es el colmo de la ignomi-
nia para un pueblo, despreciar al que al mis-
mo que Totera. Esta ignominia no se economi-
zó a los Romanos por los veteranos y por los
Gulos de Feras.

CXCIX

Pero la espriacion manchaba al mismo
por que el cortejo del triunfo.

Apenas Feras habia llegado a la cumbre
mutilada desde tantos años, que parecio trastor-
nada del vertigo de su propia elevacion, que fue
como herido de indecision y de inmovilidad entre
los diferentes partidos que tenia que tomar. Desde
que todo el mundo se pestencio, no supo que
hacer ~~de~~ de él. Esta es la venganza de las am-
biciones criminalmente satisfechas. Ellas no
pueden subsistir mas, y entonces no pueden sino vol-

ver a' bajar; ellos ^{se desploman} ~~desaparecen~~ sobre si mismas y
caen en el desaliento de las posiciones saciadas. (180)

La historia, a nuestro entender, no se ha
detenido bastante en observar esa ruina completa
y por decirlo así total de esas, desde el día en que
fue dueño absoluto de Roma y del universo.
Nada mas raro que un gran delirio de guerra
asiática, imitado de Alejandro, contra los Per-
thos, y de ese delirio la muerte de desiertos su-
presaltado.

CC

Tres grandes partidos se le oponían y podían
tentar igualmente su genio, sin ser superior a sus

prezcas:

Restablecer y reformar la república recon-
ciliando el pueblo y el Senado, los patricios y los ple-
beyos por medio de una ley electoral mas amplia
y mas equitativa, crear un Senado nacional en lu-
gar de un Senado aristocrático, y volver a' las

consules nombrados por este Senado soberano la au-
 toridad republicana, al abrigo de la corta dicta-
 dura que, como Washington, debería de poner des-
 pues de la reforma. Se ha visto que existia bastan-
 te civismo y patriotismo republicano en Roma
 para que la republica reformada pudiese gover-
 narse asi largo tiempo por si misma demora-
 tiendo su gobierno.

Hacer una revolucion social, es decir ^{mantener} ~~mantener~~
 las promesas temerarias en la paz, pero realizables
 en un trastorno general del que sea egreito el An-
 cian arbitro; abatir enteramente la aristocracia, ele-
 var a todos los colonos, a todos los veteranos, a todos
 los habitantes de las ciudades municipales al
 goce de los completos derechos de ciudadanos ro-
 manos; nacionalizar los libertos; emancipar
 millones de esclavos; distribuir, por la mas lata
 y la mas util de las leyes agrarias, los territo-
 rios estériles de la Italia y de las provincias con-

quitosas, en propiedad, a' los ciudadanos, a' los sol-
 dados, a' los municipios a' los aliados; transfor-
 mar el código; ser el legislador de la justicia ci-
 vil, el ~~solon~~ de la Italia; hacer, en una palabra,
 de los Romanos un pueblo en lugar de una oli-
 garquía de tribunos de Roma, la sobera de un
 mundo en lugar de una ciudad, y de su senado
 municipal el senado de un universo represen-
 tativo; esto era grande su idea, pero no era ma-
 yor que el genio y la omnipotencia del aristocra-
 ta de Roma

En fin acordados de nombre la república,
 como se había acordado de hecho, transforman
 su asidaramente en monarquía hereditaria del
 mundo romano, a' ejemplo de los grandes mo-
 narquías asiáticas, y construyeron así el orden mo-
 nárquico sobre las ruinas del orden repúbli-
 cano: una tal monarquía, instituida en una

mente por un suceso postumo, o' por un fun-
 do magno precor, valia mas que la tirania
 electiva y personal que no iba a ser despues de
 el sino el reino de los cuartetes romanos y el
 interregno de todas las leyes. Si el titulo de
 rey, odioso a' la presumpcion popular, repug-
 naba a' los Romanos, el titulo de imperator he-
 reditario no les repugnaba; el mismo nombre
 de Cesar no podia hacerse ^{mas} y se hizo el mayor
 de los titulos!

CCI

El primero de estos partidos era el mas
 justo; el segundo el mas humano; el tercero era
 el mas magnifico.

Entre estos tres partidos, Cesar no se atre-
 vio a' escoger ninguno; esto era lo peor. Jamas hom-
 bre elevado a' la cumbre de las cosas humanas no tie-
 ne mayor indiferencia de lo que sera despues de el

su patria y la Humanidad. El era, segun su expresion en una aldea de los etruscos, el primero en Roma, el unico en el mundo: esto bastaba al universo. A medida que fuere mayor el vacio que se hacia despues de él, mas se admiraria al hombre que lo habia colmado solo con su nombre y su genio. Esto era impio. El eguismo es la politica de la impiedad.

CCII

Veamos en el estado de Roma, al regreso de Cesar, lo que podria concurrir a perjudicarlo, en las disposiciones de la Italia, en una u otra de las grandes combinaciones politicas que se operian a la eleccion de Cesar.

En el partido de los Nobres de bien, todo estaba reunido, desterrado o ausente; la indignacion sorda habia sucedido a la guerra abierta; Licinio y Bruto eran los unicos que habian re-

presado a Utatic y que conservasen alguna co-
 municacion con los destructores de su ^{Martirio.} ~~partido~~
 Y todavia, conque desconfianza hablan ellos
 de Cesar! " Por esto pretende, escribe Ciceron que
 Cesar trae buenas disposiciones hacia los nombres
 de bien. Pero los nombres de bien, en donde los
 encontrara? al menos que sus vaya a buscarlos en
 la region de los muertos, a donde ^{los} ~~los~~ ^{los} ~~los~~ ^{los} ~~los~~ ^{los} ~~los~~
 a todos! Su tirania en este mundo esta bien
 radicada. "

Sin embargo Cesar hizo guerra con afecta-
 cion a los restos del partido del Senado para dis-
 minuir, a los ojos de la opinion publica, el valor
 de honor y de virtud que se habian entornos de
 el, y para ensayar la presentacion al pueblo de
 una fantasma de instituciones libres bajo la sen-
 vidumbre. El permitia a Ciceron publicar un
 elogio de Caton, y el mismo publicaba el Acto

cator, libro en el que alababa mucho a Ciceron, al mismo tiempo que lo reputaba, como
 si se tratase mas que de una lucha filoso-
 fica y literaria entre la republica y Cesar. El
 llevaba la deferencia hasta visitar a Ciceron en su
 casa de campo, ~~en su casa~~ bañarse y pasearse
 en la orilla del mar, en conversaciones familia-
 res con el amigo de Caton.

Estas cosas le seroquistarian, no lo co-
 raron, sino las bajezas del partido republi-
 cano. Se fingia creerlo, contra toda evidencia, su
 designio de reedificar la republica sobre sus
 ruinas y de reconciliarse con los patricios, de los
 que ahora tenia necesidad contra el pueblo. El
 temor de nuevas listas de proscricion, dice él
 mismo en sus comentarios, que son consecuencia
 ordinaria de las guerras civiles, y sus disensio-
 nes de poder, melaba a los ciudadanos.

En cuanto á su propio partido, Salustio, un
 adulator, lo pinta así dirigiéndose al mismo César:

«~~deudas~~», «Hombres manchados de diólucio y de
 «aprobios que te creían pronto á entregarles la re-
 «pública, han venido en tropel al campamento, ame-
 «zando á los ciudadanos pacíficos de saltos, de
 «asesinato, de todo cuanto se puede esperar de una
 «alma depravada. Pero cuando han visto que tu
 «no los dispensabas de pagar sus deudas, que tu
 «no les entregabas los ciudadanos como enemii-
 «gos, ellos te han dejado. Solo un pequeño nu-
 «mero se ha creído en su seguridad en tu cam-
 «po que en Roma, tanto era el miedo que te-
 «rían de sus acreedores! Pero es increíble cuan-
 «tos hombres y que gentes han desertado tu cam-
 «po por la de Pompeyo y elegido su campo como
 «un asilo inviolable para los deudores!»

A quel partido, dice el autor del estudio mas
 profundo sobre la politica de Cesar, Mr. Chamm-
 pagny, pedía con insistencia nuevas leyes de
 prerivicion, leyes agrarias, la abolicion de las deu-
 das, la ^{supresion del} ~~abolicion del~~ precio de los alquileres y
 de los arrendamientos: es el grito del hombre
 que se mezcla en todas partes y siempre con
 a los gritos de las revoluciones.

A quel partido, en la ausencia de Cesar
 durante su campaña de España, lo habia ob-
 tenido todo de Antonino y de Dollabela, sus dos
 tenientes en Roma. Habia habido dos cam-
 pos en la ciudad, el de los propietarios y el de
 los proletarios; se habian batido sobre el forum,
 los unos por la propiedad, los otros por la
 espolivicion; las legiones romanas, sin melos
 durante estas agitaciones que hacian desapa-

ver el oro, habían numerado y contribuido
 con su indisciplina a los desordenes de la Pla-
 za pública. Antonio y Dolabella, dos emer-
 gimientos de popularidad a todo precio y dos
 acides de besar dispuestos a todo, no tenían na-
 da que escrupulizar ni en la fortuna ni el
 honor; ellos habían fomentado y secundado a
~~propia~~ ^{propia} ~~mas~~ aquellas turbulencias de la plebe
 romana

CCIV

Dos vargos pintamen hicieron la orgia
 y de Antonio y de Dolabella, esos dos visyes de
 besar, poco tiempo antes de su regreso a Roma.

„Antonio depravado por el habito de los
 proconsulados y por el ejemplo de las costum-
 bres asiaticas, cuyos escandalos si traia a su
 patria con la tolerancia de su patron, viajaba
 de ciudad en ciudad, en Italia, en un carro de

rado por leones. Su mujer Fulvia, viuda del
 demagogo Clodio (que mas tarde debia atra-
 versar la lengua de Ciceron con la aguja que con
 que aderesaba sus cabellos), seguia a Antonio
 en una litera; una segunda litera conducia á
 su querida reconocida, la cortesana Cytheris; es á
 esta cortesana mal disfrasada con el nombre pa-
 tricio de Volumentia, por lo que forzaba á los
 magistrados de las ciudades le dirigiesen sus
 homenajes, complaciendose de este modo en en-
 vitar el respeto por la autoridad, profandose
 el mismo de las deferencias que exigia de los
 ciudadanos en nombre de Cesar; sus compañeros
 de desordenes y su propia inandore, manchada por
 ese contacto infame, o en portan una tercera li-
 tera; en fin, una banda de histriones, de baila-
 rines, de tocadores de flauta y de soldados, es toda
 desuenda en mano, es coltan en este cortejo, ha-

ciendo á su vez temblas y brama á los ciudadanos.»

Tamara la demagogia moderna ha mercedado
asi el vino y la sangre. En el precursor de Cesar en
Roma, se tiene el presentimiento de Claudio y de
Caligula. Ebrio de las copas de la noche, dicen
todos los historiadores de la epoca, subia bambo-
leandose á su tribunal en pleno Forum, y res-
mitaba en la falda de su tunica el vino super-
abundante de la noche, sus jocosidades divertian
la ciudad.

Un dia que habia dejado á Fulvia su rango
en Roma, indignada de sus adulterios y de su vida
separase de él, quiso probar la sinceridad del amor
de Fulvia y reconciliarse con ella, si este amor
le parecia sobrevivir á su colera. El partido de
Carbona solo y disfrazado de correo galo, en
un carruaje de alquiles. Lo que hubo llegado
á las Puertas de Roma, espera en una taber-

no del arrabal que la noche favorezca su paso
furtivo por las calles. Vestido con el clamido y
^{largos} las polainas de cuero de los paisanos de la Galicia,
el rostro cubierto de polvo y cubierto en sus lan-
gos cabellos, se hace anunciar en la casa de su
mujer como un mensajero secreto de Antonio. Le
entrega una carta de su marido, en la que An-
tonio, mas enamorado y arrepentido que nunca
de sus infidelidades, le jura una pasión renova-
da por la ausencia y se promete despedir a Cyprien.

Fulvia, engañada por la apariencia sal-
vaje del mensajero, palidece, se sonroja y lleva
intercedida al leer la carta amorosa de Antonio,
convencido este de que todavía es amado, se arroja
a los brazos de Fulvia y la cubre de besos y de la-
grimas.

El ruido de la subita llegada del virey
deferar se repiende en Roma por los ^{servientes} ~~criados~~ de
Fulvia; el pueblo se agolpa en tropel a su

puerto, y el felix amante de Fulvia es forzado a subir al Forum sobre su tribunal para anunciar a los Romanos que la Italia está tranquila, que Cesar es vencedor y que Antonio ha pasado una buena noche!

En cuanto a Dolabella, el otro Orestes de Cesar, arruinado por el juego, envidiaba la fortuna de los demas, despojaba a los hijos de la herencia de sus padres, vendia a vil precio los bienes de los proximos para formarse un patrimonio, proclamaba descaradamente la doctrina del comunismo romano, la abolición de las deudas, la supresion de los alquileres de las casas, y pretaba los soldados de Cesar a los proletarios contra las resistencias de los ciudadanos.

CCV

Fal era el partido de Cesar en Roma, cuando Cesar volvio despues del asesinato en masa

de los soldados de la republica en Merida. Las legiones galesas y romanas que traia de España marchaban en su regimiento como soldados de la Patria, sino como bandos desenfrenadas que venian à conquistar y oprimir la Italia. La indisciplinada consecuencia de la indulgencia que un jefe de partido debe à sus partidarios en retribucion de sus servicios, preocupaba à estas legiones ^{con} ~~del~~ mismo espíritu y tendencias que à los trescientos mil artesanos, la plebe, los demagogos y los proletarios hambrientos de Roma. Ellas en su tránsito azolaban toda la Italia.

«Cada una de ellas, dice Suetonio, tenia sus sistemas, sus exigencias, sus pretensiones, sus tribunos diferentes; la Italia estaba amenazada de un robo de su propiedad, la cosa pública estaba perdida.»

Cesar, bajo pena de no ser mas que un

jefe de saltadores, debia ser en su partido o se-
 pultarse deshonrado en el abismo que el mis-
 mo habia abierto. Fue desde aquel dia que pen-
 di su popularidad en la multitud y en la solda-
 desca, mi poder recobro la en el partido de los
 buenos ciudadanos. Despues de haber arrebatado
 su idolo a los pompeyanos, a los republicanos
 se bato su libertad, al senado su autoridad, a
 los patricios su poder, a los plebeyos su par, a
 las leyes su imperio, se veia forzado a arrancar
 a los soldados su presa y a los proletarios las qui-
 meras que el les habia ^{dejado por juguete} largos tiempos; no le
 quedaba mas que el prestigio de sus victorias, la
 devocion interesada de sus tenientes, el tesoro pu-
 blico y las provincias para distribuir a los de-
 magogos que seguian su ejercito para recoger
 los despojos del mundo, ese favor mediano de
 un vecindario hambriento de reposo y de negocios

que frige adorar al tirano con tal que la tiranía
 finja protegerlo contra la anarquía; en fin, una
 política de disimulo, de mentiroso y de equilibrio
 entre un ejército del que se desconfía, un popu-
 lacho que se teme y una aristocracia que se ha
 perdido en el coraron

Examinando con atención las relaciones in-
 temporaneas á la vista, la situación de fiesas re-
 gresando á Roma despues de diez años de cumpli-
 cidad con los demagogos, diez años de gloria uni-
 pitas en las Galias, y cinco años de trances felices
 contra la república en las guerras civiles, ved
 ahí literalmente el atolladero político en que
 se inmorala ambición se había ^{revertido} ~~parado~~ el no
 podía salir ~~sea~~ sin una audacia superior á to-
 das sus audacias, y por medio de su genio su-
 perior á su genio, y ya sea, como hemos manifesta-
 do, declarandose el segundo fundador y el legis-

todo Populus de Roma, o' bien conuandose im-
perator hereditario y absoluto de uniuerso romano.

exada de esto hizo, tuvo desfallcimiento
de caracter o' desfallcimiento de ambicion. Lo pre-
ciso reconocio, sea para gloria de la moral, que
nemi pre se venga, sea para vergienna de Cesar, a pe-
sar de la precompañion de genio que se une a su
nombre, toda la conducta de Cesar en Roma, des-
de el dia en que fue dueño de Roma, tiene el
pello de la indecision, de la inceria, y, digamos
la palabra, de la incordicidad. es o auarando
mas, no encontramos a plorus en nada, no po-
da dejar de desplomarse pronto, o' por la inca-
ciabilidad del exercito, o' por el desencanto de
la multitud, o' por la vengaura recuda de los
Patricios.

o' palpables
o' uisibles

Que fue lo que el hizo para hacer ^{o' palpables}
su omnipotencia?

El pide el privilegio de llevar una corona de
 laurel en la cabeza desnuda para ventar su cultura,
 puerilidad que recuerda el favorito de Vindex
 y el amante de Cleopatra mas que al tirano del uni-
 verso; el apauzga las legiones indisciplinadas arro-
 jandoles oro á manos llenas y prometiendoles pro-
 ximas guerras para hacerles tener paciencia por
 la perspectiva de nuevos despojos; el convoca
 una sombra de Senado al que quita la independen-
 cia y que no le presta sino el agasajo de nombres
 desacreditados en Roma por la fluctuacion de Mar-
 cio á Sylla, de Sylla á Pompeyo, de Pompeyo á
 Cesar; el se hace nombrar consul y dictador por
 diez años; se deja votar una estatua de oro en
 frente de la de Jupiter: "A Cesar, casi Dios!"
 principio de divinidad de los tiranos que dis-
 ponian á los Dioses sin santificar la servilidad;

él da á cada habitante de Roma dos fanegas de
 trigo, diez libras de aceite y un puñado de sestercios,
 preliminar de sueldo á los proletarios para hacer
 comprar la paz; él divierte y corrompe la ciudad
 con cuarenta y cuatro días de fiestas continuas
 que suscitan el pueblo que los gobiernos tienen
 el deber de divertirlos á cualquier precio, y que
 se quitan la necesidad y el gusto al trabajo; él
 les hace construir porticos y jardines como á un
 rey que se quiere afanar; él les hace celebrar
 las ezequias de su hijo para imparentarlo con él
 por medio de este duelo; él dedica un templo á
 Venus, madre fabulosa de la familia ^{de} re-
 naces; él se ostenta sobre un carro tirado por
 cuatro caballos blancos, votados por el Senado, en
 competencia con el carro de Júpiter; él ofrece al
 pueblo el espectáculo, de las lagrimas, del pen-
 dor de las prisioneras que ha conducido á Ro-

ma, y hasta del pudor de la joven Egiptiaca
 Nive, hermana y rival de su propia querida
 Flopatra; el hace culpir y ^{rehabilita} en elas los pla-
 nos de sus botellas y de sus ciudades conquis-
 tadas, sobre bronce, sobre madera, sobre macas;
 el eleva al rango de ciudadanos romanos a
 los barbaros galos cuyo acero extranjero le ha
 abierto el camino de Roma; él se vea una
 guardia extranjera, como todos los ambicio-
 sos que descomian del patriotismo bajo las
 armas; él coloca a Balbo, un aventurero
 español, en la administracion del Tesoro roma-
 no; en fin, el reforma el calendario y los erro-
 res de la astronomia en vez de reformar la
 republicas

El conserva interrumpiendolas algunas
 formas de instituciones republicanas, las elec-
 ciones, los comicios, reservandose el derecho de re-

comedas imperativamente ^{o sus} ~~los~~ candidatos a' los
 tribunales, detestable comedia que deja subsistir el
 aparato de la soberania popular, a' condicion que
 ella sea una buena convenida entre el pueblo y él;
 él llama el Senado de ^{o bobos} ~~o romanos~~, de libertos de
 ayer, de lidiadores que han luchado en el circo
 ante el pueblo para complacerlo; él ordena a'
 los caballeros romanos, hijos de los vecinos
 ricos, oficiales de la caballeria romana, de dar
 ellos mismos lecciones de gimnastica en las es-
 uelas de gladiadores que él multiplica para
 divertir al pueblo romano; él dobla los empleos
 y los sueldos para adherirse mas protegidos; él
 perdona a' Antonio y a' Dolabella sus espolia-
 ciones, a' condicion de restituir algo a' los porrupe-
 tuanos, que se resignen a' su dominacion; él hace
 restablecer hasta las estatuas de Pompeyo, como
 dice Ciceron, para asegurar las leyes contra las
 reacciones de las sediciones futuras. El no pro-

cribe mas, porque ya no tiene que prohibir, y porque quinientos mil republicanos se han prostituido ellos mismos en Jarsalia, en Africa y en España, para no vivir bajo el destructor de la republica.

Por otro lado el tolera al pueblo ya a los veteranos todos sus caprichos y todas sus violencias incompatibles con su autoridad. „ Muchas cosas suceden, dice Ciceron, entonces lleno de indulgencia, de reticencias y de complacencias hacia el tirano, suceden muchas cosas que no gustan a Cesar, pero que quereis? es el destino de las guerras civiles, que no solamente es preciso despus obedecer al vencedor, sino que el mismo vencedor esta obligado a su vez a obedecer a los auxiliares que le han dado la victoria. „

CCVII

Los auxiliares eran, para Cesar, los de=

magos de Roma, los continuadores de Clodio,
 los provocadores de la ley agraria, de la aboli-
 ción de las deudas, de la espoliación de los posee-
 dores de casas por la supresión de los alquileres,
 la plebe famelica que sin cesar era preciso han-
 star de trigo, de aceite, de espectáculos, de sangre,
 de gladiadores, de animales estranos, elefantes,
 girafas, traídos a gran precio del fondo de los
 desiertos, de triunfos en que el orgullo romano
 se titulaba con las lagrimas de los cautivos; el
 espíritu debra i sustituir a todo, al Senado, a las leyes,
 al pueblo, eran los nombres que, tales como Do-
 nabella, Antonio, habian pasado de las trapuntas
 de juventud en Roma a los campos de Cesar, con
 sus deudas y sus riuos, que no tenían rehabilita-
 ción sino en su portena, ni mas salvacion
 que en su tiranía militar, y a quienes él
 titaba obligado, a falta de instrumentos, mas

honorables, a confiar las provincias, las legiones
 el mismo gobierno de Roma.

Fal era sobre todo estúpido, especie de César
 de cuartel y de populacho, que le servía por su
 zelo comprumiéndolo por sus errores. César no
 podía tener instrumentos honrados en la mas
 deshonrosa de las empresas, la de la tiranía;
 él no tenía a estúpidos porque sus vicios lo des-
 honraban demasiado para que jamás pudie-
 ra pretender por sí solo el dominio. Entre el
 imperio y estúpido había el desprecio público;
 César lo mostraba con complacencia a los Ro-
 manos como una especie de bestia feroz y mon-
 struosa que él solo sabía manejar, no le dirigie-
 raba que los Romanos vesen por el contraste
 que la diferencia que había entre un amo cu-
 rioso de gloria, dulce, culto, elegante, miséri-
 cordioso como César, y un amo brutal, soldader-

co y vulgar como Antonio. El uno se abraza al otro.

Antonio era la sombra que hacia brillar en la luz el rostro de Cesar.

CC VIII

Vu solo hombre oaba entonces a Cesar, un ^{ya su partido} reflejo de consideracion y de virtud antigua; este hombre era Ciceron. Pero Ciceron arrastrado a sus pesas por su indecision en el desplome de la republica, no era sino una ruina veneranda y mal situada en el Senado ^{o cesares,} ~~cesares~~ ^{en donde} habria tenido la debilidad volver a ocupar su puesto. Su elocuencia era tan postuma como su virtud. El la empleaba en hacer bellas discursos pero sin merito, en lo que se creia quedar ~~secho~~ descargado ^{o alivio} habria dado algunos vages consejos de virtud, de libertad a la tirania. El amigo honrado en retinido de Caton y de Bruto se habria conve-

tido en apologeta de Cesar, el nombre de panegi-
 rico cosa a' cura, dando en gracia y dignidad a
 los Romanos el Ases y el giro de la adulacion que
 agradaba al amo. ~~El mismo sentia esta degrada-~~
~~cion~~ El mismo comprendia esta degradacion,, Yo
 era no ha mucho (en tiempo de la republica) un
honor, dice el mismo, y ahora estri en la senten-
cia del bajel del Estado..... Pero que querreis?,
 vuelve a decir en otro lugar, Cesar es todavia el
 mejor de los hombres de su partido. Y mientras
 en otra vez alaba al jefe: "Dun unido con tus
 priores y con tu vida, le escribe a Marcelo, Pro-
 que este partido es el de los saltadores: tan to-
 no Cesar es moderado entre estos bandidos."

CCIX

El emperador en efecto a' reparar con mas
 rigor a' la multitud, ya inclinarse, como todos
 los revolucionarios satisfechos, hacia la aristocra-

ciúz que sola consolida y decora á los advenedizos de las revoluciones. Para hacer olvidar al pueblo las concesiones que le retiraba, le embriaga con nuevas fiestas. La última de estas fiestas, ya imperial, descrita por M. de Champagny en su libro de los Cesares, recuerda á Babilonias

Mientras Cesar al resplandor de innumera candelabros conducidos por elefantes, merita de rodillas las gradas del Capitolio, los juegos empiezan en toda la ciudad. En todos los barrios exhiben ^{los bufones} sus puntos mínimos y sus chistes en todos los idiomas á aquella multitud innumerable. En el circo agrandado por Cesar, la joven nobleza conduce los carros y los caballos: en el campo de Marte, luchas de atletas durante tres dias; del otro lado del Tíber, en un lago artificial, combate naval entre la flota de Egipto y la de Syro; en el anfiteatro con-

bates de animales durante cinco días; y al fin, pu-
 ra poner el coloso al júbilo del pueblo, bata-
 ma a lo serio entre mil infantes, quinientos
 caballeros, cuatro elefantes: la sangre corre, los
 nombres perecen; Cesar es un buen amo, el ha
 querido indemnizar su pueblo que no vio la
 carnicería de Thapso ni la de Jarsahia. Y enton-
 da Roma se ponen veinte y dos mil aueas, ca-
 da una con tres lechos; el pueblo y el ejerci-
 to, ciento noventa y ocho mil convidados to-
 man asiento: el vino de Falerno se distribuye
 por anforas / jarsus/, el vino de Cnino por
 toneles.))

CCX

Por otro golpe de balancin, se hizo di-
 rigir por Salustio, su confidente, en su nombre
 de los Patrios, consejos publicos para la refor-
 ma de las costumbres y para la dignidad de

su gobierno,

El historiador de Catilina, vuelto algun tanto de su fe a las punzadas políticas, de publicista se hace moralista. El no oculta á pesar que su partido no se compone de los nombres mas honrados del mundo, que en su rededor se espita á ~~la~~ ~~com~~ ~~placencia~~ y á la tiranía, que se censura su clemencia, que los vencedores reclaman su parte en el botin, y que sin embargo los vencidos son ciudadanos.

„Pero, dice él, tu eres el amo; haz de modo que el pueblo que te obedece sea el mejor posible; el hombre malo no es un subdito de él. No retribuyes, como los bárbaros, homicidio por homicidio, sangre por sangre; continúa siendo clemente, digan lo que quieran; quita la libertad del paltos; quita la libertad de las profusiones y del lujo; sin renovar todas las antiguas leyes, refluimenta

los gastos privados; asegura á cada uno su patrimonio, defendiéndolo contra las rapiñas de otros y aun de sus propias locuras. Para salvar la juventud de su ruina pecuniaria, y, por consecuencia, de todas las vías de desorden en que ella se abandona se empieñan (prava artes), suprime la usura; para salvar al pueblo y al soldado de la pobreza y de la sedición, suprime las distribuciones que los corrompen, y que cada cosa vuelva á ocupar su lugar!"

CCXI

Cesar sigue estos consejos.

Los desterrados vuelven á su país, dice Licinio. Cesar se dilucipia, vuelve á su propia naturalera. Se eleva un templo á su clemencia; en la actualidad esta rodeado de muros por Pompeyanos; es preciso esperar con confianza el restablecimiento de la república. Cassio ha

sido reinstalado a la cabeza de sus legiones, Sulpicio recibe el gobierno de la Grecia, Bruto gobierna por Cesar la Galia cisalpina.

Después, como si Cesar se hubiera arrepentido subitamente de su vuelta a lo pasado, se hace ^{acompañar} ~~acompañar~~ los honores divinos, el nombre de Jupiter-Julius, y burlándose con insolencia de un tribuno del Pueblo que hablaba con serena y nada libertad delante de él; ~~decirle~~

"Tribuno, le dice con un tono severo, " que
 "es lo que quieres? Vienes pues a pedirme la re-
 "publica? La republica no es nada, es un
 "nombre. Sylla no ha sido mas que un imbécil
 "cuando abdicó. Yo quisiera que en adelante se
 "me hable con mas temor, y que mi voluntad
 "des todas sean las leyes," (Suetonio).

El deja murmurar a' alrededor que Pro=

ma, la vija capital de la libertad, no es ya á pro-
 posito para ser la capital monarquica del mun-
 do cesares, y que es preciso trasplantarla á
 Byzancio ó á Troya, sobre la costa de Asia. El
 Senado delibera bajo la inspiracion de sus de-
 sus confidentes, „ una ley que autorice á Cesar
 á casarse con tantas mugeres como él quisiere,
 á fin de asegurar mejor su dinastia. „ El Senado
 á Roma y recibe en su casa, al lado de su muger
 Calpurnia, hija de Pison, á Labetta Egiptiaca
 Cleopatra, cuyo pasion lo embriaga siempre,
 ya su hijo Cesarion para mostrarlo á los Ro-
 manos. El Senado se divide en el pueblo que el
 Asia y los Partos no pueden ser subyugados,
 sino por un herede que tenga el titulo de rey,
 á fin de dar un pretexto á la corona que él codi-
 cia, y que todavia no se atreve á ceder. Una ma-

nana se encontró su estatua en el Forum coronada
 de cintas en forma de diadema. Los tribunos quie-
 ron arrancar la diadema y llevar a' la cárcel al hom-
 bre vendido que se había prestado a' aquella inicien-
 cia simbólica. César habló asperamente a' los tribu-
 nos y los destituyó de sus funciones, en aparien-
 cia porque le ^{prejudicaban} ~~prejudicaban~~ el honor de la república,
 en realidad porque habían prejulgado la republi-
 ca del pueblo.

Antonio y sus amigos los sabrían por sus
 vacilaciones y su reserva. Una vez que entraba en
 Roma viniendo de su casa de Alba, ellos aposta-
 ron grupos de soldados que lo saludaron rey!
 "Yo no soy rey, soy César," contestó para edifi-
 car al pueblo. Pero los aplausos del pueblo a'
 estas palabras lo descontentaron; él quería que se
 le reconociera la realera, a' fin de tener a' los

de los viejos Romanos el procecho sin el reproche.

CCXII

Su popularidad decrecia en proporcion de la elevacion de sus deseos y de la grandera de su poder; él habria dejado pasar el momento del entusiasmo y del terror que permite todo á los ambiciosos; los demagogos comprimidos detestaban al transpuga; el pueblo honrado odiaba al usurpador; los patricios, al adulador del pueblo; los republicanos, al sacrilego; el mismo senado, al hombre que lo habria manchado restableciendolo. No tenia mas favor que en el Populacho y en el ejercito; tenia en la plebe y en las legiones las dos pesas materiales; pero la opinion, la pesa moral se le retiraba. Sus hesitaciones no habian hecho reflexiones. "Es preciso, dice Maquiavelo, no reflexio-

mas sobre los malos designios. »

Su ~~valor~~^{misimo} valor parecia abandonarlo al mismo tiempo que su popularidad; sea la ciedad de una ambicion que nada mas tenia que desear sino lo imposible, sea la sutid de accion en una alma que habia trabajado tanto y que habia gastado sus resortes por la guerra, por la politica, por la intriga, por la eloquencia como por el deleite sensual, sean alcances, mas frecuentes antes de la edad, de sus accesos de epilepsia, a los que sucedian melancolias contemplativas, parecia desalentado de vivir, pero no todavia de reinar. La corona le habriauelto la vida.

CCXIII

El autor no me da alguna, dicen todos los contemporaneos, a Antonio y sus amigos a hacer

una última tentativa indiscreta cerca del pueblo romano para obtener, o por el aplauso o por el silencio al menos, la diadema, según de la misma marginia sobre su cabeza.

exada obtenía: el pueblo se ostinaba en suprimir la tiranía, pero no en conceder el signo. Cuando ya no hay libertad en el pueblo, hay todavía la indignación de haberla perdido, y los celos de conservar las apariencias. El pueblo romano y César parecían desafiarse mutuamente, el uno por tomar, el otro por negar la magestad suprema. Por una presencita que anunciaba en él la extermación del genio, César se irritaba igualmente del rechazo de la tiranía y de la sospecha de su pretensión a establecerla. Dulcino del mundo, quería todavía parecer calumnioso, cuando se le llamaba todo-poderoso. El apetaba hacia el senado.

(517.)
tan pronto la insolencia como la humildad; tan
desgraciado en su discurso como en el otro.

Un día que los senadores habrán ido con
gran acompañamiento a ofrecerle respetos y
honores, el vertigo que con frecuencia se apo-
deraba de él insopinadamente le impidió levan-
tarse para recibirlos; el pueblo notó esta
acción inoportunamente y murmuró sin recatar-
se. Él volvió desesperado a su casa, lamentan-
dose de aquella murmuración, descubriéndose
el pecho y replicando á sus amigos lo que
ocurriera con sus espadas, pues que habría sido
bastante desgraciado para que cada una de sus
acciones fuese objeto de malevolas interpre-
taciones al pueblo.

CCXIV

Antonio, que era entonces consul, se decidió

a' mostrar ^{al pueblo} con su ejemplo y con el ejemplo de los
soldados y del pueblo todo obró de seridumbre, en
a' su propio enriquecimiento.

Esto era en los dias de las lupercales, espe-
cie de carnaval romano, durante el cual los
jóvenes patricios y los mismos magistrados mas
augustos corrian medio desnudos o' desnudos
del todo por la ciudad, golpeando, por via de
broma, a' los transeuntes y a' las mugeres con
correas de cuero forrado, para dar fortuna, por
medio de esta supersticion a' los que encontra-
ban al paso. Cesar, en calidad de dictador, asis-
tió a' esta fiesta en una tribuna, sentado en
una silla curul de oro y con su traje de
triumfador. Antonio, atravesando por entre
la multitud que se agolpaba sobre la tri-
buna del dictador, presento' atrevidamente

a' besar una diadema entrelazada con una corona de laurel.

«Ente ademan, dice Plutarco, se oyo' al principio un palnoteo sordo y concentrado en un grupo apartado de intento para aquella escena, como el asentimiento de un pequeño numero de agentes encargados de dar ejemplo a los demas; ~~entonces~~ ^{se propagandose este aplauso} y, besar rechazando cortesmente la diadema. El pueblo en masa aplaudio entonces aquella accion de deferencia por la republica. Antonio se ostina, los mismos aplausos asustados lo alientan; besar rechaza de nuevo; la misma aprobacion estalla de todas las manos en el inmenso Forum. Este dialogo sueno entre los ambiciosos frustrados y el pueblo rebelde al rigor de la tirania demuestra a' besar la repugnancia invencible de la multitud

trud por la monarquía; disimula en su rostro
 la decepcion, fingie aplaudir el mismo la aus-
 teridad del pueblo romano; se levanta de su
 asiento y ordena se lleve á los dioses, en el Ca-
 pitolio, una corona que no se ha hecho pa-
 ra la frente de un ciudadano. »

Aquel rechazo forrado á nadie enga-
 ña y decido, por la circunfancia de la tiranía,
 á los enemigos de Cesar y á los últimos ami-
 gos de la libertad á prevenir la diadema por
 medio del Prínal. Los murmullos del pueblo
 en ^{segura} ~~esta~~ la ^{regenera} ~~con~~ ^{vanamente} ~~murmullos~~ preparada de los
 supercales, principiaron á un pequeño número
 de republicanos conjurados que tenían á ca-
 ni toda Roma por cómplice.

CCXV

Desde aquel dia, la conspiracion latente que
 solo estaba en los corazones, se urdió en los

consiliabulos y se convirtio en una conjuracion apenas descubierta por el misterio. Los conjurados se alentaron por la cestera que el alma del pueblo entero conspiraba con ellos. El odio privado y el odio publico se reconcentraron en la misma idea de venganza; los unos querian vengarse a sus amigos, los otros querian vengar la republica.

Pero, ~~pero~~ preciso reconocerlo en atenuacion del crimen de los conspiradores contra Cesar, una filosofia estorica, un patriotismo vengador que los modernos llamaban justamente crimen hoy dia y que los antiguos llamaban virtud. Porque a qual estaba mas alto que la naturaleza, fue el tercero y principal movel de la conjuracion contra el tirano. El asesinato de Cesar es tal vez la unica conspiracion filosofica de que la historia haya dado ejemplo al mundo.

do, que se haya armado del príncipal por el va-
uorinis, que haya herido por deber y asesina-
do por virtud. Ved ahí porque aquel gran
homicidio, abuelto por los unos, eperado por
los otros, no está todavía juzgado por todos.

^{notro} Vamos á referir las circunstancias, á
esudricinar la naturalera, y á es poner tanto
como nos es posible, sobre la fe de los contem-
poraneos y de los actores, la causa, el caracte-
r y la criminalidad.

CCXVI

Quando los Pueblos suspiran á indignar-
se en secreto contra sus tiranos, y quando, de con-
fidencia en confianza en vos baja cada uno es-
ta' casi seguro de tener un cómplice en todos, se
prepara sub-terranicamente contra la tiranía
una de esas explosiones de la opinion pública
que no se revela sino en la fisura que en-

da del pueblo, pero en lo que el silencio y los ojos
 bajos encubren la revolucion comun. Los pueblos
 son naturalmente pusilanimos, porque al mis-
 mo tiempo que anhelan ~~apasionadamente~~ ser
 restaurados, ninguno de los hombres aislados que
 componen la multitud esta especialmente en-
 cargado de la responsabilidad de la patria, y
 no siente en si ^{la abnegacion} ~~la necesidad~~ necesaria para sacri-
 ficarse, intilmente tal vez, por la salud de su can-
 sa y de su pais. He visto que hace las tiranias
 tan durables, y lo que influyen para que los
 murmullos precedan de tan lejos las explosiones.
 Las revoluciones estan ya mil veces consumma-
 das en los errores antes que los errores se ar-
 men para herir al tirano.

En una situacion parecida a la que acaban-
 mos de describir, todos los ojos se dirigen ins-
 tintivamente sobre el hombre que la conformi-
 dad de la opinion, el genio, la integridad, el

corage, designan de mas elevado al pensamiento
 publico como el nombre de accion y de salva-
 cion. Se espera vagamente en el sin Roberto in-
 terrogado; se le nombra a' la sordina, se descan-
 sa en él, se irrita de su lentitud, se le censura,
 se le provoca, se le hacen signos de inteligencia;
 se concluye, a' fuerza de misisimasasiones, por ha-
 cer nacer en el coraron de ese hombre una idea
 que el mismo no tenia al principio, para en-
 cargarle tranquilamente de la colera y de la vastan-
 racion comun, para imponerle en cierto mo-
 do o' la responsabilidad de la opresion suprida
 o' el deber del golpe de Estado de la libertad.

Semejante hombre existia: ese hom-
 bre era Bruto. Para comprenderlo bien es pre-
 ciso remontarse hasta su cuna.

CCXVII

De todas las suerges que besas ha-

bró amado en su juventud, Servilia, antes que Cleopatra, había sido su mas tierna inclinacion. Esta joven Romana, de un alto nacimiento, de una bellera magestuosa y de una educacion viril, descendia de Servilio Ahala, que había en los primeros tiempos de Roma asistido a un tribuno turbulento del pueblo para volver el orden y la paz a su patria.

Como Carlota Corday, Tudit del demagogo Marat, el abuelo de Servilia se había consagrado a la muerte para librar a la multitud de lo peor de las tiranias, la tirania de los investigadores al crimen. Ella tenia pues en sus venas sangre que sabia desahucarse por la virtud.

Servilia se había casado con un patricio de edad ^{avanzada} ~~avanzada~~ de la ilustre casa de Bruto. Entre Brutos descendian del Bruto fundador de la libertad, que despues de ha-

ber espulsado a' los reyes, habia hecho ejem-
 plas a' sus mismos hijos por haber conspirado
 contra su patria la restauracion de los re-
 yes. El joven Bruto, hijo al menos del nombre
 de ^{ese} ~~aque~~ Bruto, marido de Servilia, tenia
 pues a' la vez en sus tradiciones paternales
 y maternas las inspiraciones y los ejemplos
 de los grandes combates y de los crueles sacri-
 ficios por la patria. Deciamos al menos el
 nombre, porque el joven Bruto, nacido sin
 duda del adulterio durante los amores de Ser-
 vilia con su corruptor Cesar, pasaba por
 hijo del dictador de Roma. Servilia se hon-
 raba abiertamente de ese Bruto de su pasion
 por Cesar; Cesar se complacia en ver su propio
 hijo en Bruto.

Se ha visto que despues de la victoria
 de Jarsalia, Cesar no habra tenido su cuida-

no mayor que el de salvar à Bruto del ac-
 ro de sus Galos, que él lo había acariciado
 no como à un enemigo que se perdona, sino
 como à un hijo que se salva de los malos
 consejos de su partido, que el se lo había en-
 tregado en Roma à Servilio, que le había
 dado el gobierno de la Galia cisalpina
 para adherirle por los beneficios como por
 la sangre.

CCXVIII

Bruto, descendiente de dos nobles varas à las
 que el amor de Cesar por su madre agregaba una
 ilustracion ilegítima pero aristocrática, era digno
 por su naturalera de representar el tipo de la res-
 plera romana. No tenía en su caracter ni en sus
~~afueras~~ ^{afueras} nada que recordase la antigua ferocidad de
 las costumbres de sus abuelos. La gracia de su ma-
 dre, la elegancia de Cesar se reflejaban en su fiso

honoraria, ^{tan solo} ~~potestades~~ la gravedad de Cato, su tío, her-
 mano de Servilia, añadia una moderada Poesia y
 un Peto austero que revelaba el filosofo republica-
 no en el sobrino y en el pupilo del gran Cato. Ba-
 jo este profesor de costumbres, de virtud y de patrio-
 tismo que el parentesco le habia dado, pero que la na-
 turaleza se habria hecho elegir, el joven Bruto habia
 estudiado con los mas rapidos progresos las letras
 griegas, la filosofia de Platon que coloca el saber au-
 bre en la honrrader y la verdadera gloria en la vir-
 tud, la elocuencia de lo que Licurgo, su modelo, le
 enseñó los preceptos y los ejemplos, en fin las
 armas, que los Romanos merecaban en todo y en
 las lecciones habia recibido del maestro de la que-
 rra, Cesar.

Bruto, pues, era en la flor de su edad el
 modelo, la admiracion y la envidia de la juventud
 aristocratica de Roma. El tenia todos los dones,
 todos los talentos, y á mas toda la Juera de su

edad. La castidad de su vida, vigilada por Cato, ha
 un contraste y reproche con el libertinaje de Cesar,
 de Catilina, de Dolabella, de Brutus, de los impios
 y los corruptos de la época. Un casto y virtuoso
 amor cimentado por los mismos gustos estudiosos y
 por la misma filosofía religiosa, lo unia á Por-
 cia, su prima, hija de Cato, que este le habria
 dado por esposa. Tal vez no habia en Roma otra
 mujer que como Porcia mereciera digna de Bruto, y
 otro nombre como Bruto digno de Porcia.

Esta union habria estrechado mas todavia
 los vinculos de la sangre y de deferencia que unian
 á Cato su hijo. Estos mismos vinculos lo habrian
 naturalmente tambien retenido en el partido de
 Pompeyo, que era el de la republica. Entre la so-
 ciedad de Servilia, su madre seducida, de Cesar, su
 seductor, y la sociedad de su hijo y suegro, no habria
 vacilado en el elegir lo de Cato. Su virtud como

la de su maestro, demasiado mezclada de una gloria, no pecaba más por la rigidez y la exageración que la hacían parecer demasiado á un comato forzado. Era como un desafío orgulloso y perpetuo á la debilidad humana y á la molición ^{de aquellos} ~~de los~~ tiempos.

Un vasto genio reunaba esas calidades y esos defectos de la naturaleza. El lo cultivaba sinceramente los filósofos griegos de la escuela anterior del mismo Platon, de la que su casa era la academia de Roma. El buscaba, á su ejemplo, el talorismo sustancial, esa plenitud ó ~~si~~ superabundancia del discurso. Sus alegatos y sus cartas á las provincias de las que era protector, sus arengas militares á sus legiones, ^{contenían} ~~eran~~ ^{un} ~~el~~ ^{era} ~~el~~ ^{era} el estroicismo de la palabra. Esta afectación y este esmero de formas burocráticas para expresar su idea no excluían el estudio y la elegancia. Sus discursos como los de Demostenes, oían á la lampara de las veladas que le habían costado;

Se le verá al fin de su vida, preparar, pulir y repulir durante tres años el discurso que debía pronunciar ante el pueblo romano, el primer ensangrentado en mano, para justificar la muerte de César. La retórica se merecía entonces, hasta en el hervirino, en aquellos países en que la tribuna era soberana.

CCXIX

En el momento en que César pasó el Rubicón, Bruto, aunque asegurado de su favor y tal vez heredero natural de sus crímenes, gobernaba como pretor la Sicilia. Le fue enviado en provincia no por la república contra su padre. No ganamos, como Cicerón, las probabilidades del egipcio, sino la legitimidad de la causa. Se incorporó á Pompeyo en Italia, para combatir o para morir con el derecho. Su fama preciosa era tal, que Pompeyo viendo entrar en su tienda se levantó de su asiento, y volvió ^{indignado} todas las personas respetables á quienes

en aquellos momentos daba audiencia, corrió hácia él, lo abrazó y felicitó altamente á la república por el advenimiento de joven Bruto como el signo mas cierto del derecho y de la santidad de su causa.

Después de Jassalia, siguió á besar mas como prisionero que como hijo. La muerte de Pompeyo, la ruina de sus hijos en España, la batuta de ~~Thap~~ No, el suicidio de Cato, el triunfo total pero universal de César sobre la república lo habrían, sino ^{convertido} ~~reducido~~, al menos reducido en apariencia al dominio del dictador. César tan hábil en reducir como en vencer, lo habia persuadido en sus conversaciones intimas, que no tenia otro objeto que restablecer, después de la paz impuesta á los partidos, las instituciones, el Senado, la aristocracia, la república; con cuyo fin haude aceptar, por medio del gobierno de la Galia, un rol en la Siria.

Bruto habria tenido la debilidad de consentir

y se creer que la misma mano que describía las
 leyes podría restablecerlas. El se había purificado tan-
 to cuanto pudo á sus propios ojos de su participación
 inconveniente en el reinado de César, por la justicia
 y la dulzura de su administración en la Galia ro-
 mana. El era ^{nati} adorado como el contrapeso de la tira-
 nía de César; esperaba con una confianza dudosa que
 César realizase sus promesas por la restauración
 de la libertad. Todas las cartas que recibía de Roma
 después de algun tiempo, todas las tentativas de
 Antonio, todos los pasos de César hácia la monar-
 quía, todos sus sacrilegios contra los consules, el se-
 nado, los tribunos, el pueblo, lo habían al fin
 desengañado sobre el fingido republicanismo del
 dictador. El había vuelto á Roma, el oído abier-
 to á los gemidos de la patria, el corazón agraviado
 por las decepciones del tirano; se avergonzaba de
 haber sido ^{abandonado} ~~abandonado~~, de haber enagamas en esa
 expectativa frustrada una parte de su virtud á los

ojos de los republicanos estroivos; detestaba to-
 davia mas en Cesar al engañador que al ambicioso,
 no le perdonaba de haberlo desnaturalizado a los
 ojos de los Romanos; buscaba con avides una ocu-
 sion, tan grande como su alma, para recobrar,
 por algun acto memorable para la patria, la
 misericordia, la reputacion y la virtud, cuyo contac-
 to con un tirano habria empañado el brillo de
 su nombre.

CCXX

El pueblo, que penetra mas de lo que se
 piensa el secreto de las almas heroicas, no se
 habria engañado, sin embargo, en su amistad apa-
 rente de Bruto y de Cesar. El veia un velo so-
 bre el rostro del republicano favorito de Cesar,
 como habia visto la mascara del idiotismo en
 el rostro del primer Bruto para ocultar el odio
 y la muerte de los reyes; pero detras de aquel
 velo, como detras de otra mascara, el pueblo

de Roma presentia un libestador de su país.

El mismo Bruto no podia ignorar largo tiempo estas disposiciones del pueblo a perdonarlo todo y esperar lo todo de él. El recibia sin cesar billetes anonimos, en los que ciudadanos desconocidos le recordaban el origen de su sangre y lo avergonzaban de que se pareciera tan poco á sus padres. Sus amigos y sus parientes no cesaban de decirle que era propio que un sobrino y heredero de Cato fuese el favorito de Cesar, agregando que el no debia dejarse conquistar y engañar por un tal nombre, sino por el contrario, preservarse de todo contacto con las graivas y las caninas por medio de las que, se decia, el señor de Roma nuevo trataba de renovar su raro merito que en trabar su corage por el reconocimiento y en adormecer su patriotismo.

CCXXI

A medida que se acrecentaba el odio publi-

co contra Cesar, los que esperaban en Bruto multi-
 plicaban el susurro sordo y los reproches á me-
 ra voz en sus oídos para forzarlo á que los oyese. Estos
 síntomas de una opinión que se transmite, y que bus-
 ca un centro ilustre para agruparse, no podían
 escapar á Cesar. El no era sombrio; estaba demasia-
 do acostumbrado á someterlo todo por la violencia para
 temer mucho las emboscadas; además se gustaba
 por decirlo del alma de crearse una falsa seguridad,
 para que el terror de la muerte no acabase de
 privarlo sus placeres, "Vale mas morir de una
 vez que estar temiendo morir continuamente," de-
 cía á sus familiares. "La mejor y la mas dulce
 de las muertes, decia á otros, es la mas inespera-
 da y la mas súbita."

En lugar de alejar á Bruto de Roma y
 de tomar precauciones contra él, el no trataba
 sino de tomar precauciones ^{mas} en su corazon, sin
 haberle jamas dicho que era su hijo, su predi-

(837.)

lección manifiesta se decía sobradamente á Bruto que
Cesar se consideraba como su padre. Una circunstan-
cia accidental vino á potentizar, mas abiertamente
este favor, llevada hasta la injusticia, del dicta-
dor por el Niño de Servilia. La pretura urbana,
especie de Prefectura de Roma, estaba vacante;
Cesar era el que debía proveerla. Un joven senador
de alto nacimiento y de ambición ardiente se soli-
citaba con todos los títulos para obtenerla, "Ca-
mis tiene todos los derechos, dijo Cesar á sus ami-
gos, pero yo doy la Pretura á Bruto."

Estas palabras, sin duda un amigo de
Bruto, vino de Cassio su enemigo mortal; Cas-
sio, aunque menor pero de intereses personal
en su oposición á Cesar, era un hombre peligros-
o de irritar por semejante desprecio. Desde su
infancia el había descubierto su antipatía con-
tra los tiranos de toda raza y de toda nación. El
Niño de Sylla, su compañero de escuela, habiendo,

Por piedad filial, previnida ^{incauto} la autoridad absoluta que habia ejercido su padre en Roma, Cassio, irritado de aquel panegirio de la monarquía en boca de un republicano, se levantó de su asiento y fue a herir el rostro del hijo de Sylla. Sitados por los magistrados, los dos jóvenes comparecieron ante Pompeyo, que les preguntó como se habia empeñado la querrela. „Vamos Sylla,“ dijo Cassio con tono provocativo, „repite delante de este hombre, si á ello te atreves, lo que has dicho delante de mi y lo que ha levantado mi mano contra ti, á fin de que yo te vuelva á herir otra vez en el rostro.“

Desde el día en que Cesar adjudicó la pretura á Bruto en detrimento de Cassio, este no se irritó mas contra Bruto sino contra Cesar. El detestaba menos á su rival preferido, que lo que amaba en ese rival, el hombre que mas esperanza daba á su patria de libertarla de la tiranía. El

superó a cultivar ^{según un interés superior de venganza} ~~su~~ ~~marcar~~ ~~de~~ ~~Bruto~~
de, la amistad del Jefe competidor del que quería
hacer un cómplice

CCXXII

La pretura acordada así a Bruto como
me muestra del favor creciente de César me desaba
mento a los republicanos se la esperanza que
en el tenían. Aquella magistratura que ha po
nía en evidencia y en contacto perpetuo con los
ciudadanos, fue por el contrario para él la ocasión
de aumentar su popularidad en la ciudad. Era se
vera popularidad tomaba ^{siempre} ~~cada~~ nuevas formas
de reconocimiento. Un día se encontraba un cartel
sobre el pedestal de la estatua del Príncipe Bru
to en estas palabras que debían atormentar
el corazón del moderno Bruto: Oh Bruto! ¡Plea
guira a los dioses que vivieses en tus descendien
tes! Otro día sobre el local del tribunal en que
el pretor administraba justicia: En donde estas

Bruto? En otro sitio: Queremos Bruto? No, tu
no eres de los verdaderos Brutos!

La madera y la piedra toman así voces
para acusar al joven pretor de la severa y sin
piedad a los Romanos. Cada mañana, cuando ^{se publica} ~~se publica~~
a su tribunal, se encontraban gran número de brille-
tes, inscripciones, amonestaciones semejantes, depu-
sitadas allí durante la noche. Era esto demandado
para dejar dormir más largo tiempo la conciencia
de un hombre de quien sus preceptos filosófi-
cos habían sido el cimiento, como primera virtud, el sa-
crificio ^{o agradecimiento} ~~o reconocimiento~~, y hasta de la natura
para, al deber. Desde que se había convenido que
prolongar la paciencia de esperar la restaura-
ción de la libertad por su ~~benefactor~~ ^{benefactor} y su padre
era una ilusión y una complacencia, no vaciló
más en meditar la caída del dictador; tan sólo
esperaba que otras manos lo dispensarían de

un acto que se parecia demasiado á la ingrati-
tud y al paricidio.

Pero los Partidos ~~no~~ no dispensaron de nin-
guna extremidad al hombre mismo de quien te-
nían necesidad para su obra y ningún otro
podía remplazar á Bruto; su virtud misma,
que lo señalaba entre todos por su nombre á
los republicanos, era su condenación al crimen.
En ese nombre había, á los ojos de los Romanos
superstición y fatalidad; era necesario, según
ellos, que renegase de su raza ó que imitase
á sus antepasados.

CCXXIII

Se sospechó lo que pasaba en el alma de
Bruto, y le puso el puñal en la mano con tanta
firmeza y obstinación que no podía rebajarlo sin perder
á sus amigos y intrinsecarse á sí mismo. Un
pequeño número de Patriotas republicanos, lo

mas escogido de la juventud romana, Stulio, filosofo de la secta de Epicuro, Favonio, el discípulo y el imitador de Cato, Labeo, Casca, hombres de consejo extremo y de intrepida ejecución, se reunían misteriosamente en la casa de Cassio para esperar la hora de la libertad y para concertar la ruina del tirano, unido entonces a la resurrección de la república. Casca, no estableciendo ninguna institución que pudiese sobrevivirle, era por sí solo la tiranía entera. Muerto él, no habría mas que Roma, y Roma parecía impaciente y capaz de renacer de la antigua libertad.

Poco ninguno de estos conjurados, por importantes que fuesen en el Senado y en el pueblo, tenían una popularidad y una autoridad moral suficientes para imponer al pueblo el respeto del atentado que meditaban. Cualquiera puede herir a un tirano y llamar un pueblo a la libertad;

pero se necesita un hombre brillante y predestinado para cambiar el asesinato en revolución. No es el asesino, es el hombre de Estado quien justifica el golpe y lo hace sanionar por la conciencia pública como una redención o como una justicia.

Solo Bruto tenía este crédito en Roma. Los conjurados, al mismo tiempo que desafiaban la ira de él, se reconocían subalternos ante él; un acto que Bruto no aprobase parecería un crimen al pueblo; solo su conciencia legitimaría

el acto en que el pueblo participase. Penetrados de este sentimiento que los inquietaba sin cesar, resolvieron unánimemente dar un golpe a su compás, una alma, una santidad a Bruto.

Cassio, aunque su rival desde la presencia injuriosa de César, se encargó de borrar hasta lo más vivo la debilidad o la virtud del sobrino de Catón.

Se presentó mis finadamente en casa de Bruto, que se sorprendió de tal deferencia de parte de un hombre de quien no creía ^{deber} esperar sino en un día. Después de haber motivado su visita por el atractivo inestimable que habría siempre experimentado por el sobrio defensor, apesar de su conflicto accidental de candidatura para la pretura, le dijo que las circunstancias de la república eran demasiado supremas para que dos hombres tales como Bruto y él debilitasen por largo tiempo el partido de la libertad y de la gloria de Roma por una querrela que aumentaría la división de la república, presta a succumbir bajo la codicia de los ambiciosos. Él puso el sello, con el aserto de la franqueza y de la mas tierna cordialidad, la reconciliación que se iba a solicitar, sin ruborizarse de ninguna deferencia cuando se trataba de Bruto. Después, cambiando de tono, y como para entrar en las generalidades de una conversacion que se desahoga sin in-

tención premeditada, preguntó á Bruto si no pen-
saba asistir á la sesión del Senado del 15 de mar-
zo, en la se debía, según se decía, proponer de
agregar á todos los honores de César el título de
rey y las atribuciones de la realera.

Bruto contestó con negligencia que él no
pensaba asistir al Senado en ese día. "¿Cómo!"
"repuso Cassio, "abandonais la república el
"día que se le quiere dar el último golpe? Pero,
"si se os llama para consentir en semejante aton-
"tade, que moris? — Entonces," replicó Bruto,
"mi deber será pro nunciarme, huir, recha-
"zar en todas mis fuerzas el restablecimiento de
"la monarquía en Roma, y me moriré el mismo día
"que la libertad — Vos moris?" exclamó Cassio
"transportado, con el acento de la incredulidad; "¿y en
"que res pues el Romano que os dejara morir? En
"tonces vos mismo no os conocéis? y solo vos, igno-

"¿Pais lo que valeis para Roma? Pensais, ^{¿Pues} que esas
 "amonestaciones anonimas, que llueven todas las no-
 "ches sobre nuestro tribunal, sea la obra de los asten-
 "sivos y de un vil populachero, y que no es, mas bi-
 "en la voz misteriosa, pero unanime, de los pri-
 "meros, de los mas honrados, de los mas ilustres
 "de nuestros ciudadanos? ¿No os engañeis, Bruto;
 "el pueblo espera liberalidades de los otros preto-
 "res, juegos publicos, combates de gladiadores; Pe-
 "ro espera de vos la satisfaccion de una deuda
 "contraida por el nombre de nuestros padres, por
 "el nombre que llevais: la abolicion de la tirania!"

Al acabar de hablar, abrams' a' Bruto, inun-
 dando su rostro de esas lagrimas de entusiasmos
 que son el exceso de la passion.

Bruto consintio a fin

CCXXIV

Desde el dia en que la conjuracion fundo

entas en Bruto, cesó de ocultarse en la sombra
 como un crimen; ello se ostentó casi como una vir-
 tud. Sin tener necesidad de darse los unos á los otros
 otras razones y otras pruebas que el nombre de aquel
 gran hombre de bien, otro Bruto (Decimus Bruto) fa-
 miliar de Cesar, Trebonio, Cimber, todos los amigos de
 Pompeyo, todos los adoradores de Caton, todos los patrio-
 tas Numillados, todos los caballeros romanos emite-
 ridos, todos los ciudadanos del otro llamo que deple-
 raron la soberanía republicana aborrida en un
 nombre; en fin, todos los nombres virtuosos, á
 quienes la tradición Romana y la filosofía griega
 habian enseñado á confundir, como Ciceron, Scipion,
 Caton, la virtud y la libertad en una sola palabra,
 Patria, se confesaron á media voz su pensamien-
 to comun. Sesenta senadores, sin prestar sobre
 el punto ninguno de esos nombres, juramentos que
 comprometen á los valientes, pero que no compro-

meten ni a los espías ni a los cobardes, autorizaron a Boruta a que contase con ellos. El mismo Boruta fijó el día de su muerte, fijando para el 15 de los idas de Escarso el día de la convocación del Senado, para ver de la boca de sus allegados, la proposición de comprarle el título de la corona, la diadema de púrpura al rededor de la frente.

La opinión estaba tan establecida, la resolución era tan firme, que de un gran número de conjurados de quienes no se habría esperado mas que prudencia, ninguno traicionó el secreto ni por una indiscreción. No era ni un combate en su mente; era el golpe de Estado de la república, el justo talion de la libertad. Boruta solo debia expiar por todos. Boruta, en la reunión en que se deliberó si se havia de ir a sus principales partidarios, se opuso a otro homicidio que aquel que parecia necesario a la libertad de todos. El

salvo' hasta el mismo Antonio, mas distinguido
 aun que Cesar de la monarquia; él represento' con
 razón, que a Antonio era mas despreciable y dete-
 nible, mas vano que feraz; que el gozaba, como
 consul, sobre el pueblo, y como general sobre las
 legiones, un credito que podia ayudar a los conju-
 rados a hacer aceptar la muerte de Cesar una
 vez consumada, y que despues de haber ayudado
 a derribar la republica, ese soldado revoltoso y
 versatile estaria tambien tentado de participar en
 la gloria de restablecerla. En quanto a Ciceron, bien
 es que Bruto tiene el mas respetuoso de sus am-
 gos, unido desde su infancia a este grande hombre
 por la filosofia, la elocuencia, las letras, la honran-
 za, comprometio a los conjurados a no cumplirle
 la empresa. No se dudaba de su opinion, sino de
 su valor

No se podia en efecto dudar de la opinion de

Ciceron, que escrivia pocos dias despues de la muerte de Cesar: „ No se puede alabar bastante á los dos „ Brutos; ellos nos libraron de un tirano. Defendamos en ellos á nuestros libertadores, y consolémonos de todo pensando en el 15 de marzo (dia en que Cesar habia espirado). „ Pero se podia deducir de la constancia y de la firmeza de nombre que, despues de haber seguido á Pompeyo y llevado á batallas, vivia familiarmente con los asesinos de estas dos victimas.

CCXXV

Vos cuidate mas tierno sin pido á Bruto confiar el secreto de la conspiracion á su muger, Porcia; no porque el creyese ser desquadrado por aquella muger heroica de un designio que el juzgaba magnanimo para su patria, sino á fin de aliviarle las sobresas y los terrores inseparables de la larga expectacion que precede á las grandes

resoluciones.

Pero la tensión de espíritu de Bruto durante el día, sus insomnias durante la noche, sus agitaciones no acostumbradas durante su ^{estancia} ~~estancia~~ no escaparon a la ternura atenta observadora de la joven esposa. Ella sospechó que su marido se chaba con algunos pensamientos intrínsecos en su alma y que era su peso el que causaba aquella agitación infernal de sus sentidos; antes de preguntarle su secreto, ella quiso probarse á sí misma secretamente, á fin de saber si era capaz de sobreponerse al dolor y los suplicios por guardar, hasta la muerte, el secreto que se depositase en su seno.

Después que Bruto se levantó de la cama, ordenó á sus esclavas que la dejaran sola, y armándose de unas ^{pequeñas} tijeras agudas de dos puntas, de que los barberos romanos se servían para

cortar las uñas, se las introdujo profundamente en las carnes y quedó sin gritar, medio cubierta, bañada bajo las sabanas en su sangre. Pronto aúdio presuroso á la noticia de la enfermedad de su amigo, sin saber, como nadie en la casa sabía, la causa de su palidez y de su fiebre. Por fin, cuando él se aproximó, habiendo hecho retirar á todos los asistentes.

"Boruto!" le dijo ella, en una conversación íntimamente conservada en las memorias de su propio hijo, "Boruto, yo soy la hija de Gaton, y me he sido entregada por él, no solo para ser compañera de vuestro lecho y consensual de vuestra vida, como las concubinas, sino para ser participe en todos vuestros bienes y de vuestros males. Por vuestro parte, jamás me habéis dado el menor motivo de quejarme de vuestra unión. Pero que vuestra parte á mi veí doros de un año y de mi recon-

"nimiento, sino soy capaz de dividir con vos una
 "extremidad penible y oculta, ni de soportar por
 "vos, como vuestra mas querida confidente el secreto
 "peligroso de una empresa que demanda fidelidad
 "y constancia? No se bien que en general se consi-
 "dera el caracter de las mugeres como demasiado
 "debil para que ellas guarden con perfecta seguri-
 "dad un secreto que se les confie. Pero, Bruto,
 "la buena educacion y el comercio de los hombres
 "prudentes y virtuosos tienen algun poder y al-
 "guna influencia sobre las costumbres; hija
 "de Caton, esposa de Bruto, estos dos titulos que
 "ordenan ser digna de ellos; sin embargo, hasta
 "me he fiado bastante en estas garantias
 "de mi deber, para que ^{no} haya querido, antes de
 "pedir nuestro secreto, hacer en mi misma la
 "prueba de mi constancia; ahora estoy segura y
 "yo he averiguado, por mi propia mano, que

el dolor nada puede en mí!"

A estas palabras ella levanta los codos
 y muestra a su amigo la herida de donde se
 derramaba su sangre. Brutus, estasiado de
 admiracion, levanta sus manos al cielo, esclama
 y ruega a los Dioses que le suspicen bastante
 fortaleza y virtud en su empresa, para que alguna
 vez se le declare digno de haber sido el esposo de
 una mujer tal como Marcia! El lo declaró todo
 a una mujer que sabia infligirse a si misma una
 suplicio que afrontaban anticipadamente su
 mano y el fierro del verdugo.

CCXXXVI

Entre tanto, se aproximaba el día de las
 idas de marzo, y solo la provincia de Roma in-
 spiraba a los familiares de Cesar no se sabe que
 vago presentimiento de peligro invisible, pero

opresivo como la atmósfera de un gran cráter.
Se le aconsejaba que desconfiase de tutes y cuales
jóvenes patricios, de palabras atrevidas, y aun
de algunos amigos de su fortuna, como Antos-
mo y Dolabella.

«No, no,» dijo él, no son esas caras gordas
«y bien peinadas, son esos rostros descarnados y ha-
«pidos (designando con el gesto á Bruto y á Cassio),
«los que son capaces de fomentos revoluciones y
«los que se debe temer.» Pero él temía tanto
que temor de todos lados por las represalias pro-
vocadas contra su vida, que habría tomado el par-
tido de no temer nada; la vida le pesaba, la
posesión del mundo lo engañaba, como enga-
ña á todos los que ella engañaría; los accesos
de su enfermedad mental se multiplicaban y
lo enflaquecían como un esqueleto.

Un día que le aconsejaban todavía que desconfiase de Bruto. „Bah! respondió descubriéndose el pecho y el costado que se habían inflaquecido por los cuidados del imperio; „Podéis pensar que Bruto me tendrá bastante juicio para esperar que este cuerpo de enervado ^{Me arrojare} ~~caiga~~ por sí mismo? ~~enervado?~~

Pero la ambición desenfrenada sobreviniera á la vida, se le aconsejó en vano aplazar una aspiración al poder real, que nada agregaba á su poder y que le enagenaba el pueblo romano; él se obstinaba en aquel título, porque los augurios le decían ser necesario al vencedor de los Partos, y porque él quería la guerra para distraer á Roma de su tiranía; él la deseaba también en la esperanza que la actividad de los campamentos restablecería su salud, siempre

mas vacilante en la miacion de Roma,

El 15 de marzo quedo' fijado para la deli-
beracion del Senado sobre el titulo que debia dar-
se a Cesar.

CCXXVII

Cassio para motivar la reunion a quel
dia en su casa de todos los conjurados y de todos los
senadores confidentes del complot; fijo' para el mis-
mo dia la ceremonia de la toga viril de que debia
revestir a su hijo. Un numeroso acompañamiento
de amigos, de clientes, de libertos de las principa-
les familias de Roma podian de este modo, sin des-
pertar sospechas, acompañarlo al Forum y hasta
el portico de Pompeyo. El portico de Pompeyo
elegido como bajo el dedo de una fatalidad Ju-
ra Cesar ^{para} una asamblea numerosa del Senado,
era un vasto edificio rodeado de vestibulos en don-
de la multitud se amontonaba sin obstáculo,

al rededor de los tribunales de los Pretores. Una
 inmensa sala circular, en torno de la que estaban
 colocados en gradieria los bancos de los Senadores, ocupaba
 el centro de aquellos Porticos. La estatua
 de marmol de Pompeyo, la espada de general
 en una mano, como si ella hubiese hecho la se-
 ñal de venganza à sus amigos, se elevaba en me-
 dio del salon. Todavia se ensena hoy en Roma
 esta estatua, manchada en el pie de un herman-
 bre indoleble que la tradicion dice ser sangre de
 Cesar.

CCXXVIII

En la mañana del dia de las idas, Prato
 oculto en un pinal bajo su Arca y se vino pe-
 no' bajo los Porticos al grupo de los conjura-
 dos, armados tambien bajo sus vestidos, y al re-
 quito de Cassio. Imposibles en el rostro bajo la
^{agitacion}
~~repression~~ de sus pensamientos, los dos Pretores,
 esperando la llegada de Cesar, subieron à sus tri-

males y se compare en oír la lectura de las can-
 nos y en sentenciarlos. Los senadores confidentes
 del drama meneaban en ^{el grupo} ~~el momento~~ los vestidulos,
 sin dar otra señal de agitación que su amonto-
 namiento en las puertas y su movimiento de un
 lugar a otro.

Basar tardaba en llegar mas de lo acostum-
 brado; el día avanzaba; los unos murmuraban con-
 tra su involuntaria que se buscaba de la espera de
 su cuerpo tan angusto; los otros afirmaban que,
 detenido por su enfermedad o por su hesitación
 creciente, habría resuelto de prorogar su resolu-
 ción y despedir al senado refiriéndolo a otro día.

Estos demoras admiraban a los indiferentes e
 inquietaban a los enjurados. Casca, uno de ellos,
 había encontrado en su camino a un importuno
 que se había acercado a su oído y que le había di-
 cho: „En vano me has ocultado tu secreto, Cas-
 ca! Pronto me lo has dicho todo!“ Casca había

estad a punto de traicionarse por intersticio,
pero interrogando al importuno, habia felizmente
descubierto que se trataba de una futilera que no
tenia ninguna relacion con la conjuracion.

Por otro lado, uno de los senadores mas in-
iciados en los secretos de la alta politica, llamado
Nepulio Lenas, se habia ^{de Bruto y de Cassio} aproximado al atravesar
los porticos. " Que los dioses os segunden en el ge-
neroso desigmo que meditais," le habia dicho
" en voz baja; pero apresurados, porque vuestro pro-
yecto no es ya un misterio para nadie." Ne-
pulio Lenas se reparo de ellos sin que la multi-
tudin y la hora permitiesen a los dos golpes del
cumplido pedirle la explicacion de aquellas pa-
labras. Creyeron un momento la conjuracion
descubierta.

Por via, la esposa de Bruto, viendo tambien
pasar las horas sin que ningun mensajero

llevarse noticias del Senado, ^{tambien} ~~empres~~ ^{a tener}
 que tan dilatada demora pesa la cose cuencia del
 descubrimiento del complot, ^{de} ~~que~~ ^{por} la salud salva-
 cion de bases y por la perdida de su mundo. Me-
 nos estroica contra la ansiedad de su alma de lo que
 habra sido contra el dolor de su cuerpo, no cesaba
 de ir y venir del vestibulo de su casa a la
 calle y de la calle a sus habitaciones.

"Que hace Prouto?" preguntaba a todos
 los transeuntes que volvia de la asamblea. Al
 menor ruido que se hacia por casualidad en la
 ciudad, ella iba a recoger en las aclamaciones
 o en las maldiciones de la multitud el nombre
 de Prouto; despachaba confidentes sin interrup-
 cion a las inmediaciones del Senado para saber
 mas pronto su suerte; en fin, no pudiendo domi-
 nar su ansiedad, cayo desmayada en la puerta
 de su casa, ante los transeuntes, que la llevaron
 a sus sirvientes sin sentido y exigiendola suscitara.

El rumor de este desmayo se publicó o de la muerte de su sugeto llegó rápidamente de boca en boca á los oídos de Porcio. Por el temor mayor de ~~perder~~ malograr la salvación de la patria, se supresuso en apariencia al temor ^{que} ~~que~~ había apoderado de él por el desmayo de Porcio. Él esperaba á Cesar, y la libertad esperaba su mano. Permaneció inmovil sobre su asiento en el senado.

CCXXIX

Entre tanto Cesar, informado, inquieto por las angustias y los sueños de su sugeto Calpurnia, el mas tímido y el mas seguro de los augurios, había renunciado en efecto á ir al senado, y daba contra-orden á su seguíto.

Pero, en el momento en que cedía á los consejos y á los sueños de Calpurnia, y en que iba ya para otro día lo que tantas veces había ya perdido, uno de sus familiares mas agradables,

Decimus Bruto, Albino de apote, pariente del
 jefe de los conjurados, conjurado tambien, y el mas
 perdido de todos, entro y lo aseguroró de su hesi-
 tacion. Despues de huberse burlado de los sueños
 de mugeres y de las profecias de los augurios,
 pagados para mentir y reuintiendo para ser pa-
 gados, hablo a Cesar con un lenguaje mas re-
 vis en apariencia. Encargado de empujarlo á
 la celada en que lo esperaban sus amigos. De-
 cimus Bruto le representó que, con su ausen-
 cia, iba a dar un nuevo texto a las miseras
 razones del senado y del pueblo contra él.

„Los senadores,“ le dijo, „no se han reu-
 „nido sino por vuestra convocatoria, para decla-
 „raros monarca de todo el imperio Romano he-
 „ra de la Italia, y para acordaros el privilegio
 „de llevar la corona y la diadema, ahora que des-
 „pues de mucho tiempo han ocupado sus asien-

"vos en el portico de Pompeyo, si algunos les va
 "a decir que pueden retirarse ya esperar que talpun
 "nia haya tenido ^{mejores} mas favorables, que ^{alguna} ^{motiva}
 "cosa de queja no dais a nuestros envidiosos?
 "H como nuestros mismos amigos dicen por en
 "ta opinion publica una ^{persecucion} ^{persecucion} mas inso-
 "lente y una tirania mas desdenosa? Si quereis ab-
 "solutamente referir a otro dia la deliberacion,
 "id al menos vos mismos, y haced al senado el
 "honor de despedirlos por nuestros mismos labios!"

Hablando asi tiraba de la mano a Cesar
 y haciendole tanta violencia por los ademanes
 como por la palabra. Cesar, sin ninguna sus-
 pecha de la afecion y de la sinceridad de Albino,
 en cuya amistad de tal modo creia, que lo habia
 probado el regalo de sus herederos en sus tes-
 tamentos, se dejo conducir fuera de su palacio y to-
 mo el camino del portico de Pompeyo.

Apenas se encontró en la calle, cuando un filósofo griego de la intimidad de Pruto, que venía de oír antes algunos effurios de la conspiración, acudió con un papel en la mano, e inclinándose hacia la litera, le dijo al oído: "Leed solo y pronto: se trata de cosas graves y urgentes!" Cesar tomó el papel para leerlo; pero interrumpido a cada instante por la asfueria de los solicitantes que arrojaban sus suplicas en la litera, o que le dirigian sus saludos y sus votos, no pudo leer el papel de Alejandro, y llegó a las puertas del Senado teniendo lo todavía desplegado en la mano.

CCXXX

Los veinte y tres principales conjurados esperaban bajo el portico, como para meterse a la comitiva, pero en realidad para envolverlos en una comitiva comprimida de asesinos. En esta comitiva

apertura que otrouia las Puertas, ellos podrian haberle asestado el golpe; pero querian matarlo en pleno senado, a fin que su muerte apareciese ante el pueblo, no como un homicidio, sino como un juicio a muerte ordenado y aclamado por el mismo senado. Para que la caida del tirano fuese el

Por ventura era necesario que se hiciera un sacrificio a fin de la tirania, era necesario, segun se ve en la historia, que se hiciera un sacrificio; el sacrificio, que el golpe de puñal fuese un golpe de espada, que se hiciera un sacrificio, sobre un pedestal.

Después de haberse retirado a su casa, se puso a pensar en lo que le habia pasado, y se acordó de lo que le habia pasado en el senado, y se acordó de lo que le habia pasado en el senado.

Después de haberse retirado a su casa, se puso a pensar en lo que le habia pasado, y se acordó de lo que le habia pasado en el senado, y se acordó de lo que le habia pasado en el senado.

Después de haberse retirado a su casa, se puso a pensar en lo que le habia pasado, y se acordó de lo que le habia pasado en el senado, y se acordó de lo que le habia pasado en el senado.

Después de haberse retirado a su casa, se puso a pensar en lo que le habia pasado, y se acordó de lo que le habia pasado en el senado, y se acordó de lo que le habia pasado en el senado.

Bruto dicho a Bruto una palabra enigmatica, se
apropiavo a Cesar; por respeto y por discrecion, los
amigos del dictador se alejaron algunos pasos para
no me oír una conversacion confidencial entre
dos hombres tan importantes.

El dialogo, vivo y con palabras precipitadas
en los labios, hizo temer en momentos a los conjur-
ados que con mucha atencion observaban, que he-
ria una revelacion del complot sospechado, pero
me confiado a aquel senador. Bruto buscaba
con la mano su puñal bajo su vestido, pa-
ra herirle el mismo antes que espear la igno-
minia del suplicio, cuando la insistencia obstina-
da y los ademanes suplicantes de Popilio Le-
nas le hicieron conjeturar que no era una delu-
sion, sino una replica que el senador dirigia al
dictador. Bruto miro a Cassio con un rostro con-
fuso, y Lenas, besando la mano de Cesar, se aparto
de él y volvio a subir a su Banco.

Apenas cesar se hubo sentado, mandó Trebo-
 nis, más de los confidentes del conplot, encargados
 de alejar sin afectación a los defensores de tirano,
 atrae a Antonio fuera del salón y lo retiene en
 los vestibulos, bajo pretexto de confiarle asun-
 tos de gravedad. Desde que Trebonio, a quien Ci-
 ceron, en una de sus arengas, reprocha como un
 crimen de haber por este medio preservado á An-
 tonio de la muerte, hubo salido, todos los conju-
 rados bajaron en tropel de sus puestos y se estre-
 charon en torno de Cesar para repararlo así de to-
 dos sus amigos, y bajo la aparición de un res-
 petuoso concurso. Fingiéndose todos tener, a' propias,
 felicitaciones ó ^{peticiones} ~~publicidades~~ que dirigiese, forma-
 ron al rededor de su sitial un grupo y un tur-
 multo de celo disimulado que no se jaba ni ver,
 ni oír, ni discernir lo que cada uno de ellos te-
 nia que decirle.

Quimer estaba encargado de hacer la señal, se golpeó las manos con un ademán convulsivo con anticipación. Él se había arrojado a los pies del dictador, se abredaba las rodillas pidiéndole con instancia la amnistía para su hermano proscrito, sin desmentarse por la negativa, y como si el ardor de la suplica hubiese extrañado sus manos agitadas, se apoderó repentinamente de los extremos superiores del vestido de Cesar, y bajándolos violentamente, descubrió el cuello y las espaldas de la víctima. A esta señal, Casca dio por detrás un golpe mortal dirigido en su nuca de Cesar; Cesar ~~se volvió~~ dio vuelta, y tomando con la mano derecha el mango del puñal que le había herido: Malvato Casca, exclamó, que es lo que haces?

A mí, mi hermano! grito Casca en lengua griega, y trató de arrancar su arma de la mano de Cesar. A este grito, a la vista de aquella

sangre, todos los conjurados á la vez, sacando sus puñales de su seno, cayeron sobre el dictador todavía en pie, y en aquella confusión de bracos y de puñales, no encontrando bastante espacio para dirigir sus golpes, se hirieron ellos mismos ~~adel~~ atravesando á por fin el cuerpo de Cesar.

Cesar herido por tantos puñales, buscaba al través de aquella boveda de acero, alrاندse sobre las puntas de los pies, si habia alguna salida para evadirse, algun socorro de sus amigos, cuando, por unico salvador, apareció entre sus asesinos á Bruto! Bruto herido en la mano por el acero de uno de sus compliados, en la confusión de los primeros golpes, blandió todavía en su mano ensangrentada la punta del puñal que buscaba el corazón de Cesar.

Al aspecto de Bruto, sea horror de ver morir á su hijo entre los asesinos, sea conic-

con instantanea de que nada habia que esperar de
 una conjuracion en la que un hombre tan decidido co-
 mo Bruto sembraba el fierro y la muerte: Y tu
tambien, Bruto! exclamó feras con un acento de
 reproche conternado. Y renunciando al instante á
 defenderse, soltando la hoja del puñal de basca que
 todavía conservaba, se echó sobre el rostro la falda
 de su manto en forma de velo; despues ^{acomodand-}
~~acomodando~~ con sus manos los dobles del manto al rededor
 de sus piernas, como para morir con decencia
 y para amortajarse el mismo con dignidad, cayó
 al suelo, y espiró como Pompeyo con un solo y lar-
 go suspiro, á los pies de Bruto.

Así se vengó un crimen por otro crimen,
 el parricida de la patria por el parricida de la
 naturaleza. El degollador y el degollado se ri-
 putaban el horror de aquel asesinato y de esa
 muerte.

El tirano ha muerto, muera la tiranía! gritaban los conjurados blandiendo sus puñales teñidos con la sangre de César, y mostrando las veinte y tres heridas en que cada uno de ellos había querido firmes con sangre la libertad de Roma y el renacimiento de la república. Ellos esperaban que el terrores, que había permanecido miróvil de consternación durante el asesinato, les contestase por un grito unánime de libertad para Roma y de gloria para sus vengadores.

su primer suplicio fue ver que ellos habían vengado de la tiranía a un tirano que no se atrevía a morir, ni aun muerto, el cadáver de un tirano. Borruto, admirado de aquel silencio y de aquel horror, se adelantó en medio del salón, el que quiso pronunciar delante de sus colegas la arenga que había preparado ardiente de invocación a la libertad, para explicar el homicidio al

venado, cuando había ya allí para escucharlo. La consternación, el espanto, el temor de ser comprometido por la sola presencia en un asesinato del que se ignoraba la repercusión sobre el pueblo, habiéndole hecho abandonar a aquel resiento.

A los primeros rumores del asesinato fuera de la sala, el mismo apurarse creyendo que el pueblo lo buscaría también, se había evadido disfarzando de quisquillo de la Sabina y había buscado un asilo en la casa de un libertos. Bruto y sus compañeros se encontraron solos en frente de su víctima. No había nadie para protestar, nadie tampoco para aceptar el crimen: el pueblo ^{abierto} ~~se~~ ^{se} ~~había~~ ^{había} ~~retroc~~ ^{retroc} ~~cedía~~ ^{cedía} ^{campeo} ~~era~~ ^{era} a la república, y la república retrocedía de horror.

CCXXXIII

Después de haber deliberado un momento entre ellos en el desierto, resolvieron, ya tristes y abatidos, provocar al pueblo a la aprobación del asesinato y

à ces embriquer de libertés que ne n'ont pu produire aucun
 cas de succès. Se retirèrent en groupe, Bruto à sa
 cabera, del portico de Pompeyo, y se dirigieron hacia
 el Capitolio blandiendo sus pinnales en sus manos
 ensangrentadas con la sangre de Cesar y llamando al
 pueblo à la libertad.

Se les miró pasar con curiosidad, pero silen-
 cios, como hombres extraños que hablan un idio-
 ma desconocido. Apenas dos ó tres senadores, de
 marcado tímido para haber participado en el
 acto, demasado enemigos del tirano para des-
 probar à sus matadores, se unieron à ellos en
 su marcha al Capitolio. El resto del pueblo, ricos,
 pobres, ciudadanos, proletarios, magistrados plebe-
 yos, corrían à la ventura de una casa à la otra, como
 hombres dominados de vestigo, se interrogaban los
 unos à los otros, sin que nadie osase tomar la im-
 presión de regocijarse ó de afligirse, antes que la
 impresión general hubiera estatado por el dolor

o por el gozo de todos.

Bruto entre tanto habia llegado al Capitolio con sus amigos. El Capitolio era una especie de ciudadela cerrada por un muro que el Pueblo no podia escalar. Se podia sin embargo acercarse a la multitud de la Plaza al pie del muro, desde la tribuna. El Pueblo, cuya reunion tenia tres dias, muy pronto se habia reunido en la Plaza, sobre la puerta de Bruto y de los conjurados, esperaba que Bruto le explicase el acontecimiento. Aquel discurso, meditado, escrito, aprendido de memoria despues de muchos meses, era toda la vida de Bruto; nada habia omitido de lo que podia, por la elevacion de las imaginas, por la suagidad de los ascendientes, por la filosofia de la virtud, por el contagio del heroismo, por la consagracion a la patria, justificar su causa, glorificar su acto, y exaltar al Pueblo al nivel del destino que el acababa de abrirles.

Este discurso mas largo y mas estudiado de lo que correspondia a una circunstancia en la que todo no hace arder las almas, las enfria, se escuchado sin aplausos y sin murmullos. Se respetaba al hombre, no se ratificaba su acto. Esta fria estimacion de la multitud por el nombre y por la virtud de Boruto fue la que solo pudo preservarlo de la influencia y de las excecaciones del auditorio. Se le dejó bajar de la tribuna sin que el pueblo le revelase todavia el enigma descorrido a' el mismo de sus disposiciones: esto era ya una caida, porque en esas extraneidades de las sensaciones de la multitud, todo hombre que no la arrastra al delirio del crimen o' de la virtud no es ya bueno ni a' la virtud ni al crimen. Todo lo que languidece muere en las emociones de la Plaza publica.

El otro orador, Cinnna, quiso acalorar la languidez que el discurso demasiado literario de Boruto habia producido en la multitud. El lo

cumplars' en la tribuna y vomito' eloquentes in-
 vectivos contra Cesar; pero esas investuras, que la vis-
 ta habrian sido aclamadas por el pueblo, oirien-
 do Cesar, parecieron un sacrilegio contra el cadaver
 de Cesar rodando en su sangre. Ya la piedad, esa
 venganza infalible que el asesinato prepara
 a los muertos, habia sucedido al odio. La mul-
 titud se indigno' contra Cinna, y cubriendolo de
 maldiciones y de infamia, forso' a los conju-
 rados a buscar su salvacion en el silencio y en
 la retirada del Capitolio. El respeto personal
 por Bruto cubrio solo todavia esa retirada
 e impidio al pueblo asesinar a los conjurados.

CCXXXIV

Durante estas ansiedades de los Romanos
 y de las hesitaciones de la multitud entre el go-
 do y la piedad por la muerte de Cesar, fuo-
 che oscurcio la ciudad. La evacion de los conju-

rados dejaba toda aquella noche disponible a los ami-
 gos de Cesar, al Senado, y a los consules para recobrar
 la sangre fria que les habia faltado y el poder es-
 capado con la vida de las manos del Asiano. En la
 primera confusion por el primer rumor del asesina-
 to del Dictador, se habria esperado ver estallar una re-
 volucion tan terrible como ~~propaganda~~ parecia la con-
 juracion profunda, vasta y atroz. Se veia que los con-
 jurados, casi tan numerosos como el mismo Senado,
 iban a degollar, a proscribir, a incendiar las casas de los
 partidarios de sus victimas, levantar, sin saber cual,
 un poder aristocratico sobre las ruinas de la tiran-
 nia, y emperar de nuevo en grande escala el reino
 de sanguinaris de Sylla.

Pero, cuando se vio que los senadores, tan admi-
 rados como el pueblo, se habian refugiado de sus
 por en sus casas sin ser inmolados en el transito;
 que ni legion, ni pueblo, ni magistrados, se delan-
 taban por los matadores; que los conjurados en gran

los, impotentes por su voz y por sus ademanes, en
 lugar de apoderarse de la ciudad, se refugiaban al
 Capitolio, como en un lugar de asilo, dando así el mis-
 mismo testimonio de la incertidumbre en que es-
 taban de ser condenados o absueltos por la multitud;
 que en fin el discurso de Bruto no había producido si-
 no una admiración muda en el pueblo, y el de Cinna
 una sublevación de indignación, entonces los hom-
 bres egresitados en juzgar los coronas por los sinto-
 mas se confortaron, se aproximaron, se concertaron du-
 rante la noche, después convocaron atrevidamente al
 Senado al amanecer, para resolver, sobre el cadáver
 de César, el remplazar á César ^{no} por la libertad antigua
 o por una nueva tiranía.

CCXXXV

Antonio escondido desde el primer momento
 en casa de un liberto bajo el traje de un prole-
 tario, se aprovechó, con una vara miseria de

nobilidad, de tiempo que las piedras que los conjun-
 rados le dejaban como treinta defensas y como consul,
 puesto que se respetaban en el esos dos titulos. El se
 condijo a la vez, dormite la noche, como general y
 como magistrado, corrio al campo fuera de la ciu-
 dad, arango a las legiones, las conmovio de piedad
 sobre la muerte de Cesar, los conjuro no obstante
 a que esperasen sobre las armas la voluntad del
 pueblo y por decretos del Senado; despues, volviendo
 a entrar en la ciudad, decloro su deferencia compla-
 ta a las ordenes del Senado, su afan por evitar a
 Roma una guerra civil, su amor por una paci-
 ficacion general de los partidos reconciliados en la
 sangre de Cesar, y rodeandose de los mejores ciuda-
 danos, thomo, por decirlo asi, la dictadura de la
 concordia.

hicieron humillado, pero felix, de no ha-
 ber sido puesto por los conjurados en el secreto del
 homicidio, propuso una amnistia general, con

Para ~~los~~ los que habian participado en la tirania del
 mundo, y ^{Para} ~~entre~~ los que lo habian mundo. Antonio
 al principio supo dominar bastante su colera
 para enviar a Bruto en el Capitolio sus palabras
 de paz, para darle su propio hijo en rehenes,
 para ir en persona a hablar con él en una cena
 que reunió al matador y al vengador de Cesar. An-
 tonio apesar de su dolor, no podia disimularse
 que el acontecimiento ~~de~~ ponía a su disposición
 el arbitraje y tal vez la dictadura de la que el pu-
 nial de los conjurados acobaba de precipitar a su
 protector. La ambicion que surgió en aquella
 noche suprema, él mereció ser y fue en efecto
 el salvador del orden y muy pronto el arbitro
 de los amigos y de los enemigos de Cesar. Jamas
 el mismo Cesar, su maestro, habia concebido, con-
 ducirse, hablado, negociado, con un golpe de
 vista mas rapido y un manejo a tener mas

firme y amor delicado de la situacion. Este interes
no fue la candidatura de Antonio al imperio del
mundo; si mas tarde sus resoluciones no hubie-
ran prevalecido sobre su politica, Antonio habria
venido a Octavio en intriga y en gobierno de los
partidos.

CCXXXVI

Seguro, por su entrevista con Bruto, de la debili-
dad y de la irresolucion de los republicanos pro-
tegidos entonces por el mismo, Antonio se presento
en el senado. El senado estaba perplejo sobre si trata-
ria a Cesar muerto como un tirano desribado de la
tirania o como victima involoda criminalmente
por asesinos; antes de pronunciarse, aquella corpa
pauca tímida, ligada todavia por los honores y las
relaciones de Cesar, quiso reuudar la verdadera impresion
de pueblo. Engañarse, era exponerse o al desprecio de
los republicanos o a la colera de la multitud.
Antonio, consumado en expedientes, pidió que

antes de todo se leyese publicamente ante el pueblo el testamento de Cesar. El sabia que ese testamento estaba lleno de liberalidades hechas a los ciudadanos por el dictador y que al reconocimiento y el interes abogarian en el corazon de los Romanos por la causa del testador. Existia tambien porque se le hacia en funerales publicos, cuyo espectáculo y la emociion que podian dejar de producir una explosion de entusiasmo y de fanatismo en favor de la victima. La tirania oculta debia necesariamente renacer de esta hoguera. El mismo Bruto, presente en el Senado, cometio la falta, o' por generosidad, o' por miedo, o' por desconfianza, de apoyar la manina de Antonio. Era el vengador que se colocaba en una situacion de culpable ante los que el habia traicionado. La sangre de Cesar daba vertigo a' masas.

Sucedio lo que Antonio habia previsto, lo que Bruto debio prever. Apenas Antonio subio a' la tribuna de sus arengas sobre el Forum,

había hecho leer el testamento por el que César daba a cada ciudadano una cantidad de setenta y cinco dragmas para que se acordasen de él, y al pueblo romano los magníficos jardines que él poseía en la villa del Tibre, uniendo el elogio y el sentimiento por el recuerdo de César estallo en todas las bocas; trataba al pueblo como si pudiera hacerlo con un hijo; los ciudadanos se consideraban en parentados con aquel grande hombre.

CCXXXVII

Antonio que espía el sentimiento público, vino a poner el cuerpo sobre una pira elevada en frente de la tribuna. La muerte tiene su elocuencia irresistible sobre los hombres reunidos; un grito salía con la sangre de las veinte y tres heridas, donde se había escapado la vida de César. Se olvidaba su tiranía, no se recordaba más que su gloria. Antonio, desmoronando entonces a los ojos del pueblo la túnica de César atravesada de las veinte y

tres primitaladas que atestiguaban el encarnamiento
 de tantos asesinatos contra un solo corazón, y fingien-
 do de sentirse transportado ^{por su dolor,} mas allá de sus desig-
 nios, dirigió a la multitud una de las arengas
 mas potéticas, por el acento, por los ademanes, que
 jamas se haya pronunciado. Si Bruto hubiera
 hablado y conducido ^{la víspere.} del mismo modo en el Ca-
 pitolio, la republica se habria salvado, y el en-
 ciego de Cesar arrastrado a las hocas.

Aquella túnica ensangrentada, aquellos
 acentos, aquellos ademanes, despues de haber arran-
 cado sollozos al pueblo, cambiaron en furor y pie-
 dad; un motin de dolor y de rabia estallo al redor
 del cadaver. El populacho y la soldadesca,
 indiferentes a la libertad, adoraban a Cesar, que da-
 ba a los soldados la licencia, a los ejércitos el im-
 perio, a los ambiciosos el mundo, a los proletarios
 el pan, a la multitud espectral, fiestas, dios
 y nombres. Al principio admirada, muy pronto entor-

nuda, en seguida furiosa, se desbordó en imprecaciones
 contra los conjurados; miró la reingenua contra
 los aserinos de su idolo; corrió á sus dominilios, con
 hachones en mano para incendiarlos; despues de
 quemar las tiendas, los bancos de los mercaderes,
 las puertas de los templos que estaban en la plan-
 ra, y haciendo de todos estos escombros de sus alo-
 jamientos una inmensa hoguera, quemó en
 ella el cuerpo de Cesar en un incendio de Ro-
 ma mas que en una hoguera funebre. Dad la
 libertad al pueblo para que haga el apotocosis
 de la tiranía.

La obra del pueblo contra los que hubian
 querido libertarlo era tal, que un senador, ami-
 go de Cesar, llamado Cinna, que estaba enfer-
 mo, habiendo querido asistir á las ejecuciones del
 dictador, fue degollado y arrastrado en pederos por
 las calles de Roma, porque, por una fatal seme-
 janza de nombre el pueblo lo habia tomado por

Linna, el amigo y el cómplice de Bruto.

El mismo Bruto, aunque ^{1 solo} es petrodo ~~solo~~ todavía por el pueblo, que no podía imputar a crimen el error de una tan rara virtud, y alio de Roma, proscribiéndose el mismo y meditando y meditando amargamente sobre la inutilidad del ^o asesinato. Se agitó, y el mismo agitaba en su conciencia el derecho o el crimen de insultar a los tiranos. Siempre se les inmola en vano. El fantasma que se levantó delante de Bruto, la crispa de la batalla de Filipos, no era otro que su remordimiento. El primer suplicio del crimen, es el de ser siempre engañado.

CCXXXVIII

De cierto, Cesar había merecido bien las veinte y tres puñaladas que lo derribaron sin vida a los pies de la estatua de Pompeyo y del Senado suyo yugo por él.

Lo había merecido sublevando su demagogia
 romana durante sus primeros años contra la libe-
 tad regular, para llevarla a ciencia cierta en
 la licencia, que siempre llama la espada del dicta-
 dor, ese nivel de hierro bajo el que todos es pequeño.

Lo había merecido haciéndose, en las Galias, una
 milicia personal y soldadesca de las legiones que la
 república le había confiadas para engrandecer y pre-
 servar a Roma.

Lo había merecido no queriendo su primum
 que igual en el poder y en la gloria, insurreccio-
 nando la opinión y muy pronto los ejércitos contra
 su brentechor y su genio, el gran Pompeyo, que
 no era grande sino por la legitimidad de su grandeza.

Lo había merecido haciendo pasar el Pae-
 sion no solamente a las legiones romanas, sino
 a las legiones de barbaros Galos y Españoles, a
 los que fue el primero que enseñó el camino
 de Roma.

Lo habia merecido tratand a' su patria como
pais conquistado, violando el senado, el pueblo, el
templo, los templos, profanando los consules y los ciuda-
danos a' una inmensa procrecion en masa que no
dejaba en Italia mas que el populacho, los Galos,
los pretorianos, españoles y a' él.

Lo habia merecido persiguiendo de conti-
nente en continente, de campo de batalla en campo
de batalla, aquella republica errante; profanando
a' Pompeyo a' la muerte, a' Caton al suicidio, a'
Licorón a' la bojeria, y al mismo Bruto, su hijo,
al disimulo y al asesinato.

Lo habia merecido cubriendo a' Corfi-
ni en Italia, a' Farsalia en Grecia, a' Alejand-
ria en Egipto, a' Thapsus en Africa, a' el munda-
no en España de setecientos mil cadavres de Roma-
nos inmolados por Romanos a' su voz.

Lo habia merecido corrompiendo a' Roma
hasta la medula para docilirarlo a' la esclavitud,

no dándole por instituciones sus juegos, triunfos,
gladiadores, orgias, costumbres de los pueblos que se
quisen desarmar.

Lo habría merecido, en fin, no atreviéndose a
consumar lo que el había soñado durante tantos cri-
menes: apoderarse de la monarquía hereditaria, por
sí mismo al menos pacífica de los ciudadanos
degradados por él.

Lo habría merecido refiriéndolo todo a un
persona, a él solo; tomando sobre su cabeza el uni-
verso romano como propiedad vitalicia y no
preparando otro heredero posible que la sucesión.

Eran estos bastantes crímenes para mere-
cer las veinte y tres primicias de los conjurados
republicanos? esto hay una conciencia, republi-
cana o monárquica, poco importa, pero sola-
mente honrada, que no condene a muerte al as-
esino de su patria; que sea pues cuando es pa-
tria es el universo, y cuando ese asesino es

el favorito del universo?

(591.)

CCXXXIX

Pero estas consideraciones son de tal naturaleza que puedan legitimar el acto de Bruto y pora justificar el asesinato aun en un tirano?

La antigüedad lo creia en su moralidad imperfecta, que juzgaba los actos por el patriotismo, en lugar de juzgarlos por la conciencia. Nosotros ya no lo creemos, porque el interes de la patria no es para nosotros el tipo de la ^{justicia} ~~conciencia~~. El tipo de la justicia moderna es mas alto y mas grande que la patria: es el deber. Las reglas del deber no se han escrito para nosotros por manos de Patriotas, sino por la mano de Dios. Estas reglas ^{se refieren á toda} ~~se refieren á toda~~ alguna, ni aun la del usurpador, del tirano, del asesino, del arbitrario erroneo ó fanático del que cree vengar la libertad, la patria, la especie humana. Ellos no se refieren sino á las leyes, es prision de la conciencia

soberana y legitima de la patria.

Roma tenia el derecho de revolucion; Bruto, aislado, no tenia el derecho del asesinato. Yo lo tenia como Patriota, pero tenia todavia menos como hijo, tal vez no lo tenia como Protitico. El no habia recibido mandato sino de su fanatismo por la libertad de su pais; pero el fanatismo no es sino el mandato de una opinion, de un odio, algunas veces de una demencia, y si Bruto tenia alguna duda sobre la legitimidad de su asesinato, no tenia mas que hacer que interrogar su conciencia sobre la moralidad de los medios que estaba forzado a emplear para consumarlo. Esos medios eran el misterio, que, por si solo, acusa el acto que tiene necesidad de ocultarse; se conspira a la sombra, se salva su pais y su opinion a la luz del dia; en seguida viene la presuncion sobre la voluntad legal de su pais: él no la sabia, no podia sino presuncionarla, no se mantenia por presuncion o por hipotesis; era en fin el

dicundo de la perfidia: el adormecia á Cesar, le ocultaba la celada, y aquel día ocultaba su puñal bajo su túnica, sourceia con el rostro simulando con el coronar; enviaba á Albino, el amigo de Cesar, á hacer salir á Cesar de su casa por medio de caricias y para empujarlo al lado empleando la mentira y cubriéndolo de adulaciones.

Si tales medios no son inocentes, puede ser honorable el acto que los requiere? La verdadera virtud ha hecho jamas uso de los medios del crimen? Y la misma conciencia puede á la vez deshonrar el medio y glorificar el objeto? No, es una contradicción que el hombre inventa por medio de sofismas políticos, pero que Dios no ha hecho y que la conciencia no absuelve jamas.

Bruto, pues, era virtuoso de intención, criminal de hecho, al se exponia ^{ademas,} ~~ademas~~ ser paricida. Que el fanatismo aplauda! la conciencia reprocha y la naturaleza se estruñece. Bruto se engaña en

derecho, se engañan en los medios, se engañan en humillados.

CCXI.

Moro, acabamos de decir, ^{o ver} se engañan tal como políticos? Expliquemos aquí esta palabra para que se comprenda bien nuestra idea resumiendo esa vida y esa muerte de esas.

Se ha sincerado mucho a pesar en la primera mitad de este siglo y columnarizado mucho la libertad regular porque la libertad había sucumbido, y porque los teorías políticas tienen sofismas, doctrinas y adulaciones al servicio de todos los resultados posibles. Se ha agitado mucho si la república romana habría vivido, aun en el caso en que César no la hubiera muerto. Era legítimo metuda, se dice, porque ya no podía vivir mucho tiempo.

Esto es como si se dijese que es más ciente morir una cosa o un hombre mortal, porque esa cosa o ese hombre mortal están por la naturaleza condenados a morir algún día! Sofisma e iniquidad! No

es homicida el que quiere salvar, solo es homicida
 el que ^{mata} ~~quiere~~. Cesar era tanto mas criminal por
 dar el ultimo golpe á las instituciones de la repub-
 lica en pais, por lo mismo que la republica
 estaba mas vacilante, y tenia menos fuerza y men-
 os virtud publica para defenderse. La cobardía se
 encontraba unida por esta rara unida al atentado.

Pero es verdaderamente cierto que no habia
 mas virtud, ni energía, ni republicanismo en la
 republica romana, cuando Cesar, empleando contra
 ella las legiones, los barbaros, los Españoles y los
 Galos, vino á Roma á degollarla en su cuna?

Que son pues aquellos setecientos mil ciuda-
 danos, y aquellas catorce legiones de Farsalia, y
 aquellas cuatro legiones de Egipto, y aquellas doce
 legiones de Africa, y aquellas doce legiones de Espa-
 ña, que combaten por ella hasta derramar la ul-
 tima gota de su sangre? Que son pues los Pompe-
 yos, los Bibulos, los Sulpicios, los Cassios, los

Porutos, los Catones y la nobleza entera de Roma,
 que desartan de Italia, de sus hogares, de sus bienes,
 de sus templos, de sus fortunas, antes que consentir
 en la esclavitud de la republica, y que combaten y
 mueren durante siete años para ir a todos los he-
 gares en que una playa de Europa, de Africa
 y de Asia les ofrece bastante espacio para pelear
 y para morir? Una republica que se defiende asi
 y que, a excepcion de Ciceron, no vive la libertad
 sino en el ultimo suspiro, despues de tan he-
 roicaagonia y despues de tan solemnes suicidios,
 era acaso una republica que ya habia muerto,
 una republica sin voluntad de vivir, sin enen-
 gar y sin virtud? Si lo dicen las cuentas de
 la tirania, pero la sangre de aquellos millo-
 nes de ciudadanos de Roma, y de los primeros y
 mejores ciudadanos, protesta. Esplora a Tarraco,
 Thapso, Numida: encontrareis en los ornamentos

he aquellos millores de ciudadanos republicanos
romanos, la historia verdadera de la vitalidad or-
tinada de la república, Cesar solo no la sepultó,
sí la degolló: he ahí la verdad.

Sin duda que la república estaba en deca-
dencia, pero quien puede decir lo que hubieran po-
dido hacer por la salud de la libertad hombres ta-
les como Cesar, Labieno, Pompeyo, Catón, Bruto,
Licinio, Ciceron, si ellos se hubieran ligados pa-
ra reformarla, levantarla y sostenerla? Quien
puede decir, si Cesar, en lugar de consagrar su genio
para destruirla, hubiera consagrado su ambicion
para dirigirla? Hombres tales como Cesar son
mas poderosos de lo que se cree sobre el destino
de un pais: hay especas en que un pais vive en
un hombre. Que hubiera sido de la America si
Washington hubiera traicionado su virtud? Mas

facil era me opprimis a' Roma que fundar la America libres

CCXLI

esta Matia pues mas virtud, vitalidad y energia en la republica romana cuando Cesar la corrompio y la mato, de lo que era necesario a un hombre para regenerar la libertad. Roma se humillaba y se disgustaba rapidamente de Cesar, cuando Bruto hizo desgraciadamente animar su popularidad por turba por el inauso horror del asesinato y por la inmensa piedad de su cadaver. chunto en su cama y en su decaden- cia, Cesar habria tal vez sido nuevo Amesto al pueblo romano. El pueblo espero' largo tiempo se soubra, la misma que las legiones irritadas quisieron sobre todo vengas por medio de Octavio, de sobriano; el asispenio surgio de los funerales de

Cesar; aquel imperio se resintió siempre de su origen. Nacido de una hija entre el populacho y la soldadesca, el emileio y porrimio hasta el fin.

Fue me la herencia de Cesar, inmenso genio enpleado en agitar, en corromper, en encadenar su Pais; gran general, habil senagogo, especable ciudadano, brillante fluzelo de toda moralidad y de toda libertad sobre la tierra, ilusion de la historia, ejemplo de los ambiciosos, nombre tanto mas funesto al mundo cuanto que los tiranos se hacen de él una excusa, los soldados un idolo, los Pueblos un deslumbramiento que bajo la gloria les oculta la servidumbre, y bajo el triunfo les hace olvidar la virtud!

Fin.

Nº Inventario:	42642
fecha de entrada:	abril 2015
adquisición:	donación
Precio:	Dr. Allende Inarte
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA BIBLIOTECA	







